



# LA GRAN TRAVESÍA

Shion Miura

Traducción de Rumi Sato

 NOCTURNA  
EDICIONES

# LA GRAN TRAVESÍA

**Cuando el responsable del departamento de diccionarios de la editorial Genbu Books está a punto de jubilarse, se propone elegir a un sustituto para que se embarque en un ambicioso proyecto: la creación del nuevo diccionario La gran travesía. Y Majime, un tímido joven de escasas habilidades sociales aunque con una gran pasión por las palabras, resulta ser la persona adecuada.**

**A lo largo de los siguientes años, el pequeño equipo editorial experimenta momentos agridulces, amistades, rivalidades, enamoramientos y el constante amor por los libros mientras navega por el mar de las palabras, cuyo significado evoluciona con el paso del tiempo y los cambios sociales.**

**La gran travesía es un canto al lenguaje, una preciosa novela que también sirve como diccionario de la vida y que en Japón ha cosechado un inmenso éxito: ha vendido más de un millón de ejemplares, ha ganado el premio de los librereros y se ha adaptado tanto al cine como a una serie de animación.**

Título Original: *Fune o Amu*

Traductor: Sato, Rumi

©2011, Miura, Shion

©2018, Nocturna Ediciones, S.L.

ISBN: 9788416858712

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 03/02/2019

**Shion Miura**

# **La gran travesía**

Traducción del japonés Rumi Sato

# Metadatos

*F*UNE o Amu

© Miura Shion 2011

© de la traducción: Rumi Sato, 2018

© de las guardas: lalan, Yellow Dahlia/Shutterstock

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

Primera edición en Nocturna: octubre de 2018

Código IBIC: FA ISBN: 978-84-16858-71-2

Depósito Legal: M-30343-2018

# Capítulo 1

NO sería para nada exagerado afirmar que Kōhei Araki consagró toda su vida —o, para ser más precisos, toda su vida laboral— a los diccionarios.

Las palabras le fascinaron desde la infancia.

Por ejemplo, *inu*<sup>[1]</sup> («perro») es una palabra homófona del verbo «no estar». «Si digo que *inu ga inu*, significa que el perro está, pero como si no estuviera, ¡ja, ja! Resulta de lo más gracioso...». A su mente infantil se le ocurrían cosas por el estilo y le divertían mucho, aunque si ahora que era un hombre hecho y derecho se le ocurriera comentarlo en el trabajo, seguro que sus jóvenes compañeras lo obligarían a callarse con desdén: «Basta ya de esas bromas aburridas, señor Araki».

Araki de pequeño había aprendido que ese *perro* tenía otros significados además del de animal de cuatro patas. Una vez, cuando su padre lo llevó al cine, oyó gritar: «¡Maldito perrooo!» a un *yakuza*, un mafioso japonés, bañado en sangre mientras moría traicionado en la pantalla. «Así que a un espía enemigo también se le puede llamar *perro*», pensó Araki. El jefe *yakuza*, al enterarse de que su secuaz había sido herido de muerte, se levantó de un salto y rugió a sus acompañantes: «¡Eeeh, vosotros! ¡¿Qué demonios estáis haciendo ahí parados?! ¡Traed las dagas y actuad! ¡Nunca consintáis que a uno de los nuestros lo maten como a un perro!». De manera que esa expresión con *perro* también podía significar «en vano, acto inútil» y, en ese caso concreto, «morir inútilmente».

Los perros eran fieles compañeros de los humanos, dignos de confianza, inteligentes y adorables, pero *perro* también podía referirse a un traidor o a

una acción inútil, infructuosa. ¡Qué extraño! De pequeño, Araki trató de descubrir cómo era posible eso. Quizá tenía que ver con la fidelidad del animal, que rayaba el servilismo, con esa devoción que nunca era recompensada por más intensamente que se la demostrara a su amo. Quizá tales rasgos caninos fueran la causa de dotar al término *perro* con esos otros sentidos negativos.

A pesar de su interés precoz por las palabras, el primer encuentro de Araki con un diccionario se produjo relativamente tarde. Sus padres, que administraban una ferretería, estaban ocupados almacenando y atendiendo a los clientes, y no se les pasó por la cabeza la idea de comprarle un diccionario para ayudarlo en sus estudios. Su filosofía educativa era: «Si un niño está sano y no causa problemas a los otros, con eso es suficiente». Y sus padres no eran los únicos que pensaban así: la mayoría de los adultos en aquella época lo hacían.

Araki, por su parte, tenía más ganas de jugar al aire libre con sus amigos que de estudiar. Apenas había prestado atención al único diccionario de japonés moderno que había en el aula de su escuela de primaria; para él no era más que un simple objeto cuyo lomo entraba en su campo de visión de vez en cuando.

Todo cambió con su primer diccionario, el *Diccionario de japonés de la editorial Iwanami*, un regalo que le hizo su tío para celebrar su ingreso en secundaria. Desde el momento en que lo cogió, se quedó enganchado. El placer de abrir un diccionario que le pertenecía y hojearlo era indescriptible. Al igual que la cubierta brillante, las líneas estrechas impresas en cada página y el tacto del finísimo papel. Pero, por encima de todo, le gustaban sus definiciones concisas. Una noche, mientras remoloneaba con su hermano pequeño en la sala de estar, su padre les regañó: «¡Bajad la voz!». Para probar el diccionario, Araki buscó la entrada *koe* («voz»). Su definición era la siguiente:

**koe** (sust.) 1. Sonidos que las personas y los animales producen mediante el uso de un órgano especial situado en la garganta. 2. Sonido que se asemeja a la pronunciación vocal. 3. Señal de la proximidad de una estación del año o de una época de la vida.

También venían los ejemplos de uso de la palabra. Algunos de ellos le

eran familiares, como *koe wo ageru* («levantar la voz») o *mushi no koe* («canto de un insecto»). Los otros nunca se le habrían ocurrido: sentir la señal del otoño era «oír la voz del otoño»; estar uno cerca de los cuarenta años de edad era «oír la voz de los cuarenta». La idea era nueva para él, pero le convenció: *koe* ciertamente podía transmitir «la señal de la llegada de una estación de la naturaleza o de un momento de la vida». Al igual que *perro*, la palabra *voz* poseía toda una variedad de significados. Y no sólo eso: al consultar el diccionario, Araki se dio cuenta de que las palabras que usaba habitualmente tenían más significados, todos sorprendentemente amplios y profundos.

Aun así, esa explicación de «un órgano especial situado en la garganta» le pareció críptica. Por lo que, olvidándose de la regañina de su padre e incluso haciendo caso omiso de su hermano pequeño, que reclamaba su atención, buscó *tokushu na* y *kikan*, las palabras «especial» y «órgano».

**tokushu na** (adj.) 1. Cualitativamente diferente de lo ordinario; tener una naturaleza particular. 2. (Filosofía) Lo que es individual, en oposición a universal.

**kikan** (sust.) Una parte constitutiva de un organismo que tiene una morfología fija y que lleva a cabo una determinada función fisiológica.

Esas definiciones le resultaron bastante ambiguas. Como sabía que el «órgano especial situado en la garganta» sólo podían ser las cuerdas vocales, Araki dejó correr el asunto. Pero para cualquiera que ignorase que las cuerdas vocales eran un «órgano especial situado en la garganta», la explicación seguiría siendo un misterio.

Lejos de perder el interés, el descubrimiento de que su diccionario no era perfecto no hizo más que acrecentar su afición. Incluso le gustaba la insuficiencia de algunas definiciones, ya que evidenciaba la gran dificultad del trabajo lexicográfico. La imperfección de ese diccionario precisamente le transmitía los verdaderos esfuerzos y el entusiasmo de los lexicógrafos. La amplia gama de entradas, definiciones, ejemplos... que resultaba fría e impersonal a simple vista no era sino el resultado de la selección y el trabajo concienzudo de unas personas. ¡Qué paciencia debían de tener y qué

profundo apego a las palabras!

Desde entonces, comenzó a ahorrar la paga mensual que recibía de sus padres para frecuentar una librería de viejo; cuando salía una nueva edición de un diccionario, normalmente se podía adquirir un ejemplar de la edición anterior a bajo precio. De este modo, poco a poco fue recopilando una notable variedad de diccionarios de diferentes editoriales, que comparaba entre sí. Algunos estaban andrajosos, con la cubierta rota de tanto usarlos. Otros tenían anotaciones y subrayados en rojo hechos por el propietario anterior. Y en el caso de los diccionarios antiguos, mostraban signos de las disputas lingüísticas entre el compilador y el usuario.

Araki soñaba con convertirse en filólogo o lingüista de japonés y elaborar él mismo un diccionario. Así que el verano del segundo curso de bachillerato, un año antes de su graduación, le pidió a su padre que lo dejara ir a la universidad.

—¿Cómooo? ¿Qué quieres estudiar lengua japonesa? ¿De qué me estás hablando? Si ya la hablas, ¿no? ¿Qué necesidad hay de aprender más japonés hasta el punto de tener que ir a la universidad?

—No, papá, esa no es la cuestión.

—No me importa. ¿Por qué no ayudas en la tienda? Tu madre está mal de la espalda, ya lo sabes.

Su padre no prestó oídos a Araki, pero más tarde el tío que le había regalado su primer diccionario, un tripulante de un ballenero que había aprendido a apreciar los diccionarios durante sus largas navegaciones marítimas y que tenía fama de excéntrico en la familia, convenció a su hermano mayor, intercediendo por Araki durante sus raras visitas a la casa:

—Kōhei es un chico muy inteligente. ¿Por qué no dejar que siga estudiando y enviarlo a la universidad, hermano?

Este último le hizo caso y acabó aceptando.

Araki estudió con gran aplicación y consiguió aprobar el examen tan difícil de ingreso a la universidad. No obstante, a lo largo de los siguientes cuatro años, se dio cuenta de que carecía de las cualidades de un erudito, aunque no por ello renunció a su deseo de elaborar un diccionario.

En el transcurso del último año de la carrera universitaria, la editorial Shōgakukan comenzó a publicar su *Gran diccionario de japonés*, una obra

colosal de veinte volúmenes que contenía unas 450 000 entradas compiladas durante más de una década y del cual se rumoreaba que el número de colaboradores ascendía a 3000; este hecho espoleó a Araki a seguir con su proyecto lexicográfico. Sin embargo, tal maravilla de la lexicografía estaba fuera del alcance de un estudiante pobre. Mientras observaba los tomos del diccionario en una estantería de la biblioteca de la universidad, casi temblaba al pensar en la pasión y el tiempo invertidos por los participantes en esa magna obra. Allí, sobre la estantería de la silenciosa biblioteca que olía a polvo, el diccionario parecía emitir una luz tan pura como los rayos de la luna emergiendo del cielo nocturno.

«El nombre de Kōhei Araki nunca llegará a alcanzar la suficiente distinción académica como para figurar en la cubierta de un diccionario, pero todavía me queda la posibilidad de ser el editor. Y lo conseguiré cueste lo que cueste. Jamás me arrepentiré de volcar toda mi pasión y mi tiempo en un diccionario». Con esa determinación, se dedicó a buscar un empleo y acabó siendo contratado por una prestigiosa editorial, Genbu Books.

—Desde entonces, me he dedicado exclusivamente a confeccionar diccionarios durante treinta y siete años.

—Vaya, ¿ya ha pasado tanto tiempo?

—Sí. Hace más de treinta años que lo conocí, profesor, aunque por aquel entonces usted tenía más pelo... —Araki miró la coronilla del profesor Matsumoto, que estaba sentado frente a él.

El profesor Matsumoto dejó el lápiz con el que estaba escribiendo en una ficha léxica, se rio agitando su filiforme cuerpo y comentó, tomándose la revancha:

—Y usted ha acumulado bastante nieve en la cabeza.

A esa hora, el restaurante en el que se encontraban estaba lleno de oficinistas en medio de su receso. Les sirvieron lo que habían pedido: fideos *soba* fríos acompañados de caldo. Los dos hombres dejaron su conversación y se tomaron la comida en silencio. Mientras lo hacían, el profesor Matsumoto permanecía atento a las palabras que aparecían en la televisión que estaba sujeta a la pared para apuntar nuevos términos o algún uso inusual en las fichas léxicas. Como de costumbre, Araki mantenía los ojos fijos en las manos del profesor, consciente de que, cuando este se hallaba absorto recopilando palabras, era capaz de tomarse los fideos con el lápiz o de

intentar escribir con un palillo. Para rematar el almuerzo, tomaron té frío de cebada y se relajaron.

—¿Cuál fue el primer diccionario que tuvo usted? —preguntó Araki.

—Uno que heredé de mi abuelo, el *Mar de palabras* del pionero Ōtsuki Fumihiko[2]. Cuando me enteré de que Ōtsuki lo había compilado en solitario tras superar una serie de grandes dificultades, me quedé muy impresionado, a pesar de no ser más que un niño.

—De eso estoy tan seguro como de que usted trató de buscar algunas palabras obscenas, ¿a que sí?

—No, no, de eso nada.

—¿En serio? Tal como le he comentado antes, mi primer diccionario fue el de Iwanami, el que me regalaron cuando entré en la secundaria. Y buscaba en él todas las palabras indecentes que se me ocurrían.

—Pero ese diccionario es extremadamente contenido y recatado. Me imagino lo decepcionado que se tuvo que quedar.

—Así fue. Para *chinchín* no venía más que lo de ponerse sobre dos patas del adiestramiento canino y lo del sonido del agua hirviendo, nada sobre el pene. ¿Se da cuenta de que usted está admitiendo que también lo buscó?

El profesor Matsumoto soltó una risita.

La hora del almuerzo estaba terminando. El restaurante se hallaba ya casi vacío. La propietaria se acercó a su mesa y les volvió a llenar de té los vasos.

—He tenido el privilegio de trabajar con usted durante mucho tiempo, pero nunca antes habíamos intercambiado recuerdos sobre diccionarios, ¿a que no? —comentó Araki.

—La verdad es que hemos creado muchos diccionarios juntos. Tan pronto como terminamos uno, nos ponemos a revisarlo para actualizar su edición, de modo que nunca hemos tenido tiempo de charlar de forma distendida. Primero fue el *Diccionario Genbu de japonés moderno*, luego el *Diccionario Genbu de japonés escolar* y para rematar el *Genbu de sinogramas*. Todos son memorables.

—Siento muchísimo no poder ayudarlo a terminar nuestro último proyecto. —Araki puso ambas manos sobre la mesa y bajó la cabeza profundamente.

El profesor Matsumoto, que estaba recogiendo sus fichas léxicas, parecía

desilusionado. En contra de cómo solía actuar, encorvó los hombros y lanzó con timidez la pregunta:

—¿No hay ningún método por el cual pueda posponer la jubilación?

—Las leyes son las leyes.

—¿Tampoco podría quedarse a tiempo parcial?

—Tengo la intención de pasarme por la oficina cuando me sea posible, pero he de confesarle que mi mujer no está bien de salud. Hasta ahora me he enfrascado en el trabajo y no me he dedicado nada a ella. Así que por lo menos me gustaría pasar tiempo a su lado cuando me jubile.

—Ya entiendo. —El profesor Matsumoto estaba cabizbajo. Luego añadió en tono animado aunque evidentemente fingido—: Sí, eso es lo que debe hacer. Ahora le toca apoyarla.

«Si le quitase la motivación, sería un editor indigno», pensó Araki. Levantó la mirada y se inclinó hacia adelante en un intento de alentarlo.

—Antes de jubilarme, le prometo a toda costa que encontraré a alguien apto para que me sustituya. Alguien capaz de ofrecerle toda la asistencia necesaria, de hacerse cargo del Departamento de Edición de Diccionarios y de llevar a cabo nuestro nuevo proyecto de diccionario. Alguien joven y prometedor.

—Editar un diccionario no es como editar cualquier otro libro o revista —le advirtió el profesor—. Es un mundo peculiar. Se requiere de una paciencia extrema, alguien lo suficientemente exhaustivo para atender a detalles minuciosos y con un amor ferviente por las palabras, pero que no se deje arrastrar por él a fin de mantener una perspectiva lo bastante amplia. ¿Cree que hay jóvenes así hoy en día?

—Seguro que los habrá. Si no puedo encontrar a la persona adecuada entre los quinientos empleados de nuestra compañía, incluso estoy dispuesto a reclutar a alguien de la competencia. ¡Le ruego encarecidamente que continúe aportando sus conocimientos a Gen- bu Books!

—Me siento verdaderamente afortunado de haber podido crear diccionarios con usted, Araki. No importa lo que tarde en encontrar un sucesor; sé que nunca más tendré a otro editor con sus capacidades.

Emocionado, Araki estuvo a punto de romper a llorar, pero rápidamente se mordió el labio inferior para contenerse. Había pasado más de tres décadas junto al profesor Matsumoto, inmerso en libros y galeradas, y ahora todo ese

tiempo compartido parecía un hermoso sueño.

—Gracias.

Sintió despecho por tener que irse justo cuando habían concretado los planes para un nuevo diccionario. Los diccionarios formaban casi parte de su esencia y habían sido su gran pasión y, además, aún le quedaba una importante tarea que cumplir antes de retirarse. La acababa de descubrir tras la muestra de afecto de Matsumoto y al ser consciente de la soledad y la inquietud que habían asaltado a este último. Siempre había creído que su papel como editor había consistido exclusivamente en dirigir los pasos a seguir para la elaboración del nuevo diccionario que tanto ansiaba terminar, pero ahora se daba cuenta de que estaba equivocado: debía encontrar sin demora a alguien que amara los diccionarios tanto como él o incluso más. Debía lograrlo por el bien del profesor, por el bien de todos los usuarios y de quienes estudiaban japonés y, por encima de todo, por el bien de un nuevo libro tan digno como lo es un diccionario en sí mismo.

Araki regresó a la oficina lleno de entusiasmo para acometer su última gran empresa.

Sin perder tiempo, se puso en contacto con las otras divisiones editoriales de la compañía para preguntar si disponían de posibles candidatos, pero los resultados fueron desmoralizadores: la gente no se interesaba más que por el beneficio inmediato.

La mala situación económica había creado una gran tensión en todos los departamentos, de modo que las respuestas que obtuvo Araki fueron similares: darían la bienvenida a nuevos proyectos, como editar una revista que casi con total seguridad se podría auto-financiar con anuncios o un libro que no requiriera muchos gastos para elaborar sus contenidos, pero bajo ningún concepto, y dadas las circunstancias, podían liberar a nadie para trabajar en un diccionario.

—Los diccionarios le dan una imagen digna a la compañía; además, son inmunes a las fluctuaciones del mercado. ¿Es que no hay nadie con aspiraciones que sepa ver más allá de sus narices y pensar a largo plazo?

—Qué le vamos a hacer. —Masashi Nishioka, que apareció entre las estanterías, respondió a lo que había dicho Araki como para sí mismo—. Editar diccionarios cuesta una suma importante de dinero y lleva muchísimo tiempo. La gente siempre ha preferido ganar dinero rápido y así seguirá

siendo. —Se dirigió a su escritorio y se sentó.

Nishioka tenía razón. El Departamento de Edición de Diccionarios de Genbu Books se había quedado muy tocado por la recesión y se había visto obligado a recortar drásticamente el presupuesto y el personal. De hecho, el proyecto del nuevo diccionario incluso se había quedado estancado, y lo que era peor: aún seguía sin aprobarse.

Araki hojeó el *Amplio jardín de palabras* y el *Gran bosque de palabras*, los diccionarios de tamaño mediano que lucían en su escritorio. Mientras comprobaba la diferencia entre *vasto* y *enorme*, chasqueó la lengua.

—No me digas eso como si no tuviera nada que ver contigo, Nishioka. Como no haces bien tu trabajo, me veo forzado a resolver un sinfín de problemas, y lo sabes de sobra.

—Sí, sí, señor. De veras que lo siento.

—No estás hecho para ser lexicógrafo. Tu carácter activo es útil cuando hay que ir a recoger manuscritos, pero para nada más.

—¿No se va a arrepentir después de lo que me acaba de decir, señor Araki? —Sin levantarse, Nishioka hizo rodar su silla hasta ponerse al lado de su jefe—. Se alegrará mucho cuando se entere de la buena noticia que le traigo gracias a esta naturaleza mía de hombre de acción.

—¿Y cuál es?

—Hay alguien idóneo para ser lexicógrafo.

—¿Dónde?! —Araki se puso en pie de un salto.

Nishioka esbozó una sonrisa y se hizo el interesante. A pesar de que no había nadie más a su alrededor, bajó la voz con teatralidad y susurró:

—Departamento de Ventas. Veintisiete años, como yo.

—¡Menudo imbécil! —Araki le dio un guantazo en la cabeza—. Ambos fuisteis contratados el mismo año y lo conoces, ¿no? ¡¿Por qué no me has dicho nada antes?!

—¿Es este el agradecimiento que recibo? —Nishioka, malhumorado, se frotó la coronilla y retrocedió con la silla hacia su escritorio—. No nos contrataron al mismo tiempo. Me dijeron que hizo el curso de especialización y que lleva sólo tres años en la compañía.

—¿Ventas, dices?

—Aunque vaya ahora, no lo encontrará, ya que probablemente estarán

todos haciendo visitas a las librerías.

El Departamento de Edición de Diccionarios se ubicaba en la primera planta del anexo, un viejo edificio con una estructura de madera, de techos altos y cuyo suelo de tarima se había ido oscureciendo hasta adquirir un color ámbar. Los pasos de Araki resonaron en el sombrío pasillo. Bajó la escalera, abrió la puerta doble y de repente lo cegó un rayo de sol de principios de verano. Entrecerrando los ojos, divisó el edificio principal de ocho plantas que se erguía entre los árboles en el mismo recinto. En lugar de ir por la sombra, se apresuró directamente hacia la entrada.

Entró en la oficina del Departamento de Ventas, situado al fondo de la primera planta, y se detuvo en seco. «¡Qué fallo! Se me ha olvidado informarme de lo más importante: del nombre del joven candidato o candidata. Ni siquiera sé si es chico o chica. Me he entusiasmado tanto que me he precipitado».

Trató de calmarse mientras recorría con la mirada el interior de la oficina sin revelar su interés. Por fortuna, el personal de ventas no había salido aún para realizar sus visitas. Seis o siete personas estaban sentadas a los escritorios trabajando con el ordenador o hablando por teléfono. ¿Cuál sería el que tenía veintisiete años, un título de posgrado y que llevaba allí tres años? Por desgracia, casi todos eran hombres y mujeres alrededor de los treinta; no podía dar con la persona que buscaba. «Pero ¿qué diablos está pasando en el Departamento de Ventas? Estos jóvenes deberían ponerse en movimiento. Que salgan ya todos inmediatamente a las librerías..., excepto la persona que busco, claro».

Mientras Araki gruñía en su interior, la empleada que estaba más cerca de él se acercó y preguntó:

—¿Está buscando a alguien, señor? —E intentó conducirlo hacia la entrada principal.

Parecía haberlo confundido con un extraño que había llegado allí sin haber pasado por recepción. A pesar de que Araki llevaba en la compañía treinta y siete años, muchos de los empleados veteranos de Genbu no lo conocían porque había estado siempre encerrado en el edificio anexo.

—Ah, no, no es eso... —Trató de explicar el objetivo de su visita, pero titubeó. De inmediato, sus ojos fueron atraídos por un joven que se encontraba en un rincón de la estancia.

Estaba de pie y de espaldas, mirando hacia una fila de estanterías que se extendía a lo largo de la pared. Era alto y delgado, con un cabello demasiado revuelto para ser alguien que trabajaba de cara al público. Se había quitado la chaqueta y remangado la camisa, y parecía disponerse a reorganizar los estantes. Araki lo estuvo observando mientras recogía varias cajas, grandes y pequeñas, y las llevaba de un estante a otro hasta encajarlas perfectamente en orden sin dejar ni un hueco. Sus habilidades eran tan asombrosas como las de alguien que arma un complicado rompecabezas en un abrir y cerrar de ojos.

«¡Oh! —Araki reprimió un grito de júbilo—. ¡Esa destreza precisamente es una de las facultades cruciales que debe poseer cualquier persona involucrada en la compilación de diccionarios!».

En las etapas finales de edición, el número total de páginas es fijo e inalterable, ya que cualquier cambio afecta la impresión y el precio. Para ajustar los contenidos en el número de páginas asignado, hay que tomar decisiones rápidas en poco tiempo, suprimir los ejemplos de uso, pese a lo mucho que le duela a uno tener que hacerlo, o condensar las acepciones con eficacia. Exactamente el tipo de habilidades que se requiere para resolver rompecabezas y que ese muchacho acababa de mostrar.

«¡Tiene que ser él! ¡Parece que es el más adecuado para convertirse en el próximo jefe del Departamento de Edición de Diccionarios!».

—Oye. —Conteniendo todo lo posible su excitación, Araki se volvió hacia la joven que estaba a su lado y preguntó—: ¿Cómo es ese chico?

—¿En qué sentido...? —Su interlocutora se mostró cautelosa.

—Soy Kōhei Araki, del Departamento de Edición de Diccionarios. ¿Qué puedes decirme sobre él? ¿Tiene veintisiete años y lleva tres años aquí después de haber hecho el posgrado?

—Creo que sí, pero será mejor que le pregunte usted mismo. Él es *majime*.

«Así que es *majime*, ¿eh?», es decir, «una persona seria, diligente». Araki asintió con satisfacción. «Eso está muy bien, puesto que la lexicografía requiere de una paciencia y constancia que sólo puede llevar a cabo alguien así».

La chica se volvió hacia su compañero, que estaba de espaldas comprobando el estado en el que habían quedado las estanterías y lo llamó:

—¡Majimeee, tienes visita!

Pero si Araki le había aclarado que era del Departamento de Edición de Diccionarios, no un visitante... ¿Acaso no le había entendido? Se sintió molesto, pero trató de convencerse de que ella podría haber usado la palabra *visita* en el sentido de *visitante*, sin ningún matiz de *extraño*. Más preocupante, sin embargo, era que hubiese llamado a su compañero «Majime». ¿Hasta qué punto era tan serio como para ganarse ese apodo? El Departamento de Ventas no era ni mucho menos el escenario de las típicas series de televisión protagonizadas por personajes a los que se nombra con alias, de esas que se desarrollan durante el bachillerato o en una comisaría en la que trabaja un detective apodado Vaquero porque siempre lleva un pantalón vaquero. En absoluto se trataba de esa situación. Se encontraban en una editorial de prestigio. No obstante, allí había alguien cuyo apodo era Majime, por lo que podría calificárselo de una persona extremadamente seria. «Hay que dirigirse a él con tacto», meditó Araki mientras le dedicaba una mirada más intensa.

Para responder a la llamada de su compañera, el joven se dio la vuelta. Llevaba gafas de montura plateada y, aun así, su apodo no era Megane («Gafas»), sino Majime. Mientras Araki se preparaba mentalmente, el joven se acercó despacio, en apariencia incómodo con su cuerpo larguirucho.

—¿Sí? Soy Majime.

«¡¿Có..., cómooo?! ¡No me digas que él mismo acepta su apodo!, o, si no, ¿de qué va?». Increíblemente, Araki casi trastabilló hacia atrás, pero logró mantenerse en pie. Sintió que su entusiasmo se desvanecía como el humo. Al autodenominarse Majime, había mostrado una falta total de la seriedad propia de un *majime*. ¿Acaso en algún rincón de su mente él menospreciaba la virtud de la diligencia? Lo más probable era que no tuviera ni idea de la verdadera importancia del significado de esa palabra. En resumidas cuentas: no era alguien a quien pudiera confiarse la elaboración de diccionarios.

Como Araki no hacía más que mirarlo en silencio, el muchacho pareció quedarse desconcertado. Se revolvió el cabello ya desordenado y de pronto, como si se hubiera dado cuenta de algo, sacó un tarjetero del bolsillo de su camisa.

—Aquí tiene. Si es tan amable... —Con una leve reverencia, le ofreció una tarjeta de visita con ambas manos.

Sus movimientos lentos y torpes se reflejaron en los ojos de Araki. Araki

se sintió decepcionado e indignado: «¡No entregues una tarjeta de visita sin saber a quién se la das! ¡Trabajo para la misma compañía!». Refrenando la irritación en su interior, posó la vista en las manos del joven. Las uñas que culminaban la punta de sus largos dedos eran redondas y estaban pulcramente cortadas. En la tarjeta de visita ponía:

**MITSUYA MAJIME**  
**DEPARTAMENTO DE VENTAS**  
**GENBU BOOKS S.A.**

Los sinogramas de Majime no eran los que Araki había supuesto que significaban «serio, diligente», sino los correspondientes a «proveedor de caballos».

—Mitsuya Majime...

—Sí, me llamo Majime. —Sonrió—. Me temo que usted se ha hecho una idea diferente de lo que significa mi apellido.

—La verdad es que sí. Discúlpame. —Pese al desconcierto, Araki logró sacar una de sus propias tarjetas del bolsillo trasero del pantalón—. Soy Araki, del Departamento de Edición de Diccionarios.

Majime miró cortésmente la tarjeta que acababa de recibir. Detrás de los cristales rodeados de una montura metálica, sus ojos eran claros y serenos. El diseño de su camisa estaba un poco pasado de moda, por lo que no parecía prestar demasiada atención a su aspecto, pero tenía un cutis terso. Todavía era joven, lo suficiente como para disponer de décadas que poder dedicar a los diccionarios. Araki sintió una punzada de envidia, aunque por supuesto no dejó que se le notase.

—Tu apellido es muy poco común. ¿De dónde eres? —inquirió.

—De Tokio, aunque mis padres son de Wakayama. Me dijeron que es una palabra de esa zona que hace referencia a las estaciones de posta.

—Ah, el que se encarga de los caballos y se los proporciona a los viajeros.

Araki rebuscó en los bolsillos; por desgracia se había olvidado su libreta, por lo que garabateó en el dorso de la tarjeta de Majime:

**Majime: otro nombre**  
**Para la estación de posta.**

**Np en AJP ni en GBP.**  
**Consultar GDJ[3]**

Aunque Araki no era tan diligente como el profesor Matsumoto, tenía la costumbre de apuntar palabras desconocidas en el acto. Luego debía verificar si *majime* constaba en el fichero de su departamento. Si no hubiese una ficha correspondiente a la palabra que acababa de anotar, averiguaría su origen (si fuera posible, el primer documento en el que apareció) y la agregaría a su banco de datos. Puesto que al compilar un diccionario se ha de considerar con detenimiento qué palabras se incluirán en él, en su oficina se almacenaba una cantidad ingente de fichas léxicas; los datos electrónicos desempeñaban un papel cada vez más importante, pero las fichas seguían siendo el corazón y el alma del departamento. Por ese motivo, mucho antes de que la compañía crease una sala de fumadores estaba estrictamente prohibido fumar en el almacén de los archivos.

Que Araki se pusiera a escribir de improviso una nota en el dorso de la tarjeta de visita de Majime no pareció sorprender ni molestar al joven en lo más mínimo.

—Me han preguntado por el origen de mi apellido varias veces, pero nadie había tomado notas antes. —Con una serenidad inalterable, miró con gran interés lo que Araki había escrito.

«¡Pero si había venido aquí a reclutarlo! Me he distraído tanto por su inusual apellido que me había olvidado por completo de mi propósito». Guardó la tarjeta y el bolígrafo en el bolsillo delantero de la camisa y carraspeó.

—Si alguien te pidiera que definieras la palabra *migi* («derecha»), ¿qué dirías?

—¿Derecha como dirección o como inclinación política?

—El primero.

—Hum, pues... —Majime inclinó la cabeza con un gesto pensativo. Su abundante cabello se agitó—. Definirla como «mano con la que se usa un bolígrafo o los palillos» ignoraría a todas las personas zurdas, pero como «lado del cuerpo opuesto al del corazón» tampoco funcionaría, pues he oído que algunas personas tienen el corazón en el lado derecho. Así que tal vez, lo correcto sería: «Cuando uno mira al norte, lado del cuerpo que está hacia el

este». ¿No le parece?

—Bien. Entonces, ¿cómo explicarías *shima*?

—¿*Shima* como rayas o como isla? ¿O quizá se refiere a Shima como nombre de un lugar? ¿O al *shima* que forma parte de *yokoshima* («maldad»), de *sakashima* («al revés») o como el que forma parte de la expresión de cuatro sinogramas *shima-okusoku* («conjeturas sin fundamento»)? ¿O se refiere a los cuatro demonios del budismo...?

Ante la exposición de tantas palabras candidatas que contenían el sonido *shima* que Majime había desplegado en un instante, Araki se apresuró a interrumpirle:

—*Shima* como isla.

—A ver, ¿«trozo de tierra rodeado de agua»? Ah, no, esa definición no sirve porque Enoshima está conectada por un puente con la isla principal del archipiélago japonés, pero es una isla. En ese caso...

—murmuró Majime para sí mismo mientras mantenía la cabeza ladeada. Parecía encontrarse ajeno a Araki y absorto en la búsqueda de la definición de la palabra propuesta—. Quizá sea mejor esta: «Superficie de tierra relativamente pequeña y rodeada o separada por agua». Pero un momento, eso tampoco es exacto porque no incluye el sentido de «territorio de la *jakuza*». Entonces, ¿qué tal «espacio de tierra separado de su entorno»?

Araki lo miró con admiración; ese muchacho era un auténtico genio lexicográfico. Majime había tardado sólo unos segundos en dar con el significado subyacente a *shima*, mientras que Nishioka había dado una respuesta pésima cuando le había preguntado lo mismo; no se le había ocurrido nada más que el significado «isla» y había respondido: «Algo que sobresale del mar». Completamente decepcionado, Araki había rugido: «¡Idiota! Entonces, ¿el lomo de una ballena o la espalda de alguien que se ha ahogado también son *shima* o qué?!». Nishioka, en respuesta, no hizo más que reírse tontamente mientras decía: «¡Ay, es verdad! Qué difícil. ¿Cómo debería definirse, en ese caso?».

Majime aún continuaba dándole vueltas al asunto con expresión seria hasta que de repente se giró hacia las estanterías.

—Déjeme consultarla en un diccionario.

—No, no hace falta. —Araki lo agarró del brazo y lo detuvo. Mirándolo directamente a los ojos, le rogó—: ¡Majime, quiero que le dediques todo tu

talento a *Daitokai*!

—¿*Daitokai*, ha dicho usted? Entendido —asintió Majime, y al instante dio un gritito estridente como el de Tarzán—: ¡¡Ah, aaah!!

Todas las miradas se clavaron en él. Araki también se quedó perplejo, pero mientras Majime cantaba, se dio cuenta de qué le sonaba ese gritito: «¡El éxito musical “*Daitokai*” («La gran ciudad»), del grupo Crystal King!». Majime seguía desentonando. Rápidamente, Araki lo sacó al pasillo.

—No, Majime. Eso no es lo que te he pedido.

—¿Ah, no? —Este se interrumpió y se mostró algo desconsolado—. Es que yo no estoy al tanto de las últimas canciones. Lo siento.

«¿De dónde habrá sacado la idea de que quería que cantase?». Pese a que su mecanismo mental era incomprensible, Araki decidió revelar el propósito por el que había venido.

—*Daitokai* («*La gran travesía*») es el nombre de un nuevo diccionario que vamos a elaborar. Se escribe con los sinogramas de «cruzar el océano». Y quiero confiarte esa labor.

—¿Un diccionario? —El chico abrió mucho tanto los ojos como la boca y se quedó inmóvil.

«Como una paloma que acaba de recibir un tiro de guisante». Esa expresión que se refería a quedarse boquiabierto a causa de la estupefacción definía con exactitud la cara que había puesto Majime, caviló Araki como buen lexicógrafo. Y a continuación recordó lo que había leído en un libro unos días antes. Se decía que el narrador del asiento inferior en un escenario de *bunraku*, el teatro tradicional japonés de títeres, se llamaba *mamegui* («comeguisantes»), por la forma en que movía la boca, como si estuviera masticando dicha legumbre. Araki se preguntó si esa palabra vendría en algún diccionario; tendría que verificarlo para luego decidir si incluirla o no en *La gran travesía*.

Ambos permanecieron en silencio, cada uno ensimismado en sus pensamientos, mientras los otros empleados pasaban por su lado extrañados.

Al cabo de un rato, Majime reanudó su discurso:

—Lo siento. Hoy tengo que recorrer las librerías de Shibuya a partir de la una y media.

—¿Ah, sí?

Ya era la una y cuarto; dudaba que Majime pudiera llegar a tiempo al barrio de Shibuya, y se preguntó si no sería hora de irse. Tan pronto como Majime miró su reloj de pulsera, se precipitó al interior de la oficina con unos movimientos de lo más peculiares, como si lo estorbasen sus extremidades larguiruchas, recogió la chaqueta y el maletín de su mesa, salió al pasillo y se disculpó una vez más:

—Lo siento muchísimo. —Le hizo una reverencia a Araki, que aún permanecía en el pasillo, y echó a correr hacia la salida agitando sin parar su largo cabello. En el breve recorrido hasta el final del pasillo, tropezó dos veces.

Al ver cómo se marchaba, a Araki le entraron las dudas y se preguntó si estaba bien que confiase en ese joven sólo porque había reaccionado como un genio lexicográfico unos minutos antes. El muchacho parecía haber entendido que le había pedido que lo ayudase con el diccionario sólo ese día; Araki no podía comprender de ninguna manera por qué lo había interpretado así. Sacudiendo la cabeza, se subió al ascensor para plantearle de todos modos su solicitud al director ejecutivo de Personal.

Tras unas largas negociaciones, por fin la compañía aprobó oficialmente la creación de un nuevo diccionario titulado *La gran travesía*. Al mismo tiempo, Majime fue trasladado del Departamento de Ventas al de Edición de Diccionarios, lugar al que trajo consigo una pequeña caja de cartón llena de sus enseres personales. Faltaban dos meses para la jubilación de Araki, por lo que su sucesor había llegado justo a tiempo; cuando vio a Majime de pie en la puerta de la oficina, dejó escapar un suspiro de alivio.

Apenas tuvo que negociar con el equipo de Ventas para reclutarlo, todo lo contrario, el jefe del departamento se mostró encantado: «¿Majime? Ah, ahora que lo dices, es verdad que tenemos a alguien con ese nombre. ¿En serio? Araki, no sabes el favor que me haces al llevártelo». En cuanto al director ejecutivo de Personal, ni siquiera lo conocía: «... ¿Y quién es ese?».

Entonces comprendió la razón por la que la reacción de Majime le había resultado tan extraña cuando se acercó a él por primera vez: el chico no esperaba que alguien de la empresa encontrase en él ninguna habilidad destacable y mucho menos que otro departamento reclamase su talento. Apenas se lo valoraba como agente de ventas y, si Araki no hubiera

preguntado por él, su superior ni siquiera habría reparado en su existencia.

Y cayó en la cuenta de por qué Majime tenía un perfil tan bajo. La razón de que pasara desapercibido en el Departamento de Ventas no era otra que sus comportamientos incongruentes. ¿A quién se le ocurriría cantar a gritos y desentonando una canción popular en plena oficina? Sin embargo, Majime no tenía la culpa de nada; la responsable era la compañía, que no lo había evaluado correctamente y no lo había asignado al puesto apropiado.

Majime tenía sus puntos fuertes: una aguda sensibilidad hacia las palabras, un escrúpulo que lo había llevado a organizar cada fragmento de sus amplios conocimientos para contestar a las preguntas de Araki. Había sido tan puntilloso en los matices de la definición de shima que había traspasado los límites de lo normal. En cualquier caso, era una persona más que competente para convertirse en un gran lexicógrafo.

Respondiendo al gesto de Araki, Nishioka se levantó y saludó a Majime con jovialidad:

—¡Bienvenido al Departamento de Edición de Diccionarios! —Le arrebató la caja de cartón de las manos a su nuevo compañero y lo condujo al interior de la oficina—. Como ahora andamos escasos de personal, hay muchos escritorios para elegir. ¿Qué tal este?

Majime, mientras recorría con la mirada el interior en el que las altas estanterías se erguían en fila, se dirigió al escritorio situado junto al de Nishioka.

—Muy bien —asintió dócilmente.

—Oye, Majime, ¿tienes novia?

Nishioka pensaba que hablar de chicas era una buena manera de romper el hielo. Araki, desde su escritorio del fondo, lejos de los jóvenes, observó en silencio la reacción de Majime.

—No...

—Entonces, organicemos una fiesta con chicas. Yo me encargo. Dame tu número de móvil y la dirección de e-mail.

—No tengo móvil. Devolví el de la empresa que estaba usando.

—¿Cómo?! —Nishioka puso una cara como de haber visto una momia andante—. ¿Y no te interesaría echarte novia?

—No lo sé. Nunca me he parado a pensar en si quiero una novia o un

móvil.

Nishioka dirigió una mirada desesperada a su jefe pidiéndole auxilio. Araki, que estaba a punto de estallar de la risa, se contuvo como pudo y, para controlar la situación, dijo con dignidad:

—Majime, hay una fiesta de bienvenida para ti esta noche. Tenemos una mesa reservada a las seis en El Jardín de los Siete Tesoros. Así que prepárate para salir. Nishioka, ve a buscar a Sasaki.

En el restaurante chino El Jardín de los Siete Tesoros, el profesor Matsumoto ya estaba sentado a una mesa redonda de color rojo y bebiendo vino Shaoxing, del cual tomaba una modesta cantidad una o dos veces a la semana. Incluso mientras bebía, siempre tenía a mano sus fichas y su lápiz.

Tan pronto como todos se hubieron sentado, Araki comenzó a presentar a los miembros del departamento.

—Bueno, Majime, ya conoces a Nishioka. Y ella es Sasaki. Principalmente realiza el seguimiento de las fichas léxicas y su clasificación.

Sasaki, que tendría poco más de cuarenta años, asintió sin alterar su rostro inexpresivo. Araki consideraba que le faltaba afabilidad, pero su eficacia era tan pasmosa que resultaba imprescindible en el equipo. En principio, había sido contratada a tiempo parcial, pero ahora que sus hijos ya habían crecido, trabajaba a jornada completa.

¿Qué le parecería Majime al profesor Matsumoto? Araki se sintió tenso al presentarlos. El profesor se limitó a sonreír sin dejar traslucir sus pensamientos y saludó a Majime con una leve reverencia. Majime dirigió una torpe inclinación de cabeza a cada uno.

Tras un brindis, los platos comenzaron a llegar. Nishioka, siempre atento, sirvió primero al profesor Matsumoto de la variada bandeja de entrantes, asegurándose de no darle huevo centenario[4], que no le gustaba. «Vamos a ver, lo que más me preocupa es cómo se comporta Majime». Cuando Araki dirigió la mirada al joven, que estaba sentado al lado del profesor, Majime acababa de verter cerveza en el vaso de Sasaki, haciendo que se desbordase una abundante cantidad de espuma; intentaba agradar a la gente, pero estaba claro que le faltaba práctica. Araki se sentía como si estuviera observando a un niño de guardería. Y Sasaki parecía compartir la misma impresión, a pesar de que con su impasibilidad habitual correspondió a Majime llenando su

vaso.

—¿Cuál es tu *hobby*, Majime? —se atrevió a preguntar Nishioka en un intento por parecer amistoso.

Majime se tragó un trozo de oreja de Judas que le sobresalía por la comisura de la boca, y se lo pensó un poco antes de contestar:

—Si tuviera que elegir algo, diría que es ver a la gente subir por las escaleras mecánicas.

Por un momento se hizo un silencio sepulcral en la mesa.

—¿Y eso te resulta interesante? —preguntó Sasaki en tono monocorde.

—Sí que lo es. —Majime se inclinó ligeramente hacia delante—. Cuando me apeo en el andén, camino deliberadamente despacio. La gente se precipita pasando por mi lado hacia la escalera mecánica, pero nunca se producen peleas ni confusión. Es como si alguien estuviera controlándolos a todos; se alinean en dos filas y suben en orden uno tras otro. Las personas de la fila izquierda se quedan quietas y se dejan llevar hacia arriba, mientras que las de la derecha suben caminando. Se dividen tan perfectamente que la hora punta tampoco es un caos. Resulta una bonita escena.

—Si ya decía yo que este me había parecido un bicho raro, ¿verdad, señor? —susurró Nishioka al oído de Araki.

Sin hacer caso al comentario, Araki miró al profesor Matsumoto, quien asintió. Ambos comprendían esa afición de observar a la gente en las escaleras mecánicas. Los viajeros dispersados por todo el andén se alineaban en orden ante la escalera mecánica como si fueran a ser aspirados por ella, igual que las incontables palabras que están esparcidas por el lenguaje, que consiguen ser reunidas y clasificadas, y terminan ocupando ordenadamente las páginas de un diccionario. Majime, que percibía la belleza y la dicha que se despliegan en ese proceso de recopilación, estaba indiscutiblemente dotado para la lexicografía.

Al hilo de lo que había contado Majime sobre su afición, Araki rompió el silencio:

—¿Sabes por qué decidimos llamar a nuestro nuevo diccionario *La gran travesía*?

Majime mordisqueaba cacahuetes uno tras otro como una ardilla. Sasaki dio unos golpecitos en la mesa con la punta de un dedo para llamar su atención. Gracias a este gesto, Majime por fin se dio cuenta de que la

pregunta iba dirigida a él. Aturdido, negó con la cabeza.

—Un diccionario es como un barco que intenta cruzar el mar de las palabras —expuso Araki, volcando lo más hondo de su alma—. La gente navega en un barco llamado diccionario y reúne los pequeños puntos de luz que flotan en la superficie oscura del mar con el fin de transmitir con precisión sus pensamientos mediante las palabras más apropiadas. Sin diccionarios, todo lo que podríamos hacer es detenernos sin saber cómo reaccionar ante la extensión inabarcable y la profundidad de las aguas.

—Construir un barco adecuado para cruzar el océano —dijo el profesor Matsumoto en tono tranquilo—. Con esa idea en mente, Araki y yo decidimos el título.

«Ahora el barco está en tus manos, Majime». Como si hubiera percibido estas palabras no pronunciadas de Araki, Majime retiró las manos de la mesa y se enderezó.

—¿Cuántas entradas habrá? ¿En qué se diferencia *La gran travesía* de otros diccionarios? Por favor, cuéntenme todos los detalles. —Sus ojos brillaron.

El profesor Matsumoto dejó los palillos y cogió su lápiz. Sasaki sacó un cuaderno de su maletín y lo abrió ante él.

—Muy bien, vamos allá —dijo con entusiasmo Araki, dispuesto a explicar el concepto que guiaba el nuevo diccionario.

—¡Esperad un momento! —La inoportuna interrupción no podía provenir más que de Nishioka—. En estos casos primero hay que hacer otro brindis.

Con una mano rellenó el vaso del profesor Matsumoto con vino Shaoxing y con la otra hizo girar la mesa hasta dar una vuelta completa para ir llenando con cerveza los vasos del resto de los comensales.

—Permitidme hacer los honores. —Nishioka levantó su vaso—. Por la venturosa partida de la travesía del Departamento de Edición de Diccionarios. ¡*Kanpai*, salud a todos!

Los demás lo secundaron:

—¡*Kanpai*!

Estallaron unas risas. Majime hizo tintinear alegremente su vaso con el del profesor Matsumoto.

«Encargaos todos de que sea un buen barco —deseó Araki con intensidad

para sus adentros mientras cerraba los ojos—. Uno en el que mucha gente pueda navegar segura durante largo tiempo. Uno que sea un compañero que nos proteja a bordo incluso en los aplastantes días de soledad. Sé que sois capaces de conseguirlo».

## Capítulo 2

—YA estoy en casa —anunció Mitsuya Majime al llegar a su habitación, donde no había nadie esperándolo.

Depositó su pesado maletín en el suelo de tatami y abrió la ventana deslizante, de estilo tradicional con marco de madera, mientras canturreaba un fragmento de una canción popular:

—«Debajo de la ventana, el río Kanda...».

Tenía por costumbre cantarla aunque el río Kanda no fuera el que pasase por debajo de su casa, sino un estrecho canal. En mitad del cielo nocturno, se alzaba la noria del parque de atracciones Kōrakuen.

Se sentía agotado.

Sin dar la luz, se tendió en el centro de la habitación, de unos diez metros cuadrados. Habían transcurrido casi tres meses desde que lo habían trasladado, pero aún no había conseguido adaptarse a su nuevo trabajo. El horario era de nueve a seis y ya no tenía que acudir por obligación a ninguna cena después de su jornada laboral para agasajar a sus clientes, por lo que había pensado que su nuevo puesto iba a ser mucho más fácil de sobrellevar. No obstante, siempre terminaba exhausto.

Ese día había tomado a propósito un desvío de camino a casa, aun a costa de tener que realizar un transbordo en el metro. La distancia entre Genbu Books, en Jinbōchō, y su pensión, en Kasuga, era corta y podía recorrerla a pie con facilidad, pero esa tarde le había apetecido observar a los pasajeros subiendo por las escaleras mecánicas. Sin embargo, ese entretenimiento no lo había relajado tanto como había esperado. Había llegado poco antes de la

hora punta de la tarde, por lo que los pasajeros en su mayoría eran ancianos y amas de casa cuyos movimientos, lentos y caóticos, tal vez por no estar acostumbrados a usar las escaleras mecánicas de la estación, no lograban alcanzar la belleza ordenada que Majime había anhelado contemplar una vez más.

De repente, sintió un peso y un ligero calor en el abdomen. Levantó la cabeza; cómo no, era *Tora*. Todos los días, cuando volvía a casa y abría la ventana, el gato acudía a saludarlo. Majime se detuvo a pensar en qué iba a cenar. No tenía nada en casa, pero tampoco le quedaban energías para salir a hacer la compra, así que se conformaría con unos fideos instantáneos. ¿Y para *Tora*?

—¿Unas sardinillas secas están bien para ti? —le preguntó mientras le acariciaba la cabeza.

*Tora* ronroneó y golpeó el costado de Majime con su rabo corto y grueso. La presión del gato sobre el abdomen le resultaba incómoda, lo que hizo que se percatase de lo mucho que había crecido el animal.

Majime se hospedaba en esa pensión desde hacía casi una década. Había llegado cuando tan sólo era un estudiante que acababa de entrar en la universidad, y ahora ya estaba cerca de los treinta. *Tora*, por su parte, había sido un minino escuchimizado que maullaba lastimosamente bajo la lluvia y que se había ido transformando en el ejemplar rollizo de gato atigrado que era en ese momento. Sólo el edificio de madera de dos pisos, que se encontraba en ese tranquilo barrio residencial, no había cambiado. Tal vez ya era así de viejo cuando Majime llegó y no podía envejecer más.

Con *Tora* todavía acurrucado sobre él, extendió la mano y tiró del largo cordón del interruptor que colgaba de la lámpara fluorescente del techo, al que le había añadido una prolongación que casi tocaba el suelo para poder así dar o apagar la luz mientras permanecía tumbado. Él lo llamaba «cordón vago». En la punta había enganchado un pequeño cascabel dorado; cuando lo agitó levemente para despertar el interés de *Tora*, por fin el felino saltó de su pecho y Majime se puso en pie.

Al ver el interior iluminado, dio un suspiro. Era consciente de que su habitación, ubicada en la primera planta, era bastante insípida. Toda su ropa y sus artículos de uso diario estaban metidos en el armario empotrado que había detrás de las puertas correderas. Había también un pequeño escritorio

junto a la ventana y, cubriendo las paredes, los muebles restantes: estanterías. Como estaban a rebosar, había libros apilados aquí y allá sobre el suelo, e incluso una de dichas pilas estaba desparramada. Y lo que allí había era sólo una parte de la colección bibliográfica de Majime, ya que el resto de sus libros ocupaban todo el piso inferior de la casa.

Hoy en día ya nadie quiere vivir en una pensión. Por lo que, como si fueran hojas de arce cayéndose de una rama, los otros huéspedes se habían ido uno tras otro, dejándolo como único residente. Aprovechando la oportunidad, Majime había comenzado a depositar sus libros primero en la habitación de al lado y luego en la de dos puertas más allá. Finalmente, su casera, Take, había dejado su habitación en la planta baja, junto a la escalera, para trasladarse a vivir al segundo piso y que así Majime tuviera más espacio para sus numerosos libros. Ella, una anciana de buen corazón, había aceptado de buena gana ese arreglo.

—Gracias a ti, que has instalado estas altas estanterías que llegan hasta el techo como si fueran columnas de refuerzo de la casa, ya puedo estar tranquila cuando haya un terremoto.

En realidad, el peso de esas *columnas* propiciaba el derrumbe de la base de la casa, pero ninguno de ellos se preocupaba por tales detalles. Take nunca se había planteado subirle el alquiler y Majime, distraído en extremo, había continuado pagando el mismo importe sin caer en la cuenta de que su renta no cubría el espacio extra del que se había apropiado.

De ese modo, Majime y sus libros ocuparon por completo la planta baja, y Take disponía del segundo piso para ella sola, por lo que ambos vivían holgadamente.

«¿El interior de una habitación refleja el interior de su ocupante?», se preguntó Majime. Se dio cuenta de que eso implicaba que ante los demás y ante él mismo era un hombre soso que se pasaba la vida oliendo el polvo acumulado por miles de palabras que no sabía usar.

Sacó del armario un paquete de Nupporo Número Uno con sabor a salsa de soja. Había comprado esos fideos instantáneos a un precio muy bajo en una tienda de descuento cercana, consciente de que no eran de marca auténtica. Las instrucciones de preparación estaban llenas de errores obvios: «Quinientos litros de agua alcanzarán el punto de ebullición. Es mejor desenredar los fideos después de echarlos. Huevos, puerros, jamón york, etc.,

al gusto». Aunque los quinientos litros de agua eran evidentemente excesivos, a Majime le gustaba el tono serio de las frases, y últimamente comía a menudo esos Nupporo Número Uno.

Con el paquete de fideos en la mano, abrió la desajustada puerta y se dirigió hacia la cocina compartida. El suelo de madera crujía a cada paso, como si estuviera pisando el casco de un barco. *Tora* fue tras él.

Mientras rebuscaba las sardinas secas en el armario de debajo del fregadero, una voz dijo desde lo alto:

—Mitsu, ¿eres tú?

—Sí, señora, he vuelto hace poco.

Cuando miró hacia arriba, Take asomaba el rostro y sacaba medio cuerpo por la parte superior de la escalera.

—He hecho demasiada comida para mí sola. ¿Te apetece cenar conmigo?

—Gracias, con mucho gusto.

Con el paquete de fideos en una mano y la bolsa de sardinas secas en la otra, Majime subió la escalera. *Tora* iba pisándole los talones.

El cuarto de estar de Take era la primera habitación, de unos diez metros cuadrados, que había en el piso superior. La siguiente habitación era su dormitorio y la del fondo estaba reservada para los invitados, aunque, como casi nadie venía a visitarla, la usaba más bien de trastero.

En cada piso había un servicio. El segundo piso era un poco más estrecho por no tener cocina, baño y zona para el lavado de la ropa, pero en su lugar, en la parte exterior de la fila de las ventanas correspondientes a las tres habitaciones, se abría una especie de azotea con buenas vistas para secar la colada. Podría considerarse incluso una terraza o un balcón, pero por el suelo de madera sin barnizar parecía una simple plataforma vallada. Así que no había otro término más adecuado para ese espacio que el de tendedero.

—¿Puedo pasar? —preguntó Majime educadamente.

Nada más poner los pies en el cuarto de estar, se detuvo en seco. En el tendedero que se veía a través del cristal estaba expuesto un adorno de carrizos y una ración de *dango*, unas albóndigas blancas dulces elaboradas con harina de arroz, ofrendas tradicionales para el Festival de Medio Otoño. «Ah, claro. Hoy hay luna llena. Mientras he estado intentando adaptarme al nuevo trabajo, las estaciones han avanzado inexorables».

*Tora* se comió una sardinilla seca de la mano de Majime y le maulló a la luna que todavía no había salido. Cuando Majime abrió un poco la ventana para que pudiese pasar el gato, el animal se escabulló ágilmente al exterior.

Take invitó a Majime a sentarse y este se le unió a la pequeña mesa cubierta de platos: espinacas al vapor, pollo, *taro* cocido y pepino encurtido.

—También tengo esto. —La casera colocó un plato de croquetas que debía de haber comprado en una tienda—. Los jóvenes necesitáis comer —dijo mientras servía sopa de *miso* con *tofu*.

A continuación, llenó un cuenco con una generosa cantidad de arroz para su huésped. Todos los platos humeaban, excepto el encurtido, por supuesto. Seguramente Take había preparado la cena calculando la hora a la que iba a regresar y le había invitado con naturalidad, fingiendo que la idea se le había ocurrido de repente.

—Todo parece delicioso —comentó Majime con gratitud, y durante un rato se ocupó únicamente de llenar el estómago. Take no dijo nada mientras tanto. Cuando Majime terminó de masticar un trozo de pepino, preguntó—: Ha preparado todo esto para animarme, ¿no es así?

—Pues sí. —Take tomó un sorbo de sopa—. ¿Es duro tu nuevo trabajo?

—Tengo tantas cosas que decidir que siento que me va a estallar la cabeza.

—Vaya, eso no es poco, si tenemos en cuenta que tu único punto fuerte es el cerebro.

«Qué observación tan implacable...». Majime se ofendió por un instante, pero luego se percató de que era verdad; no era bueno en nada, salvo en estudiar y pensar.

—Precisamente ese es el problema. —Miró los granos de arroz iluminados por la luz del techo—. En el Departamento de Ventas mi trabajo era algo concreto: mi único cometido era visitar las librerías. El objetivo estaba claro y simplemente tenía que esforzarme en cumplirlo, por lo que se puede decir que era un trabajo cómodo. Pero hacer un diccionario es otro cantar. Tenemos que trabajar en colaboración para generar ideas y repartirnos las tareas entre nosotros.

—¿Y cuál es el problema?

—Pensar no es el problema. Lo que me cuesta mucho es transmitir mis ideas a otras personas. Resumiendo: no encajo en el equipo.

—Pero, Mitsu, dime: ¿cuándo has encajado tú en algún sitio? No haces más que devorar libros y nunca has traído aquí ni a un amigo ni a una novia.

—Porque no los tengo.

—Entonces, ¿por qué te preocupas a estas alturas de si encajas o no encajas?

Efectivamente, ¿por qué ahora?, se preguntó Majime. Durante toda su vida se lo había tildado de bicho raro. Tanto en la escuela como en el trabajo, la gente había guardado las distancias con él. De vez en cuando, alguien le hablaba por curiosidad o con buenas intenciones, pero como su reacción era tan incongruente, lo dejaban estar con una sonrisa burlona. Majime siempre trataba de responder de forma sincera y abierta, pero nunca le había funcionado a la hora de entablar relaciones sociales.

El dolor de tales encuentros lo había conducido a leer libros sin medida. No importaba lo torpe que fuera para comunicarse con la gente, con los textos podía dialogar profunda y sosegadamente. Además, había una ventaja adicional: mientras estaba con el libro abierto durante el recreo en la escuela, sus compañeros de clase lo dejaban en paz y no intentaban hablar con él.

Gracias a la lectura, sus notas mejoraron con rapidez. Y debido a su interés en las palabras como un medio por el que expresar sus pensamientos y sentimientos, se especializó en Lingüística en la universidad. Sin embargo, por mucho que se hubiera especializado en el lenguaje, seguía siendo un negado para utilizarlo como medio de comunicación con sus semejantes, aunque tampoco había hecho grandes esfuerzos por intentarlo, así que se dio por vencido y acabó aceptando su suerte.

No obstante, al ser trasladado al Departamento de Edición de Diccionarios, había abrigado alguna esperanza de romper ese muro.

—Mitsu, sé que quieres llevarte bien con tus colegas. Quieres hacer buenas migas con ellos y elaborar un gran diccionario juntos, ¿verdad?

Sorprendido, levantó la mirada ante lo que Take acababa de decir, porque hizo que se diera cuenta de que el torbellino de emociones que lo invadía se correspondía exactamente con ese deseo: «Quiero comunicarme. Quiero conectar con ellos».

—¿Cómo lo ha sabido usted? ¿Acaso he murmurado algo en voz baja?

—Mitsu, es que tú y yo somos amigos de *tsū-kā*, es decir, que nos entendemos lo bastante como para saber lo que está pensando el otro. —La

casera presionó de forma ruidosa la palanca de la parte de arriba del hervidor eléctrico y llenó la tetera—. Aun así, me asombra que a tu edad te preocupes por algo tan infantil. Verdaderamente eres un tonto perdido que piensa demasiado.

Avergonzado, Majime se comió una croqueta en silencio. Mientras tanto, reflexionó sobre esa expresión, *tsū-kā*: ¿por qué el hecho de que dos personas se encontraran en la misma onda se expresaba de esa manera? La expresión completa era «Si uno dice *tsū*, el otro responde *kā*». Había leído acerca de la etimología de esa expresión en algunos libros, pero recordó que no había una respuesta definitiva, y él creía que era mejor no citar el origen de una palabra a menos que se pudiera demostrar con absoluta certeza. Porque las palabras surgían entre sus usuarios sin saber ni cuándo ni cómo. Aun así, se sentía incómodo por no saber la respuesta y siguió dándole vueltas. ¿Por qué no era «Si uno dice *va* otro responde *mos*» o «Si uno dice *venga*, otro responde *ya*»? ¿Y qué significaban *tsū* y *kā*? El primero sonaba a *tsuru* («grulla») y el segundo se parecía a la onomatopeya *kā-kā*, que reproduce el graznido de un cuervo. ¿Acaso en alguna ocasión una grulla transformada en mujer clamó hacia el cielo y un cuervo le respondió, como en los cuentos?

—Me cambias las bombillas cuando te lo pido, ¿verdad, Mitsu?

—Sí, por supuesto. —Devuelto a la realidad por la voz de Take, Majime miró de inmediato a su alrededor. Se preguntó cuál de ellas estaría fundida; siempre procuraba cambiarlas antes de que Take se lo pidiera.

—Y si te invito a cenar, vienes sin pensarlo dos veces. —Observaba el tenue vapor que se elevaba de su taza de té—. Pues sería mejor que tú hicieras lo mismo: contar con las personas y dejar que cuenten contigo. Hazlo con la gente del trabajo, no sólo conmigo, ¿de acuerdo?

Majime reparó en que en realidad no había ninguna bombilla fundida, sino que su casera no había hecho más que mostrarle su comprensión discretamente y con cariño.

Él mantuvo una postura formal hasta terminar la cena y con una reverencia le dio las gracias:

—Todo estaba delicioso. —Luego le ofreció el paquete de fideos como muestra de agradecimiento.

Majime se encargó de recoger la mesa, llevó los platos abajo, a la cocina, y los fregó. Take, después de tomar un baño, se retiró a su dormitorio; él

generalmente se duchaba antes de irse a trabajar. Esa noche decidió acostarse temprano en lugar de quedarse despierto dando vueltas al asunto del diccionario o a cómo ser más sociable.

Vertió agua fresca en el cuenco que usaba *Tora*, le llenó el comedero con sardinillas secas y puso ambos en el suelo de la cocina. El animal nunca comía más que una pequeña ración en la pensión, lo que Take justificaba afirmando que posiblemente algún vecino estuviera alimentándolo con pienso. Sin embargo, Majime suponía que *Tora* se las apañaba por su cuenta. A pesar de su cuerpo voluminoso, era un cazador extraordinario; lo había visto varias veces paseándose triunfante por la orilla del canal con un gorrión o una libélula en la boca.

Regresó a su habitación, extendió el futón y llamó en voz baja a *Tora*. Esperó un rato, pero el gato no apareció. El animal solía pasar la noche acurrucado a sus pies, y se preguntó dónde estaría.

Se acostó y tiró del cordón vago. Pensando que *Tora* aún podría volver, se quedó despierto mirando al techo. Había dejado la ventana entreabierta.

Mientras permanecía inmóvil en la oscuridad, el sonido del agua del canal parecía el murmullo de un arroyo límpido. El viento empujó las nubes y la luz de la luna proyectó la sombra de las hojas de los árboles en la ventana.

En ese momento, Majime oyó lo que supuso eran los maullidos de *Tora*. De algún lugar procedía una voz baja que podía interpretarse como una amenaza o un arrumaco. En la habitación iluminada por la luz de la luna blanca y azulada, él se incorporó. Aguzó el oído. Definitivamente era *Tora*. Pero ¿dónde estaba y qué andaba haciendo?

Preocupado, se arrastró fuera del futón y se puso las gafas. El aire de la noche era más frío que fresco. Recogió un par de calcetines de una pila de libros y, tras comprobar rápidamente si olían, se los puso. Después se dirigió a la ventana y miró hacia el canal, pero, para su sorpresa, los maullidos de *Tora* venían de arriba, del tendedero de la azotea. Take debía de haber cerrado su ventana antes de irse a dormir y por eso el animal no podía entrar.

Convencido de que era eso lo que había sucedido, ya que esa noche estaba siendo especialmente fría, subió de puntillas la escalera para rescatar al gato. El pasillo del segundo piso estaba en penumbra. Los ronquidos de Take llegaban desde su dormitorio; parecía no haberse enterado de los débiles maullidos del felino. Introducirse en el dormitorio de su casera hubiera sido

una absoluta descortesía, pero por fortuna todas las habitaciones de esa planta tenían una ventana baja que daba a la azotea, por lo que no había necesidad de despertar a la mujer.

Majime abrió la puerta del cuarto de estar donde antes habían estado cenando. En los últimos años, ninguno de los dos moradores de la pensión se molestaba en echar la llave en las puertas de cada habitación, ya que no había nadie más en la casa.

—Con permiso —susurró Majime de todos modos, y entró a la sala.

El interior, iluminado por la luna llena, estaba más claro de lo que había imaginado. Sin dar la luz, se acercó a la ventana y miró fuera. El adorno de carrizos y las albóndigas blancas ya no estaban en el tendedero. ¿Quizá la casera los había retirado? ¿O *Tora* se lo había comido? Inclinandose por esto último, descorrió la ventana deslizante, momento en el que pudo oír los maullidos del gato con total claridad.

—Ya estás a salvo, no te preocupes. —Majime subió al alféizar y salió al tendedero—. He venido a rescatarte. —Llamando al gato por su nombre, miró hacia el otro extremo del tendedero.

El adorno de carrizos y las albóndigas se habían trasladado hasta allí por alguna razón. Y, además, una joven estaba de pie con *Tora* en brazos. La estupefacción hizo que la garganta de Majime se contrajera y emitiese una voz extraña:

—Uuuh...

La chica, que estaba mirando la luna llena, se volvió lentamente hacia Majime. Su perfil era hermoso, pero su rostro de frente lo era aún más. Ante esa inusual escena, Majime se quedó paralizado. Y como si hubiera sufrido un hechizo, tanto sus músculos como su corazón se pusieron rígidos.

La melena de la joven, que le llegaba hasta el hombro, se meció con la brisa y ella sonrió.

—Vaya, qué alegría. Por fin has venido a buscarlo.

Su tono sencillo y algo travieso le sonó familiar a Majime. ¿Acaso, bañada por la luz de la luna, la casera Take había rejuvenecido? Acudieron a su mente historias antiguas sobre transformaciones o apariciones misteriosas relacionadas con la luna. Se tambaleó hacia la ventana del dormitorio y escrutó el interior; Take estaba profundamente dormida con la boca muy abierta. «Entonces, ¿quién es esta?». Casi se cayó de espaldas.

*Tora* se retorció y saltó de los brazos de la joven al suelo. Se acercó a Majime, que se había quedado sentado con las rodillas levantadas, y se frotó contra sus espinillas.

—Qué adorable. ¿Cómo se llama? —preguntó la chica.

—Majime.

—¿Majime para un gato? Qué raro.

—No, Majime soy yo. El gato es *Tora*.

«Qué estúpido soy... Mi madre, que siempre me mira con eso que se llama buenos ojos, sin duda me encuentra adorable, pero ¡¿quién más en su sano juicio me va a encontrar así?!». Se ruborizó por el malentendido y por su excesiva inseguridad. La joven parecía estar desconcertada e inclinó la cabeza a un lado. Aprovechando la oportunidad, Majime preguntó:

—¿Y puedo saber quién eres tú?

—Soy Kaguya («noche luminosa»). He llegado hoy. Encantada de conocerte.

Majime miró a la chica: detrás de su silueta emergía la gran luna llena.

—Majimitooo, ¿por qué andas tan distraído, eeh?

Nishioka le dio un golpecito en la espalda y las ensoñaciones de Majime se desvanecieron en un instante. Si no se hubiera andado con cuidado, se le habría podido escapar el alma por la boca junto con el murmullo «Kaguya...».

Sin reparar en la agitación de Majime, Nishioka curioseó en su escritorio.

—¿En qué estás trabajando?

Nishioka era la razón principal por la que Majime se sentía fuera de lugar en ese departamento. El ritmo de su conversación, la distancia física y psicológica fluctuante que mantenía con sus compañeros de trabajo, la negligencia con la que se enfrentaba al suyo propio... Todo sobrepasaba los límites de su comprensión. Cada vez que entraba en contacto con Nishioka, se achantaba.

—En nada en particular...

—*Ren'ai* («amor..., romance»). —Nishioka encontró enseguida la entrada que Majime había estado revisando y leyó la definición en voz alta —: «*Amor*. Sentimiento de afecto por alguien determinado del sexo opuesto

que causa euforia y el deseo de estar a solas con esa persona y compartir un sentimiento de unidad emocional y, si es posible, también física. Normalmente uno fluctúa de un estado de desesperación cuando no se ve correspondido a uno de euforia cuando se siente correspondido». ¡Oh, sé lo que es! Es una definición del *Diccionario de japonés: Nueva interpretación transparente*, ¿verdad?

—Sí, de la quinta edición —respondió Majime.

—El que es conocido por sus peculiares definiciones... ¿Y qué pasa con eso?

—¿Perdón?

—No me vaciles, Majimeeee. —Nishioka se acercó con su silla y posó un brazo sobre el hombro de su compañero—. ¿Acaso estás enamorado? ¡Confiesa!

—No, sólo estaba pensando en el término en sí. —Majime se enderezó las gafas que se le habían deslizado por la nariz con la sacudida de Nishioka—. Es cierto que es una definición única, pero me pregunto si es apropiado limitar el objeto del amor romántico a alguien particular del sexo opuesto.

Nishioka retiró el brazo, deslizó su silla hasta su propio escritorio y preguntó, vacilante:

—... Majime, ¿por casualidad no serás una de esas personas...?

«¿Qué tipo de personas? ¿De qué está hablando?». Pasando del comentario de Nishioka, hojeó los diversos diccionarios que tenía al alcance de la mano. Todos contaban con una entrada para *ren'ai*, pero en todos la definición era: «Sentimiento surgido entre un hombre y una mujer». Teniendo en cuenta la realidad, tal descripción carecía de exactitud.

En la ficha léxica de *ren'ai* hizo un doble círculo que indicaba que era una palabra de gran importancia que sin duda debía incluirse. En el espacio de observaciones, escribió: «¿Sólo entre hombres y mujeres? Verificar los diccionarios extranjeros también».

En ese instante, el sentido de la pregunta de Nishioka por fin penetró en su cerebro y respondió:

—No, no lo creo. Probablemente no.

—¿Y eso? ¿Por qué no estás seguro de ello?

—Las personas con las que he sentido el deseo de compartir un

sentimiento de unidad emocional y física hasta ahora han sido solamente del sexo opuesto. Pero aún no he experimentado «euforia cuando se siente correspondido», así que, ateniéndome a esta definición, todavía no he tenido una experiencia completa del amor. Por eso me he limitado a responderte «probablemente no».

Nishioka, tras unos segundos de silencio, lo interrogó a gritos:

—¿Me estás diciendo que eres virgen?!

Sasaki, que acababa de entrar en la oficina, les lanzó una mirada de menos mil grados bajo cero y, con la misma gelidez en su tono, anunció:

—El profesor Matsumoto y el señor Araki están aquí.

Celebraban reuniones semanales de personal para elaborar la política editorial de *La gran travesía*. El número planificado de entradas se situaba alrededor de 230 000, lo que lo convertiría en un diccionario de tamaño mediano similar en volumen al *Amplio jardín de palabras* y al *Gran bosque de palabras*. Sería imprescindible un gran ingenio para hacer que *La gran travesía*, recién llegado al mercado, resultase atractivo para los usuarios.

—Necesitamos encontrar definiciones acordes con la sensibilidad contemporánea —solía puntualizar el profesor Matsumoto.

Araki, aunque se había jubilado de forma oficial, asistía a las reuniones en calidad de supervisor y aconsejaba:

—Vamos a incluir proverbios, términos técnicos y los nombres propios que podamos. Haremos un diccionario que pueda funcionar también como una enciclopedia compacta.

Para cumplir con esas demandas, Majime se dedicaba a la revisión de fichas léxicas día y noche. Primero, buscaba las palabras incluidas en los diccionarios existentes y marcaba las fichas correspondientes del archivo de su departamento con un doble círculo; esas palabras eran básicas en japonés. Las fichas de las palabras que se encontraban en diccionarios pequeños se rodeaban con un círculo, mientras que las incluidas en diccionarios de tamaño mediano se señalaban con un triángulo. Todas esas marcas servían de orientación para decidir si incluir o no una palabra en *La gran travesía*. Aquellas con un doble círculo no debían ser omitidas sin una razón de peso, mientras que aquellas con un triángulo podían ser descartables. Naturalmente, los datos recabados de los diccionarios existentes se tomaban sólo como referencia, ya que en la última etapa del trabajo el equipo haría su propia

selección según la política editorial de *La gran travesía*. Reunirían toda clase de palabras: arcaísmos, neologismos, extranjerismos, términos técnicos, y las estudiarían una a una para la selección final.

Majime se repartió las fichas con Sasaki y juntos continuaron revisándolas para compararlas con las definiciones de los diversos diccionarios manejados. El resultado de pasar tantas páginas, día tras día, fue que a Majime se le desgastaron las crestas papilares de los dedos y se le quedaron tan lisas que se le escapaban de la mano las cosas que intentaba coger. Nishioka, mientras tanto, descansaba en las cafeterías cercanas a la oficina y asistía a fiestas de hombres y mujeres solteros.

Ese día, en una de las reuniones semanales del departamento, Majime recorrió con la mirada los rostros allí congregados y manifestó su opinión:

—Creo que hay un problema. En nuestros listados faltan términos del mundo de la moda.

—Oh, sí. Yo también me he dado cuenta de eso —secundó Nishioka. Se reclinó, haciendo crujir la silla, y se cruzó de brazos—.

Al menos deberíamos incluir las tres principales colecciones más famosas del mundo.

—Entonces, ¿por qué no están esas fichas listas? —se irritó Araki.

—Siento ser un completo desconocedor de ese ámbito —abochornado, el profesor Matsumoto se toqueteó la corbata de cordón.

—Oh, no. No me refería a usted, profesor. Sólo me dirigía al tonto de Nishioka —se apresuró a puntualizar Araki.

Mientras miraba de reojo a Araki, Majime inquirió:

—¿Cuáles son las tres principales colecciones? ¿Sellos, cámaras de fotos... y sobres que contienen palillos? ¿O quizá los adornos *netsuke* serían más adecuados?

—Todo el mundo sabe, menos tú, que se refiere a los desfiles de moda de París, Milán y Nueva York. ¿Qué es eso de sobres de palillos o *netsuke*? Sólo Dios sabe cómo funciona tu cerebro, que tus ideas son *riaru ni* («realmente») misteriosas.

Nishioka lo miró como si fuera un chiflado, pero Majime no le hizo caso porque otro detalle había captado su atención.

«Nishioka ha dicho *riaru ni*, una expresión tomada del inglés en el

sentido de “realmente” y “verdaderamente”. Para mí es nueva, pero ¿se usa mucho?». Completó en el acto una ficha nueva con la fecha de ese día. Dejó en blanco el apartado sobre la primera aparición por escrito y apuntó en la parte de observaciones: «Usada por Nishioka».

Al ver a Majime absorto en crear una nueva ficha, a pesar de estar reunido, Sasaki dejó escapar un suspiro y zanjó el tema:

—Prepararé de inmediato un listado de los expertos en moda y les pediremos su colaboración para seleccionar entradas y redactar sus definiciones.

—Los diccionarios tienden a escribirse desde la perspectiva masculina —afirmó con calma el profesor Matsumoto, reconociendo ese punto débil—. En su mayoría son compilados por hombres, por lo que suelen carecer de palabras que tengan que ver con la moda y el trabajo doméstico, por ejemplo. Pero los diccionarios de ese estilo no funcionarán en el futuro. Sería ideal que hombres y mujeres de todas las edades e interesados en múltiples materias se unieran y crearan un diccionario.

—Ahora que lo pienso, nunca hemos tenido una editora joven en este departamento —admitió Araki y, azorado, agregó—: aunque, por supuesto, Sasaki es casi una chiquilla.

—Ahórrese el halago. —Sasaki rechazó con rotundidad el gesto cortés de Araki y se dirigió a otro compañero—: ¿Qué tal, Majime? ¿Te has dado cuenta de algo más esta semana?

Este estuvo a punto de negar con la cabeza, pero lo refrenó Nishioka, quien levantó la mano para luego intervenir:

—Este, aquí donde lo ven, parece que es virgen, señores.

Todas las miradas se clavaron en Majime.

—¿Y qué quieres decir con eso?! —Tras una pausa, Araki, con las venas abultadas en la frente le rugió a Nishioka—: ¿Es que supone algún problema para editar un diccionario si uno es virgen?! —Con brusquedad, comenzó a recoger sus papeles para marcharse—. ¡Este tipo no dice más que bobadas! —espetó como para sí mismo.

Ante el arrebato de cólera de Araki, Majime se sintió algo culpable y se vio obligado a pedirle disculpas:

—Lo siento.

Nishioka, al que en realidad habían regañado, no se amilanó para nada y

continuó:

—Un problema, huum... Sí, sí que lo hay, aunque no lo parezca. De hecho, Majime se ensimisma leyendo la definición de «amor» en el *Diccionario de japonés: Nueva interpretación transparente*. —Soltó unas risitas.

Majime se sintió un poco molesto; ese día había sido mucho más productivo que Nishioka. No obstante, señalar eso empeoraría la situación, cosa que no deseaba, así que una vez más se disculpó dócilmente:

—Lo siento.

—¿Has conocido a una señorita que te gusta, Majime? —preguntó el profesor Matsumoto, sosteniendo su pesado maletín negro.

El maletín estaba lleno de libros usados. De camino a Genbu Books, el profesor siempre iba de librería en librería de viejo en el barrio de Jinbōchō y compraba de su bolsillo primeras ediciones de novelas antiguas y nuevas. Su propósito no era leer por placer, sino buscar oraciones que pudieran servir como citas ilustrativas. En los diccionarios, recoger la primera aparición de una palabra en los documentos escritos es asunto de vital importancia. Por consiguiente, la recopilación de primeras ediciones de novelas se había convertido en un hábito del profesor que formaba parte de su interminable investigación.

—Profesor, usted no tiene por qué molestarse en terciar en la conversación de Nishioka a ese nivel.

—No, Araki, se equivoca. Enamorarse y mantener relaciones con alguien son asuntos muy importantes, especialmente para un joven inocente como Majime.

Al ser calificado de inocente, Majime sintió cómo le ardían los lóbulos de las orejas. Era consciente de su propia inocencia, pero nunca antes su vida amorosa, o más bien su falta de ella, había sido un tema de debate público. Casi se moría de vergüenza.

Ignorando la incomodidad de Majime, que permanecía cabizbajo, el profesor continuó:

—Tenemos que darlo todo de nosotros mismos para conseguir el mejor diccionario. Nuestro tiempo, nuestro dinero y nuestras energías, literalmente todo menos lo indispensable para vivir. *Viaje familiar. Parque de atracciones*. Aunque sé las palabras, no las conozco en realidad. Para ti es

crucial saber si tu joven enamorada entenderá nuestra forma de vida.

El resto del equipo había esperado con gran expectación un discurso sobre la grandeza y la hermosura del amor, por lo que se quedaron decepcionados. No podían dejar de seguir considerándolo un especialista respetable, pero sintieron un ligero escalofrío al preguntarse quién, además del profesor, podría valorar un romance con el criterio de si este supondría o no un obstáculo para llevar a cabo un trabajo lexicográfico.

—Un momento, profesor —Nishioka rompió el silencio—, ¿acaso nunca ha estado en Disneyland Tokio?

—He oído hablar de él, pero para mí es un lugar fantasma.

—¿En serio? ¿Sus nietos no le insisten en que los lleve?

Desentendiéndose de lo que Nishioka y el profesor estaban hablando, Sasaki se volvió hacia Majime.

—¿Cómo es ella, tu novia?

—Nada de novia, no estamos saliendo siquiera. —Majime sacudió la cabeza con fuerza. Intimidado ante la intensidad de la mirada de Sasaki, le proporcionó una preciosa información—: Se llama Kaguya Hayashi. Acaba de mudarse a la pensión en la que me hospedo. Es la nieta de mi casera. — Sintió que le ardía todo el rostro cuando pronunció el nombre de Kaguya.

—¡Conque estás viviendo con ella bajo el mismo techo! —Nishioka se entrometió, entusiasmado—. ¡Caray! Qué situación más erótica esa. Majime, contrólate.

—Eso es lo que debes hacer tú, ¡idiota! —Araki le dio el consabido guantazo a Nishioka en la cabeza, y luego se volvió hacia Majime—. ¿Y qué más?

Majime tampoco era rival para la mirada inquisitiva de Araki. Con gesto vencido, comenzó a soltar toda la información que tenía sobre Kaguya, igual que el merlion de Singapur, el mítico león marino que arrojaba agua por la boca.

—Tiene la misma edad que yo, veintisiete. Se ha ido a vivir con mi casera, Take, su abuela, puede que porque ya es muy mayor y Kaguya se preocupa por ella. Antes de venir, estaba haciendo un curso de formación en Kioto.

—¿Formación? ¿De qué? —preguntó Nishioka.

—De chef.

—Majime, tal como me lo imaginaba, tú...

Ahora Majime sí que comprendió a lo que quería referirse su compañero durante la conversación mantenida antes de la reunión, y rápidamente agregó:

—Kaguya es cocinera.

—¿Dónde trabaja? —Sasaki se sentó frente a un ordenador y abrió una página de búsqueda.

—Creo que en Yushima, en un local llamado El Albaricoque.

Sasaki tecleó unas palabras y luego descolgó el teléfono. Tras una breve conversación, anunció:

—He reservado una mesa para cuatro a nombre del señor Araki. Tengo que preparar la cena en casa, así que con su permiso me marchó. —Le endosó al perplejo Majime un plano que acababa de imprimir y se fue a toda prisa.

—Sasaki es una trabajadora impecable y eficaz, y lo acaba de demostrar de nuevo —afirmó Araki satisfecho.

—No será un restaurante caro, ¿verdad? —Nishioka, preocupado, le echó un vistazo a su cartera.

El profesor Matsumoto, con una sonrisa en los labios, aceptó la propuesta:

—Bien, entonces vayamos a conocer a la dueña del corazón de Majime.

Y el propio Majime, totalmente desconcertado ante la espontánea iniciativa de sus colegas para echarle una mano en sus zozobras sentimentales, se encargó de llevar el pesado maletín del profesor camino del restaurante.

En la estrecha entrada de El Albaricoque colgaba una clásica cortina *noven* blanca, en un rincón de la cual había tres albaricoques teñidos de índigo.

Cuando recorrieron la puerta de celosía, las enérgicas voces de dos cocineros les dieron la bienvenida detrás del mostrador: «¡*Irasshai!*!» El mayor era evidentemente el propietario. El otro tenía treinta y pocos años.

A la derecha había un mostrador de madera sin barnizar con ocho asientos. A la izquierda, tres mesas, cada una con capacidad para cuatro comensales. Al fondo se abría una zona elevada con mesas bajas sobre un

suelo de tatami. El interior estaba limpio y era luminoso, rebosaba de un ambiente muy animado y los asientos estaban casi llenos.

Kaguya, con una bandeja vacía en las manos, apareció desde la zona de tatami. Ella, al tener menos experiencia, parecía cumplir la función doble de camarera y cocinera. Su imagen en bata y delantal blancos deslumbró a Majime. Tenía el pelo perfectamente recogido y llevaba puesto un pequeño gorro de cocinera del mismo color que las otras dos prendas.

—¡Bienvenidos! —Kaguya se acercó con premura al grupo apiñado junto a la entrada.

Araki, que lo encabezaba, se presentó:

—Soy Araki. Hemos hecho una reserva por teléfono hace un rato.

—Sí, tenemos preparada una mesa, señor. —A continuación, reparó en la presencia de Majime detrás de Araki y sonrió aún más—. ¡Oh, Mitsu! ¡Qué detalle haber venido aquí! ¿Son tus compañeros de trabajo?

—Sí, son los miembros del Departamento de Edición de Diccionarios.

—Por favor, síganme, señores.

Kaguya condujo a los cuatro a la última mesa del fondo. Se limpiaron las manos con las toallitas humeantes de rigor y ojearon la carta, escrita a mano con pincel y tinta china sobre el tradicional papel japonés *washi*. Tenían una oferta muy amplia que iba desde platos muy elaborados hasta comida casera. Además, no eran tan caros como se habían imaginado.

Hicieron los pedidos y saciaron la sed con cerveza. Araki inició la conversación:

—Caramba, esta sí que es una grata sorpresa.

—Qué señorita más hermosa. Majime no es nada tonto. —El profesor Matsumoto asintió mientras se disponía a probar el apetitoso aperitivo que les habían servido, *tofu* frito con salsa espesa de setas *shimeji*.

—Por cierto, ¿ella te llama Mitsu? —preguntó Nishioka con una expresión entre una mueca y una sonrisa.

—Así me llama mi casera, por lo que Kaguya está siguiendo su ejemplo —respondió Majime nervioso, y luego miró furtivamente al mostrador con la mayor discreción posible, aunque a los ojos de los demás su interés era demasiado evidente.

Kaguya permanecía seria, concentrada, con la mirada fija en las manos de

su maestro. De vez en cuando, el cocinero más joven le ordenaba algo y ella realizaba la tarea asignada con movimientos ágiles. Este último era un hombre atractivo, con rasgos bien definidos y proporcionados. Su aspecto hizo que Majime reparara en su propio cabello, más alborotado si cabía que tras despertarse. Por primera vez en todo el día, Majime sintió la necesidad de atusárselo. Se dispuso a usar la toalla húmeda y caliente, pero ya se había enfriado.

La volvió a depositar sobre la mesa tras renunciar a la idea de arreglarse el pelo. Tuvo la sensación de que el aire se le había estancado desde la garganta hasta el pecho como un trozo de *mochi*, un pastel glutinoso de arroz, y apenas podía comer nada.

Kaguya, por su parte, no parecía darse cuenta del extraño comportamiento de Majime; probablemente no le llamase la atención porque Majime era así la mayor parte del tiempo. Les trajo un plato tras otro a la mesa del grupo: surtido de *sashimi*, estofado de verduras, la famosa ternera de Miyazaki adobada con *miso* casero y asada. Y cada vez comprobaba si querían más bebida para que no les faltara de nada, pero sin ser insistente.

—Majime nos ha dicho cómo te llamas. —Nishioka se dirigió a ella—. Kaguya, ¿verdad? Significa «noche luminosa». ¡Qué bonito! —Y la miró con la cabeza inclinada para ofrecerle lo que él creía que era su mejor ángulo.

—Gracias, aunque no me gusta demasiado porque suena a los grafitis que los moteros suelen garabatear en las paredes.

—De ninguna manera. Kaguya es el nombre perfecto para una persona tan hermosa —la elogió Nishioka con desparpajo.

En ese momento, Majime dejó escapar un gemido de dolor; alguien acababa de darle una patada en la espinilla. Al otro lado de la mesa, Araki clavaba una mirada de ira en Nishioka para advertirle de que dejara de soltar cursilerías. Parecía que había querido darle a Nishioka, pero por error había alcanzado a Majime.

—Nací una noche de luna llena. Me lo pusieron por eso. —Kaguya trató con cierta indiferencia a Nishioka, intentando no ser descortés.

Sin embargo, Nishioka no se detuvo:

—¡Oh, así que incluso la luna celebró su nacimiento!

Otra patada impactó en la espinilla de Majime. Como no podía advertirle a Araki que era su pierna, soportó el dolor en silencio mientras apretaba los

dientes.

Después de que los cuatro hombres se lo comieran todo y el alcohol les provocase un efecto agradable, salieron del restaurante. El aire frío que anunciaba la proximidad del invierno apenas les molestaba ahora.

—Todo estaba delicioso, ¿verdad? —se congratuló el profesor, complacido—. Sería fantástico que la próxima vez Sasaki también pudiera venir con nosotros.

—Si le ha gustado tanto el lugar, ¿quiere que la cena después de nuestras reuniones semanales sea siempre en El Albaricoque? —sugirió Araki.

—¡Oh, no! —protestó Nishioka—. No puedo permitírmelo; la compañía no nos cubre los gastos. ¿Qué les parece alternar con El Jardín de los Siete Tesoros?

Sus cuatro alargadas sombras se extendían en la acera mientras caminaban por la calle en plena noche. Majime, creyendo que la luna estaría en lo alto, miró al cielo, pero no encontró su resplandeciente presencia en ninguna parte. Únicamente había unas nubes bajas y grises, iluminadas de forma débil por el reflejo de las luces de la ciudad.

Como Araki le rehuía, Nishioka se puso al lado de Majime. Con aire pensativo, dio un suspiro y comentó:

—A veces me asusto de mí mismo.

—¿Y eso por qué, Nishioka?

—Has visto cómo me ha estado mirando Kaguya, ¿no? Siempre me pasa. Me siento mal por ti, Majime. Es el resultado de mis irresistibles encantos con las mujeres. No me odies.

Araki, que iba delante, se volvió. Con una expresión mezcla de pasmo y desdén, espetó por encima del hombro:

—Nishioka, eres tonto de remate.

Majime también se había sorprendido por el comentario de Nishioka. Supuso que era una broma y escrutó el perfil de su compañero, pero este esbozaba una sonrisa triunfal.

¿De dónde sacaría tanta seguridad en sí mismo? Si Kaguya lo había estado mirando, ¿no era por el simple hecho de que no paraba de hablarle? Más bien Majime había tenido la impresión de que ella respondía ocultando su incomodidad ante los comentarios sobre su nombre porque no podía

ignorar a un cliente.

No obstante, Majime sabía que una mujer podía considerar atractivo a alguien que vistiese un traje elegante y poseyese un carácter activo y alegre, como Nishioka. No pudo evitar sentir cierta agitación ante esa idea. ¿Quizá Kaguya prefiriese quedarse en casa acariciando al adorable *Tora* en lugar de salir con alguien como Majime, que vestía trajes ordinarios, era un pusilánime y cuya presencia pasaba desapercibida? En mitad de esas especulaciones infundadas sobre los sentimientos de Kaguya, se consternó. Parecía del todo improbable que un inexperto en asuntos amorosos pudiera alcanzar el nivel de Nishioka, dueño de una asombrosa autoestima acrecentada por la atracción que ejercía sobre las mujeres.

—Nishioka, ¿por qué no te mudas a la pensión de Majime? —sugirió el profesor Matsumoto entre risitas.

—¿Vivir en una pensión desvencijada? No, gracias.

—Qué lástima. Hubiera sido una buena oportunidad para recrear en los tiempos modernos el escenario de la novela *Kokoro* de Natsume Sōseki.

—¿*Kokoro*? —Con la cabeza ladeada, Nishioka dio unos pasos—. Ah, sí. La leí en bachillerato. La nota de suicidio era tan extrañamente larga que me hizo mucha gracia.

—¿Es esa la impresión que te ha quedado de la obra maestra de Sōseki.?! —Una vez más, había despertado el enojo de Araki—. Te lo pregunto en serio: ¿se puede saber qué pintas tú en una editorial?

—Porque me contrataron. ¿Qué se le va a hacer? —Nishioka cruzó los brazos de forma ostentosa y retomó el tema—: Ahora, a lo que iba. Me hizo gracia porque alguien que decide suicidarse no escribiría una epístola tan extensa. Cualquiera que recibiera un abultado testamento en un paquete postal se asustaría.

—No —intervino Majime—, puedo asegurarte que el manuscrito tan voluminoso no le llegó al destinatario en paquete postal, sino envuelto en una hoja de *hanshi*[5], sellado y enviado por correo certificado. Era lo suficientemente pequeño como para caber entre los pliegues del kimono del receptor.

Tras la explicación, Majime se extrañó. Ahora que reflexionaba sobre ese asunto, la carta que el personaje, *Sensei*, había escrito al narrador, *Yo*, antes de suicidarse, en efecto era muy extensa y voluminosa, y no le parecía

posible que pudiera involucrarse en un papel de ese tamaño ni tampoco que cupiera entre los pliegues de un kimono.

—¿Quién estaba a cargo del personal cuando te contrataron? Me gustaría saberlo, la verdad —se quejó Araki, todavía indignado.

Pero Majime no consideraba que Nishioka fuera tan mal empleado. La paciencia para llevar a cabo las tareas no era su fuerte, pero tenía una mente muy despierta. Y, de hecho, acababa de señalar un punto ilógico en el clásico de Sōseki como si fuera de lo más normal reparar en ello. «Quizás en lugar de un mero conocedor de las palabras y perseverante en el trabajo como yo, alguien del estilo de Nishioka, capaz de ir por libre y de ver las cosas desde una perspectiva inusual, está más dotado que nadie para la lexicografía». A Majime, ahora deprimido, le comenzaron a pesar tanto los pies que parecía que se estuviese hundiendo en el pavimento. Nishioka, ajeno al abatimiento de su compañero, insistió con el tema de la novela:

—Entonces, profesor, ¿por qué *Kokoro* cobraría vida si yo me mudase a esa casa desvencijada?

—Porque de esa manera el triángulo amoroso entre tú, Kaguya y Majime se desarrollaría en el escenario de la pensión, justo como en el libro.

—Majime no me parece un rival a mi altura —bromeó Nishioka.

El profesor Matsumoto alegó con expresión seria:

—Aunque conoces el concepto de triángulo amoroso en teoría, hasta que no lo has experimentado en la vida real no tienes ni idea del dolor y del sufrimiento mental que conlleva. No puedes definir la palabra correctamente si no sabes lo que significa. Un lexicógrafo nunca debe evitar enfrentarse a una experiencia real para completar el análisis intelectual.

Al parecer, el profesor Matsumoto tenía la intención de arrojar a Majime y a Nishioka al atolladero del amor para conocer el término de primera mano a través de sus experiencias; ese hombre era un auténtico demonio de la lexicografía. Majime miró furtivamente la filiforme espalda del profesor y se estremeció; comenzaba a tener la sensación de que su maletín lleno de libros usados era una negruzca masa de pasión implacable.

—Tal como era de esperar, es una excelente idea. —Nishioka no había percibido nada oscuro en el comentario del profesor—. Entiendo que quiere decir que por el bien del diccionario deberíamos experimentar cualquier situación, pero eso pondría al virgen Majime en una posición desventajosa.

—Asintió, muy satisfecho de sí mismo, y agregó—: ¡Majime, á-ni-mo! —exclamó, picándolo en broma.

Las burlas de Nishioka no molestaron a Majime, ya que su atención estaba centrada en la incoherencia que había en los comentarios del profesor Matsumoto.

—Pero, profesor —Majime se dirigió a él algo vacilante—, antes nos dijo que usted nunca ha estado en un parque de atracciones, ¿verdad? ¿Le parece bien no llevar usted mismo sus consejos a la práctica?

—No soporto los lugares ruidosos —respondió este sin darse por aludido—. Pero vosotros sois jóvenes, llenos de energía. Así que disfrutad de la experiencia del amor, de los parques de atracciones y de todo lo demás.

Es decir, que ellos tenían que experimentarlo en su lugar.

Majime se separó de sus tres compañeros, que iban al metro, y caminó en solitario hacia la pensión. Para consagrar su experiencia al diccionario, quería ganarse el corazón de Kaguya y saborear las mieles de la conquista amorosa en la medida de lo posible y, si ella quisiese, hasta estaba dispuesto a ir a un parque de atracciones. En todo caso, Kōrakuen quedaba a un tiro de piedra de donde vivía. Aunque la distancia física no constituía un obstáculo, para Majime ese parque de atracciones parecía tan inalcanzable como una ruina antigua en un desierto remoto. ¿Cómo podría transmitirle a Kaguya lo que sentía por ella? ¿Cómo podría hacer que ella le correspondiera? Y, sobre todo, ¿cómo podría invitarla a salir un día? No tenía ni la menor idea.

Alternar las cenas entre El Albaricoque y El Jardín de los Siete Tesoros tras las reuniones semanales se convirtió en una costumbre entre el personal del Departamento de Edición de Diccionarios.

A la mañana siguiente de haber visto a Kaguya trabajando en el restaurante, Sasaki salió del almacén de los archivos y se dirigió a Majime, que estaba sentado a su escritorio:

—¿No crees que ella es un reto?

—¿A quién se refiere, señora Sasaki?

—A Kaguya. Majime, tienes que ponerle empeño; si no...

—¿Usted también cree que Nishioka es más su tipo?

—¿Nishioka? —Sasaki se rio con desdén—. Si hay alguna mujer que diga que ese es su tipo, me gustaría conocerla.

Al parecer, Nishioka no era tan popular entre las chicas como él mismo afirmaba. Entonces, ¿qué clase de hombre sería el tipo ideal para ellas? Majime se sintió aún más confundido.

—Es demasiado superficial. —Con esa rotunda palabra, Sasaki descartó a Nishioka, ausente en ese momento—. No es de él de quien debes preocuparte, sino de los hombres con los que trabaja.

—¿Cómo?! —Rápidamente Majime comparó en su mente las facciones duras del propietario y los rasgos bien definidos del chef joven—. Entonces, ¿le gusta el joven cocinero?

—Majime... —Sasaki lo miró con lástima y luego, tras dar un suspiro, negó con la cabeza. Parecía que quería decirle: ¿hasta dónde llega tu estupidez?—. Me refiero a que Kaguya está absorta en su trabajo. Encontrar una ocasión para atraer su atención sin interrumpirla en sus quehaceres es una misión difícil. ¿Tú serías capaz de hacerlo?

No. Majime bajó la vista y comenzó a reunir las virutas de goma de borrar que estaban esparcidas sobre su escritorio.

Apenas unos instantes después de que Sasaki se hubiese ido, Nishioka entró en el despacho mientras doblaba con cuidado un pañuelo; parecía que acababa de lavarse y secarse las manos. Al ver a Majime agrupar las virutas, le dijo:

—Oye, no es momento de hurgarse la nariz. —A pesar de ser una broma habitual en él, la dijo con un tono grave sin dejar lugar a que Majime lo rebatiera.

Con calma, Majime tiró los restos de la goma a la papelera y le preguntó:

—¿Es que ha sucedido algo?

—Acabo de escuchar una noticia preocupante en el servicio de hombres del edificio principal.

—¿Has ido hasta allí cuando hay baños aquí?

—Tenía que hacer aguas mayores. Me gusta hacerlo en paz en un lugar donde apenas me conoce nadie.

Majime se sorprendió al descubrir que Nishioka tenía un lado tan sensible. Este último, tras carraspear, prosiguió con la alarmante noticia:

—Mientras estaba en la cabina, escuché a alguien decir que *La gran travesía* probablemente se cancelara.

—¿De veras?! —Majime se puso en pie de un salto.

—Fue alguien de Ventas, creo. Cuando salí de la cabina ya se había ido, así que no sé quién era. Entonces, tú tampoco habías oído nada de eso, ¿verdad?

—Pues no.

Majime no tenía ningún compañero cercano en Ventas y, de hecho, él era un estorbo en ese departamento, por lo que no habría motivo alguno para que nadie le advirtiese de que su proyecto estaba a punto de encallar.

—Elaborar diccionarios precisa de mucho dinero. —Nishioka se recostó en su silla, lo que hizo que esta chirriase, y clavó una mirada severa en el techo—. ¿Qué hacemos, Majime?

Majime se puso a pensar de forma atropellada. Las frecuentes reuniones del Departamento de Edición de Diccionarios habían dado sus frutos y la política editorial estaba prácticamente establecida. Si no podía evitar que el proyecto se cancelara, no sabía cómo pedirles perdón a Araki y al profesor Matsumoto.

—Tenemos que informarnos de hasta qué punto es cierta la cancelación del proyecto y si la decisión ya está tomada o hay margen para la negociación. Mientras tanto, pasemos a la acción.

—¿Y qué se te ocurre?

—Ponernos en contacto con los especialistas de cada campo y pedirles que contribuyan al avance del diccionario.

—Ajá. —Nishioka comprendió el propósito de Majime y esbozó una sonrisa maliciosa.

Había que seguir una serie de pasos antes de poder comenzar la contratación externa para encargar los manuscritos de términos técnicos. En primer lugar, seleccionaban las entradas que iban a ser incluidas con relación a las fichas léxicas del banco de datos del departamento. A continuación, concretaban la política editorial y entonces preparaban las normas de contribución. Normalmente contaban con más de cincuenta colaboradores, de modo que los estilos de redacción de cada uno eran tan diferentes que se tardaba una eternidad en uniformarlos. Entonces era cuando se aplicaban las normas, las cuales indicaban los diversos requisitos para la colaboración: el tipo de información, el número total de matrices y el formato, todo ello acompañado de modelos específicos de algunas entradas con sus

correspondientes definiciones.

Siguiendo sus propias normas, el personal del departamento redactaría las entradas para los modelos consultándolo con el editor jefe, el profesor Matsumoto. Una vez hecho esto, efectuarían los últimos ajustes necesarios para las normas de contribución. Naturalmente se trataba de un pequeño muestrario de posibles entradas, aunque este debía contener una gran variedad de elementos: sustantivos propios, cifras e ilustraciones. El proceso de elaboración de los modelos y de verificación serviría para determinar la orientación y la calidad del diccionario.

Tener a mano los modelos de las entradas permitiría decidir más o menos el cuerpo de la tipografía y el diseño de las páginas. Asimismo, permitiría calcular aproximadamente la cantidad de páginas, el número total de entradas y el coste final del proyecto. Llegados a ese punto, se comenzaría la contratación externa y se enviaría a los colaboradores las normas de contribución y sus modelos.

El equipo de *La gran travesía* acababa de iniciar la preparación de las normas de contribución, por lo que en circunstancias normales sería prematuro contactar con los especialistas externos.

Sin embargo, Majime consideró que era mejor hacerlo de inmediato. El mundo de la lexicografía era sorprendentemente pequeño y las editoriales que tenían departamento de edición de diccionarios eran muy pocas. Hasta ese momento, el equipo léxico de Genbu Books se había puesto en contacto sólo con los expertos en moda, el punto débil del nuevo diccionario, pero eso había sido suficiente para que empezara a circular el rumor de que Genbu había comenzado a preparar un nuevo diccionario. Así que todo lo que necesitaban hacer era que ese rumor se extendiese de forma imparable. Enviar solicitudes a los expertos en una gran variedad de campos mostraría a todos los miembros de la compañía y personas externas lo mucho que apostaba el personal de Edición de Diccionarios de Genbu para realizar *La gran travesía*.

En efecto, elaborar un diccionario costaba una enorme suma de dinero, pero un diccionario era el orgullo de toda editorial y también una obra valiosa de por sí. Según la opinión general, publicar un diccionario fiable y apreciado por el público dotaría a la empresa de una base sólida para los próximos veinte años. A pesar de que el departamento se entregaba al proyecto con

entusiasmo, si la propia compañía diera la orden de suspender el proyecto, se sembrarían rumores negativos. La gente sospecharía que Genbu Books se encontraba en dificultades económicas o que sólo se preocupaba por las ganancias rápidas. Sin duda, la propia empresa debía evitar llegar a esa incómoda situación.

—Majime, no me esperaba que fueras tan buen estratega.

Nishioka se mostró muy animado y se dispuso de inmediato a acercarse otra vez al edificio principal para ver qué nueva información podía recabar. Cuando estaba saliendo por la puerta, se volvió y dijo:

—Por cierto, mantén ese coraje para derrotarme a mí también.

—¿Cómo?

—Me refiero a lo de Kaguya. Tendrás que jugar un poco sucio para luchar contra mí. —Y se fue entre risas.

Majime temía que lo dijese en serio y no fuese una mera fanfarronada de Nishioka. La razón por la que mostraba tanta confianza en sí mismo seguía siendo un misterio para él. «Realmente hay personas con una alta autoestima», murmuró Majime con admiración mientras seguía la espalda de su compañero con la vista. Sin perder el tiempo, descolgó el teléfono para transmitir las noticias urgentes a Araki y al profesor Matsumoto.

*La gran travesía* aún no había naufragado. Majime y el resto del personal decidieron hacer todo lo posible para mantenerla a flote.

Nishioka y Sasaki seleccionaron a los colaboradores y realizaron llamadas telefónicas, e incluso los visitaron personalmente para solicitar contribuciones de manera confidencial. Araki, en el ínterin de las visitas diarias a su esposa en el hospital, se mantuvo ocupado sondeando a los altos mandos de la editorial a fin de recabar su opinión y apoyo, mientras Majime y el profesor Matsumoto andaban enfrascados en la elaboración de las normas de contribución y los modelos de las entradas.

Para definir una palabra, inevitablemente se tienen que usar otras. Cada vez que Majime pensaba en las entradas, algo parecido a una imagen de la torre de Tokio construida de madera surgía en su mente: una estructura frágil que se mantenía en pie gracias a un equilibrio asombroso de palabras que se complementaban entre sí y que se apoyaban mutuamente. Sin embargo, por mucho que comparase los diccionarios existentes y por mucha cantidad de datos que reuniera, justo cuando creía haber captado el sentido de una palabra

y lo tenía bien agarrado en su mano, se le escurría entre los dedos, se desmoronaba en pedazos y desaparecía por completo.

Se encerró en su habitación ese fin de semana y continuó pensando en las palabras. En la habitación del fondo del piso bajo que había convertido en su biblioteca, extendió los libros en el suelo y se pasó las horas devanándose los sesos. ¿No habría alguna manera directa de expresar la diferencia entre *agaru* y *noboru*? Eran verbos sinónimos de «subir» y «ascender» en general, pero no siempre resultaban intercambiables.

—¿Sigues con el trabajo del diccionario? —inquirió Kaguya mientras entraba en la habitación seguida por *Tora*—. Un domingo malgastado, ¿no te parece, *Tora*? —Se volvió hacia el gato, que respondió con un miau.

Kaguya se agachó en el suelo frente a Majime. El Albaricoque cerraba los domingos, así que en lugar de salir temprano por la mañana a comprar productos frescos, como hacía el resto de la semana, se quedaba en casa. Aunque le sentaba de maravilla el uniforme de chef, vestida de manera informal, con un pantalón vaquero y un suéter, también estaba muy guapa. Majime sintió que se le aceleraba el corazón. Y se dio cuenta de que «esta aceleración precisamente corresponde a *agaru*, en el sentido de ponerse nervioso». Estar con Kaguya le hacía feliz, pero su corazón no lo podía resistir y lanzó una indirecta para que ella se fuera:

—Bueno, creo que hay mucho polvo aquí.

—¿Te molesto?

*Tora* rodeó las pilas de libros para acercarse a él y le dio en el muslo con el rabo, como animándolo a seguir adelante con Kaguya. Majime se apresuró a negarlo:

—No, no, en absoluto.

—Sólo quería que me prestaras un libro sobre cocina, si tienes alguno.

Igual que Majime era adicto a su trabajo con los diccionarios, Kaguya no podía dejar de pensar en el restaurante, incluso en su día libre. Pero ella nunca cocinaba en casa, porque al menos ese día quería librarse de hacerlo. Take siempre le gruñía a su nieta: «Hay que ver, niña. Con esa actitud, se te va a pasar el arroz, te lo aseguro».

Majime, en su calidad de huésped de la pensión, no podía abrigar la atrevida esperanza de probar la comida casera de Kaguya, de modo que últimamente tomaba él la iniciativa y preparaba tres raciones de Nupporo

Número Uno para invitar a la abuela y la nieta. Al parecer, a Kaguya le gustaba el sabor de la comida basura de los fideos instantáneos y se los tomaba siempre con deleite. La idea de que lo que él había cocinado estuviese entrando en el cuerpo de ella y se fuese a convertir en su carne y su sangre le fascinaba tanto que no podía evitar inclinarse un poco hacia delante y quedarse mirándola mientras comía.

Rezando en su interior para que no lo considerase un lunático por eso, Majime se puso en pie delante de una estantería. Desafortunadamente, no encontró ningún libro de temas culinarios.

—Me temo que el único que tengo relacionado con la comida es este. — Le ofreció *El mundo de los hongos*.

Algo insatisfecha, Kaguya miró el libro que Majime sostenía. En la cubierta había una fotografía de un hongo de un rojo vivo que crecía en la tierra húmeda. De ninguna manera parecía comestible.

—Recopilaré más libros sobre cocina a partir de ahora —se disculpó Majime.

—Voy a echarle un vistazo de todos modos. —Kaguya tras hojear las páginas, lo sujetó bajo el brazo y se puso en pie—. Hace buen tiempo. ¿Quieres que vayamos a algún sitio?

—¿Adonde?

—A Kōrakuen, por ejemplo. Queda cerca.

El corazón de Majime comenzó a latir con tal violencia que sintió que el alma se le iba a salir del cuerpo. «Esto es exactamente lo que significa la expresión *ten ni mo noboru kimochi* (“una sensación de euforia tan fuerte que casi te eleva hasta el cielo”); por fin había comprendido a través de su propia experiencia, a través de la felicidad, la sensación de ascender al cielo.

Además, justo en ese instante también se le hizo clara la diferencia entre *agaru* y *noboru*. Las palabras que antes habían estado flotando en el caos rápidamente se juntaron formando grupos y encajaron entre sí. En su imaginación vio que una torre de *agaru* y otra torre de *noboru* se elevaban con un perfecto y hermoso equilibrio hacia el cielo. Olvidándose de la presencia de Kaguya, incluso de su invitación para ir al parque de atracciones Kōrakuen, siguió el hilo de los pensamientos que se desplegaban en su mente a una velocidad vertiginosa. Controlando la emoción que bullía en su interior, Majime murmuró:

—Oh, sí. Ya veo.

Mientras que *agaru* enfatizaba el lugar alcanzado con un movimiento ascendente, *noboru* enfatizaba el proceso del movimiento ascendente. Por ejemplo, al invitar a alguien a casa se decía: «Sube a tomar un té», y entonces se usaba *agaru*, nunca *noboru*, porque lo importante en ese caso era el lugar donde se iba a tomar el té (es decir, el punto de llegada, en ese caso concreto el interior de la casa, que estaba más elevado que el suelo del exterior), no el proceso por el que se llegaba a dicho sitio. Para «subir a una montaña», en cambio, era al revés y el verbo correcto era sin duda *noboru*, ya que lo importante era la acción, compuesta por los movimientos físicos que se realizan mientras uno se dirige a una cumbre, no el momento en que se pone el pie en la cima.

«Entonces, ¿qué pasa con la expresión: *ten ni mo noboru kimochi* (“una sensación de euforia tan fuerte que casi te eleva hasta el cielo”)?», Majime reflexionó sobre la sensación que había experimentado hacía un segundo. Y se convenció de que en ese caso lo correcto era *noboru* y no *agaru* porque su alegría radicaba en el hecho de que su felicidad todavía podía seguir aumentando hasta alcanzar el cielo.

—Pero espera. También se expresa la euforia por medio del verbo compuesto *mai-agaru* —musitó.

Y se preguntó entonces por qué no debería ser *mai-noboru* en lugar de *noboru*. Sin ser consciente de ello, se sentó con formalidad en el tatami, apoyándose en los talones, y cruzó los brazos mientras reflexionaba. En ese caso, ¿el énfasis radicaría en la euforia en sí misma y no en el proceso? Como el estado de euforia era superior al normal, parecía más apropiado usar el verbo que implicaba el estado que se había alcanzado y no el que se centraba en la transición.

Satisfecho tras haber hallado la solución del problema, Majime descruzó los brazos. Entonces, por primera vez, se dio cuenta de que Kaguya y *Tora* ya no estaban a su lado. Alarmado, salió al pasillo. La planta baja se hallaba en total silencio. Era muy probable que Kaguya se hubiera ofendido porque él se hubiese callado de repente a mitad de la conversación. ¿Acaso la invitación al parque de atracciones que le había hecho se habría borrado de su mente? Subió la escalera hacia el segundo piso.

Desde el cuarto de estar de Take se oía la risa de Kaguya. Take parecía

estar reprendiendo a su nieta. ¿Acaso Kaguya se estaría riendo de él por ser tan *bokunenjin* («huraño, cabezota»)? Por una vez, Majime se preocupó por la posibilidad de perder su dignidad y se sintió humillado. La idea de que la chica que adoraba lo despreciara o ridiculizara le ponía insoportablemente triste. Al mismo tiempo, no pudo evitar analizar la palabra *bokunenjim* ¿cuál sería su origen? De alguna manera sonaba como la pronunciación a la japonesa de un nombre coreano, como por ejemplo el del poeta Park Nam-su, que se pronunciaba Boku Nanshū en japonés, pero probablemente ese no era el motivo.

Majime se armó de coraje y abrió la puerta. Kaguya y Take estaban viendo la televisión mientras comían galletas crujientes de arroz *senbei*. La pantalla mostraba los fragmentos más destacados de un popular programa diurno de variedades.

—Este presentador siempre se muestra tan apático con su trabajo que resulta de lo más divertido, ¿verdad? —comentó Kaguya.

—No comas tantas galletas. Si no, no almorzarás luego —le advirtió su abuela.

Después de esa incoherente conversación, las dos mujeres tomaron un sorbo de té al mismo tiempo. Majime se quedó paralizado en la entrada mientras sentía el misterio de la sangre compartida entre esa pareja de mujeres que en nada se parecían físicamente. Al descubrir que en realidad Kaguya se había estado riendo de las gracias del programa, se sintió aliviado.

Al fin la chica se dio cuenta de su presencia, se volvió hacia él y sonrió.

—¿Has terminado con tu meditación?

—Sí. Lo siento.

—Muy bien. ¿Nos vamos entonces?

Majime se asombró. No había descartado el plan de dar un paseo con él, tan sólo había estado esperando hasta que saliese de su ensimismamiento. La sorpresa fue tan grande que Majime se quedó más sorprendido que feliz.

Pasando por el lado de Majime, que seguía sin reaccionar, Kaguya se puso una cazadora y guardó el monedero y el móvil en los bolsillos.

—¿Te vienes tú también, abuela?

—¿Adonde?

—Al parque de atracciones Kōrakuen.

Take miró a su nieta, luego a su inquilino. Parecía querer decir algo. Presionó con energía la palanca superior del hervidor eléctrico y llenó la tetera. Majime clavó en ella una mirada suplicante.

—¡Ay, ay...! —De repente, Take se apretó la barriga y se encorvó hacia delante.

Sobresaltada, Kaguya pasó la mano por la espalda de Take y le preguntó:

—¿Qué te ocurre, abuela?!

—Ah, mis espasmos de siempre...

—Pero si no tienes ninguna enfermedad crónica. ¿Y qué es eso de los espasmos?

—Son calambres abdominales.

Majime se inclinó sobre Take y la ayudó a enderezarse.

—¿Le duele mucho?

Ella levantó la vista y pestañeó; había intentado guiñar un ojo, pero no lo consiguió.

—Si me echo un rato, se me pasará. Id vosotros.

—Abuela...

Con una fuerza impropia de alguien que sufría espasmos, Take empujó a la vacilante Kaguya hacia la puerta.

—No es nada grave. Disfrutad mucho dando vueltas y subiendo y bajando.

La forma en que Take describió los movimientos de las atracciones le sonó un poco obscena a Majime. Pese a eso, la miró a los ojos agradecido. Ella pestañeó en un nuevo intento de guiñarle un ojo.

De esta manera, Majime pudo ir con Kaguya a solas al parque de atracciones. *Tora* asomó la cabeza por debajo del edredón del *kotatsu*, la mesa camilla baja con una estufa eléctrica incorporada, y maulló como si también lo alentara.

En domingo, el parque de atracciones estaba lleno de familias y parejas jóvenes. Por la megafonía se anunciaba un espectáculo de acción en vivo. Una montaña rusa sobrevolaba el recinto provocando a su paso un ruido atronador.

El sol todavía estaba en lo alto. Desde la escuela primaria, Majime no había vuelto a un parque de atracciones. Intranquilo, miró a su alrededor.

—Las montañas rusas de ahora son enormes y tienen unos raíles más retorcidos que antes. Dan miedo.

—Mi abuela ha tratado de no molestarnos, ¿no crees?

«Otra conversación incoherente», pensó. Luego miró a Kaguya. Ella también lo estaba observando: sus ojos oscuros brillaban e intentaban reprimir algún sentimiento. Majime comenzó a agobiarse. Sabía que tenía que decir algo, pero aunque hubiese consultado el diccionario más grande del mundo, le habría resultado imposible encontrar las palabras apropiadas. Desvió la vista a otra parte y le respondió con otra pregunta:

—¿En qué quieres montar?

Kaguya se sintió algo decepcionada por la actitud evasiva de Majime y dejó escapar un pequeño suspiro.

—En aquel. —Señaló el tiovivo.

Subirse a uno de los caballitos pintados de llamativos colores le daba vergüenza, pero era preferible a la montaña rusa. Los gritos desaforados que oía constantemente por encima de sus cabezas le estaban acobardando, por lo que aceptó de inmediato la elección de Kaguya.

Montaron en el tiovivo tres veces y entremedias deambularon por el recinto. No hablaron mucho, pero Majime no se sintió incómodo, sino más bien en paz. Cuando descansaron en un banco, echó un vistazo al perfil de Kaguya; también parecía estar a gusto. Masticaba un sándwich mientras veía cómo dos hermanos pequeños tiraban de la mano de sus padres hacia un gran trampolín.

—¿Tienes hermanos, Kaguya?

—Un hermano mayor. Está casado y vive en Fukuoka. Trabaja en una compañía.

—Mis padres también están en Fukuoka. Llevan mucho tiempo allí, desde que a mi padre lo destinaron ahí por trabajo.

—¿Y tú, tienes hermanos?

—No, soy hijo único. Y veo a mis padres como mucho una vez al año.

—Eso suele pasar cuando uno se hace adulto.

Siguieron hablando sobre en qué lugar de Fukuoka vivían sus respectivos familiares, cuál era la comida típica de allí y qué marca de *mentaiko*, huevas marinadas del abadejo de Alaska, era la mejor para comprar como *souvenir*.

Agotaron el tema de inmediato y se quedaron callados.

El sonido del arranque de las atracciones, los clamores y los gritos de pavor junto a la alegre música de fondo inundaban el ambiente.

—Montemos en ese. —Kaguya agarró suavemente a Majime por el codo y le animó a acercarse a una enorme noria.

Lo soltó pronto. Y, sin embargo, la sensación del tacto de las puntas de sus finos dedos y la leve presión permaneció intacta en el codo de Majime.

La noria era ultramoderna y carecía de radios. Se trataba de un enorme aro que se erguía hacia el cielo.

Todas las atracciones que Kaguya había elegido eran lentas y Majime no estaba seguro de si era porque no soportaba las máquinas aterradoras o porque se preocupaba por él, que daba la impresión de ser incapaz de montarse en ellas. Sin necesidad de hacer cola, se introdujeron en una de las góndolas y disfrutaron de la imagen del cielo abriéndose ante ellos y de la ciudad extendiéndose bajo sus pies.

—Me pregunto quién inventaría la noria —dijo Kaguya mientras miraba por la ventana—. Siempre he pensado que es divertida, pero también un poco triste.

Majime acababa de sentir lo mismo. A pesar de estar con ella en ese angosto espacio, o más bien precisamente por tenerla a tan corta distancia, reparó en que algo le impedía tocarla o mirarla a los ojos. Incluso al estar a solas y lejos del suelo, seguían siendo seres independientes. Observaban la misma escena, respiraban el mismo oxígeno, pero nunca se fundirían en uno.

—Cuando estoy preparando la comida, a veces tengo la misma sensación que cuando estoy en la noria. —Apoyó el codo en el borde de la ventana y acercó la mejilla hasta que casi rozó el cristal.

—¿Por qué?

—Porque no importa lo exquisita que la haga; se da una vuelta por el cuerpo y se va fuera sin más.

—Sí, es verdad.

Era un tanto peculiar que comparase una noria con la ingestión y excreción de alimentos. Sin embargo, el tipo de vacío y soledad al que se había referido también podría aplicarse a la lexicografía.

Por muy grande que fuese la cantidad de palabras que reunieras,

interpretaras y definieras, ningún diccionario estaría completo de verdad. En el momento en que uno piensa que ha conseguido reunir las palabras ordenadamente en un volumen, estas se convierten en una masa informe imposible de contener. Se zafan cambiando su forma, riéndose de los ingentes esfuerzos y la pasión del compilador como si de una provocación se tratara: «Inténtalo de nuevo, a ver si eres capaz». Lo único que Majime podía hacer con el movimiento interminable de una palabra y su desbordante energía era capturarlos con la mayor exactitud posible en el momento fugaz en que se manifestaban y plasmar ese efímero estado por escrito. Por muchos alimentos que ingieras, mientras sigas vivo volverás a tener hambre. Y de igual modo, por mucho que captures una y otra vez las palabras, volverán a dispersarse en el vacío como fantasmas.

—Aun así, no renuncias a ser cocinera, ¿verdad, Kaguya?

Aunque nadie pudiera quedarse plenamente saciado, Majime estaba seguro de que ella continuaría esforzándose en mejorar sus habilidades culinarias siempre que siguiese habiendo gente que quisiese comer bien. Y aun siendo consciente de que ningún diccionario podía ser perfecto, él continuaría con su vocación poniendo todo su empeño mientras hubiese personas que usasen las palabras para expresar sus pensamientos.

—Creo que sí. —asintió Kaguya—. Porque me gusta.

Majime miró al cielo que se iba tiñendo con los colores del amanecer. La pequeña góndola en la que iban alcanzó la cima y lentamente comenzó a descender. Pronto regresarían al punto de partida.

—De entre todas las atracciones, esta es mi favorita —afirmó él. A pesar de la soledad de la noria, le gustaba su energía silenciosa y persistente.

—La mía también.

Majime y Kaguya sonrieron cómplices.

—Así que ¿no le dijiste que te gustaba ni le diste un beso? ¡¿Y para qué diablos fuiste al parque de atracciones?! —Le reprochó Nishioka a Majime mientras este empezaba a gemir.

Nishioka no era el único que se había quedado anonadado ante la irresolución de Majime. Esa mañana, Take también se había lamentado lo indecible: «Entonces, ¿de qué sirvió mi ataque de espasmos?». Sin poder encontrar palabras con las que responderle, Majime se había limitado a masticar el crujiente encurtido de nabo *takuan* de su desayuno en silencio.

Kaguya había salido al mercado hacía un buen rato.

Nishioka seguía sin darle tregua a Majime.

—¿Lo tienes a huevo y te tomas la cosa con esa pachorra? ¡Puede que Kaguya y su compañero de El Albaricoque ya estén liados!

—No, eso no puede ser.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque, cuando le pregunté si estaba saliendo con alguien, me respondió que no, que «el trabajo me mantiene ocupada y hasta ahora no he tenido mucho interés en ello».

—Y te lo creíste... ¡Menudo bobo! —sentenció Nishioka, implacable—: Ella quería decirte que no está interesada en ti. ¡Espabila! No te rindas e insiste: «¡No importa, quiero que salgas conmigo!». ¡¿Por qué crees que hay un magnífico hotel al lado de Kōrakuen?!

Kaguya no había dicho: «No estoy interesada», sino: «No he tenido mucho interés», en tiempo pasado. Sin embargo, Majime no era nada engreído, por lo que no podía creerse que ahora estuviera interesada en él. Quería plantear varias objeciones a lo que Nishioka le estaba diciendo, pero decidió que era mejor permanecer callado.

Pese a que todavía estaba en horario laboral, Majime se dedicó a escribir una carta de amor. Sin necesidad de que Nishioka o Take se lo advirtieran, era consciente de que no debía seguir con esa actitud tan pasiva e indecisa. Sin embargo, ya había demostrado que cuando estaba frente a Kaguya era incapaz de dar con las palabras adecuadas.

Ni siquiera podía confesarle su amor estando a solas con ella en la góndola de la noria, y nunca se atrevería hacerlo. A menos que un yonqui lo amenazara a punta de navaja y le ordenase: «¡Di a quién amas!».

Pero si no podía decir las palabras, podía escribirlas. Una vez tomada la decisión, terminó las tareas asignadas para ese día a toda velocidad. Ahora estaba inclinado sobre una hoja de papel calentándose la cabeza. No era momento de hacer caso a Nishioka.

*Muy señora mía:*

*Vientos fríos nos anuncian la proximidad del invierno. Confío en que estarás bien.*

—Pero ¡¿qué demonios es esto?! —gritó Nishioka con la mejilla apoyada en la mano. Había estado observando a Majime y se arrimó a él—. Suena demasiado forzado. Ni siquiera las disculpas corporativas son tan formales.

—¿No está bien?

—Relájate un poco, exprésate con más alegría. Para empezar, ¿quién escribe cartas hoy en día? Ella tiene móvil, ¿no? ¿No sería mejor enviarle un e-mail?

—No tengo su dirección de e-mail. E incluso si la tuviera, tendría que enviarle un mensaje desde el trabajo. Eso es poco romántico, ¿no?

—El hecho en sí de no tener móvil ya es poco romántico. Ve inmediatamente a comprarte uno. De lo contrario, cambiaré tu apodo de Majime a *Busui* («antirromántico»).

—Majime no es mi apodo, es mi verdadero apellido.

Mientras discutían, resonó una voz profunda:

—¿Estáis a lo que tenéis que estar o no?

Levantaron la vista. Araki los observaba desde la entrada de la oficina con las piernas abiertas y las manos en las caderas sacando pecho.

—¿Acaso os habéis creído que tenemos todo el tiempo del mundo para terminar este diccionario?

—¡Ni por asomo! Estamos trabajando duro con toda nuestra alma. — Nishioka se levantó y le ofreció una silla a Araki.

Majime, disimuladamente, guardó la carta de amor sin terminar en el cajón de su escritorio.

—¿Qué le trae por aquí? No hay reunión hoy —inquirió Nishioka.

—Acabo de conseguir un acuerdo con la dirección. —Araki, sin sentarse, se quitó la bufanda negra—. El proyecto de *La gran travesía* va a continuar con ciertas condiciones.

Majime y Nishioka se miraron, intrigados. Decidiera lo que decidiera la compañía, estaban absolutamente dispuestos a alcanzar su meta: la publicación de *La gran travesía*. Habían seguido adelante, llenos de dedicación, con sus planes, forzando lo que ellos llamaban un *hecho consumado* mientras el proyecto se encontrara en peligro. ¿Qué condiciones les habrían impuesto? Se imaginaron lo peor.

—Una: tenemos que revisar el *Diccionario Genbu de japonés escolar*.

Otra...

—Imposible —interrumpió Majime—. ¿Cómo podemos revisar otro diccionario cuando estamos creando desde cero uno nuevo a una escala mucho mayor, con más de 200 000 entradas? Necesitamos centrarnos exclusivamente en *La gran travesía*.

—Ninguna de las personas de la dirección ha trabajado en un diccionario, por eso exigen una cosa así —secundó Nishioka—. Actualizar un diccionario requiere tanto trabajo y tiempo como hacer uno nuevo. Usted lo sabe mejor que nadie, señor Araki.

—Sea como sea, tenemos que hacerlo. —Araki frunció el ceño con amargura y agregó—: Elaborar *La gran travesía* cuesta dinero y que nos autofinanciamos todo lo posible es la intención de la compañía. Así que hay que dar un rodeo para llegar a nuestra meta.

Las reediciones de los diccionarios se vendían bien, porque entre una edición revisada y una edición anterior, casi todos los compradores elegían la que contenía la información más actualizada.

El *Diccionario Genbu de japonés escolar* era un volumen pequeño que Araki y el profesor Matsumoto habían elaborado y mantenía unas ventas estables entre los estudiantes de primaria y secundaria. Esa debía de ser la razón por la que la compañía había ordenado una nueva revisión tras la ya notable actualización realizada el año previo.

—¿Y qué dirá el profesor Matsumoto? —preguntó Majime.

—Estoy casi seguro de que aceptará. El resultado de la revisión nos servirá sin ninguna duda a la hora de elaborar *La gran travesía* —alegó Araki, tratando de convencerse a sí mismo—. En particular, a ti, Majime, que eres nuevo en la compilación de un diccionario. Es mejor que acumules experiencia con uno escolar antes de dedicarte a un diccionario mayor.

Araki había puesto en marcha el proyecto de *La gran travesía* tras haber superado numerosas dificultades, por lo que, ahora que se había topado con un obstáculo en el proceso de elaboración, debía de sentirse más frustrado que cualquier otro y hacía desesperados esfuerzos por solucionarlo. Ya que el consejo de acumular experiencia era bastante sensato, Majime no tuvo más remedio que aceptarlo. Con respecto a las condiciones, Araki había señalado que eran varias. Majime, dispuesto a todo, pensó que acataría lo que fuese, así que clavó sus ojos en Araki y preguntó:

—Hay algo más, ¿verdad? ¿De qué se trata?

—Hmm... —Araki apartó la vista y se rascó la barbilla, incómodo—, no, nada. Nishioka, ven conmigo. —Y salió de la oficina.

Majime y Nishioka intercambiaron una mirada.

—¿Qué le habrá pasado? —preguntó Majime.

—Quién sabe...

Desde el pasillo, Araki rugió:

—¡Vamos, Nishioka! ¡Date prisa!

—¡Ya voy! —Se dirigió a Majime—: No sé lo que quiere de mí, pero le acompañaré. Asegúrate de cerrar con llave cuando te vayas. Gracias.

Tras la marcha de su compañero, Majime se quedó solo en la oficina. Extendió sobre su escritorio la carta de amor aún sin terminar, pero no podía parar de pensar en Araki y Nishioka. Con la excusa de que necesitaba tomar un té, cogió su taza y salió al pasillo para espiar.

El sombrío pasillo estaba desierto. Acercó la oreja a la puerta de al lado, la del almacén de los archivos; no se oía nada. Habían salido del edificio. En vista de la situación, se preparó un té en la cocina y regresó a la oficina.

Al atardecer, el interior de la estancia se hallaba más en calma de lo normal. Majime encendió la luz fluorescente situada justo encima de su mesa; las sombras se volvieron más densas hasta que las estanterías que bordeaban las paredes parecieron un lóbrego bosque.

Acomodó el cojín de la silla y se sentó. Mientras se tomaba el té, pensó en qué escribir a continuación. Todo estaba en el aire, y no sabía adónde irían a parar el diccionario y su vida amorosa. La oficina estaba atestada de libros y palabras, pero ¿cuál de ellos le indicaría la salida de ese laberinto? No tenía ni idea.

Lo que tenía claro era que, si seguía parado sin saber qué hacer, nada cambiaría. Con la sensación de que el peso de las estanterías lo oprimía, sostuvo la pluma en su mano. Una letra tras otra, despacio y con cuidado, comenzaron a llenar el espacio de la hoja en blanco para dar forma a sus sentimientos.

La terminó poco después de las ocho de la noche. Nishioka todavía no había regresado. Depositó la misiva sobre el escritorio de su colega, pero dudó un momento porque daba la impresión de que la carta de amor estuviera

destinada a este, por lo que adjuntó una nota: «Por favor, dime qué te parece».

Apagó la luz y cerró la puerta con llave. Luego se aseguró de que el almacén de los archivos se quedaba cerrado y de que todo estuviera apagado en la cocina. Nadie sabía exactamente cómo o cuándo habían adquirido la metódica costumbre de que la última persona en irse de la oficina se asegurara de que las puertas estuvieran cerradas y de que no hubiera ningún peligro de incendio. En el Departamento de Edición de Diccionarios no había nada de valor monetario, pero los materiales que habían reunido y las palabras que habían acumulado no tenían precio.

Majime le entregó la llave al conserje del edificio y salió a la calle. Expulsó un vaho ligero al respirar. Era hora de ponerse un abrigo más grueso. Hundió la barbilla en la bufanda y se encaminó hacia su casa.

Cuando llegó a la pensión, se topó con Take, que acababa de darse un baño.

—Ah, hola. Ya estás de vuelta. —Las mejillas de la anciana estaban sonrosadas.

Majime se percató entonces de que, a pesar de convivir con Kaguya bajo el mismo techo, llevaban horarios tan distintos que nunca la había visto recién salida del baño. Lo que lamentó un poco, pero inmediatamente después se avergonzó de haber pensado eso y se disculpó para sus adentros, aunque no tenía claro si se dirigía a Take o a Kaguya.

—Acabo de llegar.

—Hace frío hoy, ¿no? ¿Te apetece tomar un té conmigo?

—Sí, gracias.

Se lavó las manos antes de ir a la sala de estar. Al sentarse con las piernas cruzadas al *kotatsu*, dejó escapar un suspiro. Algo suave y pesado se le subió al regazo; era *Tora*, que había estado durmiendo al calor de la estufa, bajo la mesa.

—Parece que lo pasasteis bien en el parque de atracciones —comentó Take mientras colocaba hábilmente el servicio de té y un plato pequeño lleno de encurtido de repollo chino—. Kaguya estaba contenta cuando me lo contó.

—Si es así, me alegro. —Majime hizo una leve reverencia antes de pinchar un trozo de repollo chino con un palillo.

Su corazón latía con violencia. Se empezó a preocupar por si a Take no le

agradaban los sentimientos que tenía por Kaguya. Su pusilanimidad comenzó a crecer de forma imparable en su interior. Había creído que Take lo apoyaba, pero cabía la posibilidad de que estuviese equivocado. En cualquier caso, un mero inquilino no sólo se había adueñado de todo el piso inferior con sus libros, sino que ahora también estaba tratando de echar las garras sobre su nieta. Recordó el refrán japonés: «Le das el alero del techo y te roba toda la casa»; ¿acaso estaría haciendo eso con su casera? Pero no, no iba a robarle a su nieta; él deseaba con total sinceridad entablar una relación con Kaguya, si es que ella estaba dispuesta.

—Como apenas pude mantener una conversación, temía que se hubiera aburrido —reconoció con humildad, con el fin de no causarle mala impresión a Take.

No obstante, era incapaz de reprimir sus esperanzas y sus emociones, de manera que se centró en masticar el repollo encurtido a toda velocidad; los crujidos resonaron en la salita como si un hámster estuviese mordisqueando una hoja de lechuga.

—Mi niña se ha vuelto un poco cobarde. —Take dio un suspiro.

—¿Cobarde?

Majime se tragó el encurtido e inclinó la cabeza a un lado. Le extrañó que describiese de esa manera a la Kaguya siempre segura de sí misma que él conocía.

—Sí, desde que rompió con su antiguo novio. Él quería casarse con ella, pero se negó a acompañarlo al extranjero, donde lo habían destinado. Lo rechazó con la excusa de que no quería dejar el curso de cocina.

—En mi trabajo no hay puestos en el extranjero. —Sin ser consciente de lo que hacía, se levantó a medias y gimió por el dolor que le ocasionaron las uñas de *Tora*, que se había asustado por el repentino movimiento.

—De todos modos, está claro que a los hombres no les parece una chica dulce. —La anciana suspiró de nuevo—. Escarmentó tanto con esa experiencia que está entregada por completo a su carrera. Había otra persona en Kioto que la quería, pero me parece que eso también se acabó.

Kaguya se había ido a Tokio para vivir con su abuela, probablemente porque había concluido una etapa de su formación en Kioto, pero Take parecía sentirse responsable de la felicidad de la joven.

—Un cocinero debe seguir con su formación y disciplina de por vida —

dijo Majime en un intento por aliviarla—. La persona que le propuso matrimonio no iba a estar en el extranjero para siempre, ¿verdad? Si realmente hubiera querido casarse con Kaguya, habría podido vivir separado de ella por un tiempo o habría podido posponer el enlace hasta que llegara el momento oportuno. Había varias alternativas.

Majime comenzó a indignarse poco a poco. Tenía celos. Allí estaba él, sin haber sido capaz de entablar una relación con Kaguya, mientras un hombre había dejado escapar la oportunidad de casarse con ella, provocándole además tal amargura que Kaguya se había vuelto cobarde en el amor. Al pensarlo sintió envidia de ese tipo y también irritación.

—A lo mejor alguien como tú podría ser bueno para ella —murmuró Take.

Majime levantó la mirada con brusquedad.

—¿De verdad lo cree?

—Sí. Alguien un poco bobo y que vive en su propio mundo, me refiero. No se entrometería en su vida ni en lo que ella quiera hacer. Diría que ninguno esperaríais demasiado el uno del otro, simplemente daros la libertad de vivir a vuestro aire.

Ese tipo de relación le parecía algo triste a Majime, pero a lo mejor Take en el fondo le estaba elogiando. Vaciló, pero, al recordar los anteriores consejos que su casera le había dado sobre contar con otros y dejarles que contaran con él, decidió ponerlo en práctica en ese preciso instante.

—En ese caso, por favor, interceda por mí ante ella, pero de manera indirecta y natural.

—¡Pero bueno...! Si no sé lo que siente y, además, tampoco es fácil fingir naturalidad en un asunto de esa índole.

Majime se incorporó de un salto, salió disparado de la sala de estar y regresó corriendo con un montón de Nupporo Número Uno en el regazo. Todo lo que poseía eran libros, así que el único incentivo que se le ocurrió para que la anciana intercediera por él ante su nieta fueron los fideos instantáneos. No le importaba lo ridículo que pareciera.

—Ayúdeme de alguna manera, se lo ruego.

Mirando la pila de paquetes de fideos sobre la mesa, Take suspiró por tercera vez.

—En fin, qué remedio. Veré lo que puedo hacer... —Parecía estar

conteniendo la risa mientras hablaba.

Al día siguiente, Nishioka ya estaba en su escritorio cuando llegó Majime, cosa rara en él.

—Bueno, bueno, Majimitooo, he leído tu carta de amor.

—¿Qué te ha parecido?

—No está mal. Dásela de una vez. ¡Al ataqueee! —Estaba conteniendo la risa.

«¿Por qué la gente se ríe de mí cuando hago las cosas con total seriedad?». Perplejo, a la par que desolado, retiró las quince hojas de papel y las guardó en su maletín.

—¿Qué te contó el señor Araki ayer?

—Ah, eso... —Nishioka encendió su ordenador y comenzó a revisar su correo electrónico—. Nada en particular.

—Pero... ¿no quería informarte de la otra condición para continuar con *La gran travesía*:?

—No. Sólo quería quejarse de los directivos y desahogarse. Tuve que acompañarlo a beber hasta las tantas de la noche. Fue agotador.

Receloso, Majime escrutó el perfil de su compañero. Estaba bastante seguro de haber escuchado a Araki decir «otra», pero ¿habría oído mal? Si todo lo que Araki quería hacer era protestar por cuestiones relativas al trabajo en algún bar, ¿por qué le había pedido sólo a Nishioka que lo acompañara? ¿Acaso era porque él aún no llevaba mucho tiempo en el departamento? ¿O quizás Araki no se sintiese lo bastante cómodo como para hablar con él con total libertad?

Se sumió en una ansiedad similar a la que sentiría una estudiante de secundaria al estar separada de sus amigas. O eso suponía él, ya que nunca había sido una chica de secundaria. Era consciente de que su excesiva formalidad provocaba incomodidad en la gente, una de las principales razones por las que nunca encajaba. Sin embargo, había creído que por fin estaba algo familiarizado y más relajado en su nuevo entorno, y que incluso se llevaba bien con Nishioka. Ante tales pensamientos se decepcionó.

Mientras revisaba su correo electrónico, Nishioka tarareaba y decía para sí mismo cosas como: «Oh, qué rápido. El historiador, el profesor Saijō, ya me ha enviado su manuscrito». Si Majime tuviera el mismo carácter que Nishioka, alegre y sociable, que no levantaba muros para mantener a los

demás fuera, entonces todo le iría sobre ruedas, tanto su trabajo como su vida amorosa. Nishioka, que en ocasiones parecía insensible, nunca hacía daño de forma deliberada a nadie. De eso Majime se había dado cuenta hacía ya tiempo.

—Muy bien. —Nishioka se levantó con la chaqueta en la mano—. Me voy a darles un toque a los colaboradores de los que aún no hemos tenido noticias.

Esas prisas en Nishioka nada más llegar a la oficina le parecieron injustificadas.

—Todavía queda tiempo para la fecha de entrega. ¿No crees que es un poco precipitado?

—Los textos para un diccionario son bastante peculiares. Nunca se sabe si tendrán alguna duda relacionada con cómo redactar lo que les pedimos. Es importante hacer seguimientos cuanto antes y con frecuencia... ¡Tachááán!, mira esto. —Con efecto de sonido incluido, sacó con orgullo un folio que tenía entre las hojas de su agenda y lo extendió.

Se trataba de una tabla con el horario de clases de cada profesor universitario al que habían invitado a colaborar. Majime tuvo que admitir que esa información les facilitaría saber cuándo estarían en sus despachos para atender sus visitas. Pero ¿en qué momento lo habría preparado? Cuando era cuestión de echarse a la calle, Nishioka estaba lleno de energía.

—Esto es impresionante —dijo Majime con admiración.

Aunque pensaba que había mucho trabajo por hacer en la oficina, como retocar los manuscritos ya recibidos o revisar las fichas léxicas, no se lo comentó a Nishioka para no aguarle el entusiasmo.

—Cuando regrese, hablaremos de la planificación para reeditar el *Diccionario Genbu de japonés escolar*.

—Sí, cómo no.

Majime se puso los manguitos negros y sacó las fichas léxicas que le habían asignado para ese día.

—Majime.

Al oír su nombre, levantó la vista. Había pensado que su compañero ya se había marchado, pero aún permanecía de pie en la entrada. ¿Sí?

—Ten más confianza en ti mismo. A cualquiera que sea tan serio y

diligente como tú seguro que le irá bien en todo lo que haga.

Asombrado, Majime posó su lápiz en la mesa, preguntándose a qué se refería.

—Yo te ayudaré en lo que pueda, ¿vale? —agregó Nishioka, y desapareció por la puerta.

Sin ninguna duda, algo debía de haber sucedido. Hasta Majime, que había sido tildado de bobo por Take, se había dado cuenta. A lo mejor a Nishioka le había entrado una fiebre repentina o Araki le había comentado algo. Tenía que ser una cosa u otra.

Kaguya llegó a casa a altas horas de la noche y se encontró a Majime acurrucado al pie de la escalera. Se dio un buen susto y se echó para atrás, golpeándose la espalda contra la puerta que acababa de cerrar.

—¡Uy! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo siento, no era mi intención asustarte. —Majime se arrodilló y le tendió la abultada carta de amor a Kaguya, que permanecía inmóvil en la entrada de suelo de hormigón con los zapatos aún puestos—. Por favor, léela. —Pero ¿qué es esto?

—Una muestra de mis sentimientos. —Se dio cuenta de que estaba ruborizado hasta las cejas y se apresuró a ponerse en pie—. Esto... Buenas noches.

Majime se precipitó a su cuarto, cerró la puerta y se metió en el futón. Percibió que ella subía al piso de arriba. Una vez que hubiera leído la carta, podría acudir inmediatamente con su respuesta. Sus latidos se aceleraron, y se puso más y más nervioso, tanto que sentía que sus sienes se habían petrificado. Había vertido toda su alma en aquellas hojas. Cualquiera que fuera la respuesta de Kaguya, la aceptaría con entereza. Miró al techo y esperó pacientemente. *Tora* maullaba en el tendedero. Oyó que la ventana de Kaguya se abría y se cerraba. Alrededor todo se sumió en el silencio. Tal vez había saltado un pez o tal vez una ramita de un árbol se había caído, pues se oyó un ligero chapoteo en el canal.

Esperó hasta que sus pies fríos se calentaron del todo, pero ella no apareció.

Pasó toda la noche en vela hasta que vio cómo el cristal de la ventana clareaba bañado por la luz de la mañana.

Transcurrida una semana, Majime seguía sin tener respuesta de Kaguya.

Como de costumbre, apenas se vieron. Incluso el domingo, su día libre, ella salió de casa por la mañana muy temprano para asistir a la demostración de un famoso cocinero en un hotel o algún evento parecido. Majime se preguntó si lo estaría evitando. Se arrepintió de haber recurrido a un medio de comunicación tan desesperante como una carta.

Pasó esos días abatido, aunque eso no repercutió en su ritmo de trabajo; su incansable diligencia era uno de sus puntos fuertes. Consultó con el profesor Matsumoto cómo debían proceder a revisar el *Diccionario Genbu de japonés escolar* en paralelo a la compilación de *La gran travesía*.

—Cuando se edita un gran diccionario nuevo, suelen surgir reveses en el camino. —El profesor Matsumoto asumió con calma el engorroso encargo de la compañía—. No obstante, es una lástima que andemos faltos de personal. A ver cuántos años tardamos en completar *La gran travesía*...

—Pero ¿la compañía tiene interés en nuestro diccionario o no? —Sasaki, que apenas revelaba sus sentimientos, manifestó por una vez su frustración—. Sin cubrir ni uno de los puestos vacantes, ¿ahora se nos exige que revisemos también otro diccionario? Parece que estén esperando a que abandonemos el barco, nunca mejor dicho.

Araki y Nishioka intercambiaron unas miradas rápidas, y ese gesto no se le escapó a Majime. Lo que ocupaba su mente en la última semana no era sólo la respuesta de Kaguya, sino también la actitud inusual de Nishioka.

Como él había revisado la carta, Majime había pensado que debía mantenerlo informado, así que le había dicho que le había entregado la misiva a Kaguya y que todavía no había recibido ninguna respuesta. Sin embargo, cada vez que Majime se refería al asunto, Nishioka simplemente sonreía o trataba de consolarlo: «Dale tiempo. No parece de las que ignoran una carta de amor». No mostraba más curiosidad de la necesaria, cuando en circunstancias normales Nishioka le hubiera estado acribillando a preguntas para enterarse de todas las novedades. Era cierto que andaba ocupado estableciendo el programa de trabajo del diccionario o visitando a los colaboradores, pero definitivamente había algo extraño en su comportamiento. E incluso Sasaki tenía la mosca detrás de la oreja ante la repentina diligencia de Nishioka.

Majime trató de levantar el ánimo y dijo, con actitud positiva:

—Cierta pionero compiló un gran diccionario en solitario. Nosotros al

menos somos varios. No debemos rendirnos, sino seguir adelante.

—Sí, en efecto —asintió el profesor Matsumoto, mirando a Majime como a un joven digno de confianza.

—A veer, me resulta muy difícil decirlo, pero... —comenzó Nishioka con temor— parece que la próxima primavera me trasladarán al Departamento de Promoción y Publicidad...

—¿Cómo?!

—¿Por qué?!

El profesor Matsumoto y Sasaki levantaron la voz asombrados. Nishioka esbozó una leve sonrisa y bajó la vista. Con aire dolorido, Araki explicó:

—La política de la compañía. Quiere ahorrar personal en nuestro departamento.

—Qué desconsideración... —El profesor Matsumoto agarró el nudo de un paquete envuelto en un pañuelo *furoshiki* que había sobre el escritorio—. En ese caso, dudo de que pueda terminar *La gran travesía* en mi vida.

—¡Justo cuando estábamos quejándonos por la falta de personal! —Indignada, Sasaki sacudió la cabeza y, debido al estrés acumulado, su cuello crujó ruidosamente.

«¿Qué Nishioka va a dejar nuestro departamento?», estupefacto, Majime se quedó sin habla. Araki, un jubilado, era el supervisor externo; el profesor Matsumoto era el editor jefe y Sasaki era una trabajadora temporal. Entonces, ¡el único que podía negociar oficialmente con la compañía y dirigir el proyecto era él!

Desde luego, no era el momento adecuado para alabar al precursor que había elaborado diccionarios en solitario. La entera responsabilidad del Departamento de Edición de Diccionarios en Genbu Books estaba a punto de recaer sobre sus hombros.

Tambaleándose por la gran conmoción y sintiéndose aún más inseguro de sí mismo, Majime terminó el trabajo del día y regresó a casa. Después de haber tomado un poco de Nupporo Número Uno, se encerró en la habitación del fondo, su biblioteca. Tenía que ir a trabajar al día siguiente, pero era incapaz de conciliar el sueño. Sin televisión ni pasatiempos en particular, no conocía otra forma de calmarse que leyendo.

Se sentó con la espalda recta en medio del aire nocturno que olía a polvo y respiró hondo. Luego cogió uno de los cuatro volúmenes del *Mar de*

*palabras*. Ese diccionario, considerado el precursor de los diccionarios modernos en Japón, había sido compilado por Ōtsuki Fumihiko sin ayuda de nadie en la era Meiji, hacía más de cien años. El hombre había invertido sus bienes y su tiempo, y había consagrado literalmente toda su vida a completar la obra.

«¿Tendré yo semejante fuerza moral y determinación?». Colocó el volumen, adquirido en una librería de viejo, sobre su regazo y pasó con cuidado las páginas ligeramente mohosas. Sus ojos se posaron en la entrada *ryōrinin* («cocinero»), escrita con una ortografía antigua. La definición decía: «Alguien cuya ocupación es cocinar. Un *chūjin*». *Chūjin* era una palabra anticuada para cocinero que apenas se usaba. El destino de cualquier diccionario, sin importar lo bien hecho que estuviese, era el de quedarse desfasado. Las palabras eran seres vivos. Si alguien le preguntara a Majime si el *Mar de palabras* era práctico hoy en día, él le respondería con honestidad que se había vuelto obsoleto. Pese a eso, no dudaba de que los principios y la pasión con los que se había elaborado el *Mar de palabras* nunca envejecerían y se transmitirían de generación en generación a través de otros valiosos diccionarios y de los corazones de los lexicógrafos.

La entrada *ryōrinin* naturalmente le hizo pensar en Kaguya. La definición usaba la palabra *gyō*, que podía significar «ocupación, trabajo», aunque también tenía un sentido más profundo próximo al de «vocación». Un *ryōrinin* era alguien que se veía impulsado a cocinar; alguien destinado a preparar comida para satisfacer el estómago y el corazón de muchos otros, alguien elegido para tal cometido. La palabra *gyō* también podía leerse *gō*, que significaba «karma» en el budismo. Tras repasar las actividades cotidianas que realizaba Kaguya, Majime cayó en la cuenta de que debía de sentirse inevitablemente atraída por su profesión a causa de un vínculo kármico. Ōtsuki Fumihiko, que lo había explicado con una palabra que abarcaba todos esos sentidos, era absolutamente admirable, y Majime se quedó más impresionado que nunca por ese gran erudito. Tanto Kaguya como Ōtsuki Fumihiko y como probablemente él mismo estaban poseídos nada menos que por un vínculo procedente de vidas pasadas.

Una vez más, Majime se entregó a sus fantasías. Qué feliz sería si Kaguya correspondiera a sus sentimientos. Y si le sonriera, podría morir de la satisfacción, lo cual no era una mera metáfora exagerada; como nunca había

hecho demasiado ejercicio físico, no tenía ninguna confianza en su sistema cardiovascular, por lo que era bastante dudoso que su corazón pudiera soportar el impacto de una sonrisa radiante de Kaguya.

También se lamentó por haberle escrito una carta de amor. Ella estaba tan inmersa en su aprendizaje que se podía afirmar que estaba poseída por la cocina y no quería ser jamás un estorbo en su camino; él mismo se sentía obligado a dedicar toda su energía en sacar adelante la edición de *La gran travesía*, así que comprendía lo que significaba estar preso y poseído por el trabajo. Y la ausencia de respuesta a su carta de amor era, sin duda, un signo de la confusión que le había causado a Kaguya. No debería haber hecho nada que pudiera importunarla, aunque sólo fuera por un segundo. Debería haberse guardado sus sentimientos, su amor, en su corazón. Se arrepintió de nuevo.

Majime oyó el ligero sonido de la puerta de la entrada al abrirse: Kaguya acababa de llegar a casa. A pesar de hallarse enfrascado en sus reflexiones, se puso en pie como si lo hubiese movido un resorte. Por voluntad propia, sus pies le condujeron hasta el pasillo.

—Kaguya —la llamó con voz ronca.

A mitad de la escalera, ella se volvió. Llevaba un abrigo negro y el pelo suelto. Quizás a causa del cansancio, sus ojos habitualmente brillantes parecían soñolientos.

—Me gustaría recibir tu respuesta.

—¿Mi respuesta...? —Kaguya pestañeó despacio.

—Sí. Si es un no, dímelo sin reparos. Estoy dispuesto a asumirlo.

—Un momento. ¿Por casualidad estás hablando de la carta que me diste el otro día?

—Sí, me refiero a la ca, ca, ca... —tartamudeó por la gran tensión que sentía, pero logró decir—: carta de amor.

Kaguya se quedó inmóvil, mirándolo, y emitió algo entre un grito de sorpresa y un suspiro. Se sonrojó al instante.

—¡Lo siento! —Tras esa exclamación, se dio la vuelta y subió la escalera.

Se había disculpado. ¿Eso era un rechazo? Entonces, ¿por qué se había ruborizado tanto? Habría sido preferible que le hubiera despedazado el corazón de una vez por todas con unas palabras y una actitud implacables, pensó Majime. Pero ella se había mostrado indescriptiblemente adorable.

A pesar de verse a sí mismo como una especie de pervertido, Majime no podía dejar de recordar la expresión del rostro de Kaguya cuando le había dicho que lo sentía. Le había dejado triste, angustiado, y la encontraba tan adorable que llegaba a irritarlo. Abrumado por un remolino de emociones tan complejas, permaneció completamente quieto en el pasillo. Ni siquiera sentía el frío que le penetraba por el cuerpo.

Estuvo inmóvil un rato considerable. Sus hombros, apenas cubiertos por la chaqueta del pijama, se habían congelado, pero él seguía de pie. Kaguya regresó sosteniendo una toalla de baño y una muda. Al encontrarlo todavía al pie de la escalera, pareció sorprenderse.

—Lo siento, tengo que darme un baño —se disculpó de prisa y pasó por su lado.

Se disculpó hasta dos veces más. Majime fue recuperando la movilidad lentamente. Regresó a su biblioteca, recogió el *Mar de palabras* del suelo y volvió a colocarlo en la estantería. Luego se retiró a su habitación, abrió un poco la ventana para que el gato pudiese pasar y se metió en su futón, que casi nunca recogía. Tiró del cordón vago y apagó la luz. El aire que entraba por la ventana hacía descender la temperatura de la habitación a cada segundo.

—*Tora* —lo llamó. No hubo maullidos de respuesta.

Tras permanecer con la mirada fija en el oscuro techo, de repente sintió que la situación era insoportable y cerró los ojos. Como eso tampoco le produjo consuelo alguno, se cubrió los ojos con un brazo. Ninguna oscuridad, por negra y densa que fuera, podía borrar lo que sentía en ese momento.

—*Tora. Tora* —murmuró, y por fin rompió en un sollozo ahogado. El nombre que en realidad quería gritar era otro.

El cascabel atado a la punta del cordón vago tintineó. Majime se había quedado dormido durante un rato. Todo lo ocurrido en el trabajo, así como en la casa, le había afectado emocionalmente, y la fatiga además se le había acumulado, por lo que el único remedio para escapar de tanta agitación había sido zambullirse en la inconsciencia.

A través del edredón sintió una ligera presión y algo de calor. «*Tora* por fin ha venido». Extendió el brazo con el que se cubría los ojos para acariciar el pelaje del gato y lo acercó a su abdomen.

—Has venido a verme...

Las yemas de sus dedos, sin embargo, detectaron algo muy diferente a la piel de un felino, a la par que la voz de Kaguya decía:

—Sí, he venido.

Majime emitió un sonido extraño, estrangulado, e intentó incorporarse deprisa, pero no lo consiguió; Kaguya estaba echada sobre su estómago. Se arrastró adelante y acercó su rostro al de Majime. Su pelo húmedo cayó sobre los dedos de él. Sonrió en la tenue luz del cuarto.

—Después de haber recibido una carta tan emotiva y sincera, ¿cómo no iba a venir aquí contigo?

A Majime el corazón se le iba a salir del pecho y era incapaz de pronunciar palabra. ¿Estaría soñando? Tragó saliva varias veces y logró relajar la garganta, que se le había quedado completamente agarrotada.

—Pero si ya ha pasado mucho tiempo desde que te la di.

—Lo sé. Perdóname. Es que no estaba segura de si se trataba de una carta de amor o no.

Los dedos de la chica se deslizaron por la mejilla de Majime. Las yemas de sus dedos estaban ásperas debido a que tenía mucho que fregar cada día.

—Mi maestro me dijo que no sabía leer chino clásico y mi superior no hacía más que reírse.

—¿Se la has enseñado?

No la había escrito en chino clásico, pero tal vez su estilo era demasiado formal y algo rimbombante. Se avergonzó al enterarse de que alguien más aparte de Kaguya había leído esa carta donde había volcado todo su corazón, con tanta pasión que su contenido había resultado enrevesado.

—Mi abuela me animó y me sugirió que te lo preguntase directamente, pero yo veía que te comportabas como siempre, por lo que cada vez estaba menos segura de tus intenciones y del paso que debía dar.

Era natural que él se hubiera seguido comportando como siempre. Desde el primer momento en que la había conocido, su actitud era invariablemente excéntrica porque se ponía muy nervioso delante de ella. Todo estaba motivado por sus intensos sentimientos hacia Kaguya.

—Te quiero —declaró Majime con una absoluta franqueza impropia de él.

—En el parque de atracciones se me pasó por la cabeza varias veces que

quizá yo te gustara. —Kaguya apretó la frente contra el pecho de él y dejó escapar un suspiro de alivio—. Pero no me dijiste nada ni hiciste nada para demostrarlo.

—Lo siento, no estoy acostumbrado a esto.

—No te disculpes. «Entonces voy a esperar un poco más a ver qué pasa», pensé cobardemente. Así que al final he venido a *confesártelo*.

—¿*Confesarlo*?

—Sí.

Kaguya levantó la mirada y se encontró con la de Majime. Su sonrisa era alegre; él también sonrió. El corazón de Majime latía casi al límite de su resistencia, pero afortunadamente no estalló ni se paró en seco. Kaguya acercó su rostro y sus suaves labios tocaron los de él. Teniendo cuidado de no hacer ruido por la nariz, Majime respiró el dulce aroma que despedía su cabello. No era un sueño, por fin podía estar seguro.

—¿Por qué estás tan tenso?

—Lo siento, no estoy acostumbrado a esto —se excusó de nuevo.

—¿Y hace falta estar habituado? —preguntó ella, extrañada.

Majime se armó de valor y decidió pasar a la acción. Todo su cuerpo, incluido su cerebro, declaraba que la deseaba no sólo con su corazón, sino también con su razón.

Se incorporó con Kaguya encima, hizo que ella se echara un momento a un lado y apartó el edredón que lo cubría. Tan pronto como él tomó con ternura la mano de Kaguya, esta se tendió encima, cubriéndolo en lugar del edredón. Él la abrazó; su cuerpo era mucho más flexible y suave que el del rollizo *Tora*.

—Por cierto, la próxima vez que me escribas una carta de amor, que sea en un estilo un poco más moderno, ¿lo prometes? He tardado mucho en descifrarla.

—Lo intentaré.

Majime recordó que había olvidado cerrar la ventana, pero el frío dejó de importarle enseguida.

Como si intentara borrar las señales del encuentro que se escapaban desde el interior de la habitación, los maullidos de *Tora* resonaban a lo largo del canal: su majestuoso rugido subyugaba a todos los gatos del vecindario. Era

una noche clara de luna.

Los reflejos azulados que desprendían los ojos de Kaguya los volvían extremadamente hermosos.

## Capítulo 3

¡AJÁ! EN el momento en que entró en la oficina y vio la cara de Mitsuya Majime, Masashi Nishioka lo supo todo.

—Buenos días, Majimito. ¿Qué buenas nuevas tienes?

—Ninguna en particular.

Majime no levantó la vista y siguió corrigiendo con su lápiz rojo los textos colaborativos para *La gran travesía* que habían estado llegando uno tras otro esos días.

En el campo editorial, esos textos eran bastante especiales para un diccionario. A diferencia de lo que ocurría con los destinados a artículos de revistas o a narraciones, en los que se incluían en los diccionarios lo más importante no era la calidad o la originalidad del estilo de un autor, sino la concisión y la precisión. Por ello, los lexicógrafos modificaban los textos de los colaboradores para igualar el estilo con el resto y mejorar la precisión de sus explicaciones, consultando los cambios con los colaboradores en la medida de lo posible, pero contando con su previo consentimiento de que sus manuscritos podrían estar sujetos a modificaciones. Lo cual significaba que la carga y la responsabilidad sobre el resultado final recaían en los editores.

La concentración de la que hacía gala Majime mientras empuñaba su lápiz rojo era admirable, pero en realidad intentaba ocultar su vergüenza. O esa fue la conclusión a la que llegó Nishioka después de haberle estado observando desde su escritorio. Majime fingía estar absorto, pero de vez en cuando se mordía el interior de las mejillas para evitar que los labios se le crispasen en una sonrisa. Sus ojos estaban visiblemente enrojecidos,

evidencia de que no había dormido mucho, y su tez poseía un brillo inusual. No había lugar a dudas.

En el bachillerato, de vez en cuando uno de sus compañeros aparecía en el aula con un brillo similar en su cutis. Y ahora, cuando ya rondaba la treintena, se había vuelto a encontrar con una tez igual de reluciente.

«¿Cómo que nada en particular? ¿Te atreves a decirme eso después de habértelo montado de maravilla?». Nishioka se quitó la chaqueta del traje y la colgó en el respaldo de la silla para que no se arrugara.

Ya había previsto ese desenlace. Porque para él las mujeres eran criaturas enigmáticas que acababan eligiendo al menos pensado, como Majime. En más de una ocasión había tratado de responder a la pregunta que él mismo se formulaba: «¿Por qué lo ha elegido a él y no a mí?!». Desde el punto de vista masculino, una buena apariencia, una cuenta bancaria saneada y un carácter sociable eran las cualidades obvias que apreciaba cualquier mujer. Pero no: la experiencia

le había enseñado que lo que más valoraba una mujer era que un hombre la considerara lo único importante del mundo. La mayoría de los hombres pensarían que se estaban burlando de ellos si una mujer les dijera «eres un hombre sincero», cuando en realidad era algo que ellas estimaban, ya que un hombre sincero significaba para ellas alguien que nunca las traicionaría y que les dedicaría toda su ternura. «¡Vaya sandez! Sería una suerte si yo fuera uno de esos hombres sinceros; al final siempre se llevan el gato al agua. Aunque en el fondo paso de serlo».

Ninguna mujer había elogiado a Nishioka por su sinceridad. Mentía cuando las circunstancias lo requerían y era tierno o no según el viento que soplara. ¿Acaso no era eso ser verdaderamente sincero? Eso era al menos lo que él pensaba y se jactaba de ello. Aunque el resultado de eso era que no había durado con ninguna chica.

Por fin cayó en la cuenta de que, al final, los tipos como Majime eran los que triunfaban con las mujeres. Un chico apocado a simple vista, solitario pero que no carecía de cierta gracia, y que se dedicaba en cuerpo y alma a su trabajo o afición. Ese era el tipo de hombre que acababa conquistando a las mejores chicas.

En un intento por recuperar su buen humor, Nishioka dio un suspiro y se puso a trabajar. Comenzó a escribir a un ritmo frenético los e-mails

destinados a apremiar a los colaboradores. No había tiempo que perder en cavilaciones. En el interior de las ramas desnudas de los cerezos, la floración de la próxima primavera se estaba gestando en secreto pero sin pausa. Antes de que lo trasladasen al Departamento de Promoción y Publicidad había decidido hacer todo lo posible por ayudar a Majime en las negociaciones con los colaboradores, en vista de que el pobre no estaba dotado para las relaciones sociales.

Cuando Majime se hubo presentado por primera vez en el Departamento de Edición de Diccionarios, Nishioka lo había mirado de cerca y había pensado: «Menuda pinta de perdedor». Y al mismo tiempo creía que sería la persona idónea para un departamento tan austero. Por otra parte, a pesar de haber sido él mismo el que había informado favorablemente a Araki sobre Majime, se había preocupado bastante sobre su capacidad para sacar adelante el trabajo.

Había oído hablar por primera vez de Majime a Yōko Yokkaichi, una compañera de Ventas. Ambos pertenecían a la misma promoción, habían sido contratados a la par y se llevaban relativamente bien. En una ocasión habían colaborado organizando una fiesta de empresa, y desde entonces cada dos o tres meses más o menos quedaban a tomar una copa. El día en que oyó hablar de Majime, estaban almorzando a solas en el comedor de personal, en el sótano del edificio principal.

—El novato que acaba de incorporarse a nuestro departamento es horripilante —comentó Yōko, dejando a medio comer su arroz con curry y frunciendo el ceño—, aunque se rumorea que es un chico brillante y con un título de posgrado en Lingüística.

—¿Horripilante? ¿Qué quieres decir? —inquirió Nishioka como quien no quiere la cosa para que ella siguiera hablando más sobre el nuevo.

—Siempre lleva el pelo revuelto.

—Será ondulado natural, ¿no?

—Y no sólo organiza escrupulosamente su escritorio, sino también las estanterías de la oficina.

—Pues a mí me parece que es muy apañado.

—Es que lo hace igual que una ardilla esconde bellotas en el tronco de su árbol. Es decir, que se parece a un pequeño animal que se mueve de forma furtiva. Y cuando sale a hacer las visitas a las librerías, siempre regresa

cargado de libros cuyas bolsas son de tiendas de viejo. Me pregunto si va adonde debe ir y si cumple con su trabajo o no. Ah, y antes del día del pago, mordisquea fideos instantáneos a secas, sin hervirlos. ¿Lo hará porque compra tantos libros usados que se queda sin dinero para comprar comida?

—Yo qué sé.

—¿No te parece horripilante?

—Bueno, es más bien extravagante, diría yo.

—Tanto tú como ese novato me hacéis plantearme cuáles son los criterios que tiene nuestra empresa para contratar al personal.

Tras dar un suspiro que sonaba como un lamento, Yōko terminó su plato y enjuagó la cuchara, removiéndola en el vaso de agua; era incapaz de dejar sus cubiertos sucios. Nishioka la encontraba alegre y atractiva, excepto por esa manía insoportable.

—Uf, vaya metedura de pata... —Yōko puso la cuchara en la bandeja, miró detrás de Nishioka y bajó la vista—. El rey de Roma está a tus espaldas. ¿Qué hago si me ha estado escuchando?

Nishioka se giró con naturalidad para verlo. En una mesa a poca distancia, un tipo larguirucho acababa de ponerse en pie. Las puntas de su pelo apuntaban en todas las direcciones. Con una mano sostenía un plato vacío, probablemente de un sándwich, y con la otra, un libro de bolsillo amarillento. Con los ojos aún clavados en las páginas, se encaminó hacia el mostrador en el que se depositaban las bandejas; al momento siguiente se chocó de frente con una planta. El polvo de las hojas flotó por el aire y todas las miradas se dirigieron hacia él. Sin enderezarse las gafas que se le habían deslizado por la nariz, el chico bajó la cabeza en un gesto de disculpa hacia la planta.

—Estoy bastante seguro de que no te estaba escuchando —comentó Nishioka para calmar a Yōko.

Un tipo enfrascado por completo en su mundo: así calificó a Majime. Exactamente el tipo que a él le resultaba más difícil de tratar.

—Entonces, ¿por qué me he involucrado tanto? —murmuró Nishioka mientras miraba cómo Majime cogía con los palillos los fideos *soba*.

Al terminar la jornada matinal, había llevado a Majime, que andaba mal de dinero, a almorzar a un restaurante de fideos cercano a la oficina. Cuando le había dicho: «Te invito», Majime había pedido por consideración el plato

más sencillo: fideos fríos con caldo. Aun así, parecía disfrutar de ellos y se los estaba comiendo con deleite.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Majime.

Sin poder responder claramente «de ti», Nishioka contestó con evasivas:

—Tonterías mías.

Tras haberse terminado los fideos, Majime vertió *sobayu*, el agua caliente servida en una pequeña tetera con la que se habían cocido los fideos, en el resto del caldo para preparar una sabrosa bebida. Nishioka había tomado *oyakodon*, un cuenco de arroz cubierto de pollo y cebolla guisados en salsa y cuajados con huevo, por lo que no tenía nada que beber para entretenerse.

—Oye, Brillante.

—¿Quién, yo? —Extrañado, Majime se llevó una mano a la cabeza—. Yo creo que aún me queda mucho pelo.

—¿Cómo te va con Kaguya?

—Bien, gracias —respondió de forma evasiva, pero ante la mirada inquisitiva de Nishioka, se dio cuenta de que era imposible eludir el tema. Dejó la taza sobre la mesa y confesó con formalidad—: Aunque aún me cuesta creerlo, ella me confesó que sentía afecto por mí, pero que, debido a que no quería estorbarme en mi trabajo y que temía la posibilidad de que yo me convirtiera en una interferencia para su aprendizaje, había decidido dejar pasar un tiempo mientras sopesaba todas estas dudas.

—¿Ah, sí? Qué bien. Felicidades por haber perdido tu *virginidad*.

El restaurante era muy frecuentado por los empleados de Genbu, por lo que Nishioka tuvo la delicadeza de pronunciar la última palabra en voz baja. Esta vez Majime asintió sin avergonzarse.

—Estuvimos hablando y llegamos a la conclusión de que quizá nos llevemos bien porque ambos tenemos un objetivo que cumplir y en el que no permitiremos que nadie interfiera.

—¿Ah, sííí? —Mientras decía esto, Nishioka pensaba de nuevo en la sinceridad que tanto cautivaba a las mujeres: «Es absurdo. Majime, sin duda eres el hombre ideal para el departamento y para Kaguya».

Nishioka nunca se había entusiasmado con nada y probablemente tampoco lo haría en el futuro. De manera inconsciente, esbozó una sonrisa amarga. ¿Cómo la interpretaría Majime? Este le devolvió una sonrisa

inocente y discreta.

Desde la llegada de Majime al Departamento de Edición de Diccionarios, Nishioka había tenido un presentimiento. Un presentimiento inquietante de que a él lo iban a despedir, a pesar de haber hecho todo lo posible a lo largo de esos años en el departamento. No es que experimentara el menor interés o entusiasmo por los diccionarios; sencillamente, cuando le habían asignado trabajar en ellos, se limitó a asumir esa responsabilidad y se esforzó en llevar a cabo la tarea que tenía entre manos: el trabajo era el trabajo. Había aprendido a sobrellevar la rudeza de Sasaki; para agradar y atender mejor al profesor Matsumoto, se había aprendido sus hábitos y preferencias alimentarias, y había adquirido la habilidad de tomarse con calma la excepcional meticulosidad de Araki con las palabras. No obstante, este último siempre lo reprendía:

—Nishioka, la palabra *kodawari* («obsesión») no se debe aplicar en un sentido positivo. La gente la usa para referirse al orgullo y la satisfacción en el trabajo, por ejemplo, de un artesano, pero es un error. El significado original es «obstinarse en algo» o «ser crítico con algo o alguien».

«Sin embargo el sentido de “obsesión” lo describe perfectamente a usted, señor Araki, en su relación con los diccionarios, por lo que mi uso de la palabra es correctísimo». A Nishioka le hubiese gustado replicarle eso, pero siempre lo escuchaba con respeto y asentía:

—Sí, sí, señor.

Pese a las repetidas regañinas, Nishioka nunca se desanimaba.

Los creadores de diccionarios tendían a pasar su tiempo encerrados en una oficina sombría, así que Nishioka había hecho todo lo posible para aligerar el ambiente y que todos pudieran dedicarse a su trabajo con agrado. En los cinco años que llevaba en el Departamento de Edición de Diccionarios había encontrado su lugar, su razón de ser. Incluso había comenzado a sentir cierto cariño por el departamento, por los diccionarios y por las personas que amaban los diccionarios más allá de lo razonable.

La aparición de Majime había dado un vuelco a esa situación. Araki no había ocultado las grandes esperanzas que tenía puestas en el recién llegado; el profesor Matsumoto nunca decía nada, pero parecía aprobar el trabajo de Majime, e incluso Sasaki, que era áspera con todo el mundo, lo trataba con cierta familiaridad, como una madre o una hermana mayor. El trato que le

prodigaban a él era completamente diferente al que le dispensaban a Nishioka.

Pero no había mucho que él pudiera hacer al respecto. La sensibilidad y las aptitudes de Majime para el trabajo con los diccionarios eran extraordinarias, y en menos de un mes desde su llegada al departamento, Nishioka se vio obligado a admitir que era un auténtico genio.

Pese a que a Majime no era un buen conversador, tenía una gran agudeza lingüística. Un día, mientras Nishioka hablaba de su sobrino, a quien acababa de ver tras mucho tiempo, comentó:

—Los críos de hoy son tan *ornase* («precoces») que me asombran.

De repente, Majime gritó:

—¡Oh, sí! —Consultó el diccionario que tenía al alcance de su mano—. Se usa *ornase* con los niños y las niñas, pero su sinónimo *oshama* se utiliza sólo con las niñas, ¿no? ¿Cómo podría explicar ese pequeño matiz?

Majime solía detenerse en tales reflexiones lingüísticas, de modo que las conversaciones con él se interrumpían a menudo. Ese día no fue una excepción: Nishioka terminó ayudándolo a crear fichas léxicas tanto para *ornase* como para *oshama* tras consultar un gran número de diccionarios.

Las fichas léxicas que Majime había preparado parecían emitir una luz propia en las estanterías. Rellenaba con precisión los huecos de la vasta colección de fichas elaborada por el profesor Matsumoto y el personal del departamento que había habido. Su capacidad de concentración y de resistencia eran prodigiosas. Aunque él le hablaba a Majime cuando este estaba elaborando las normas de colaboración o redactando fichas léxicas, no se enteraba de nada. Pasaba horas sentado a su escritorio absorto, e incluso en ocasiones hasta se saltaba el almuerzo. Trabajaba con tanta energía que sus manguitos negros iban a terminar echando chispas por el continuado roce contra el papel, mientras su cabello rebelde parecía tornarse más indómito, desafiando las leyes de la gravedad.

—Últimamente me cuesta coger las cosas —había comentado Majime un día con una sonrisa irónica.

Después de tanto consultar materiales de referencia, sus crestas papilares se habían desgastado, mientras que las de Nishioka permanecían intactas pese a sus cinco años en el mismo trabajo.

Majime parecía vivir indiferente al mundanal ruido, sin preocuparse por

su apariencia ni su reputación. Sin embargo, cuando se trataba de las palabras y los diccionarios, se mostraba exigente. Le daba vueltas a una cuestión léxica hasta que se quedaba satisfecho y en las reuniones periódicas insistía con tenacidad para imponer su opinión.

«Peligro», se alarmó Nishioka. Un diccionario era, al fin y al cabo, un producto comercial. Así que era importante trabajar en profundidad, pero marcando unos límites. Son varios los factores que dan forma a un diccionario: el objetivo de la compañía, la fecha de lanzamiento, el número de páginas, el precio, el equipo de colaboradores. Y por más que se intentara recopilar todas las palabras con todas sus acepciones, las palabras evolucionaban constantemente, como los seres vivos. Ningún diccionario alcanzaría la perfección absoluta. Si Majime se empecinaba demasiado en el trabajo, nunca podrían poner fin al nuevo diccionario y no llegaría al público.

A pesar de la envidia y los celos que sentía por Majime, Nishioka era incapaz de odiarlo. El celo con el que trabajaba Majime necesitaba de alguien que lo mantuviese a raya. ¿Quién sino Nishioka podría cuidar de él y guiarlo para que todo su trabajo llegara a convertirse en un bien de consumo rentable para la editorial?

Cuando se trasladase al Departamento de Promoción y Publicidad, ¿qué pasaría con el Departamento de Edición de Diccionarios y con Majime? La ansiedad que le ocasionaba ese futuro inmediato le impulsó a volcarse una vez más en el trabajo. Mantuvo constantes contactos con los colaboradores, recopiló sin pausa los textos ya terminados y se aseguró de que las entregas pendientes estuvieran listas antes de la fecha límite. Porque esas negociaciones externas eran el punto débil de Majime. O quizá Nishioka se estaba preocupando en vano. Por otra parte, de alguna manera le parecía que todos se las arreglarían bien sin él. A lo mejor Majime, con su ardiente pasión por los diccionarios y su aguda sensibilidad lingüística como armas, lograría sin dificultad que *La gran travesía* zarpara rumbo al mundo. Nishioka sentía irritación ante la soledad de tales cavilaciones.

En el restaurante El Albaricoque se estaba desarrollando una escena que a Nishioka le producía un hormigueo.

Majime evitaba los ojos de Kaguya más que nunca, pero si las puntas de sus dedos se rozaban cuando ella le pasaba un plato, él se ponía rojo como un tomate. Por su parte, Kaguya lo llamaba «Mitsu» con más frecuencia que

antes, pero, para evitar favorecerle frente a los demás, le ofreció una cantidad de aperitivo inferior que la del resto.

«Pero ¿qué está pasando? ¿Es que sois unos adolescentes? ¿Qué diablos estáis tratando de hacer?». La irritación de Nishioka llegó a su punto álgido.

Naturalmente, Araki, el profesor Matsumoto y Sasaki también se dieron cuenta del progreso entre los dos jóvenes.

—Vaya, ¿cuándo ha sucedido todo esto? —Sasaki no ocultó su sorpresa.

—Pues a ver si aplicas este buen ritmo a la elaboración de diccionarios, Majime —lo alentó Araki.

—Lástima que no se haya hecho realidad la escena de *Kokoro* —bromeó el profesor Matsumoto.

Uno tras otro, sus colegas lo iban felicitando medio en broma, mientras Majime encorvaba su estrecha espalda y asentía, tímido y evasivo, limitándose a responder «sí» o «bueno».

—Nishioka, ¿no dijiste que ella te prefería a ti? —Sasaki le lanzó una mirada fría.

Con una sonrisa forzada, él respondió:

—Después de todo, Majime ha salido beneficiado por vivir bajo el mismo techo que ella.

—Ya estás con otra de tus fanfarronadas —le espetó Sasaki sin piedad.

—Eso es lo bueno de Nishioka —intervino el profesor Matsumoto.

Nishioka se ofreció rellenar la tacita de *sake* como gesto de agradecimiento.

—¡Como era de esperar, usted sí que me entiende, profesor!

—¿Ahora resulta que ser un fanfarrón es una cualidad? —Con desaire, Sasaki sacudió la cabeza. Luego se volvió hacia el mostrador y pidió una nueva comanda—: ¡Dos jarritas más de *sake*, por favor!

Kaguya observaba con atención a su maestro mientras en la parrilla cocinaba mújol a la sal. Como ella estaba ocupada preparando el pescado, fue el cocinero más joven el que les sirvió el pedido. No se esforzaba por mostrarse amable, pero llamaba la atención por su impresionante aspecto viril. Mientras recibía las jarritas de *sake*, Nishioka le preguntó:

—¿A ti, que trabajas con Kaguya, no te importa en absoluto?

—¿Qué me tiene que importar?

—Ella es muy bonita y se entrega por completo a su trabajo, ¿no? Pero ahora —señaló con el mentón a Majime— se ha liado con este don nadie. ¿No crees que es un desperdicio?

—Nishioka, estás borracho. —Majime se inquietó y agitó las manos sobre la mesa como para dispersar las palabras que Nishioka acababa de soltar.

—Estoy casado. —El hombre arqueó una ceja, divertido.

Nishioka chasqueó la lengua con un sonido ahogado, mascullando en su interior: «Y qué más dará. ¡Ve a por ella!».

—Pero si se te ocurre incordiar a Kaguya, te daré una paliza. —El cocinero esbozó una sonrisa y añadió—: Es como mi hermana pequeña y está bajo mi protección. —Y regresó a la cocina.

—¡Qué varonil! —no pudo evitar exclamar Sasaki. Fue la primera vez que Nishioka la vio sonrojarse.

—Todo un ejemplar de hombre perfecto —murmuró Araki, impresionado.

En cuanto a Majime, el que acababa de ser amenazado, seguía hablando tranquilamente con el profesor Matsumoto sobre el origen de la expresión que el joven cocinero había utilizado para intimidarlo.

—¿*Shimeru* («dar una paliza») en el sentido de *korashimeru* («castigar») viene de *hikishimeru* («apretar»), profesor?

—Pero cuando lo dice un cocinero suena como que te va a *shimeru* («macerar») en vinagre, ¿verdad? Ten cuidado —le aconsejó el profesor Matsumoto entre risas.

Nishioka no se divertía en lo más mínimo.

—¡Vamos a pedir el *shime* («lo último»)! —anunció en voz alta para poner fin a la velada—. ¿Quién quiere fideos *Inaniwa udon* y quién *ochazuke*, arroz con té? Levantad la mano, por favor.

Majime levantó la mano tímidamente para los fideos *udon*.

Masashi Nishioka llegó agotado a su apartamento en Asagaya. Remi Miyoshi, que estaba viendo la televisión tumbada en el sofá de la sala de estar, no se molestó en levantarse y se limitó a saludar:

—Hola, Masa.

—Estás tan fea como siempre. No dejas de impresionarme. —Nishioka,

con su abrigo aún en la mano, le devolvió el saludo mientras la miraba desde arriba.

—¿Crees que puedes decirme cualquier cosa y que no me va a doler? Tú sí que me dejas a mí atónita por lo insensible que eres, pedazo de idiota.

Remi se incorporó, se revisó la manicura y la pedicura recién hechas para ver si las uñas estaban secas. El color era beige perla y tenía piedrecitas brillantes a modo de decoración. Mientras reflexionaba sobre lo inútiles que le parecían las habilidades de Remi, se disculpó:

—Perdona.

Su relación con ella era muy peculiar. Se habían conocido en el club de tenis de la universidad. Remi no era atractiva, pero sí pulcra y alegre, de modo que despertaba las simpatías de todo el mundo, tanto entre los chicos como entre las chicas. Nishioka la consideraba una estudiante simpática de la promoción siguiente a la suya y se conocían tan bien que hasta sabían con quiénes habían salido ambos durante su etapa universitaria.

Su relación había cambiado la noche de la fiesta de graduación de la promoción de Nishioka. Como Remi le gustaba, borracho perdido, terminó por llevársela a la cama. A la mañana siguiente, al ver su rostro sin maquillar, Nishioka se quedó de piedra. Sus grandes ojos se habían empequeñecido bajo los párpados hinchados, había perdido el setenta por ciento de sus pestañas y sus cejas se habían desvanecido como la neblina. Dicho con franqueza: era rematadamente fea. Esa visión le sorprendió. No obstante, ella no dejó de gustarle. La admiró sinceramente por su dominio del arte del maquillaje, equivalente al de los efectos especiales cinematográficos, y también le conmovió por los esfuerzos ingentes que realizaba para transformarse en la chica atractiva que no era.

Desde entonces, iban y venían entre los apartamentos del uno y del otro. Remi se desmaquillaba cuando estaba a solas con Nishioka y él podía expresarse libremente con ella. Sin embargo, si alguien les hubiera preguntado si eran novios, él habría respondido: «No estoy muy seguro».

Nishioka seguía acudiendo a fiestas de solteros y a veces, si las cosas se daban bien, se acostaba con otras mujeres. Incluso en alguna que otra ocasión había seguido viéndose con la chica de turno, aunque nunca durante mucho tiempo. Remi ante eso no decía nada. Cuando suponía que Nishioka estaba con otra mujer, se mantenía alejada de él. Cuando él rompía con la chica en

cuestión, ella reaparecía en su apartamento. Remi también salía con otros hombres de vez en cuando. Como Nishioka no sabía si preguntarle o no por el asunto, guardaba silencio. Antes, cuando estaban en la universidad, podían hablar abiertamente de cualquier cosa. Resultaba extraño que su relación sexual hubiera creado cierta distancia entre ambos.

«Sea quien sea su hombre de turno, apuesto a que no conoce a Remi con la cara lavada», se consolaba Nishioka para mantener a raya su ansiedad. ¿Acaso esa ansiedad la causaban los celos, el amor, o simplemente se trataba del deseo infantil de poseerla en exclusiva? No estaba seguro. En todo caso, su peculiar relación seguía sin llegar a ninguna parte.

Nishioka, tras disculparse, quiso explicarle:

—Como acabo de contemplar la belleza deslumbrante de Kaguya, la diferencia me ha parecido brutal.

—¿Kaguya? ¿Quién es esa?

—Trabaja en un restaurante al que vamos de vez en cuando.

—Así que es guapa, ¿eh?

—De una belleza fuera de lo común.

—Careces de toda delicadeza. Eres detestable. —Remi infló las mejillas y le dio un empujón a Nishioka, que se acababa de sentar a su lado.

«No pongas esa cara rechoncha, que pareces todavía más fea», musitó para sus adentros. Pero, al mismo tiempo, tuvo que admitir que, sin ser capaz de comprenderlo, nada más sentir el calor de su cuerpo se había relajado.

Su cabello olía bien; debía de haber usado a sus anchas el cuarto de baño, como de costumbre. Y tenía la impresión de que su champú tenía en ella un olor más dulce. A pesar de que Remi le había propinado un empujón, sus ojos sonreían. Por eso pudo decir con total tranquilidad:

—¿Qué hay de malo en que te compare con alguien fuera de lo común?

—Que sepas que compararme con otra chica es una falta de respeto hacia mí.

Durante un rato se estuvieron dando empujones y codazos en el sofá.

¿Cómo tocaría Majime a Kaguya? Nishioka no tenía mucha imaginación, así que no le vino una imagen concreta a la cabeza. Pero se imaginaba a Kaguya con una sonrisa de felicidad en los labios mientras miraba a Majime. Recordó el dicho de «al cabo de tres días te terminas cansando de una mujer

hermosa». ¿Acabaría Majime casándose con la bella Kaguya mientras él hacía lo mismo con la fea Remi? ¿No sería eso demasiado injusto?

Remi mordió suavemente el labio inferior de Nishioka y este volvió a la realidad. Los ojos bajo los lisos párpados de ella le lanzaron una mirada escrutadora. Desconocía los detalles del truco que le permitía que sus ojos se agrandasen cada mañana; Remi se encerraba en el cuarto de baño con su kit de maquillaje y, cuando salía, sus ojos eran grandes y hermosos. Pura magia.

—Ella no es una simple camarera, ¿verdad? —preguntó Remi en tono melancólico.

De hecho, Kaguya era cocinera, no camarera, pero Nishioka no pudo adivinar adonde quería ir a parar.

—¿Qué quieres decir?

—Andas un poco deprimido últimamente. Ella no es sólo una camarera guapa. Hay algo más... —Estaba sentada en el sofá, abrazándose las rodillas. Bajó la mirada hasta posarla en el pecho de Nishioka—. ¿Estás seguro de que no estás colado por ella?

Remi tenía una aguda intuición, probablemente el motivo de que su peculiar relación hubiese durado tanto. Nishioka extendió los brazos y la atrajo hacía sí.

—Seguro que no —contestó con calculada ligereza—. Sabes mejor que nadie lo poco serio que soy.

Remi se removió entre los brazos de Nishioka y examinó su rostro. Su mirada le decía que sabía lo gallina que era en el fondo.

Él comenzó a sentirse más alegre. Bromeó en silencio: «No me mires así, fea. Parece que me estás echando un mal de ojo».

—Voy a darme un baño. —Se puso en pie—. ¿Trabajas mañana?

—Claro que sí.

—Entonces acuéstate ya.

Nishioka aún estaba un poco achispado, así que decidió darse una ducha en lugar de un baño. Mientras recibía los suaves golpes del agua, algo más caliente de lo habitual, se sumió en sus pensamientos. ¿Remi lo había adivinado todo? Tal como ella había afirmado, Kaguya significaba para él algo más que sólo una «camarera guapa». No estaba enamorado de ella ni tampoco se había propuesto conquistarla. Sólo quería derrotar a Majime. Si

Kaguya lo hubiera elegido a él en lugar de a Majime, su sentimiento de inferioridad podría haberse mitigado. Una ilusión absurda, eso era todo. Nunca había creído que pudiera hacerse realidad. Ni siquiera había tenido la intención de hacer algo para que eso sucediera.

A pesar de ese sentimiento de inferioridad tan arraigado, Nishioka tenía su orgullo. Era incapaz de involucrarse en casi nada o de conseguir que lo valoraran satisfactoriamente en el trabajo, pese a cumplir con su cometido, y encima no dejaba de compararse con los demás. Todo ello hacía que se creyese menos que el resto. Pero no quería que nadie percibiera ese complejo de inferioridad, ni siquiera Remi, que conocía a la perfección esa faceta suya de hombre profundamente insatisfecho. Su vacío ego se había inflado tanto que le impedía entregarse por completo a nada, como, por ejemplo, a trabajar sin descanso en los diccionarios hasta el punto de olvidarse de su propia apariencia.

Se secó el pelo con cuidado con una toalla y, por prevención, se aplicó el tónico capilar anticaída, frotándose a conciencia el cuero cabelludo antes de dirigirse al dormitorio. Remi estaba acostada en el extremo de la cama doble con los ojos cerrados.

Nishioka se metió en el espacio vacío y dejó escapar un suspiro. La cama era un poco estrecha, pero dormir con Remi no estaba nada mal. Apagó la luz de la mesilla. Al poco rato, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. La luz de la farola que se filtraba a través de la abertura de las cortinas era suficiente como para que pudiese atisbar incluso los rincones del techo, plagado de las azuladas sombras de la noche que reinaba en el exterior y contrastaban con la luz y la oscuridad.

—Si hay algo que te preocupa, puedes contármelo —lo invitó Remi.

Nishioka pensaba que llevaba dormida un rato. Se volvió hacia Remi, quien, con los ojos cerrados, prosiguió:

—Te conozco demasiado bien, Masa. Sólo estás fingiendo que no te pasa nada por puro orgullo.

«¿De qué vas? ¿Quién te crees que eres, mi novia? ¿O es que estás tratando de ejercer de madre o hermana, o algo parecido? ¡Una niñata como tú es alguien con quien tengo sexo y punto!». Tuvo tal rabieta que estuvo a punto de soltarle esas palabras de una vez por todas. Sin embargo, mientras observaba la expresión adormilada de ella, con sus carnosos párpados

cerrados, se encontró acariciando su cabello.

—¿De verdad me ves tan alicaído?

—Pues sí.

—¿Quieres que te demuestre que no lo estoy?

—Paaavo.

Ella extendió los brazos para separarse de él. Se reía como si le estuviesen haciendo cosquillas. Sin darse cuenta, él también se echó a reír. Nishioka abrazó la cabeza de Remi y la apretó contra su pecho. Luego hundió la nariz en su suave cabello y suspiró de nuevo; esta vez fue un suspiro parecido a una honda exhalación.

Incluso cuando cada uno se sumió en su propio sueño, pudieron oír los latidos del corazón del otro.

*La reedición del Diccionario Genbu de japonés escolar estaba en marcha.*

Ni siquiera después de haber dirigido un diccionario desde sus inicios hasta su publicación el profesor Matsumoto bajaba la guardia. Siempre repetía: «Este es el verdadero punto de partida». Día tras día, elaboraba nuevas fichas léxicas, ya fuera porque se topase con expresiones que le llamaban la atención o porque fuesen términos de la jerga juvenil.

La primera parte de la revisión consistió en examinar dichas fichas. ¿Cuáles serían las adecuadas para incluirse en la reedición del diccionario escolar? ¿Y qué palabras ya incluidas en la última edición no eran imprescindibles para un diccionario de ese tipo? Eliminar una palabra de un diccionario requería especial atención, más incluso que añadir una nueva. Porque, aun tratándose de un término de escaso uso y ya obsoleto, todavía podía haber personas que necesitasen buscar su significado.

El profesor Matsumoto y Majime fueron los principales encargados de valorar qué palabras mantener o descartar, y mantuvieron concienzudos debates sobre esa selección de entradas. Tuvieron también muy en cuenta los comentarios y solicitudes de los usuarios, puesto que en su mayoría eran opiniones particularmente útiles y valiosas para mejorar el contenido. Los diccionarios no estaban hechos sólo por los editores, los colaboradores y el personal editorial, sino que se perfeccionaban a lo largo de un dilatado periodo de tiempo gracias a las aportaciones recopiladas de numerosas personas, incluidos los potenciales usuarios.

Agregar o eliminar una entrada a menudo obligaba a ajustar el número de matrices de las entradas adyacentes. Puesto que las acepciones debían encajar perfectamente en la página y se debía dejar un mínimo de espacio en blanco, a veces era necesario hacer arreglos en varias páginas, anteriores y posteriores, para ajustar todo, de tal modo que quedase lo más estético y legible posible.

En ocasiones, algunas palabras remitían a otra entrada: «Véase xxx», pero si esa segunda entrada ya se había eliminado en la revisión, el usuario no encontraría jamás esa referencia. Tal desastre perjudicaría seriamente la reputación del diccionario, por lo que se realizaban exhaustivos controles para asegurarse de que los cambios no diesen lugar a contradicciones o discrepancias. Para esa tarea fue necesaria la participación no sólo del profesor Matsumoto y Majime, sino también la de los correctores externos de la compañía; todos ellos repasaron día tras día con sus lápices rojos un gran número de galeradas.

En las revisiones de un diccionario también es imprescindible verificar la idoneidad de los ejemplos de uso para las nuevas entradas. Por ello, veinte estudiantes de posgrado en Humanidades, así como de Lengua y Literatura Japonesas, fueron contratados como asistentes a tiempo parcial. Su trabajo consistía en asegurarse de que todas las citas fueran precisas y de que todos los ejemplos de uso fueran apropiados. No se atenían a un horario establecido; podían ir y venir a la editorial respetando el ritmo de sus estudios y teniendo en cuenta que debían fichar para registrar las horas trabajadas. Se sentaban a un gran escritorio que se había traído a la oficina y verificaban sin pausa los ejemplos consultando los materiales de referencia disponibles en las estanterías del departamento. Sasaki estaba a cargo del control de los materiales de referencia y de asignar los cometidos a cada asistente, mientras que Araki supervisaba su trabajo.

La oficina de pronto se llenó de vida y actividad, pero Nishioka andaba algo perplejo y sin saber qué hacer. Lo trasladarían al Departamento de Promoción y Publicidad la próxima primavera, así que, aunque participase en el proceso de revisión, era evidente que tendría que dejar la tarea a medias, por lo que vacilaba sobre si sumarse o no.

Pero, ante las nuevas necesidades, decidió reorganizar la oficina. Había sido él quien había traído el gran escritorio para los estudiantes desde el

almacén de la planta baja hasta la oficina de la primera; bueno, en realidad, como era demasiado pesado para transportarlo él solo, le había ayudado el conserje. Asimismo, había reorganizado el almacén de los archivos del departamento y había llevado las estanterías vacías a la oficina, que resultaron ser muy útiles para almacenar las voluminosas galeradas.

En el proceso de mover todos esos muebles, la antigua puerta con pomos de latón de la oficina se interponía en el camino, así que había decidido desmontarla con un destornillador que cogió de la conserjería. Cuando le quitó las bisagras, bajo ellas apareció la madera fresca y brillante del marco, que no se había alterado por el paso del tiempo.

—¿En qué año fue construido este anexo? —le preguntó Nishioka a Araki.

—Creo que fue justo después de la guerra[6], de modo que hará más de sesenta años.

Una puerta que había estado allí durante tanto tiempo la había quitado alguien que sólo llevaba cinco o seis años en el departamento. Ante tal ironía del destino, Nishioka le pidió perdón en silencio a la puerta. La embaló con cuidado y la depositó en el almacén. Sin ella se podía ver el interior de la oficina desde el pasillo, algo que no parecía incomodar a nadie de los que trabajaban allí frenéticamente, porque todos estaban absortos en la revisión y porque, además, ese pasillo sólo lo utilizaba el personal del departamento.

Durante los días posteriores, Nishioka sufrió dolores de espalda, los cuales eran tan fuertes que tenía que armarse de valor cuando necesitaba estornudar. Para ponerse en pie y sentarse, tenía que apoyar ambas manos sobre el escritorio, controlando la respiración y tratando de darse ánimos a sí mismo: «¡Allá voy! Tú puedes, Nishioka, pero ve con cuidado».

Viendo en esas lamentables condiciones a su compañero, Majime se preocupó a su manera. Una mañana, cuando Nishioka llegó temprano, encontró sobre su silla el cojín que Majime solía usar. Encima de su escritorio yacía un pequeño tubo de pomada con una nota: «Mejórate pronto».

—¡No tengo hemorroides! —Cogió el tubo y lo arrojó contra la mesa de Majime. Tras una breve reflexión, reconoció que había sido una bonita muestra de afecto de su compañero. Como uno nunca sabía si podría necesitar la pomada para hemorroides algún día, recogió el tubo y lo guardó

en su cajón.

Majime, que apareció en ese momento, llevaba un cojín nuevo con motivos florales.

—Me lo ha hecho mi casera.

«Tío, podrías haberme dado el nuevo», quiso gruñir Nishioka, pero se limitó a dar las gracias, porque Majime parecía muy complacido al verlo sentado sobre el viejo cojín.

El trabajo de *La gran travesía* se estaba retrasando por la revisión que tenían que hacer del *Diccionario Genbu de japonés escolar*. Aun así, las páginas de muestra del nuevo diccionario llegaron de la imprenta, y el profesor Matsumoto, Majime y Araki intercambiaron opiniones sobre el resultado.

Las páginas de muestra eran unas cuantas hojas impresas que permitían ver cómo iban a quedar los textos una vez terminados. Al ver las páginas a tamaño real y con las entradas ordenadas, los compiladores podían tener una versión previa que evaluar. ¿El tamaño de letra, la tipografía y el interlineado eran los adecuados? ¿Las ilustraciones quedaban bien estéticamente? ¿Los números y símbolos eran fáciles de distinguir? Las páginas de muestra servían de referencia para ir mejorando la funcionalidad y la apariencia del diccionario con el fin de hacerlo más claro y legible.

Los tres hombres, con expresión seria, se cernían sobre las muestras. Parecían emocionados al ver que *La gran travesía* iba tomando forma, aunque fuese algo con tan poca extensión como esas páginas.

—Los números blancos sobre un círculo negro son difíciles de distinguir, ¿no os parece? —opinó el profesor Matsumoto.

—Creía que se verían bien, pero ya veo que no. Buscaré otro tipo de diseño inmediatamente —respondió Majime.

—Majime, ¿qué es este bosquejo de una seta venenosa para la entrada de *hongo*? —preguntó Araki.

—Ah, lo dibujé yo. Como las ilustraciones aún no están listas, pensé que deberíamos ocupar su espacio con algo.

—Pero no hacía falta que se molestasen en imprimir este dibujo tan chapucero.

—¿Cómo, un hongo? —intervino el profesor Matsumoto sorprendido—. Creí que era una fresa.

—Pero si está en la entrada de *hongo*... No se burle tanto de mí, profesor.

De nuevo Nishioka se sintió desplazado. Pasarían años antes de que *La gran travesía* se hubiera completado. La compañía podría poner nuevos obstáculos en cualquier momento. El proyecto podría verse frustrado. Y se diese la situación que se diese, Nishioka no estaría en el departamento cuando sucediera. No podría compartir la alegría ni la angustia inherentes a la elaboración de *La gran travesía*. Y eso a pesar de que quien había estado allí desde el principio del proyecto no había sido Majime, sino él.

Las amargas emociones crecían incesantemente en Nishioka como el agua que brota de una fuente termal. Al rastrear el origen de esas negras ideas, llegó a una conclusión descorazonadora: eran celos. En comparación con Majime, no le importaba el diccionario, pero no podía quitarse de encima su resentimiento. No podía superar la sensación de quedarse rezagado laboralmente ni era capaz de reprimir su creciente ansiedad. Trató de autoconvencerse de que bastaría con que pusiera todo de su parte en el Departamento de Promoción y Publicidad, un lugar en el que Majime nunca tendría éxito por mucho que se esforzara, pero donde él era un hombre hábil. Tenía fe en su capacidad para trabajar igual de bien donde fuera que lo destinaran. Se juró mostrar sus espectaculares cualidades en Publicidad.

Sin embargo, la publicidad, al igual que los diccionarios, tampoco le interesaba tanto.

¿Cómo podía encontrar algo que le entusiasmase? Algo con lo que pudiera comprometerse y afanarse en ello. No tenía ni idea. Las personas como el profesor Matsumoto, Araki y Majime le eran ajenas. Sus amigos de la escuela habían evitado involucrarse por completo en cualquier cosa y el propio Nishioka pensaba que era poco sofisticado mostrar demasiado entusiasmo. Su padre también era un asalariado y Nishioka nunca había sabido si le gustaba su trabajo o no. Lo más probable es que lo realizase porque era su empleo, por el bien de su familia, por el bien de la compañía, por ganarse la vida. Motivos sumamente convencionales.

Esas personas tan apasionadas por los diccionarios quedaban fuera de los límites de su comprensión. Ni siquiera estaba seguro de que pensarán que su trabajo era trabajo. Compraban de su bolsillo los materiales a un precio desorbitado teniendo en cuenta su sueldo. A veces se quedaban en la oficina averiguando cosas sin darse cuenta de que habían perdido el último tren a

casa. Ese tipo de personas parecían poseídas por un disparatado frenesí y hacían que se preguntase si realmente amaban los diccionarios. ¿Cómo era posible que algo que amasen lo estudiaran y analizaran con tanta concentración e insistencia? La intensidad con la que se dedicaban a su trabajo era similar a la obsesión con la que se espía a un enemigo del que se desea obtener una información con la que luego poder vengarte de él. Algo completamente alejado de la dedicación que se debe tener por algo que se ama. ¿Cómo podían involucrarse tanto esos tres para sacar adelante un diccionario? Su obsesión sólo podía calificarse de misteriosa, incluso rayaba en el mal gusto. Y a pesar de todo, Nishioka no podía evitar plantearse cómo se comportaría si tuviera algo que significara tanto para él como los diccionarios para Majime, Araki y el profesor. Entonces él seguro que lo vería todo de una manera distinta. Vería un mundo tan deslumbrante que sentiría una opresión casi dolorosa en el pecho.

A su lado, Majime tenía abiertos sobre su escritorio varios tipos de diccionarios para sus consultas. Había cogido una lupa de algún sitio y a través de ella comparaba con minuciosidad los números y signos. Al ver ese cabello revuelto que solía mecerse con el más mínimo movimiento, Nishioka casi le propinó un guantazo en la cabeza.

—Salgo a hacer visitas a las universidades. —Se levantó con tanta brusquedad que un dolor agudo, similar a una descarga eléctrica, le recorrió la espalda.

Sin darse cuenta de que Nishioka estaba tratando de ahogar un gemido y sin apartar la vista de la lupa, Majime farfulló:

—*Ettufenro* (estupendo), *uragiau* (gracias).

«¿*Ettufenro uragiau*? ¡¿Qué diablos se supone que significa eso?!». Nishioka se marchó de la oficina indignado, pero con pasos sigilosos como un ladrón; cualquier movimiento brusco sería perjudicial para su espalda.

El pálido sol de la tarde de invierno iluminaba el descansillo decorado con un mosaico. Nishioka subió a la quinta planta por la antigua e imponente escalera, agarrándose a la barandilla de madera, y se dirigió a la oficina de un profesor universitario. Delante de la puerta se quitó el abrigo y lo colocó con cuidado sobre su brazo, siguiendo la etiqueta adecuada. Mientras se pasaba una mano por la cadera para aliviar el dolor de espalda, llamó con la otra a la puerta.

Tras un momento de espera, necesario para que quien estuviera dentro respondiese, abrió la puerta y se encontró al profesor, un especialista en Literatura Japonesa Medieval, que acababa de almorzar en su escritorio.

—¡Oh, señor Nishioka! —El hombre envolvió con rapidez la fiambra en un pañuelo grande.

—Siento interrumpirlo a la hora del almuerzo.

—No pasa nada, ya he terminado. Siéntese.

Nishioka arrastró una silla cubierta de libros hacia el escritorio y se sentó en el borde.

—¿Su esposa le prepara la comida? —preguntó por educación.

—Pues, bueno... —Un poco incómodo, el profesor se atusó el cabello gris plateado—. Si se trata de los manuscritos del diccionario, siento tener que decirle que no están listos.

—Termine antes de la fecha límite, por favor —Nishioka le presionó con tacto y luego se enderezó—. Hoy he venido para informarle de que el próximo año me trasladarán al Departamento de Promoción y Publicidad. A partir de entonces, otra persona del Departamento de Edición de Diccionarios trabajará con usted.

El profesor frunció un poco el ceño y se inclinó hacia delante. Nishioka no era capaz de distinguir si estaba preocupado o sentía curiosidad.

—¿Acaso el rumor es cierto?

—¿Qué rumor?

—He oído que Genbu Books no tiene interés en el nuevo diccionario. ¿No será esa la razón por la que reducen el personal?

—Para nada. —Nishioka sonrió—. Si ese fuera el caso, no le habríamos pedido su colaboración.

—Es bueno saberlo. —El profesor pareció aceptar la explicación, pero añadió con astucia—: Aunque me cuesta decirlo, la remuneración por tantas entradas para el diccionario no compensa el trabajo que supone. Los diccionarios son algo de gran valor, por supuesto, y tengo intención de dar lo mejor de mí, pero necesito que comprenda lo ocupado que estoy entre las reuniones, conferencias académicas y demás. Así que me resultaría un problema si el Departamento de Edición de Diccionarios se estuviera yendo a pique.

—Sólo usted puede ayudarnos en las entradas relacionadas con el Japón medieval. Cuando llegue el momento, volveré para presentarle al nuevo miembro del equipo. Le agradezco su comprensión. —Nishioka hizo una reverencia cortés.

«Los profesores universitarios, en caso de que no sean unos ignorantes en todo lo ajeno a su especialidad, son como este tipo: unos espabilados que buscan aprovecharse del giro de los acontecimientos en su propio interés...», murmuró Nishioka para sus adentros. Pero, cuando se trataba de hacer averiguaciones, él no se quedaba atrás. Sabía de sobra que las fiambreras del profesor no se las preparaba su esposa, sino su amante. Y, si fuera necesario, aprovecharía esa información como chantaje para que el profesor le entregara los manuscritos a tiempo. Ese día se reafirmó en esa decisión.

Puede que por culpa de su encuentro con el profesor medievalista, un caballero por fuera y taimado por dentro, tan pronto como se relajó en el agua caliente de la bañera de su casa, Nishioka se quedó dormido. Cuando se despertó, se encontraba a punto de ahogarse; estaba sumergido hasta la nariz en el agua, que ya se había quedado prácticamente fría.

Al volver al cuarto de estar, Nishioka se quejó a Remi:

—¡Oye!, ¿es que ni siquiera te habías dado cuenta de que llevaba demasiado tiempo en el baño? ¡Casi me muero ahogado!

—¡Aaah, vaya! —respondió ella sin apartar los ojos de la televisión—. Sí, me ha extrañado un poco, pero he estado tan ocupada que no he tenido tiempo de asomarme a ver qué pasaba. Lo siento.

En la pantalla, un humorista encomiaba a gritos su electrodoméstico favorito. Nishioka siempre había pensado que ese era un programa extravagante. Escuchar fervientes discursos sobre las personas y las cosas a las que el humorista admiraba resultaba pesado y ridículo, pero de alguna manera el tipo se hacía querer. Antes de darse cuenta, Nishioka se enganchaba al programa y terminaba embobado, sensación similar a la que sentía al estar cerca de Majime y sus otros colegas del trabajo.

El programa terminó y ambos se tomaron un té caliente en el sofá.

—¿Qué piensas de los diccionarios? —preguntó sin pensarlo. Trataba de proponer un tema de conversación, igual que cuando se llena un espacio vacío con una maceta.

Ella inclinó la cabeza con una expresión inesperadamente seria.

—¿En qué sentido?

—Bueno, ya sabes... Por ejemplo, qué tipo de diccionario te gusta, cuál usaste en la escuela, cosas así.

—¡¿Cómo?! —Remi abrió mucho los ojos, como si la hubiese sorprendido una voz de otro mundo—. ¿Quieres decir que hay preferencias sobre los diccionarios?

«Ah, sí, es lógico. Esta es la reacción de la gente normal». Nishioka cayó en la cuenta de que de alguna manera él también había sido abducido por el trabajo. Esa idea le asustó un poco, pero se quedó aliviado al recordarse de que Majime y los demás, que eran capaces de pasarse horas debatiendo sobre qué diccionarios les gustaban y por qué, eran unos bichos raros.

—Pues algunos las tienen.

—¿En seriooo? En mi caso, ni siquiera recuerdo el nombre del que usaba... —Remi dejó su taza sobre la mesa de centro, dobló las piernas y se abrazó las rodillas—. Pero, ahora que lo dices, cuando estaba en secundaria venía la expresión *fish and chips* en el libro de texto de inglés y no sabía lo que significaba.

—Ah, claro, porque creciste en un pueblo donde no había siquiera bares, ¿verdad?

—Cállate. Estaba en secundaria, ¿qué tiene que ver si había bares o no? —Remi le dio una patadita en la rodilla y continuó—: De todos modos, la busqué en el diccionario y encontré la definición, «Fisshu y chippusu».

Nishioka prorrumpió en risas.

—¡Qué fuerte! ¡Menuda aclaración!

—¿Verdad que sí? ¡Es terrible! —Ella también se rio y, mientras se balanceaba hacia adelante y atrás, dijo—: Masa, haz un buen diccionario, ¿de acuerdo?

A una velocidad casi dolorosa, un bulto caliente le subió a Nishioka por la garganta. La razón por la que había prolongado su relación con Remi durante todo ese tiempo se le hizo innegable: la quería. A veces le irritaba más que ninguna otra cosa en el mundo, pero nunca podría separarse de ella. No quería dejarla ir. «Te quiero, Remi. Puede que no seas guapa, pero eres adorable». Abrió la boca para confesárselo, pero su propia voz, ahora ronca, emitía algo muy diferente:

—Ya no podré. —Le ardían tanto la garganta como los ojos. Se quedó

cabizbajo—. Me van a trasladar a Promoción y Publicidad. Estoy con un pie fuera del equipo.

Sentía rabia contra sí mismo al mostrarse tan desmoralizado. Era patético. Pero por fin había podido vomitar lo que ardía en su interior: un desprecio hacia sí mismo que había estado martirizándolo como una pequeña espina clavada en la carne.

Durante un rato, Remi permaneció inmóvil y en silencio. Luego, sin decir ni una palabra, abrazó la cabeza de Nishioka y la apretó contra su pecho con la misma delicadeza con la que se recoge una hermosa flor que se ha caído sobre el agua.

Fue a finales de febrero cuando el medievalista envió sus manuscritos. Nishioka abrió el archivo adjunto en su e-mail y tras leer el contenido maldijo: «Vaya mierda». Le había pedido que escribiera acepciones para los términos relacionados con la literatura japonesa medieval, así como entradas enciclopédicas para los principales autores y obras. A pesar de que Nishioka le había entregado las normas de colaboración con sus correspondientes modelos, cada entrada sobrepasaba el límite de matrices y estaba llena de opiniones personales.

Por ejemplo, su definición sobre Saigyō era la siguiente:

**Saigyō** (1118-1190). Poeta y monje cuya actividad abarcó desde finales del periodo Heian hasta el comienzo del periodo Kamakura. Su nombre seglar era Satō Norikiyo. Sirvió como guardia del emperador retirado Toba, pero a la edad de veintitrés años, por motivos propios, se desentendió de su hija mientras esta se aferraba a él entre sollozos, y se convirtió en monje. A partir de entonces, peregrinó por todo el archipiélago mientras componía numerosos poemas. «Ojalá pudiera morir/ bajo los cerezos en primavera/ en torno a la luna llena/ en el mes Kisaragi[7]». Ese poema es muy conocido hoy en día. Cualquiera japonés se conmoverá profundamente ante la escena que Saigyō describió y compartirá su deseo. En sus obras, creó un estilo poético único basado en un sentimiento de fugacidad que evoca hábilmente la naturaleza y las emociones humanas. Murió en el templo Hirokawa en la provincia de Kawachi.

«Vamos a ver. También soy japonés, pero este poema que cita no me

emociona». Perplejo, Nishioka imprimió el documento de todos modos. Para un diccionario que tenía por principio ser preciso, ¿estaría bien escribir «cualquier»? ¿Qué pasaría si otras personas que no se conmovieran con ese poema, como le había ocurrido a él, criticasen la publicación?

Probablemente los pensamientos del profesor habían sido los siguientes: «Febrero casi ha terminado. Y en japonés clásico, el segundo mes lunar es Kisaragi, el mes que aparece en un poema de Saigyō. Lo cual me recuerda que debo escribir algo para el nuevo diccionario de Genbu Books. Bien, entonces podría hacer la entrada para Saigyō ahora». Con todo eso en mente, el ínclito profesor se había puesto a escribir deprisa y corriendo. Nishioka se indignó ante ese texto que revelaba una ligereza imperdonable en un especialista.

—Majime, échale un vistazo a esto. —Le entregó el impreso a Majime, que estaba afilando un lápiz rojo con una navaja.

Majime tomó con respeto el papel en la mano y lo sostuvo ante su rostro. Parecía un nuevo alumno leyendo en voz alta el libro de texto en clase.

El lápiz medio afilado rodaba sobre el escritorio. Su punta seguía siendo redonda, a pesar de los esfuerzos de Majime. La parte de la madera estaba astillada, prueba de que la navaja no había funcionado. Nishioka sintió lástima por lo torpe que era su compañero y se puso a afilar el lápiz en su lugar.

Mientras Majime estudiaba detenidamente el documento, Nishioka movía la navaja en silencio. Como era por la mañana, los estudiantes asistentes a tiempo parcial aún no se habían presentado. Sólo estaban ellos dos en la oficina, en la que reinaba una tranquilidad absoluta.

Nishioka quitó la madera seca y fue sacando la mina roja y afinándola hasta la punta. Le gustaba afilar lápices con una navaja o con un cúter. La mina del lápiz le hacía pensar en la médula ósea. En algo secreto, una oculta fuerza vital que salía a la luz. En primaria, solía usar lápices recién afilados que olían a madera para dibujar en su cuaderno imágenes de robots y monstruos. Sentía que podía dibujar mejor cuando los afilaba a mano, por eso nunca había usado un sacapuntas.

Se puso nostálgico al recordar esos viejos dibujos; no había pensado en ese cuaderno en veinte años. Levantó el lápiz a la altura de los ojos para comprobar su obra. La punta era tan fina que parecía difuminarse en el aire.

Satisfecho de no haber perdido esa habilidad, consideró que Majime debería comprarse un sacapuntas; cuando él se fuera de su lado, podría cortarse un dedo con esa navaja. Algo muy preocupante.

—Humm —gruñó Majime, y dejó la hoja sobre su escritorio.

Mientras se revolvía el pelo ya desordenado con la mano izquierda, la mano derecha vagaba sobre el escritorio buscando algo. Cuando Nishioka puso el lápiz entre los dedos de Majime, este alzó la vista.

—Ah, gracias. Esto necesita una revisión drástica.

—Me lo temía.

—¿Obtuviste el permiso del profesor para modificar sus escritos?

—Sí, por supuesto. Cuando fui a verlo la primera vez, le expliqué que podríamos vernos en la necesidad de realizar algunos cambios en los manuscritos de los colaboradores. No obstante, este profesor es un tipo bastante problemático —Nishioka clavó la mirada en el documento—, así que creo que será mejor que le informemos de cualquier cambio que hagamos.

Majime asintió y comenzó a corregir el texto con el lápiz rojo recién afilado.

—En primer lugar, hay demasiadas palabras innecesarias. Y las opiniones subjetivas no tienen cabida en un diccionario: deben constar sólo los hechos. Además, ha escrito el poema con ortografía moderna.

—¿Es realmente necesario ese poema?

—Podemos considerarlo más adelante, pero por ahora creo que podemos simplificar el texto.

Saigyō (1118-1190) Poeta y monje del final del periodo Heian y principios del Kamakura. Su nombre religioso era En'i; su nombre seglar, Satō Norikiyo.

—¿No era Saigyō el nombre que adoptó como monje? —preguntó Nishioka, extrañado.

—No, ese es su seudónimo. Su nombre budista era En'i.

—Vaya, pues me acabo de enterar. A propósito, sólo con esto ya está mucho mejor. ¿Qué parte retocamos ahora? Lo de «por motivos propios...» lo podemos eliminar sin dudar.

—Sí. Algunos dicen que decidió hacerse monje porque la muerte de un amigo le hizo sentir la fugacidad de la vida. Otros dicen que fue por un amor frustrado. Hay varias teorías, pero ninguna se da por segura.

—Algo había oído. Apuesto a que ni él mismo podría haber expresado claramente sus razones.

Majime asintió con una leve sonrisa y reflexionó en voz alta:

—Lo que yace en el fondo del corazón, puede ser un misterio incluso para uno mismo, ¿verdad?

—La siguiente frase de «se desentendió de su hija mientras esta se aferraba a él entre sollozos» también sobra. Me gustaría saber quién sería testigo de esa escena para afirmar semejante cosa.

—Esta parte es muy vaga, así que vamos a suprimirla por completo. Lo tenemos que pulir aún más. ¿Qué tal algo así?:

Guardia del palacio del emperador retirado Toba. Ingresó en el sacerdocio a los veintitrés años. Más tarde, peregrinó por todo Japón componiendo poemas sobre la naturaleza y las emociones humanas, y creó su propio estilo poético. El *Shin Kokin Wakashū*[\[8\]](#) contiene noventa y cuatro poemas de Saigyō, más que la antología de cualquier otro poeta. Sus colecciones de poesía incluyen el *Sankashū*[\[9\]](#). Murió en el templo Hirokawa de Kawachi.

En efecto, ahora sonaba a una definición de diccionario. Nishioka miró con admiración el nuevo texto, que era más conciso, pero Majime aún parecía insatisfecho.

—Sin embargo, definir «Saigyō» refiriéndose sólo al hombre no es suficiente.

—¿Es que la palabra tiene otro significado?

—Creo recordar que también significa *fujimi* («invulnerable, inmortal»).

—¿Por qué?

—Hubo un tiempo en que la imagen de Saigyō contemplando el monte Fuji durante su peregrinación constituyó un motivo pictórico. *Fujimi* es la expresión abreviada de *Fuji wo miru* («contemplar el monte Fuji»), por lo que Saigyō se asocia desde entonces a la inmortalidad.

—¿Acaso eso es un chiste malo?

—No. Se trata de un juego de palabras —respondió Majime, sonriente.

Nishioka sintió que le fallaba el cuerpo. ¿Por qué la gente querría pintar la imagen de Saigyō mirando el monte Fuji? Eso ya le resultaba absolutamente incomprensible. ¿Dónde estaría la gracia de pintar un monje viajero?

—También...

—¿Es que hay más?!

—Sí. Desde que Saigyō emprendió su viaje, su nombre adquirió el significado de «peregrino, errante».

Nishioka trajo de inmediato un volumen del *Gran diccionario de japonés* y buscó Saigyō. Efectivamente, entre los datos biográficos se enumeraban varios significados derivados del nombre del personaje, tal como acababa de exponer Majime. Sería una evidencia del afecto que la gente tenía por el monje Saigyō y de que seguía siendo un personaje cercano para las generaciones posteriores.

—¿Y qué más? —preguntó Nishioka, mirando furtivamente la página abierta. Le habían entrado ganas de poner a Majime a prueba.

—Me parece que el caracol de río *tanishi* en ocasiones fue llamado *saigyō*. Además, hay una obra de teatro *nō* titulada *Saigyōzakura* (*Saigyō y el cerezo*). Asimismo, llevar un sombrero tradicional de bambú con la parte de atrás hacia abajo se llama *Saigyō-kazuki*, y llevar un paquete envuelto en un pañuelo *furoshiki* y atado en diagonal a la espalda es *Saigyō-joi*. También puede que sea necesario incluir la explicación sobre la expresión *Saigyō-ki* («aniversario de Saigyō»).

Nishioka hojeó el *Gran diccionario de japonés*, el *Amplio jardín de palabras* y el *Gran bosque de palabras* para verificar lo que había dicho Majime. Más que impresionado, se le erizó el vello ante los amplios conocimientos de su colega.

—¿No me digas que te sabes de memoria el contenido de varios diccionarios?

—Sería maravilloso que así fuera. —Majime se encogió de hombros a modo de disculpa—. En cualquier caso, no dispondremos de espacio en *La gran travesía* para todos estos significados. ¿Cuáles crees que deberíamos incluir?

—Voto por «peregrino, errante» e «invulnerable, inmortal».

—¿Por qué?

Ante la serena pregunta de Majime, Nishioka se cruzó de brazos y miró hacia el techo. Había optado por esos conceptos por puro instinto, de modo que tuvo que pensar en su justificación.

—Si tuviera que decir algo, diría que porque hoy en día apenas hay gente que use el sombrero de bambú ni el pañuelo *furoshiki*. Suponte que voy por la calle con un paquete envuelto en un pañuelo atado en diagonal a la espalda, me encuentro con un amigo y me dice: «Eso es *Saigyō-joi*...».

—Cierto, difícilmente se dará esa situación —interrumpió Majime.

—En efecto, estoy hablando hipotéticamente. Entonces, caigo en la observación de mi amigo: «¡Ajá, así que esta forma de llevar algo es *Saigyō-joi*!». También cabe la posibilidad de que un día la compañía nos notifique a los empleados: «Mañana hay que venir todos con *Saigyō-joi* en lugar de con maletines».

—Nunca sucederá eso.

—Se trata de meras hipótesis, ya te lo he dicho. Tras recibir la notificación, le pregunto a alguien: «¿Qué es *Saigyō-joi*?». Si me lo explica, seré capaz de hacerme una idea. Es decir, *Saigyō-joi* y *Saigyō-kazuki* son fáciles de comprender por el contexto si alguien los describe verbalmente, son fáciles de visualizar.

—Tienes razón. En ese caso, no hay necesidad de buscar esas palabras en un diccionario.

—Exacto. Pasa lo mismo con *Saigyōzakura*. Lo más probable es que cualquiera que lea u oiga la palabra sabrá que se refiere a un drama *nō*. Porque casi nadie comenzaría una conversación o empezaría a escribir con *Saigyōzakura*. En ese caso, será suficiente con que la busque en una enciclopedia de *nō* o algo por el estilo.

—El aniversario de Saigyō también se explica por sí mismo. Pero ¿qué hay de llamar *saigyō* a los caracoles de río? Es bastante difícil descubrir el significado.

—Para empezar, nadie llama así ya a los caracoles de río, Majime. Si hubiera alguien, bastaría con preguntarle de qué está hablando y punto.

—Qué bruto eres. —Majime parecía divertirse.

Sin reparar en la reacción de su compañero, Nishioka prosiguió con su propia teoría:

—Pero creo que el concepto de que Saigyō también significa «invulnerable» es imprescindible. Incluso lo es explicar que su origen es la imagen de Saigyō mirando al monte Fuji. Supón que estás leyendo y te encuentras con un personaje sacando pecho que dice: «¡Soy Saigyō! Ja, ja, ja». A menos que sepas que Saigyō es sinónimo de invulnerable, no captarás ese sentido.

—Y por la misma razón piensas que deberíamos incluir el significado de «peregrino, errante», ¿verdad?

—Bueno, sí, en parte... —Nishioka vaciló un poco y agregó—: Imagínate que un trotamundos real está hojeando un diccionario en una biblioteca pública y que descubre en la entrada *Saigyō* esta explicación: «peregrino, vagabundo», dado que el monje poeta Saigyō peregrinó por varias provincias. ¿Cómo se sentiría ese trotamundos? Seguro que satisfecho. «¡Si Saigyō era como yo! ¡Incluso en los viejos tiempos hubo personas que no podían parar quietas en un lugar fijo!», se diría.

Nishioka sintió la mirada de Majime y se volvió hacia él. Este había girado su silla para situarse frente a Nishioka.

—Nunca antes había reflexionado sobre todas estas cuestiones —confesó lleno de admiración.

Azorado, Nishioka añadió con celeridad:

—Lo más probable es que no sea un criterio correcto para decidir si incluir o no determinadas palabras en un diccionario...

—En absoluto. —Majime, sin alterar su expresión seria, sacudió la cabeza—. Nishioka, siento de corazón que te vayas, porque definitivamente eres alguien imprescindible para hacer de *La gran travesía* un diccionario muy humano.

—Hombre, claro. ¿Acaso lo dudabas? —bromeó Nishioka con rudeza, y le arrebató la hoja de la mano.

Partiendo de las correcciones realizadas con lápiz por Majime, Nishioka le escribió al profesor medievalista un e-mail para informarle de los cambios. Miró fijamente la pantalla del ordenador intentando no parpadear; si bajaba la guardia, se echaría a llorar.

Estaba conmovido. Si alguien que no hubiese sido Majime le hubiera dicho algo así, habría interpretado que era sólo para hacerle sentir mejor por compasión o por consuelo fingido. Pero sabía que las palabras de Majime

eran sinceras. Siempre le había considerado un genio lexicográfico a la par que un bicho raro con el que no tenía nada en común. Incluso en ese momento seguía pensándolo. Si lo hubiera conocido en la escuela, no tenía duda alguna de que nunca habrían sido amigos. Y precisamente por eso lo que le acababa de decir significaba tanto para él y le proporcionó un gran consuelo. Majime era torpe e incapaz de mentir ni adular a nadie. Las palabras que salían de los labios de un hombre así se podían creer a pies juntillas: realmente lo necesitaba para sacar adelante *La gran travesía*. Nishioka no era el inepto del departamento. Sintió un estallido de placer y orgullo.

Majime había vuelto a su escritorio con aire despreocupado, sin ni siquiera imaginarse que había redimido a Nishioka. Se había puesto a corregir otra entrada mientras se revolvía el cabello con la mano izquierda. Él, que sólo podía expresar lo que pensaba, no parecía afectado en lo más mínimo por lo que acababa de decir. Nishioka, en cambio, estaba tan feliz que sentía un cosquilleo por todo el cuerpo.

Desde luego, Majime no tenía igual. En aquel momento se quedó absolutamente convencido de esa afirmación.

Al día siguiente, cuando se presentó en el despacho del medievalista para responder a la citación que había recibido, lo encontró de nuevo almorzando en su escritorio.

—Señor Nishioka, ¿qué significa esto?

—¿Disculpe? —Aún de pie en la puerta, Nishioka preguntó con cortesía y prudencia.

—Ese e-mail que usted me envió ayer. ¿Qué quería decir con lo de retocar mi texto?

—Si no recuerdo mal, cuando le pedí su colaboración me referí a que podría haber algunas modificaciones.

—¿Seguro?

«Claro que sí, tontaina», pero Nishioka esbozó una sonrisa cortés en silencio.

—Pero nada de lo que usted me indicó me hizo suponer estas correcciones tan radicales.

«Si no quiere que lo retoquemos, hágalo bien. ¿Cómo esperaba que usáramos esa mierda que nos envió? ¿Es que nunca ha abierto un diccionario, eh, viejo?». Sin alterar la sonrisa, Nishioka contestó a la queja:

—Lo siento mucho. Sin embargo, tenemos que asegurarnos de que todas las entradas posean el mismo estilo. Espero que sea tan amable de darnos su consentimiento, profesor.

—¿Fue usted quien hizo esas correcciones, señor Nishioka?

—... No. —Aunque vaciló, decidió responder con honestidad—. Consulté con mi compañero Majime.

—Bien. Entonces será mejor que ese tal señor Majime escriba también el resto. Me retiro, ya que ante este resultado no puedo afirmar que sea mi trabajo.

—¡Profesor! —Nishioka se acercó corriendo al escritorio—. Por favor, no haga eso. Majime es alguien en quien usted puede confiar.

Después de que yo me haya ido del departamento, él colaborará con usted de buena fe. En esta ocasión, como fue usted quien escribió el texto, todo lo que teníamos que hacer era cambiar el estilo, por lo que él y yo le estamos igualmente agradecidos por su texto.

En realidad, en lugar de simples cambios estilísticos había sido una revisión completa. No obstante, a diferencia de Majime, Nishioka podía soltar una sarta de mentiras cuando fuera necesario. Bajó la voz deliberadamente y lo aduló con un comentario confidencial:

—Que quede entre usted y yo: los textos de los otros colaboradores han tenido que ser retocados de forma drástica.

—¿De verdad? —La ira del profesor se moderó un poco. Mientras miraba de reojo a Nishioka, que mantenía una actitud humilde, el profesor envolvió la fiambrrera preparada por su amante con un pañuelo—. De todos modos, no es nada agradable que toqueteen lo que escribo.

«¡¿No me digas que este tipo se considera un genio literario?!», rugió Nishioka para sus adentros, pero permaneció como una estatua sonriente, dispuesto a arrostrar el descontento del profesor. Si este dejase de colaborar en ese momento, el plan editorial se vería comprometido.

Los diccionarios, como cualquier producto comercial, necesitaban estar avalados por nombres reconocidos. Y que el nombre del profesor Matsumoto apareciera en la portada como editor jefe era un ejemplo de ese indispensable marchamo de calidad. De hecho, mientras que el profesor Matsumoto estaba involucrado por completo en la compilación de *La gran travesía*, había personas que se limitaban a prestar su nombre sin hacer ninguna aportación.

Puesto que los entendidos en lexicografía podían captar de inmediato si la selección era la apropiada o no por la página de créditos, donde figuraban los nombres de todos los colaboradores, era necesario que estos últimos fueran especialistas reputados en sus respectivos campos. De hecho, a través de la lista de colaboradores era incluso posible suponer la precisión y el estilo del diccionario.

«Creo que hemos fallado al elegir a este profesor», reflexionó Nishioka con amargura. No obstante, había un hecho innegable: era una autoridad reconocida en Literatura Japonesa Medieval. ¿Por qué no aprovechar su renombre para aumentar el caché del nuevo diccionario? Siempre que dejase el perfeccionamiento de sus textos a Majime, todo terminaría bien.

—Bueno, con que se disculpe apropiadamente me basta para aceptar las nuevas revisiones. —El profesor tomó un sorbo de té—. No le pido que me suplique de rodillas.

—¿De... rodillas? —Nishioka se quedó patidifuso.

El profesor acababa de referirse a la *dogeza*, la etiqueta japonesa que consistía en realizar una reverencia de rodillas hasta tocar con la frente el suelo con el fin de mostrar deferencia a una persona de estatus superior. ¡Y en este caso en concreto, con ella le manifestaría una profunda disculpa a ese profesor engreído!

—No, no me malinterprete, señor Nishioka. Digo que no espero tanto. — Sus labios apenas pudieron contener una sonrisa sarcástica.

El profesor sabía que Nishioka no estaba en condiciones de enfrentarlo y por eso disfrutaba castigándolo. «Jo, qué asco de tío...». Nishioka bajó la vista hacia el suelo, donde se veía algo de polvo. Y encima ese día llevaba un traje que acababa de recoger en la tintorería. Sin embargo, si una *dogeza* era lo que satisfacía al profesor, la haría las veces que hiciera falta.

Justo cuando se había resignado a arrodillarse y sus músculos se pusieron en movimiento para dicho propósito, un rayo de sensatez atravesó su cuerpo y le detuvo. ¡Alto! ¿Es que *La gran travesía* no merecía un respeto sumo? ¿Qué sentido tendría esa *dogeza* si la ejecutaba sin ninguna sinceridad? Majime, Araki y el profesor Matsumoto estaban dejándose la piel en la elaboración de un diccionario de primera categoría y no podía consentir que un imbécil como ese lo utilizara para alimentar su ego; el diccionario estaba por encima de tales caprichos. «¿Y humillarme tanto? ¡Bah, qué absurdo!

¡Yo no tengo por qué hacerlo para que este libertino satisfaga su vanidad!».

En lugar de arrodillarse, Nishioka posó una mano sobre el escritorio del profesor, justo al lado de la fiambarrera. Se inclinó hacia él, acercó el rostro a su oreja y susurró:

—Usted es muy bueno gastando bromas, ¿no, profesor?

—¿Qué..., qué quiere decirme con eso? —Aturdido al ver invadido su espacio personal, trató de echarse hacia atrás con la silla.

Para evitar que se escapara, Nishioka agarró con su mano libre el respaldo de la silla, fijándola en su lugar.

—Sé muy bien que usted no es la clase de persona que anda poniendo la dignidad de la gente a prueba. Sólo insinuó que me pusiera de rodillas para gastarme una broma, ¿no es así?

—Bueno, pues... —balbuceó el profesor tras notar el gesto intimidante de Nishioka.

—Pero a mí no me gustan esas bromitas. Detesto poner a los demás a prueba. —Aunque, ciñéndose a la verdad, Nishioka se había permitido poner a prueba el día anterior los conocimientos de Majime acerca de la voz *Saigyō*. Arrinconó ese hecho en su mente y continuó amenazando al profesor con una voz cavernosa—: Ahora, supongamos que usted tiene una amante.

—¿Cómo?! —El profesor casi saltó de la silla.

—Es una hipótesis, nada más. —Nishioka se divertía escarneciendo a alguien y enfrentándolo a una de sus debilidades. Estimulado por su naturaleza sádica, esbozó una sonrisa malévola—. ¿Por qué está tan nervioso? —Deslizó la mano y, fingiendo hacerlo por casualidad, la posó encima de la fiambarrera—. En realidad, sé que usted tiene una amante. Sé quién es y dónde vive, y también todo lo que ella está haciendo por usted.

—¿Cómo...?

—Elaborar un diccionario requiere la ayuda de todo tipo de personas. Y recabar información es una parte indispensable de mi trabajo.

Nishioka no se había pateado las universidades a tontas y a locas. En cada una de sus visitas a los profesores, no se olvidaba de asomarse por la sala de descanso donde se reunían los asistentes de investigación, a los que generosamente les hacía pequeños regalos. Ahora esos detalles estaban dando sus frutos.

—Pero no quiero que crea que voy a aprovecharme de esa información para que usted acepte nuestros cambios. Al igual que usted, conozco la palabra dignidad. —Nishioka apartó la mano de la fiambarrera y se enderezó —. Espero que me haya entendido —dijo con respeto fingido.

El profesor asintió en silencio varias veces.

—Gracias. Entonces quedamos en seguir adelante con la versión revisada.

Ya no tenía más que hacer allí. Nishioka dio media vuelta y se dirigió a la puerta mientras esquivaba las pilas de libros. Cuando agarró el pomo de la puerta, de repente se le ocurrió algo y se volvió.

—Profesor...

Este se quedó entumecido, como un pequeño animal lastimoso, y miró a Nishioka.

—Estoy seguro de que Majime hará un diccionario que será respetado por el público en los años venideros. Su nombre figurará en el listado de los colaboradores aunque sea Majime quien realmente redacte las entradas que le corresponden a usted.

Pese a estar aún aturdido, el profesor no podía dejar pasar por alto esa observación maquiavélica. Empalideció al escuchar de labios de Nishioka la verdad y forzó una voz temblorosa:

—¿¿Cómo se atreve?! ¿Qué quiere insinuar con eso?

—Estoy diciendo que usted acaba de hacer una elección muy sabia, optando antes por la apariencia que por la sustancia. Que pase un buen día.

Nishioka cerró la puerta a sus espaldas sin mirar atrás y empezó a caminar por el sombrío pasillo. A pesar de ser consciente de haberse excedido en la despedida, le entraron ganas de reír.

«¡Ay, qué a gusto me he quedado! Aunque más tarde el profesor irrumpa en la oficina con sus protestas o abandone el proyecto, a mí me importa un huevo». Tales conductas indignas por parte de una persona tan rastrera no iban a perjudicar la construcción de un magnífico barco como *La gran travesía*. La determinación de Majime y de los otros editores era más sólida que el núcleo de la Tierra, más incandescente que el magma. Incluso si ellos y ese profesor llegaran a enfrentarse, el equipo editorial sabría encararlo y seguiría adelante para completar el diccionario. Fuera como fuese, Nishioka se iría en primavera, así que, si surgiera algún problema con el medievalista, no tendría más remedio que dejarlo en manos de Majime. «Lo siento, pero

¡resiste, amigo!».

Mientras reflexionaba sobre las posibles futuras consecuencias del encontronazo con el profesor, Nishioka se prometió elegir a partir de ahora la sustancia en lugar de la apariencia.

Araki solía decir que «un diccionario es producto del trabajo en equipo». Ahora por fin Nishioka comprendía el sentido de sus palabras. Él jamás se iba a comportar como ese profesorucho taimado que hacía un trabajo chapucero con el único propósito de que su nombre figurara en el diccionario por el bien de las apariencias. Él haría todo lo posible por ayudar a completar *La gran travesía* en cualquier departamento de la compañía al que fuera destinado. No le importaba que su nombre no constara en ninguna parte. E incluso si todo rastro del tiempo que había estado en el Departamento de Edición de Diccionarios desapareciera, incluso aunque Majime llegara a preguntar: «¿Nishioka? Ah, sí, recuerdo a alguien con ese nombre», tampoco le importaba. Lo fundamental era que un buen diccionario se completara y que él, como compañero de la misma compañía, pudiera dar su máximo esfuerzo para apoyar al equipo involucrado en cuerpo y alma con *La gran travesía*.

Bajó la escalera y salió por la puerta de la facultad. La pálida luz blanca de la tarde iluminaba el campus. Las ramas sin hojas de los ginkgos dibujaban grietas en el cielo.

Él correspondería a la pasión de sus colegas con su propia pasión. Lo que había evitado hacer hasta ese día por pura vergüenza, una vez decidido a hacerlo, le resultó inesperadamente agradable y le aportó una intensa satisfacción.

De vuelta en la oficina, Nishioka informó en detalle a Majime sobre su encontronazo con el profesor. Majime dejó lo que estaba haciendo para escucharlo y, cuando Nishioka hubo terminado, lo miró con admiración.

—¡Guau, impresionante! ¡Eres como un chantajista!

La incoherencia entre la expresión asombrada de Majime y sus palabras dejó a Nishioka perplejo.

—Eeeh, vamos a ver. ¿Es esta la impresión que te llevas de lo que te acabo de contar?

—Totalmente. Si hubiera sido yo, me habría arrodillado nervioso o hubiese hecho lo que me habría pedido.

Majime no tenía habilidad para manejar la ironía o los dobles sentidos. Con ese comentario estaba elogiando francamente el proceder de Nishioka.

—Escúchame, Majime.

-¡Sí?

Nishioka giró su silla para ponerse frente a Majime hasta tocarle las rodillas con las suyas. Al moverse, el cojín de su silla se deslizó y él, que tenía sus manías, se tomó su tiempo para colocarlo en su sitio antes de continuar con la charla. Mientras tanto, Majime esperó tranquilamente. Nishioka volvió a sentarse y dijo, totalmente serio:

—Lo que te digo es que, como no me porté bien con el profesor, puede que presente una queja.

—Lo dudo —fue la despreocupada réplica de Majime, como dando a entender que no comprendía el problema, si es que lo había—. Tal como dijiste, seguro que prevalecerá la apariencia por encima de la sustancia.

—¿Y qué pasa si deja de colaborar?

—Pues que no colabore.

La frialdad con la que respondió Majime sorprendió a Nishioka. El propio Majime se dio cuenta de que su tono había sido demasiado tajante, así que sonrió con amargura y añadió:

—Lo siento. Esperar que los demás también se comprometan como yo o incluso más es un defecto mío.

Nishioka negó con la cabeza. Era lógico que, cuanto más se tomase uno en serio un proyecto, más crecieran sus expectativas sobre el resto del equipo, de la misma manera que, si uno ama a alguien, quiere que le amen también. Por eso mismo se reafirmó en su idea de que la profunda e intensa pasión que mostraba Majime con el diccionario era excepcional, así que cumplir con sus expectativas y exigencias no iba a ser una tarea sencilla.

Entre pequeños suspiros, Nishioka pensó: «Amigo mío, a pesar de que te muestras tan tranquilo por fuera, eres tan ardiente por dentro que a tu alma le sobran calorías. Vaya elemento que le ha tocado aguantar a la pobre Kaguya». Algún día, si un nuevo empleado llegara al Departamento de Edición de Diccionarios, también se vería en dificultades al tener que trabajar con él. «Relájate un poco, Majime;

de lo contrario, todos los que te rodean terminarán agobiados». De hecho, las expectativas y exigencias demasiado altas acababan convirtiéndose en

veneno. El propio Majime también podría llegar a cansarse si no obtuviese lo que pretendía conseguir. Acabaría agotado, resignado, solo y sería incapaz de confiar en nadie.

Llegó el final de la jornada mientras Nishioka seguía meditando el asunto. Majime, cosa rara en él, comenzó a recoger sus cosas para salir.

—¿Qué pasa? ¿Te vas ya?

—Hoy Kaguya tiene que preparar sola un plato por primera vez. He pensado ir a El Albaricoque y probarlo. —Metió alegremente unos fajos de materiales de referencia y unos manuscritos en su maletín para luego revisarlos en casa—. ¿Te apetece venir?

«¿No se carbonizará la comida de Kaguya, abrasada por las llamas del amor de Majime?», bromeó para sus adentros Nishioka.

—Hoy no, gracias. —Agitó una mano con un ademán que le indicaba a su compañero que se fuese de la oficina.

Majime se acercó a cada uno de los estudiantes asistentes pidiéndoles disculpas por salir primero.

Cuando por fin se hubo ido, Nishioka decidió preparar información para su posible sucesor, aunque no sabía cuándo llegaría o si Majime se quedaría como el único empleado fijo en el departamento. Pero quería dejar listo un informe por si acaso. Con el sonido casi inaudible de los estudiantes trabajando a tiempo parcial a su espalda, se concentró para escribir. A Majime le costaría la vida lidiar con alguien como el profesor universitario al que se había enfrentado esa tarde. Así pues, era absolutamente necesario que tuviera a su lado a alguien capaz de ayudarle a manejar tales situaciones. Nishioka quería dejar un registro de todos sus conocimientos para que le sirvieran de referencia a su sucesor.

Se puso a teclear en el ordenador para recopilar toda la información que había reunido sobre los numerosos colaboradores: sus peculiaridades, sus preferencias, sus debilidades, su estatus académico, su vida privada, los supuestos problemas que pudieran plantear y cómo enfrentarlos. Redactó un informe lo más detallado que pudo. Cuando terminó, imprimió el documento y lo guardó en una carpeta azul. Como la información era confidencial, eliminó el fichero del ordenador y marcó en la carpeta azul con un rotulador: **ALTO SECRETO: CONSULTAR SÓLO EN LA OFICINA DEL DEPARTAMENTO DE EDICION DE DICCIONARIOS.** La carpeta era

bastante voluminosa, pero Nishioka tenía la sensación de que aún faltaba algo.

Tras una breve meditación, cayó en la cuenta de qué era. Abrió el cajón de su escritorio y sacó la carta de amor que había escrito Majime; cuando le había pedido su opinión sobre ella, no había perdido la oportunidad de hacer una copia. Contempló esa gran obra epistolar que ocupaba quince hojas y que hacía que se riese cada vez que la leía.

Uno de los estudiantes le lanzó una mirada de extrañeza cuando vio cómo sus hombros se sacudían mientras se reía en silencio.

Adoptó entonces una expresión seria y comenzó a buscar un escondite donde depositar la misiva. Una estantería sería ideal, pero si colocaba la carta de amor entre dos libros, alguien la descubriría de inmediato. Fingió examinar las baldas mientras seleccionaba un escondite adecuado. Al final la pegó en la base de un sujetalibros en un estante que contenía títulos diversos del tipo de *Cómo escribir una carta o Todo lo que hay saber sobre bodas y funerales*.

Después de ocultar la carta, regresó a su escritorio y metió un folio en una funda transparente que añadió al archivo azul. En la nueva hoja había escrito:

¿Exhausto/a por la edición de diccionarios? ¿Quieres animarte?  
Ponte en contacto con Masashi Nishioka vía: [masanishi@genbu-books.co.jp](mailto:masanishi@genbu-books.co.jp).

Todo resuelto. Guardó a propósito el archivo secreto en un lugar visible de la estantería. Luego se estiró y recogió su maletín. Eran las nueve pasadas de la noche y la mayoría de los estudiantes se habían ido. Se dirigió a los dos que aún seguían allí:

—Dejadlo ya y vámonos. Os invito a cenar de camino a casa.

—¡Guay! Yo voto por un chino.

—Yo prefiero *yakiniku*, esa carne a la parrilla coreana tan rica.

Eufóricos, los dos estudiantes ficharon.

—¿Es que pretendéis arruinarme? Conteneos. Os tendréis que conformar con un plato único: unos fideos *ramen* o *gyūdon*, un cuenco de arroz con carne de ternera corriente y moliente.

—¡¿Cómooo?!

—¡Qué miseria!

A pesar de la decepción, se reían.

Nishioka se aseguró de cerrar el gas y apagar las luces. Como habían quitado la puerta de la oficina, cerró con llave sólo el almacén de los archivos. Tenía la sensación de que incluso en el oscuro pasillo podía sentir la presencia del gran número de palabras que esperaban a ser ordenadas.

—¿Disfrutáis con el trabajo del diccionario? —les preguntó mientras caminaban hacia la salida.

—Por supuesto —afirmó uno, y se dirigió al otro—, ¿verdad?

—Sí. Al principio me pareció tedioso, pero una vez inmerso en mi tarea pierdo la noción del tiempo.

«A mí me pasa lo mismo», convino Nishioka en silencio.

Todas esas personas que disponían de un tiempo limitado hacían acopio de fuerzas para ir remando en el amplio y profundo mar de las palabras. La travesía imponía respeto, pero era placentera. Nishioka no quería dejar de remar jamás. Quería permanecer a bordo de ese barco para siempre.

Tan pronto como salieron a la calle, los estudiantes hicieron el juego de piedra, papel o tijera para decidir entre los fideos y el arroz con ternera. Con una sonrisa, Nishioka esperó el resultado.

De repente le asaltó una idea: proponerle matrimonio a Remi. ¿Cómo se sentiría ella? ¿Cómo reaccionaría? Aunque sus propios sentimientos habían sido algo imprevisto para él, ya había dejado de negarlos. Ya no se quería engañar más. Siendo sincero, desde hacía mucho tiempo no le apetecía acostarse con nadie más que con ella, y eso tal vez no iba a cambiar. Quería decírselo.

La cena al final consistió en los fideos *ramen* significaba que tendría que hacer una propuesta tan trascendental y romántica con aliento a ajo, por lo que dudó por un momento en seguir adelante con su decisión. Pero de inmediato reconsideró que no había nada por lo que preocuparse con Remi a esas alturas. Le envió un SMS:

Hola. ¿Dónde estás? Si es en mi casa, espérame.

Si estás en tu casa, ¿puedo ir? Iré nada más terminar de cenar.

En la intersección de Jinbōchō, el móvil vibró, avisándole de un nuevo mensaje.

Hola. Estoy en la mía. Ven cuando quieras.

Sin prisa. Te espero.

Nishioka sonrió y releyó el SMS. Sin un solo *emoji*, su mensaje resultaba, como de costumbre, sorprendentemente escueto. Aun así, era como si pudiera oír su voz; una cálida sensación le envolvió. Allí estaba de nuevo el misterioso poder de las letras, de las palabras.

—¡Muuuy bien! Para animarnos, podéis pedir cada uno un huevo duro como ingrediente extra.

—¿Qué le ha entrado de repente, señor Nishioka? ¿Animarnos para qué? —preguntó un estudiante.

—¿Qué tal un extra de carne de cerdo asada también? —propuso el otro.

—Tenéis mi consentimiento.

Nishioka guardó su móvil y entró en el restaurante lleno de energía.

## Capítulo 4

**P**OR primera vez en los tres años que llevaba trabajando en Genbu Books, Midori Kishibe puso un pie en el edificio anexo, ubicado en un rincón del recinto de la compañía. Nada más pisar el edificio, estornudó tres veces.

Era alérgica al polvo y a los cambios bruscos de temperatura. Cuando entraba en habitaciones poco limpias o notaba un cambio repentino en la sensación térmica, tenía un ataque de estornudos y congestión nasal. Y ese anexo parecía estar repleto de agentes alérgenos. Al abrir una pesada puerta de madera, sintió el aire fresco que circulaba por el sombrío pasillo, combinado con un olor a papel mohoso, como el que habría en una biblioteca.

No se parecía en nada al moderno edificio principal. ¿Seguro que se hallaba en el lugar correcto? Kishibe se inquietó. Naturalmente ella sabía de la existencia de ese anexo, pero había supuesto que se utilizaba como una especie de almacén o algo similar, porque la estructura de madera de estilo occidental era demasiado anticuada. Sin embargo, una vez dentro, a pesar de los años que tenía el edificio, confirmó que estaba en uso. El suelo entarimado y la barandilla de la escalera que se veía al fondo habían adquirido un color ámbar profundo. Las paredes estaban revestidas de yeso blanco. El techo alto presentaba una elegante forma arqueada. Su sensible nariz no dejaba de picarle, pero no había ni una mota de polvo en los rodapiés del pasillo, lo que evidenciaba que el edificio se utilizaba a diario.

—¿Hola? —gritó hacia el fondo del pasillo.

—¿Qué quiere? —preguntó una voz a su lado que le hizo saltar del susto.

Kishibe miró con cierto temor hacia el lugar del que procedía la voz. Entre la escasa iluminación y la tensión que ella había acumulado, no se había dado cuenta de que había una ventanilla justo al lado de la puerta por donde asomaba el rostro de un conserje. En el cristal había pegada una pequeña hoja de papel amarillento con la palabra Recepción escrita a mano. Al otro lado de la ventanilla se veía un pequeño cuarto donde Kishibe suponía que hasta ese momento el hombre mayor había estado sentado refrescándose con un ventilador eléctrico mientras veía la televisión.

La entrada al edificio principal tenía un mostrador metálico en el que una sonriente recepcionista recibía a los visitantes. «Menuda diferencia», pensó Kishibe, suspirando para sus adentros. Se dispuso a presentarse, pero, antes de que ella dijera nada, el conserje agitó la mano derecha con un gesto mecánico.

—Primera planta. —Cerró la ventanilla y se volvió hacia la televisión.

Ella decidió seguir sus instrucciones y dirigirse a la primera planta. Sus pasos resonaron en el pasillo. En el edificio principal, sus tacones altos de ocho centímetros repiqueteaban alegremente en el suelo de baldosas, pero en ese de madera emitían un sonido sordo, como el de un pájaro al picotear alpiste.

Cada vez que subía un escalón, el suelo crujía de forma lúgubre. «¿Acaso he ganado peso? Uso la misma talla, pero últimamente he estado tomando demasiados dulces y no he parado de picar entre horas por el estrés...». Subió de puntillas con cuidado lo que quedaba de escalera.

La primera planta estaba un poco más iluminada gracias a la luz que entraba por las ventanas. Únicamente una de las puertas que daban al pasillo estaba abierta. Kishibe se dirigió hacia ella.

Cuando se acercó, vio que la puerta no estaba abierta, sino desmontada, y que sólo quedaba el vano. En el interior, las estanterías se alineaban a lo largo de las paredes y todos los escritorios estaban enterrados bajo pilas de papeles. Kishibe estornudó otras tres veces. Vaciló en entrar. Era obvio que esa habitación estaba llena de polvo y, además, desde hacía un rato había estado oyendo unos extraños gemidos.

—Aaah, uuuhm, aaah, uuuhm...

Esos sonidos ininteligibles no cesaban. «¿Es que hay un tigre de parto o qué?». Mientras escrutaba temerosa dentro de la sala, a su espalda otra voz

exclamó:

—¡Oh, estábamos esperándote!

Kishibe dio un grito asustado. Al volverse se topó con una mujer de pie en el pasillo que momentos antes estaba desierto. Sobre pasaba los cincuenta años, era delgada, llevaba gafas y parecía impaciente.

—Pues yo...

—Sí, sí, ya sé quién eres.

Una vez más, no le dejaron presentarse. La mujer pasó casi rozándola, entró en la oficina y se dirigió hacia el fondo mientras esquivaba las pilas de papeles.

—¡Director! ¡Señor Majime!

En respuesta a la llamada, los gemidos se interrumpieron. Al cabo de unos segundos, la pila de papeles que estaba más al fondo se derrumbó y apareció un hombre.

—Sí, estoy aquí. ¿Sucede algo, Sasaki?

Se había quedado dormido sobre el escritorio. La mejilla del hombre que se había puesto en pie presentaba una línea rosada, una marca de papel. También era delgado, bueno, más bien escuálido y, a diferencia de la mujer apellidada Sasaki, ofrecía un aspecto desaliñado; llevaba una camisa muy arrugada y tenía una abundante mata de pelo revuelto. Kishibe supuso que rondaría los cuarenta al observar que unas canas asomaban aquí y allá en ese desordenado cabello. ¿Era apropiado para su edad descuidar tanto su aspecto?, se cuestionó en silencio mientras sentía cierto desdén por ese tipo. Si ese individuo ostentaba el cargo de director, tal vez era por eso por lo que el resto de la empresa tenía una opinión tan negativa del Departamento de Edición de Diccionarios, que era un pozo sin fondo de gastos absurdos (o al menos eso opinaban en los otros departamentos).

Ese hombre carente de la dignidad necesaria en un director rebuscó en su escritorio. Al cabo de un rato, encontró lo que quería, sus gafas, y se las puso. Entonces pareció percatarse de la presencia de Kishibe, pero de nuevo comenzó a revolver su escritorio.

¿Qué estaría haciendo? Insegura de si debía saludarlo o permanecer en silencio para no molestar, echó un vistazo a Sasaki. Estaba inmóvil, como ausente, y no parecía importarle la parsimonia de aquel tipo. Así que Kishibe optó por esperar a que él se decidiese a hacer algo útil.

—¡Lo encontré! —exclamó el hombre alegremente, y con un tarjetero plateado en la mano se acercó a Kishibe. Para llegar hasta ella tuvo que rodear las pilas de papeles que se levantaban del suelo, de modo que tardó un poco en presentarse cara a cara—. Soy Mitsuya Majime. Mucho gusto.

En la tarjeta de visita que él le ofreció ponía:

Mitsuya Majime Director Dpto. de Edición de Diccionarios Genbu Books S.A.

Era bastante alto y se agachaba un poco para mirarla. Sus ojos, oscuros y brillantes, parecían soñolientos.

Kishibe sacó su tarjetero del bolsillo del traje, el mismo que había comprado como regalo para sí misma cuando había conseguido su puesto en Genbu, lo que le había emocionado muchísimo. Era de piel de becerro marrón, de la marca Hermès, y en él guardaba sus nuevas tarjetas de visita.

—He sido asignada a este departamento a partir de hoy. Mi nombre es Midori Kishibe. Espero aprender mucho de usted.

Kishibe nunca había oído hablar de dos empleados de la misma compañía que se intercambiaran sus tarjetas. Sasaki se presentó sin ofrecer la suya:

—Soy Sasaki. Trabajo principalmente en el almacén de los archivos que está aquí al lado.

«Claro, es que no hay necesidad de intercambiar tarjetas». Al ver el comportamiento normal de Sasaki, Kishibe se sintió aliviada y guardó su tarjetero mientras saludaba a su nueva compañera, a la par que desaprobaba para sus adentros el extraño comportamiento del director.

No había nadie más en la oficina. Kishibe pensaba que el resto estaría fuera, pero pronto descubrió que el equipo habitual estaba formado por tres personas: Majime, Sasaki y ella.

—Además de nosotros, el profesor Matsumoto ejerce de editor jefe y el señor Araki supervisa, ambos como personal externo —explicó Majime con una sonrisa.

Con un equipo de tan sólo tres personas, su cargo de director era absurdo. Sin embargo, allí lo tenía, plantado delante de ella y sonriendo. Menospreció a ese nuevo jefe tan poco ambicioso. Al mismo tiempo no pudo evitar sentir que su escaso entusiasmo previo al saber que tenía que trabajar en ese decadente departamento se acababa de enfriar del todo. A pesar de que le habían dicho que ese departamento estaba llevando a cabo un gran proyecto,

tuvo la impresión de que la habían exiliado a un puesto remoto. ¿Acaso había cometido algún craso error y este era el castigo que le habían impuesto? Los negros pensamientos que le habían perseguido en los últimos días resurgieron una vez más y se deprimió.

Desde que la habían contratado en Genbu Books, Kishibe había pasado tres años en el equipo editorial de la glamurosa revista de moda *Garbo*. Muchas editoriales publicaban revistas de moda dirigidas a las mujeres de entre veinte y treinta años, y *Garbo* era de las más vendidas. Su personal estaba a la altura de su reputación como uno de los departamentos líderes de la compañía.

Como había sido una lectora apasionada de *Garbo* desde que era estudiante universitaria, estaba exultante por haber sido asignada a esa publicación e hizo todo lo posible por dar lo mejor de sí misma. Siguió el ejemplo de sus elegantes compañeras: se mantuvo al corriente de las últimas modas y procuró vestirse lo mejor posible dentro de sus posibilidades; resultaba difícil valorar la calidad de las prendas que aparecían en la revista si no las vestía una misma. Después de quedar exhausta tras dar el visto bueno a las galeradas, al llegar a casa nunca se saltaba los rituales para el cuidado de la piel. Y antes de realizar las entrevistas que le habían asignado, leía las aburridas autobiografías de las celebridades de turno de principio a fin. No había dejado de trabajar ni había perdido el entusiasmo, ni siquiera cuando su novio, con el que había estado saliendo desde la universidad, rompió con ella alegando que ella era el tipo de persona que podía caminar sola.

Entonces, si tenía tantos méritos, ¿por qué la habían trasladado de departamento para editar diccionarios? ¿Por qué la habían enviado a ese lugar que estaba años luz del mundo de las estrellas de Hollywood y de las luchas detrás de las cámaras que mantenían los mejores modelos de los desfiles de París? ¿Qué se suponía que debía hacer ella en un departamento que estaba tan alejado del anterior como lo estaban la Nebulosa del Cangrejo y la Tierra? ¿Qué podría hacer para deshacer ese maleficio? Se sentía perdida.

Ajenos al desastroso estado anímico y vital de Kishibe, Majime y Sasaki conversaban tranquilamente.

—Ha tenido una pesadilla, director. Sus gemidos eran audibles — comentaba Sasaki.

—¿Ah, sí? Oh, ahora lo recuerdo. He soñado que, cuando iba a devolver a

la imprenta las galeradas de las segundas pruebas, encontraba en ellas unas letras que no eran *seiji*.

—¡Vaya! Eso resulta espantoso hasta en sueños.

—Una auténtica pesadilla.

¿*Seiji*?, Kishibe no entendía lo que significaba esa palabra, pero al menos comprendió que el contenido de su conversación era algo ajeno a la vida corriente. Vacilante, se atrevió a preguntar:

—Disculpen. ¿Cuál es mi cometido aquí?

Su antiguo jefe solía decir que cada uno debía tener iniciativa en el trabajo, pero las revistas de moda y los diccionarios pertenecían a dos campos tan diferentes que se sentía incapaz de emprender una tarea sin que nadie la orientara en sus primeros pasos. Inesperadamente, Majime respondió:

—Tómalo con calma.

Se quedó decepcionada porque con esa respuesta Majime parecía dar a entender que ella no era del todo necesaria, aunque su tono no contenía malicia alguna. Con una expresión sincera, el director agregó:

—Tenemos planeada una fiesta de bienvenida para ti esta noche. Por lo que, si tengo que encargarte algo, tu misión de hoy es tener el estómago y el hígado en perfecto estado a las seis de la tarde.

—Las cosas que enviaste están ahí —intervino Sasaki, señalando un rincón donde habían apilado con cuidado varias cajas de cartón—. Puedes usar el escritorio que quieras. Si necesitas ayuda, llámame. —Y se fue de la oficina.

Sasaki regresaba al almacén de los archivos tras haber dejado su puesto unos minutos para dar una adecuada bienvenida a un nuevo miembro del departamento, sabiendo de buena tinta que el director era un negado para tales cometidos sociales. Menos mal que Sasaki estaba pendiente para recibirla y ayudar a Kishibe en esos primeros momentos. No es que fuera demasiado amable, pero sí lo suficiente.

«¿Cualquier escritorio?». Tras recorrer con la mirada el interior de la oficina, se quedó perpleja; todos los escritorios estaban invadidos por pilas de papeles o libros.

Majime había vuelto a su asiento. Su escritorio estaba cubierto con una cantidad exagerada de papeles, a buen seguro galeradas, y apenas quedaba un milímetro de espacio vacío. Incluso su ordenador parecía encogerse con

incomodidad bajo un montón de papeles que sobresalía como el alero de un tejado. El suelo alrededor de la mesa se encontraba sembrado de unas pilas de libros tan altas que casi ocultaban al director cuando estaba sentado. Parecía rodeado por una fortaleza o hallarse en el fondo de una cueva donde hibernaran osos.

Kishibe atisbo a Majime entre los libros de su fortaleza. En el asiento de su silla había atado un cojín viejo con motivos florales. Ella dudó sobre la forma apropiada con la que dirigirse a él, ya que le parecía absurdo llamarlo «director» en una oficina en la que no había nadie más que ellos dos.

—Señor Majime.

—¿Sí? —Levantó la vista del libro que tenía delante.

En sus páginas se alineaban unos jeroglíficos iguales a los de los antiguos templos egipcios. «Sólo le está echando una ojeada, ¿verdad, señor? No me diga que está leyendo ese galimatías...». Kishibe se amilanó un poco y se vio incapaz de preguntarle qué escritorio podía usar.

Majime, con la cabeza levantada, esperaba con paciencia a que hablase.

—¿Qué es *seiji*?

De improviso, había cambiado su pregunta y se arrepintió al instante. Era probablemente jerga lexicográfica y Majime aparentaba ser un poco excéntrico en contraste con su aire sereno, y quién sabía si no sería una persona irritable. Temió que le respondiera enfadado: «¿Será posible que ni siquiera sepas algo tan simple? ¡Me han enviado una absoluta inútil!».

—Es el sinograma correcto, que se basa en la ortografía tradicional del *Diccionario de Kangxi*[\[10\]](#).

Kishibe entendía cada vez menos. ¿Qué demonios sería el *Diccionario de Kangxi*? Nunca había oído hablar de él. Majime advirtió su desconcierto, depositó el libro en el regazo, sacó una hoja de papel de la pila más cercana y escribió en su dorso dos letras:

揃揃

—Si tecleas en el ordenador *sorou* («uniformarse, completarse») y le das a la tecla conversor de sinogramas, por lo general aparece en la pantalla esta letra, como la primera. Pero si te fijas en los materiales impresos reales, la misma letra viene de esta manera, como la segunda. Es porque se cambia a la letra *seiji* en el proceso de impresión de galeradas, ya que es el tipo estándar

para la publicación. La segunda es la forma correcta y la primera es, digamos, una variante algo simplificada.

Kishibe examinó detenidamente ambas letras, comparándolas. A simple vista parecían idénticas, pero enseguida advirtió la diferencia.

—Ah, la letra correcta tiene inclinadas hacia abajo las dos pequeñas líneas horizontales de en medio, pero la otra no.

En ese momento, recordó que a veces en los artículos para *Garbo* el corrector cambiaba la forma de algunos caracteres. Sin embargo, había dos cosas que era más importante revisar en una revista de moda: si los colores del producto eran los adecuados en la versión impresa y si la información sobre los puntos de venta estaba actualizada. Nunca se había parado a pensar en el porqué de esas correcciones en las galeradas. Nunca se había dado cuenta de que tenían que ver con que los sinogramas aparecieran en su forma correcta.

—Pero, cuando se escribe las letras a mano, está bien usar las variantes. —Majime fijó la vista de nuevo en la hoja donde había escrito la comparación—. *Seiji* no implica que las otras variantes sean un error ortográfico, sino que esa es la escritura más correcta de la letra. Hay que dar prioridad al uso de *seiji* para los sinogramas en los diccionarios y en cualquier otra publicación, aunque en las tablas de *jōyō kanji*[11] y *jinmeiyō kanji*[12] figuran en *shinjitai*, es decir, en esas nuevas variantes.

¿Tablas de *jōyō yjinmeiyō kanji*. ¿*Shinjitai*? Más términos ignotos salieron por los labios de su nuevo jefe. En cualquier caso, Kishibe comprendió al menos que los diccionarios se elaboraban siguiendo unas reglas escrupulosamente detalladas, prestando la máxima atención a la forma de cada sinograma.

«¿Seré yo de alguna utilidad aquí?». Estuvo a punto de desmayarse. Tal vez porque Majime había sacado una hoja antes, la pila de papeles de su escritorio acabó perdiendo el equilibrio y se derrumbó sobre sus manos.

Kishibe estornudó cinco veces seguidas. Quería sonarse la nariz, pero daba la impresión de que iba a tardar mucho tiempo en encontrar una caja de pañuelos en esa oficina.

Antes de desempaquetar sus cosas, Kishibe decidió limpiar la oficina y poner orden.

Como era principios de julio, temía que ya no se vendieran mascarillas

antigripales, pero lo más probable era que sí, pues habían aparecido nuevas cepas de gripe fuera de temporada. En una tienda de conveniencia cercana a la oficina, Kishibe encontró las que quería, unas desechables de celulosa. También compró un par de guantes y, tan pronto como regresó a la oficina, se puso dos mascarillas para protegerse mejor del polvo y comenzó a trabajar. Majime se ofreció a ayudarla, pero ella rehusó educadamente. Era un poco descortés por su parte hacer eso el mismo día en el que se habían conocido, pero era evidente que su jefe no le sería de mucha utilidad.

Majime se retiró obediente, regresó a su escritorio y volvió a su trabajo. Lo que estaba haciendo seguía siendo un misterio para ella. No paraba de consultar algo en ese libro lleno de jeroglíficos e iba tomando notas. Kishibe, llena de curiosidad, echó con disimulo un vistazo a las manos de Majime y vio que estaba garabateando en japonés: «El pájaro del rey vuela hacia la noche». ¿Pero de verdad sabía leer jeroglíficos?!

La limpieza le cundió más de lo esperado. Agrupó libros con libros, los papeles con más papeles, las galeradas con más galeradas, y lo apiló todo en la gran mesa de trabajo. Una vez que hubo organizado ese montón ingente de libros y papeles, le pidió a Majime que decidiera cuáles podía tirar. Colocó los libros en las estanterías, guardó los documentos en los archivadores y estos en el armario. Todo lo que había sido descartado lo ató con cuerdas y lo sacó al pasillo.

Las galeradas, que tenían que conservarse, le dieron más trabajo. Al parecer, para hacer un diccionario, las galeradas tenían que ir y venir entre el departamento editorial y la imprenta cinco veces. En cuanto se corregían las primeras pruebas, se devolvían a la imprenta. Cuando las siguientes pruebas llegaban con las correcciones aplicadas, se comprobaban. Este proceso se repetía en cinco ocasiones.

Cuando Kishibe trabajaba en la revista *Garbo*, si no había ningún problema en particular, se realizaban unas pruebas o como mucho dos. Así que cuando leyó «quintas pruebas», se sorprendió enormemente. Imprimir galeradas no salía gratis. Fue entonces cuando comprendió la razón por la que requería tanto tiempo y dinero hacer un diccionario.

Los papeles que se acumulaban por todas partes eran las galeradas de la reedición del diccionario *Genbu de sinogramas*. Necesitó prestar mucha atención al organizárlas porque las pruebas desde la tercera hasta la quinta

estaban mezcladas. Las clasificó según el número correspondiente de cada una (de primeras a quintas) y las reunió en montones ordenados según el número de página y divididos cada uno, debido a lo que abultaban, en partes más pequeñas que podían sujetarse con un clip de mariposa.

Después de haberse pasado casi todo su primer día de trabajo ordenando, sólo había logrado despejar la zona alrededor de su escritorio, quedando todavía sin organizar una cantidad considerable de galeradas del *Genbu de sinogramas* que cubrían el resto de mesas.

Sin embargo, sus esfuerzos dieron sus frutos. La oficina quedó bastante ordenada y, tras haber hojeado tantas pruebas, Kishibe se había podido hacer una idea clara del tipo de correcciones que los lexicógrafos realizaban. Satisfecha, se acercó a las cajas de cartón que contenían sus cosas y las abrió. Colocó cada uno de sus objetos de oficina, sus carpetas y su ordenador en un escritorio ubicado lo más lejos posible de Majime. Terminó de colocar sus pertenencias en poco tiempo. Era incapaz de estar en un sitio desordenado, por lo que siempre había procurado tener lo mínimo en su lugar de trabajo.

Poco después de las cinco y media de la tarde, Majime se levantó y se estiró.

—¿Nos vamos yendo ya? —Se volvió hacia Kishibe y exclamó—: ¡Oh, cómo ha quedado! —Miró a su alrededor y asintió varias veces—. Incluso los libros de referencia están guardados en los estantes adecuados.

Kishibe se quitó la doble mascarilla, y explicó con una mezcla de timidez y orgullo:

—Fui la encargada de la biblioteca desde la escuela primaria hasta el bachillerato y por eso he deducido dónde iba cada cosa más o menos. Pero dígame si he hecho algo mal.

Entonces se dio cuenta de lo a fondo que se había empleado en la limpieza. Los bucles que se había hecho con la plancha esa mañana habían perdido volumen a causa del sudor y su impecable traje, que se había comprado por encima de sus posibilidades, estaba manchado de polvo.

—Kishibe, eres apta para elaborar un diccionario.

Como Majime había afirmado eso con admiración, ella agitó las manos rápidamente, negándolo.

—Oh, no. No sé nada sobre los *seiji*, y casi siempre dejaba las pruebas de la revista en manos de los correctores.

—No hay ningún problema, basta con que aprendas a partir de ahora. —  
Majime sonrió—. Es natural, trabajar en un diccionario y en una revista son  
dos cosas muy diferentes. Si me pidieran que verificara los colores de una  
prueba para una revista, no tendría la menor idea.

—¿Qué le hace pensar que soy apta para trabajar en un diccionario? —se  
atrevió a preguntar, ansiosa de poder ganar algo de confianza en sí misma.

—La eficiencia con la que sabes guardar cada cosa en su sitio.

—¡¿Cómo?! —Se quedó decepcionada al haber sido valorada por su  
capacidad organizativa. Le hubiese gustado que hubiese reconocido alguna  
otra faceta suya más profesional.

Además, si ese departamento lo integraban personas capaces de elaborar  
diccionarios, ¿por qué no estaban las cosas en su sitio? No tenía sentido.

Majime pareció adivinar sus dudas. Sonrió avergonzado y le explicó:

—Por lo general, nuestra oficina está más organizada. El problema es que  
tan pronto como terminamos la reedición del *Genbu de sino gramas*, tuvimos  
que ponernos a redactar la *Gran enciclopedia de Sokéboo*, así que hemos ido  
a *tenyawanya* («a matacaballo») últimamente.

¿*Tenyawanya*? Era la primera persona que conocía que usaba esa  
expresión. Se quedó tan impactada por esa rareza que por un instante no supo  
cómo reaccionar. Hasta que se dio cuenta de que su jefe acababa de decir  
algo aún más raro que *tenyawanya*.

—¿*Sokéboo*? —repitió ella como un loro, creyendo que tal vez había oído  
mal.

—Sí, *Sokéboo*. —Majime inclinó la cabeza a un lado y la miró con  
curiosidad—. ¿No sabes qué es?

Por supuesto que sí. Socket Booster, también conocido como Sokéboo.  
Era una serie de videojuegos que incluso había tenido su propio *anime*, el  
cual había sido muy popular entre los niños. El protagonista, Socket Booster,  
un muchacho de diez años, viajaba por el universo y se hacía amigo de todo  
tipo de criaturas en los planetas que visitaba. Las criaturas de ese universo  
tenían formas muy distintas entre sí, desde las más adorables hasta las más  
grotescas, y estaban dibujadas con colores vivos. Algunas de ellas eran más  
populares que el propio Socket Booster. Hasta Kishibe, que nunca había  
jugado ni había visto el *anime*, estaba familiarizada con varios de los  
personajes.

Pero ¿qué conexión podría haber entre Sokéboo y ese departamento? Quería interrogar a Majime al respecto, pero este estaba ocupado comprobando que todo estuviese apagado y, después de llamar a Sasaki, que seguía en el almacén de los archivos, abandonaron el edificio con rapidez.

La estación de lluvias no había terminado aún. El cielo que se desplegaba sobre el barrio de Jinbōchō aparecía cubierto de nubes grises iluminadas por el reflejo de las luces de los edificios y los faros de los automóviles. Acompañada por Sasaki, Kishibe aceleró el paso para alcanzar a Majime, que estaba bajando apresuradamente las escaleras del metro.

Nadie le había dicho a Kishibe dónde sería la fiesta de bienvenida y Majime ni siquiera parecía que fuese a tener la amabilidad de guiarla, así que iba tras él sin un rumbo fijo. Ese tampoco era el momento adecuado para preguntarle por Sokéboo. Si Sasaki no la hubiera acompañado, podría haberse perdido en algún punto del camino.

Observó el aspecto de su jefe. Aún llevaba puestos los manguitos negros sobre la camisa blanca. No podía creer que alguien saliera vestido así a la calle. ¿Qué pensaría sobre la moda, sobre su propio aspecto? Nada, probablemente. Se le escapó un suspiro. ¿Dónde diablos estaría su chaqueta? ¿Se la habría olvidado en la oficina?

—Él siempre va así. —Sasaki, que caminaba a su lado, respondió a las preguntas que no había llegado a formular.

Hicieron un transbordo y llegaron a Kagurazaka en unos diez minutos. Los editores de *Garbo* habrían ido en taxi porque la compañía pagaba y cambiar de línea en ese trayecto tan corto era una molestia. ¿El Departamento de Edición de Diccionarios carecía de presupuesto para dietas o es que esas personas ni siquiera barajaban la posibilidad de coger un taxi? Majime y Sasaki, impassibles, se balanceaban adelante y atrás en el tambaleante vagón del metro, y subían y bajaban las escaleras mecánicas de cada estación. Majime llevaba colgado de la mano un maletín negro que parecía pesado. Kishibe recordó que antes de salir de la oficina lo había llenado con muchos libros. Se había pasado todo el día descifrando jeroglíficos y aún no se le habían quitado las ganas de seguir leyendo en casa. Increíble. Kishibe suspiró de nuevo.

Tras recorrer las callejuelas laberínticas de Kagurazaka, llegaron a una pequeña y antigua casa al fondo de un estrecho callejón de adoquines. Una

linterna cuadrada colgaba del alero. En esa linterna que emitía una suave luz anaranjada, estaba escrito: «Detrás de la Luna».

Cuando recorrieron la puerta, un joven con uniforme de cocinero los recibió. Se quitaron los zapatos en el vestíbulo.

Nada más entrar había una amplia sala entarimada de unos veinticinco metros cuadrados. A la izquierda había un mostrador de madera sin barnizar con cinco sillas del mismo material frente a él. Además, había cuatro mesas para cuatro comensales cada una. Un ochenta por ciento de los asientos estaban ocupados por hombres de negocios que agasajaban a sus clientes y por jóvenes autónomos.

—Bienvenidos —los saludó una cocinera desde detrás del mostrador.

Aparentaba unos cuarenta años como mucho. Con su cabello negro recogido en un moño resultaba muy hermosa.

El joven uniformado condujo al grupo por una escalera que subía a la derecha. En la planta superior había una sala de unos trece metros cuadrados en cuyo sencillo *tokonoma*, el pequeño espacio decorativo elevado, se exhibía una composición de flores blancas de *deutzia*. Al otro lado del pasillo había dos puertas: una era el servicio y la otra probablemente fuese un cuarto para los empleados. No había más estancias.

Dos hombres estaban ya sentados a la mesa. Majime los presentó:

—El profesor Matsumoto, que es nuestro editor jefe, y el señor Araki, que es nuestro supervisor.

Kishibe les ofreció su tarjeta de visita a cada uno y los saludó. El profesor Matsumoto era un anciano calvo de cuerpo filiforme. Araki aparentaba ser un poco más joven, aunque desprendía un aire testarudo.

El joven cocinero tomó nota de las bebidas y bajó la escalera, pero enseguida regresó con unas botellas de cerveza, una jarrita de *sake* y unos aperitivos en una bandeja. En un platito que cabía en la palma de la mano, les habían servido a cada uno unos filetes de lenguado marinado con alga *konbu* del tamaño de un bocado. Cuando Kishibe lo probó, se quedó fascinada por el delicado sabor a algas que tan bien había impregnado la carne del lenguado. Al mismo tiempo reparó en que estaba hambrienta.

La fiesta de bienvenida se desarrolló en un ambiente acogedor mientras los unos servían cerveza a los otros. El profesor Matsumoto se servía a sí mismo su *sake* y lo bebía a pequeños sorbos. Araki tuvo la amabilidad de

explicarle el misterio de Sokéboo.

—Es habitual hacer todo tipo de diccionarios y obras de referencia en el Departamento de Edición de Diccionarios de Genbu. Por eso Majime se encargó de redactar la *Gran enciclopedia de Sokéboo*.

—Como el director es muy perfeccionista, resultó un trabajo agotador —intervino Sasaki—. Tratamos de hacerle entender que el propósito de la enciclopedia era explicar las criaturas de dicho universo en términos que los niños pudieran entender, pero no nos hizo caso. Le planteó una serie de preguntas puntillosas a los creadores de los videojuegos y el *anime*. Por ejemplo: «¿Cuántos kilogramos pesarían las criaturas del planeta Pekepo en la Tierra?» o «En las guías se indica que los aristócratas del planeta Awamu se comunican por telepatía, pero ¿podrían explicarme en detalle cómo se establece la jerarquía en ese planeta? ¿Y qué significa comunicarse por telepatía? ¿Transmitir el lenguaje de cerebro a cerebro o imágenes, música u otra cosa? ¿Y qué pasa con el resto de las clases sociales? ¿Asumimos que se comunican verbalmente igual que los terrícolas?», etcétera, etcétera. Al final, los creadores del *Sokéboo* se dieron por vencidos e incluso le dijeron a nuestro director: «Lo que sea que invente usted nos parecerá bien, señor Majime. A partir de ahora aceptaremos lo que se le ocurra».

—Sasaki, nunca antes te había escuchado hablar tanto. —El profesor Matsumoto sacudió la cabeza entre admirado y asombrado.

—Te ha costado lo indecible controlar a Majime, ¿verdad? —Araki miró con compasión a Sasaki.

Kishibe estaba anonadada por el grado de dedicación que mostraba su nuevo jefe con una enciclopedia infantil de personajes ficticios. ¿Por qué alguien como ella, sin ningún conocimiento profesional relacionado con los diccionarios, había sido trasladada a ese departamento? La pregunta la había estado atormentando durante los últimos días. Una vez más, volvió a meditar al respecto. ¿Acaso ella había sido asignada allí para controlar a Majime y frenarlo? Si ese fuera el caso, tenía sentido. Si no había alguien vigilándolo siempre, sería bastante probable que hiciera un diccionario sin reparar ni en los gastos ni en los beneficios.

—Bueno, de cualquier modo, parece que la *Gran enciclopedia de Sokéboo* ha tenido una buena acogida —dijo Majime, mostrándose contento—. Esto le proporciona buena reputación al Departamento de Edición de

Diccionarios, y encima hemos salvado la cara.

—Ya se ha acabado el trato despectivo que nos ha estado dispensando durante años la compañía. Por fin podemos centrarnos en *La gran travesía*. —Araki cerró el puño sobre la mesa—. Y además ahora tenemos a Kishibe a bordo.

—¿*La gran travesía*? —Kishibe ladeó la cabeza.

El profesor Matsumoto tomó la palabra:

—Es un diccionario de japonés. Desde que concretamos el proyecto y nos pusimos a trabajar en él han transcurrido trece años.

—¿Trece años?! —Kishibe se quedó anonadada—. ¿Y después de trece años aún no está terminado? ¿Qué han estado haciendo ustedes todo este tiempo?

—Como dije, revisar otros diccionarios y elaborar la *Gran enciclopedia de Sokéboo* —respondió Majime con tranquilidad.

—No sólo eso —intervino el profesor Matsumoto—. ¡Te casaste, Majime!

—¡Sí, es verdad! —lo secundó Araki—. Pensé que era un milagro.

Ante el tono bromista de ambos, Majime se rio con timidez.

Kishibe se quedó tan pasmada que ya no sabía por dónde empezar a preguntar. ¿Ese friqui estaba casado? Cuando su novio la abandonó, ¿ese hombre tenía esposa? ¡Qué injusta era la vida! Pero no, eso no era lo importante. Fueran cuales fuesen los motivos, habían dejado pasar trece años en la elaboración de *La gran travesía*. Estaban tardando demasiado en hacer un diccionario.

—No pudimos evitarlo —se lamentó Sasaki mientras se servía un trozo de *sashimi* de dorada—. Cada dos por tres la compañía nos obligaba a interrumpir el trabajo de *La gran travesía*.

Araki siguió aclarando:

—Un diccionario que funciona bien y atrae a los usuarios puede resultar muy rentable, pero desafortunadamente el trabajo de edición es meticuloso y lento. La mayoría de las empresas están interesadas en obtener ganancias rápidas, de modo que no se muestran muy dispuestas a crear un nuevo diccionario. Ese tipo de proyecto requiere una gran inversión de tiempo y dinero.

Araki se bebió la cerveza que le quedaba y pidió más al joven cocinero que le acababa de traer los platitos de entremeses a cada comensal. Era una ensalada de puerros y encurtidos de *zha cai*, la raíz de la mostaza, cortados en juliana, y pechuga de pollo aliñada con un poco de pimienta. La sensación refrescante y picante que dejaba en la boca animó a todos a beber más cerveza. Era como un aperitivo. El grupo bebía y comía con tanto entusiasmo que los cocineros parecían que no podían seguirles el ritmo preparando los platos.

—La *Gran enciclopedia de Sokéboo* se está vendiendo bien, por lo que ahora sí que podremos terminar *La gran travesía*. Debemos terminarla. —Majime llenó los vasos de todos con cerveza bien fría.

—Sí —murmuró el profesor Matsumoto con una sonrisa en los labios, y levantó su tacita de *sake*—. De lo contrario, antes se agotará mi vida.

Ese no era un tema del que reírse. Sin saber si asentir u ofrecerle consuelo, los demás comensales sonrieron débilmente para disimular su confusión y guardaron silencio. Majime se aclaró la garganta, de nuevo reanimado, y dijo:

—Bueno, ahora Midori Kishibe se ha sumado a nuestro equipo. Así que aunemos fuerzas y hagamos todo lo posible por llevar nuestro barco a buen puerto. *Kanpai*, salud a todos!

«¿Cómo? ¿Hemos estado comiendo y bebiendo todo este tiempo y ahora hacen un brindis?». Kishibe se desconcertó aún más, ya que en tales ocasiones lo habitual era comenzar brindando. Sin embargo, todos los demás parecían acostumbrados a hacerlo cada vez que se ponían de buen humor. Cuatro vasos de cerveza y una tacita de *sake* tintinearón juntos en el aire.

—Disculpen la interrupción.

La cocinera que había estado detrás del mostrador se acercó a la mesa. Después de servirle a cada uno un sabroso plato de verdura cocida, se sentó formalmente en el suelo de tatami, se volvió hacia Kishibe y se presentó:

—Soy Kaguya Hayashi, la propietaria de Detrás de la Luna. Gracias por venir. Espero que vuelva a menudo, señorita.

Antes de que Kishibe pudiera decir algo, Araki se rio.

—Eso será casi imposible. Como esta noche es la fiesta de bienvenida, nos hemos permitido un lujo, pero habitualmente vamos a El Jardín de los Siete Tesoros como mucho, ¿verdad, Majime?

—Me temo que sí, porque siempre andamos cortos de presupuesto para gastos de representación. Lo siento. —Luego Majime señaló a Kishibe con la palma de la mano abierta y agregó—: Kaguya, ella es Midori Kishibe.

—Aun así, señorita Kishibe, puede venir además de por reuniones de trabajo también por una cita —insistió Kaguya, sin ni siquiera mostrar una sonrisa.

«Es que no estoy saliendo con nadie», Kishibe se excusó por dentro, pero agradeció en silencio la invitación con una reverencia.

—¡Vaya, qué raro oírte decir esto! —Araki paseó la mirada de Kishibe a Kaguya y a la inversa—. Kaguya por fin se muestra orgullosa de su trabajo. Es la primera vez que la escucho promocionar su restaurante con tanto empeño.

Kaguya bajó la vista con cierto embarazo. Parecía como si quisiera disculparse: «Es que se me da fatal hacerme publicidad». En ese momento Kishibe pensó que, pese a ser un poco rarita, era atractiva.

—Ella es Kaguya Hayashi.

«¿Todavía sigue con las presentaciones, señor Majime? ¿Es que no se entera de lo que está pasando delante de él? ¡Ella ya me ha dicho su nombre, pesado!». Afanosa por encontrar motivos para reprobar la falta de sofisticación de su nuevo director, a Kishibe se le pasó por alto la siguiente aclaración, o quizá su cerebro no pudo comprenderla del todo:

—Es mi esposa.

Tras dejar pasar cinco largos segundos, Kishibe reaccionó:

—¿Cómo?

—Mi esposa —repitió Majime con formalidad.

Kishibe lo miró a él y luego a Kaguya. Majime estaba sonriente y Kaguya permanecía solemne, como antes, pero ahora estaba un poco sonrojada.

La vida era definitivamente injusta y absurda. Kishibe miró al techo. «Queridos dioses, supongo que andaréis por ahí y me estaréis escuchando. ¿Por qué le disteis a esta mujer una habilidad culinaria sobresaliente a cambio de privarla del juicio con los hombres? Es demasiado cruel. ¡¿Cómo es posible que una criatura tan hermosa haya acabado con un tipo de pelo desastroso que no se quita los manguitos ni para salir a la calle?!».

A la mañana siguiente, Kishibe, aún resacosa, se tuvo que arrastrar para ir

al trabajo. Majime ya estaba sentado a su escritorio y afilaba con cuidado un lápiz rojo girando la manivela del sacapuntas. Ella lo saludó y se sentó despacio; quería evitar mover demasiado la cabeza para que no le doliera.

—Vaya, no pareces encontrarte bien. —Majime levantó el rostro y la observó por encima de las pilas de papeles—. Ahora que lo pienso, parecías bastante *meren* anoche.

—¿*Meren*? ¿Qué significa eso?

—Si no conoces la palabra, será mejor que la busques en un diccionario. —Señaló una estantería.

Pero ella no tenía energías para hacerlo y, cambiando de tema, preguntó:

—¿Qué me toca hacer hoy?

—Pronto vendrá alguien de la compañía papelería. Me gustaría que te unieses a la reunión.

«Una reunión. Y justo tiene que ser hoy», se lamentó Kishibe. En ese instante, su primer estornudo del día le hizo sacudir la cabeza. «Qué dolor...». No estaba nada segura de hallarse en condiciones de conocer a alguien, al menos sin ayuda de una bebida energética.

Kishibe se disculpó, fue a la tienda más cercana y compró una bebida energética eficaz contra la resaca. Nada más salir de la tienda, se la tomó. Un hombre de mediana edad le lanzó una mirada despectiva, pero no era momento para avergonzarse.

Sintiéndose algo mejor, volvió al trabajo. Majime estaba de pie con un joven trajeado delante del gran escritorio. Apartando a un lado las pilas de galeradas, el joven iba extendiendo una hoja tras otra de papel.

—Siento llegar tarde. —A toda prisa, Kishibe intercambió las tarjetas con el comercial.

En su tarjeta venía escrito:

**SHIN'ICHIRO MIYAMOTO**  
**DEPARTAMENTO DE VENTAS**  
**AKEBONO PAPER S.A.**

Kishibe supuso que tenía más o menos su edad. Un aspecto tranquilo revelaba su paciente dedicación al trabajo. Sus ojos, llenos de determinación, la impresionaron.

«Un visitante tan atractivo y yo con resaca». Le preocupó que el aliento le pudiese oler a alcohol, así que trató de hablar sin expulsar el aire. La tarea no fue nada sencilla, pero no quería causar una mala impresión en su primer encuentro.

Miyamoto había traído una surtida variedad de muestras de papel para *La gran travesía*. Majime las estaba tocando, deslizando los dedos sobre ellas o dándoles la vuelta. Como él se había olvidado de la presencia de Miyamoto, Kishibe quiso ser sociable y procuró entablar conversación:

—Qué finitos son estos papeles.

—Sí. Nuestra empresa los ha fabricado para *La gran travesía*, y estamos muy orgullosos de ello. Tienen cincuenta micrones de espesor y pesan cuarenta y cinco gramos por metro cuadrado.

Ella no entendió demasiado bien la explicación, pero supuso que él se refería a lo extremadamente delgado y ligero que era el papel. Miyamoto continuó entusiasmado:

—Y la tinta casi no se filtra por el reverso.

—¿Filtrarse la tinta por el reverso?

—Significa que las palabras impresas en un lado del papel son visibles en el otro lado, lo que dificulta la lectura.

Según Miyamoto, el papel para diccionarios tenía que ser lo más fino y ligero posible, pero sin que llegara a filtrarse la tinta, porque la cantidad de páginas en un diccionario era mucho mayor que en cualquier otro tipo de libro. El grosor inapropiado del papel haría que el diccionario resultara tan pesado que fuese poco manejable.

—Ha dicho usted que este papel es para *La gran travesía*. ¿Quiere decir que este nuevo producto ha sido creado expresamente para nuestro diccionario?

—Exacto. Desde que recibimos el pedido del señor Majime hace un año, nuestro personal técnico y nuestro equipo de desarrollo han hecho un gran esfuerzo por crear estas muestras. Es un placer para nosotros poder presentarlas por fin. Yo, que he atendido al señor Majime desde el principio, estoy muy emocionado por haber alcanzado esta meta —dijo con cierta satisfacción.

La petición de Majime debía de haberle planteado al fabricante un desafío de enormes dificultades.

—¿Es común que se haga un pedido especial para los nuevos diccionarios?

—Eso depende del caso. Por ejemplo, para el *Diccionario Genbu de japonés escolar* usaron un papel ya comercializado por nosotros, pero para el *Genbu de sinogramas* nos encargamos de crear uno en exclusiva. Y, después de mucho tiempo, hemos terminado de elaborar otro para *La gran travesía*. Nos hemos implicado mucho.

Miyamoto arqueó un fajo de pliegos de papel, miró orgulloso a Kishibe y le preguntó:

—¿Qué le parece, señorita Kishibe?

—¿En qué sentido?

—El papel tiene un sutil tono marfil con un ligero toque rojizo. Tuvimos que realizar muchas pruebas hasta que obtuvimos esta tonalidad cálida.

«Ah, otro bicho raro. Es una verdadera pena», se lamentó Kishibe, y dejó de intentar hablar sin exhalar el aire:

—Pero después de tantos esfuerzos por crear un papel ultrafino, ¿se puede usar para otras cosas, además de para los diccionarios?

—Claro que sí. —Miyamoto enderezó los bordes de los pliegos y prosiguió—: No usamos ningún papel elaborado ex profeso para un pedido especial en ningún otro proyecto, en este caso *La gran travesía*. Pero el desafío de desarrollar un papel más delgado y ligero es muy importante para nuestra empresa, ya que nos ayuda a avanzar tecnológicamente. Y además de para los diccionarios, existe demanda de este tipo de papel en otros campos como, por ejemplo, el de las biblias, las pólizas, los prospectos de medicamentos o de productos industriales.

—Caramba...

Kishibe se quedó impresionada. No se había dado cuenta hasta ahora, pero las instrucciones que incluían las cajas de medicamentos era cierto que estaban impresas en ese tipo de papel fino cuidadosamente doblado. Nunca había prestado atención a aquello, pero en ese instante comprendió que detrás había un proceso de investigación y desarrollo en curso para conseguir una variedad de papel apta para todo tipo de propósitos.

Majime, que había estado examinando de mil formas distintas las muestras, de repente exclamó:

—¡No es sedoso al tacto!

Kishibe y Miyamoto se asustaron tanto que se arrimaron el uno al otro de manera inconsciente y se giraron hacia Majime.

—¿Sedoso...?

Majime, con el ceño fruncido, se parecía al escritor Ryūnosuke Akutagawa con dolor de muelas.

—¿No te importaría traer un diccionario de tamaño mediano? El *Amplio jardín de palabras* sería el adecuado —le pidió a Kishibe.

Ella cogió el diccionario de la estantería y lo puso sobre el escritorio. Era un ejemplar de la última edición.

—Veamos, señor Miyamoto. —Majime pasó una página tras otra usando la yema del índice—. Esto es de lo que hablo.

Kishibe y Miyamoto se fijaron en el dedo de Majime e intercambiaron unas miradas perplejas.

—Disculpe, pero ¿de qué se trata? —preguntó Miyamoto, vacilante.

Majime se puso tan furibundo como si Akutagawa, desesperado por su intenso dolor de muelas, hubiera perdido toda esperanza, y gritó:

—¡¿No ve que la página se pega a mi dedo cuando la paso?! Y no arrastra ninguna página más, así que nunca paso más de una página cada vez. ¡A eso me refiero! Compruébelo usted mismo, señor Miyamoto. —Les entregó el *Amplio jardín de palabras*.

Ambos probaron a pasar las páginas.

—¡Ah, es verdad! —exclamó Kishibe.

—En efecto —convino Miyamoto—. El papel tiene un ligero toque de humedad que permite que cada página por separado se levante con facilidad sólo con la yema del índice.

Majime asintió, resignado y como diciendo: «¿Por fin os habéis dado cuenta de este prodigio?».

—Eso es lo que se llama sedosidad al tacto. Es fundamental en el papel de diccionario. Los diccionarios son voluminosos e incómodos de manejar, así que al menos debemos procurar que los usuarios puedan pasar las páginas con la mayor facilidad y rapidez posibles.

—Lo siento, señor. —Miyamoto bajó la cabeza a modo de disculpa.

Luego, como si de improviso se le hubiera ocurrido algo, Miyamoto trajo de la estantería un ejemplar del *Genbu de sinogramas*. Pasó sus páginas una

tras otra mientras examinaba algo cada vez que lo hacía. Su expresión era casi feroz.

Kishibe, en su interior, estaba arredrada por todo ese alboroto sobre un simple papel. Al mismo tiempo, la firme voluntad de Miyamoto, que no era parte del personal de Genbu ni del Departamento de Edición de Diccionarios, con la que se involucraba en *La gran travesía* le produjo cierto placer.

Miyamoto dejó de pasar páginas, salió al pasillo y empezó a hablar con alguien por el móvil. Cuando regresó a la oficina, anunció:

—Reharemos las muestras con urgencia. Estas que he traído hoy carecen de la textura sedosa que habíamos logrado en el papel para el *Genbu de sinogramas*. Uno de nuestros técnicos me acaba de explicar el porqué. Según él, una nueva máquina de papel podría haber causado el problema. Como usted bien sabe, señor Majime, elaborar papel para usos específicos requiere unos ajustes sutiles en la combinación de la pasta y los agentes de encolado.

Tras escuchar esa aclaración, Majime asintió:

—Sí, entiendo.

Majime trataba de mostrar respeto al joven Miyamoto, una muestra de consideración que le granjeó un punto positivo a ojos de Kishibe.

Aunque ella dudaba de que la mayoría de la gente supiera algo acerca de tales «ajustes sutiles», también asintió, haciéndose la entendida.

La expresión severa de Majime se relajó un poco.

—Entonces han hecho los ajustes adecuados conforme a su experiencia con el *Genbu de sinogramas*, pero no se ha obtenido la misma calidad con la máquina nueva, ¿no es así?

—Exacto. —Miyamoto agachó la cabeza—. Cada máquina de papel tiene sus peculiaridades. Dependiendo de esta, la misma combinación de materiales y factores puede producir ligeras irregularidades. Y no sólo eso: el técnico que supervisó el papel del *Genbu de sino gramas* ya está jubilado y me temo que no prestamos suficiente atención a la sedosidad.

«La única persona en el universo que presta atención a la sedosidad como si fuera algo normal es el señor Majime», lo censuró Kishibe ante el abatimiento que la observación de su jefe había causado en el joven comercial.

Al parecer, la sincera disculpa de Miyamoto le había llegado al corazón a Majime, que lo tranquilizó:

—Me basta con que haya entendido el problema. Esperaré ansioso las próximas muestras.

—¡Gracias, señor! —Miyamoto recuperó su sonrisa—. Le prometo que produciremos un papel que satisfaga sus altas expectativas. —Recogió las muestras y se fue como el viento.

—Es un joven digno de confianza. —Majime regresó a su asiento de buen humor, y tan pronto como se sentó comenzó a escribir algo.

Kishibe miró disimuladamente por encima de los hombros de su jefe y vio que estaba haciendo una ficha léxica para la máquina de papel.

«Todo el que está involucrado de alguna manera con los diccionarios es un chiflado», pensó. Sentía un vago temor ante el afán desatado de sus nuevos colegas y no estaba segura de si ella podría acompañarse a su forma de trabajar.

De momento, se puso a organizar la gran mesa de trabajo. Cuando estaba recogiendo el *Amplio jardín de palabras*, recordó la misteriosa palabra *meren* que Majime había usado antes y la buscó. La definición decía:

**Meren.** Emborracharse por completo. Embriaguez extrema.

Ahora entendía que lo que Majime le había dicho significaba: «Anoche acabaste borracha como una cuba». Si eso era lo que quería decirle, ¿por qué no se lo había dicho a las claras?! Comenzó a enfadarse.

La definición iba seguida de una cita ilustrativa del *Kanadehon Chūshingura*, el origen de *La leyenda de los 47 rōnin* de la historia de 1703, protagonizada por unos samuráis que querían vengarse de la muerte de su señor. ¡Por favor! ¡Si estaba escrito en japonés clásico! ¡Un drama de época ambientado hacía siglos! ¡¿Quién en su sano juicio seguiría usando una palabra como *meren*?!». Kishibe pensó que su nuevo jefe había usado adrede una palabra difícil para ponerla a prueba, a pesar de que sabía de sobra que ella era una total ignorante en lo que respectaba a los diccionarios. ¡Qué mala leche! Se sentía frustrada y humillada, al borde de las lágrimas. Pero echarse a llorar ante semejante trato de su superior la haría sentirse aún más abatida, por lo que se esforzó en contenerse y continuó limpiando la oficina.

Majime todavía no le había asignado ninguna tarea. Estaba encorvado sobre su escritorio, absorto mientras escribía algo. Quizás él se había olvidado de que ella estaba allí. Quizá no le importara en absoluto si lloraba,

estornudaba o lo que fuera que hiciera.

Almorzó sola en el comedor de personal. Tomó el menú del día con el plato principal de chicharro empanado.

Como tenía ganas de hablar con alguien, había echado un vistazo en el almacén de los archivos cuando se iba a tomar el descanso, pero Sasaki ya se había ido a comer y no estaba allí. Justo en un día deprimente como ese no había visto a ningún conocido en el comedor. Cayó entonces en la cuenta de que era la primera vez que trabajaba con colegas mucho mayores que ella. Su plato favorito, el chicharro empanado, ese día le supo soso.

Cuando trabajaba en el departamento de edición de *Garbo*, siempre estaba rodeada de muchos editores y redactores de su edad. Y el equipo editorial, a excepción del editor jefe, estaba conformado por mujeres. Había cierta rivalidad entre ellas, sí, pero se ayudaban, hablaban y trabajaban muy duro. En los ratos de inactividad podían mantener una conversación sobre temas frívolos, como la comida, la ropa o el amor, y echarse unas risas. Esos entretenimientos le habrían ayudado mucho para poder sobrellevar ese segundo día en su nuevo puesto. Pero en el Departamento de Edición de Diccionarios Majime era el único con quien pasaba la jornada. Si ya era bastante penoso que no tuvieran nada en común de lo que hablar, peor aún era que él usara palabras ininteligibles y arcaicas cuando le hablaba.

Kishibe no sabía por dónde tirar.

Recordó cómo se había sentido el primer día de clase. Por aquel entonces, llena de ansiedad y tensión, se había preguntado si podría encajar. Por eso había escogido un asiento lo más seguro posible: un lugar provisional donde instalarse hasta que el maestro asignara definitivamente los asientos para todo el curso.

La gran diferencia entre el primer día de clase y ese momento era la ausencia de expectativas, de que algo nuevo estaba a punto de comenzar. Trabajar en una empresa no era una obligación, pero quedaba lejos de la frescura y la emoción que había experimentado al inicio de cada curso durante su época escolar. Tal vez, psicológicamente, las personas no estaban hechas para trabajar sólo por dinero. Kishibe suspiró. Ahora que tenía que volver a adaptarse a los planes de la compañía, a los hábitos e inercias que surgían en su seno y a las condiciones de su nuevo puesto de trabajo, ni siquiera experimentaba el placer de relacionarse con sus colegas. ¿En qué

podría apoyarse para seguir trabajando en ese obsoleto departamento? Sintió que estaba perdiendo el control de la situación.

Sin embargo, ella carecía de la osadía necesaria para marcharse de la compañía en la que había entrado a trabajar con tanta ilusión. Se terminó el almuerzo y devolvió la bandeja y los platos, admitiendo que todo lo que podía hacer era seguir trabajando en el Departamento de Edición de Diccionarios con el único incentivo de cobrar la paga extra de invierno; acababa de gastar en zapatos y ropa la mayor parte de la paga extra de verano que había cobrado el mes anterior. Suspiró otra vez.

Tan pronto como regresó al anexo, sus suspiros se convirtieron en estornudos. Todo se había vuelto abominable.

La tarea de ordenar la oficina concluyó el tercer día en su nuevo puesto. La cantidad de polvo en el aire también se redujo.

Se quitó la mascarilla y se relajó en su propio escritorio. Mientras tomaba un café, abrió una carpeta con una cubierta azul.

Antes de dirigirse a la cocina, le había preguntado a Majime si también quería un café, pero su respuesta había sido un murmullo indescifrable. Ni siquiera había levantado la vista del viejo libro que estaba estudiando. Ella decidió no prestarle más atención.

La carpeta que Kishibe estaba ojeando en ese momento había estado guardada en una de las estanterías, a la altura de los ojos, en un lugar muy visible. En letras bien grandes aparecía escrito: alto secreto: consultar sólo en la oficina del departamento de edición de diccionarios. Desde luego, era una audaz forma de ocultar algo secreto. Kishibe se había echado a reír y, llena de curiosidad, se había llevado el archivo a su mesa.

La carpeta trataba sobre los colaboradores de *La gran travesía*, profesores universitarios e investigadores en su mayoría. Para cada persona aparecían referidos, además de su especialidad y sus principales obras publicadas, su situación familiar, sus comidas favoritas y cómo tratar cualquier problema que pudiera surgir con ella. Evidentemente, un antiguo empleado había recopilado todos esos datos para ayudar a su sucesor. No obstante, esas informaciones se habían quedado desfasadas. En la lista de colaboradores, Kishibe advirtió el nombre de un famoso psicólogo que había fallecido varios años atrás. Se cruzó de brazos preguntándose quién demonios habría preparado eso y cuándo. El papel estaba incluso un poco amarillento.

Continuó pasando las páginas y al final encontró una nota que decía:

Majime no es demasiado bueno en el trato y en los negocios con desconocidos. ¡Tú, que acabas de llegar al Departamento de Edición de Diccionarios, saca partido de este documento para apoyar a Majime y completar *La gran travesía*! ¡Te deseo mucha suerte!

El departamento había estado soñando con la publicación de ese diccionario durante más de una década, avanzando con constancia pero despacio. Durante todo ese tiempo, no se le había asignado personal de refuerzo. Eso era lo que Kishibe había oído. De ser así, significaba que ese archivo había sido preparado para ella. Debía de ser obra de alguien que había trabajado allí con Majime. Cuando esa persona iba a ser trasladada a otro departamento, se había preocupado por él y por eso había dejado en esa carpeta todas las referencias necesarias para que su sucesor pudiera ayudar al jefe a lidiar con los colaboradores. Sin saber cuándo se cubriría su puesto vacante, había elegido ese medio para transmitir sus conocimientos a un posible sucesor desconocido, y ese sucesor había resultado ser ella.

Demasiada presión. Se sintió algo acobardada. ¿Ser asignada allí significaba que tenía que convertirse en una fanática de los diccionarios? ¿Tendría que esforzarse en la creación de los mismos con amor y entusiasmo? Por supuesto que eso sería fantástico si pudiera hacerlo, pero ella intuía que le era poco menos que imposible cumplir con tal compromiso. Tampoco estaba segura de poder comunicarse con fluidez con Majime ni de estar a la altura de las expectativas de quien se había preocupado por el departamento y su destino hasta tal punto que había dejado esa carpeta para su posible sucesor.

¿Qué debería hacer? Al llegar a la última página, se enteró por fin del nombre del creador del documento.

¿Exhausto/ta por la edición de diccionarios? ¿Quieres animarte?  
Ponte en contacto con Masashi Nishioka vía: [masanishi@genbu-books.co.jp](mailto:masanishi@genbu-books.co.jp).

¿Nishioka? Había alguien con ese nombre en Promoción y Publicidad o en Ventas, un tipo de edad similar a la de Majime. Kishibe trató de hacer memoria. Nunca había hablado con él, pero lo conocía de vista. Lo veía a

menudo paseándose por el pasillo del edificio principal. Tenía pinta de ser una persona superficial, pero, pese a su aspecto, había oído decir que tenía cuatro hijos y que era un buen padre, aunque no sabía hasta qué punto eran ciertos esos comentarios.

Kishibe no creía tener derecho a quejarse de estar «exhausta» en su tercer día de trabajo. Pero era cierto que quería «animarse» y que le encantaría tener a alguien con quien hablar sobre su desconcierto y ansiedad. Nishioka, que había ocupado ese puesto, tal vez estuviera dispuesto a escucharla. Impulsada por la esperanza, le escribió un e-mail.

Estimado señor Masashi Nishioka:

Me dirijo a usted por primera vez. Soy Midori Kishibe. Recientemente he sido asignada al Departamento de Edición de Diccionarios. Este campo me resulta totalmente desconocido, pero estoy dispuesta a aprender. He leído la carpeta secreta que usted preparó. Se lo agradezco, voy a tomarlo como referencia para realizar mi trabajo. Si no le supone demasiada molestia, cuando tenga un rato, ¿le importaría reunirse conmigo alguna vez para hablar? Me encantaría escuchar sus consejos.

Atentamente,

Midori Kishibe

Nishioka estaba en su escritorio cuando le llegó el e-mail de Kishibe, así que, cuando ella regresó de la cocina después de prepararse un segundo café, ya había recibido una respuesta:

¡Yujuuu! Gracias por tu e-mail. —Incluso su estilo de redacción era frívolo—. Verás, no puedo verte para hablar porque te e-na-mo-ra-rías de mí perdidamente. Es broma. Ahora en serio, no tengo nada que enseñarte sobre la elaboración de diccionarios. Es mejor que le pregunte a Majime todo lo que necesites. *Ciao!*

«¿Es posible que exista un cuarentón capaz de escribir un mensaje tan insustancial?!». Además de picarle la nariz, ahora le picaba todo el cuerpo, tanto que Kishibe se echó a temblar.

P. D. ¿Por qué no echas un vistazo a los sujetalibros de las

estanterías? Te garantizo que encontrarás algo que te divertirá y que te va a servir de pista para resolver el problema que tienes. Ahora, sí que sí, ¡adiós![13]

Su estilo era el colmo de la frivolidad, pero decidió seguir su consejo de inmediato.

La oficina estaba atestada de estanterías y había sujetalibros en abundancia. ¿Cuál sería el que Nishioka le había sugerido buscar? Siguió a lo largo de las paredes empujando los volúmenes a un lado para examinar los sujetalibros uno por uno. Mientras tanto, completamente ajeno a sus movimientos, Majime permanecía absorto en la lectura de su viejo libro, tan callado como una ardilla durante su hibernación.

En un estante dedicado a información diversa encontró algo prometedor. En la base de un sujetalibros metálico de color gris, uno para uso de oficina, había un sobre blanco pegado a él. La cinta adhesiva se había vuelto ambarina con el paso de tiempo y casi había perdido su efecto adhesivo.

El sobre había dormido allí durante años sin ser descubierto por nadie. Tenía que ser Nishioka quien lo había escondido. ¿Qué podría contener? Impulsada por la curiosidad, Kishibe, aún de pie, lo abrió ahí mismo. Apareció un grueso fajo de papeles de carta. Para ser precisos, era la fotocopia de una carta considerablemente extensa.

*Muy señora mía:*

*Vientos fríos nos anuncian la proximidad del invierno en estos días. Confío en que estarás bien.*

Pero ¿quién había escrito esa carta? ¿Y a quién? ¿La podía leer ella sin reparos? Preocupada, decidió que primero debía revisar la firma. Y de paso se enteró de que eran un total de quince hojas, algo demasiado extenso para ser una carta. Al final de la decimoquinta hoja ponía: «Noviembre de 20xx, A Kaguya Hayashi, de Mitsuya Majime».

«¡¿Qué?! ¡Un momento, un momento!». Reprimiendo su exaltación, Kishibe se llevó la carta a escondidas y regresó a su asiento. Kaguya Hayashi era la cocinera de Detrás de la Luna y la esposa de Majime. Entonces, ¿se

trataba de una carta de amor? Aunque su comienzo hacía difícil de creer que así fuera.

Con disimulo, Kishibe miró a Majime, que, cómo no, seguía igual de absorto. Su desgreñada cabeza se atisbaba entre las pilas de libros que cercaban su escritorio. Kishibe se reclinó en su silla y comenzó a leer detenidamente las quince páginas.

Era una carta de amor, seria y ridícula a la par. Extrañamente llena de sinogramas que dificultaban su lectura. Las oraciones eran poco naturales, evidencia de que Majime debía de haber estado extremadamente nervioso cuando la escribió. Su ansiedad por encontrar una forma de transmitir sus sentimientos lo llevó a tales enrevesados circunloquios que la carta resultaba casi incomprensible.

*Hay un ejemplo en un cuento antiguo sobre una radiante princesa llamada Kaguya («Noche Luminosa») que descendió a la Tierra desde la Luna. Y yo, desde la noche en que te vi por primera vez, siento tal opresión en el pecho que me cuesta incluso respirar, como si yo mismo estuviera viviendo en la Luna.*

Kishibe leyó ese párrafo varias veces y concluyó que tal vez significara: «Me enamoré de ti desde el día en el que te conocí y mi corazón late con fuerza». Bastaba con haber dicho: «Estoy perdidamente enamorado de ti». ¡Pero qué enrevesado todo!

Reflejando el estado emocional fluctuante de Majime, la carta continuaba subiendo y bajando de tono hasta llegar al clímax.

*Si tuviera que expresar mis sentimientos actuales de manera sencilla, los resumiría así: «Kaguya Kaguya, ¿qué debo hacer contigo?».*

¡¿Qué demonios era eso?! ¿No era una alusión al poema de Xiang Yu, el antiguo guerrero chino rebelde? ¡¿El famoso poema que había compuesto cuando se hallaba entre la espada y la pared rodeado de enemigos?! Kishibe recordaba haberlo leído en el bachillerato en su clase de Chino Clásico. El último verso iba dirigido a su amante, conocida como «Yu la bella» y decía: «Guya (“¡Ah, Yu, oh, Yu!”)» ¿qué debo hacer contigo?». ¿Debería quitarle la vida a su amada él mismo en ese momento crítico o dejarla ir y que siguiera

viviendo, aun a sabiendas de que un destino más cruel que la muerte podría estar esperándola? El verso transmitía la terrible agonía de un hombre al límite de su resistencia, desgarrado por su amor hacia una mujer. Un poema conmovedor e inolvidable.

Pero ¿qué pasaba con la carta de amor de Majime? Probablemente se había felicitado por su propio ingenio al sustituir *Gu ya Gu ya* por «Kaguya»: «¡Pero qué desastre de hombre! ¡¿Quién se había creído que era?!». Kishibe sintió una creciente oleada de estupor, una mezcla confusa entre indignación y una risa histérica.

Había demasiada diferencia entre la situación de Xiang Yu, al límite de la vida y la muerte, y Majime, en su momento un simple empleado del Departamento de Edición de Diccionarios con el pelo revuelto. El sentido y el peso de las palabras expresadas por el lexicógrafo cómodamente sentado en una oficina, «¿qué debo hacer contigo?», no tenían nada que ver con los de un guerrero acorralado. A Kishibe le hubiese gustado retroceder en el tiempo y estrangular al Majime de entonces, espetándole: «¡¿Qué diablos es lo que pretendes hacerle a Kaguya?! ¡Menudo imbécil eres!».

Majime, un insolente en sus días de juventud, que había osado asumir el papel de Xiang Yu sólo para insinuar que le encantaría llevarse al huerto a Kaguya, concluía la larga misiva con las siguientes palabras:

*Esto es todo lo que quiero decir. O no. En realidad hay más, pero si tratara de agotar hasta la última palabra, incluso si viviera ciento cincuenta años, no sería suficiente y gastaría tanto papel como para dejar sin un árbol la selva tropical, así que detendré mi pluma aquí.*

*Estaría muy agradecido si después de leer esto me hicieras saber lo que piensas. Sea cual sea tu respuesta, estoy preparado. La asumiré con entereza.*

*Cuídate, te lo ruego.*

Después de las oleadas fluctuantes de hipérboles, súplicas y declaraciones amorosas, la epístola llegaba a su fin abruptamente con un ruego para que ella se cuidara. Ante semejante carta que esperaba respuesta, Kaguya debió de haberse quedado desconcertada.

Por el rabillo del ojo, Kishibe vio a Majime levantarse. A toda prisa, escondió las hojas entre su regazo y el escritorio.

—Kishibe, hay algo que se me olvidó decirte.

—¿Sí?

Él rodeó el escritorio y se detuvo junto a su silla. Ella levantó la vista mientras recordaba el contenido de esa carta de amor y casi se convulsionó al intentar sofocar un ataque de risa.

Majime parecía indiferente al mundo, como si hubiera vivido durante siglos en el Departamento de Edición de Diccionarios, tan ajeno al amor, el odio y el deseo sexual como un árbol marchito o una hoja de papel seca. Y, sin embargo, incluso un hombre como él, una vez atrapado por el amor, se había atormentado y llegado a escribir una carta de amor tan peculiar, semejante a un diario, donde daba rienda suelta a sus enmarañados sentimientos. Y ahora, convertido en un experto en idiomas, estaba inmerso en la tarea de redactar un diccionario. Para ocultar el ataque de risa que se apoderó de ella, Kishibe fingió estornudar. A juzgar por esa carta, no podía afirmarse que su jefe fuera la persona indicada para dar consejos lingüísticos a otros. Sus frases eran torpes y su ardor giraba en un círculo vicioso que no conducía a ningún lado.

Llegada a ese punto, Kishibe cayó en la cuenta de algo. Incluso Majime, que era tan profesional que le parecía inaccesible, en su juventud había sido igual de inseguro que ella. Tal vez aún lo era. Un hombre maduro obsesionado con ser capaz de entablar relaciones personales, preocupado por si conseguiría editar correctamente un diccionario. Kishibe podía imaginárselo agobiado ante su incapacidad para expresarse o comunicarse con los demás, pero decidido a intentar verter los balbuceos de su corazón en palabras y confiar en que la otra persona entendiera lo que él quería expresar. Sus ansiedades y esperanzas lingüísticas habían sido lo que impulsaron a Majime a confeccionar un diccionario repleto de palabras.

«En ese caso, creo que hasta yo puedo tener éxito en este departamento. Yo también quiero aprender a disipar mis miedos. Si pudiera ser, me gustaría comunicarme con el señor Majime mediante palabras, pasar el tiempo de forma agradable con él en el trabajo».

Reunir una gran cantidad de palabras con la mayor precisión posible era como encontrar un espejo que no devolviera una imagen distorsionada. Cuantas menos distorsiones hubiese en el espejo de las palabras, mayores serían las probabilidades de que, cuando te abrieses a alguien y le revelases tu

ser interior, tus sentimientos y pensamientos se reflejasen en el espejo con claridad. Entonces, ambos compañeros de fatigas podrían mirarse juntos en el espejo y reír, llorar y enfadarse.

«La creación de diccionarios puede resultar un trabajo ameno y trascendental», reflexionó Kishibe.

Gracias a la carta de amor, había conseguido descubrir a un Majime más cercano. Por primera vez desde su llegada al Departamento de Edición de Diccionarios, se sintió positiva.

Majime, sin saber de esa transformación interna, se dejó engañar fácilmente por su teatral estornudo.

—Vaya, ¿estás resfriada?

—Sí, un poco. ¿Qué era lo que se le había olvidado decirme?

—A partir de mañana, entraremos en la fase de mayor actividad en la edición de *La gran travesía*. Concretamente, comenzaremos con la operación «ola humana». Usaremos las dos plantas del anexo. Movilizaremos al mayor número de ayudantes posible para verificar los ejemplos de uso, las citas ilustrativas y tener los materiales listos para la imprenta conforme vayamos avanzando.

—¿En serio?!

«¡Pero un asunto de tal importancia no es algo que se comunica con un día de antelación!», gruñó Kishibe para sí.

—Así que vamos, movamos los escritorios y preparémonos para la operación.

Ignorando la estupefacción de Kishibe, Majime se remangó la camisa con manguitos incluidos.

Tardaron todo el día y parte de la noche en terminar de mover los escritorios y repartir los materiales de referencia. El conserje también les ayudó. Sasaki copió las instrucciones y distribuyó los artículos de papelería para el gran número de trabajadores eventuales que iban a estar allí.

Cuando todo estuvo listo, a Kishibe le dolía todo el cuerpo. No obstante, Majime, que no se imaginaba su estado físico, dijo, admirado:

—Es maravilloso ser joven. Yo lamentablemente lo único que puedo sentir en este momento es dolor de espalda.

Y se fue arrastrando los pies como un actor del teatro *nō* sobre el

escenario, con la espalda recta mientras daba cada paso. Majime procuraba así mover lo menos posible la espalda, pero en realidad su postura podía generar más tensión en ella.

Después de asegurarse de que se había ido, Kishibe le escribió un mensaje electrónico a Nishioka:

**Encontré el documento. Gracias a usted ahora me siento mejor. A partir de mañana, la edición de *La gran travesía* pasará a la fase final. Pero tengo tantas agujetas que no sé si podré venir a trabajar.**

Gracias principalmente a la perseverancia de Majime, *La gran travesía* había avanzado en esos últimos trece años. Respecto a las acepciones de las palabras generales de las que el propio departamento se encargaba, tanto él como Araki y el profesor Matsumoto ya habían terminado un noventa por ciento. El diez por ciento restante eran neologismos que se habían ido acuñando a lo largo de esos trece años y otras palabras cuya inclusión todavía estaba bajo debate y sin decidir. Majime y el profesor Matsumoto repasarían esos temas pendientes juntos y Majime redactaría las definiciones para las palabras ya incorporadas.

En oposición, algunas palabras que se había decidido incluir en su momento se habían quedado obsoletas. Así que Kishibe y Araki las revisarían y decidirían cuáles mantener y cuáles descartar.

—Una vez que una palabra ocupa la página de un diccionario, no se la suele eliminar —le explicó Araki—, porque es mejor que un diccionario contenga la mayor cantidad de palabras posibles, inclusive los arcaísmos. No obstante, si nos descuidamos en esta revisión definitiva, nuestro diccionario estará lleno de palabras obsoletas desde su primera edición.

—Ah, entiendo. Así que pueden figurar en nuestro nuevo diccionario algunas palabras obsoletas también. —Kishibe asintió mientras miraba el montón de manuscritos para las entradas—. Me preguntaba por qué figuraba aquí la palabra *getabako*. Es literalmente caja de *geta* y se refiere al armario para almacenar calzado. Pero a día de hoy muy poca gente lleva esas tradicionales chancletas de madera.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que *getabako* ha quedado fuera de uso?

—En mi escuela lo llamábamos *kutsubako* («caja de zapatos, zapatero»).

Ah, pero ahora que lo pienso, en nuestra definición de *getabako* no hay mención a «Igual que *kutsubako*». Y una cosa más: *kutsubako* debería ser una entrada por derecho propio y aparecer con la definición de «estantería o caja para guardar zapatos», pero no la hemos incluido.

—Los tiempos cambian... —reflexionó Araki. Luego gritó—: ¡Majime, tenemos problemas! ¡Necesitamos una entrada adicional!

Poco a poco, Kishibe se acostumbró a leer los manuscritos para el diccionario. Los que contenían las entradas enciclopédicas y otras especiales que habían redactado profesores universitarios e investigadores ya estaban a buen recaudo en la oficina. Majime había visitado sistemáticamente varias universidades e institutos de investigación para recoger esas colaboraciones en persona.

—Señor Majime, ¿acaso ha echado alguna vez un vistazo al archivo secreto? —preguntó Kishibe.

Él asintió complacido y respondió:

—Gracias a Nishioka, todas mis tácticas y mi trato con los profesores colaboradores funcionaron a la perfección.

Kishibe se preguntó si en ese caso él estaría enterado desde hacía tiempo de que su carta de amor estaba escondida entre las estanterías. Intentó averiguarlo:

—¿Leyó también la nota de la última página?

—Es embarazoso admitirlo. —Se rascó la mejilla avergonzado—. A veces me desmoralizaba preguntándome si *La gran travesía* se completaría algún día. En tales momentos de desaliento, abusaba de la amabilidad de Nishioka y le enviaba un e-mail. Y él siempre me llevaba a tomar una copa.

—Ah, vaya...

El firme lazo de amistad que había entre esos dos hombres y que había durado tanto tiempo asombró a Kishibe y a la vez la agobió. Con una sonrisa forzada, se apartó de Majime. Así que la dirección de e-mail que figuraba en la carpeta secreta estaba aún disponible para Majime, con el fin de que este pudiera hacerle llegar a Nishioka una invitación para ir a beber, y también para cualquier otra persona, con la intención de revelar la existencia de la carta de amor.

Tener todos los manuscritos terminados no implicaba el fin de la elaboración de un diccionario. Todas las entradas tenían que ser retocadas y

pulidas tanto como fuese posible. Y para contener más de 200 000 entradas, el espacio disponible nunca parecía suficiente.

Las citas ilustrativas también tenían que ser verificadas. Estas consistían en una oración que contuviese un uso específico del término correspondiente junto a la indicación de la fuente de la que procedía el texto. Para las palabras modernas, en lugar de ofrecer una cita ilustrativa, el editor a menudo aportaba oraciones como ejemplo creadas por él mismo. La verificación de ambos tipos de ejemplos consistía en asegurarse de que la oración transmitiese el significado adecuado y de que cualquiera de ellos resultase preciso.

Se contrató a más de veinte estudiantes universitarios como trabajadores a tiempo parcial a fin de realizar ese trabajo. Sentados a los escritorios reorganizados con esfuerzo por Kishibe y Majime, revisaban una entrada tras otra consultando constantemente el material de referencia. Estaba previsto que el número de estudiantes asistentes se duplicara durante las vacaciones de verano, que comenzarían en breve.

Cuando se completaba el proceso de verificación, todo el personal editorial trabajaba incluyendo instrucciones de los tamaños de las tipografías, los caracteres *ruby* que proporcionaban la ayuda fonética para la correcta lectura de los sinogramas y otras indicaciones. Todo debía seguir las pautas de edición y cumplir un estándar único porque, si la tipografía cambiaba sin motivo aparente o si se utilizaban diferentes símbolos según la entrada, llevaría a confusión a los usuarios.

Llegados a ese punto, las páginas del diccionario estarían listas para enviarse a la imprenta siguiendo el orden alfabético del silabario *hiragana*[\[14\]](#) insertado al principio del diccionario.

Las páginas enviadas luego eran devueltas en forma de galeradas. Entonces, el equipo editorial y los correctores buscaban errores tipográficos, así como posibles problemas de interpretación con el objetivo de que no hubiese nada incorrecto ni impreciso, y también para evitar cualquier otro posible contratiempo.

Había que comprobar tantas cosas durante la elaboración de un nuevo diccionario que parecía una tarea interminable. Así que Genbu Books tuvo que reclutar, además de a numerosos correctores internos de la compañía, a numerosos revisores veteranos autónomos.

Cuando todo ese equipo se cercioró de que todo estaba correcto,

devolvieron las galeradas con marcas en rojo a la imprenta y se realizaron unas segundas pruebas. Para un diccionario de tamaño mediano como *La gran travesía* se debía repetir ese proceso hasta un mínimo de cinco veces, pero en el caso de diccionarios más grandes se requerían hasta diez pruebas.

Las dos primeras pruebas se limitaban a verificar el contenido y el formato. O eso era todo lo que se podía hacer, ya que algunos textos no estaban terminados y las entradas no aparecían en el orden definitivo. Con las terceras pruebas, todas las entradas se completaban siguiendo el orden alfabético del silabario. Entonces, por primera vez, se podía examinar todo el diccionario, buscar redundancias y omisiones, y decidir dónde insertar las ilustraciones.

En la cuartas pruebas, se maquetaban las páginas y se ajustaba la ubicación de las ilustraciones, evitando también los cambios que afectasen al número total de páginas. Las variaciones en la longitud de las oraciones o las entradas podían aumentar el número de páginas, lo que a su vez aumentaba el precio del diccionario. Pero en ocasiones era imprescindible añadir una nueva entrada a última hora. Por ejemplo, en los casos en que un nuevo presidente de Estados Unidos asumía el cargo o si se producía una fusión municipal. Por si tales cosas sucedían, debe dejarse un poco de espacio en blanco hasta el final de todo el proceso de elaboración.

Naturalmente, la organización del trabajo con las galeradas también se atenía al orden alfabético del silabario, pues dicho orden establecía el orden de envío de las pruebas a la imprenta y su posterior impresión definitiva.

—Por eso en la mayoría de los diccionarios las entradas van disminuyendo a medida que se avanza hacia el final de los silabarios —le comentó Majime a Kishibe con una sonrisa amarga en el rostro—. Para cuando se llega a las palabras correspondientes a los últimos silabarios, como *ra* y *wa*, ya se acerca la fecha de publicación y se está en plena batalla contra el tiempo. Aunque se repara en algunas entradas que deberían incluirse, ya no hay suficiente mano de obra para verificarlas ni espacio para introducirlas en las páginas, ni tampoco tiempo que dedicar a esos ajustes.

—¿Eso va a pasar con *La gran travesía* también? —preguntó Kishibe preocupada, pensando que sería una verdadera lástima después de los años que el personal había consagrado a ello.

—Hemos estado trabajando con tesón durante estos trece largos años —

intervino el profesor Matsumoto—. Una vez llegados hasta aquí, resistiremos hasta la última palabra sin perder empuje. Ya verás, Kishibe.

—Hay un sencillo criterio para saber si se han descuidado las palabras finales de los silabarios o no —dijo Majime, y trajo varios diccionarios de tamaño mediano que colocó en fila, sin abrirlos, frente a Kishibe—. Los diccionarios disponen de un índice de sílabas marcado en negro en el borde frontal, como este de aquí. Como puedes ver, en japonés hay un predominio de palabras que comienzan con los sonidos de los primeros tres grupos de los silabarios, los encabezados por *a*, *ka* y *sa*.

—Sí, es obvio a simple vista. —Kishibe comparó los distintos diccionarios y reconoció que las palabras de esos tres primeros grupos ocupaban más de la mitad de las páginas en cada uno de ellos.

—En cambio, las palabras de los últimos tres grupos encabezadas por *ya*, *ra* y *wa* ocupan muy pocas páginas. Es porque hay pocas *wago* que comienzan con esos sonidos.

—¿*Wago*?

—Palabras japonesas nativas, a diferencia de los *kango*., que vienen del chino, y a diferencia de los *gairaigo* («extranjerismo»)[15]. En todo caso, cuando alineas las palabras en orden, ves que la mayoría se concentran al principio; son las que comienzan por los tres primeros grupos: *a-i-u-e-o*, *ka-ki-ku-ke-ko*, *sashi-su-se-so*. Así que si la palabra que ocupa la página intermedia de un diccionario comienza con *su* o *se*, significa que las palabras incluidas se distribuyen uniformemente a lo largo de los silabarios.

—No sabía que la mitad del diccionario se correspondía con los primeros grupos silábicos. —Kishibe se cruzó de brazos y miró interesada los marcadores del índice.

—Las palabras no están dispersas uniformemente por todos los silabarios. —El profesor Matsumoto sonrió y deslizó con cariño un dedo sobre los marcadores—. Por eso, si quieres ganar en el *shiritori*[16], debes elegir palabras que terminen con una sílaba de los últimos grupos, *ra* o *wa*. El problema es que es bastante difícil encontrar esas palabras cuando tienes que pensar rápido.

—¿Incluso para usted? — preguntó Kishibe sorprendida.

—El océano de palabras es vasto y profundo. —Se rio alegremente—. Todavía me queda un largo camino por recorrer para estar a la altura de una

ama, las mujeres buceadoras que recolectan perlas.

La compilación de *La gran travesía* parecía no terminar nunca. Los asistentes reclutados en la universidad a tiempo parcial continuaban trabajando en la oficina, incluso pasadas sus vacaciones de verano, mientras que Kishibe y el resto del personal tomaban casi cada día el último tren para volver a casa. Jornada tras jornada, todos seguían revisando las entradas, realizando la última valoración de los ejemplos de uso, añadiendo las lecturas fonéticas de los sinogramas, corrigiendo las galeradas con lápiz rojo.

Había tantas cosas por hacer que a Kishibe a menudo le entraban ganas de gritar. De hecho, alguna vez se encerró en el servicio del edificio anexo y dejó escapar un pequeño grito. Al ver su frustración, Sasaki señaló el cronograma y la lista de verificación de tareas para tratar de aliviarla.

—Todo marcha bien. Controlo lo que hay que hacer y, si algo se nos escapa, lo diré de inmediato. Quédate tranquila y haz lo que tienes entre manos.

Lo que tenía Kishibe entre manos ya era demasiado. Debía encargarse de varias tareas al mismo tiempo y acababa confundida. Mientras ella se desesperaba, Araki se acercó para alentarla.

—Para ser alguien que trabaja en su primer diccionario, lo estás haciendo bien, Kishibe. Mira a Majime, que se mostraba imparable cuando elaboraba la *Gran enciclopedia de Sokéboo* y ahora avanza a paso de tortuga.

Majime, sentado frente a las galeradas, sostenía la cabeza entre las manos. De repente, levantó la mirada e hizo unos gestos como si estuviese moviendo una caja en el aire. ¿El exceso de trabajo lo habría llevado a jugar con bloques invisibles...? Ante esa sospecha, Kishibe se estremeció, pero Araki le explicó lo que ocurría:

—Está calculando mentalmente cuánto espacio ocuparían las entradas. Cómo puede cuadrarlas todas en un número fijo de páginas acortando una palabra aquí y una línea allí. Es un rompecabezas complicado. Parece que incluso a un veterano como él le está costando.

Se incrementó tanto el trabajo en la oficina como fuera de ella. A menudo llamaban a Majime en calidad de director del Departamento de Edición de Diccionarios para las reuniones con los departamentos de Promoción y Publicidad, y de Ventas. Y también tuvo que hablar con un diseñador y editor

de producción para decidir la encuadernación de *La gran travesía*. Kishibe suponía que se daría por vencido bajo la presión de esas reuniones y volvería abatido, pero inesperadamente demostró ser un negociador tenaz. Cuando se trataba del diccionario de su vida, parecía capaz de defenderse con firmeza. Majime retrasó la fecha de lanzamiento a fin de enriquecer los contenidos del diccionario hasta el último momento, no aprobó los bosquejos del diseñador hasta que realmente se quedó convencido de ellos y desplegó una resistencia admirable, propia del responsable de un departamento ante un proyecto que de verdad le importaba.

A Kishibe también le habría gustado asistir a las reuniones con Promoción y Publicidad, pero no le fue posible acompañar a Majime, puesto que este ya carecía de personal en su departamento. Una publicación importante de la escala de *La gran travesía* se merecía una gran campaña publicitaria. Se rumoreaba entre los empleados de Genbu que iban a poner carteles con una celebridad muy conocida en las estaciones de tren. Ese plan tenía bastante preocupada a Kishibe. ¿Tendría alguna idea Majime de quién era quién en el mundo del entretenimiento?

En contraste con la ansiedad de Kishibe, Majime se mostraba incluso alegre tras asistir a las reuniones.

—¿Por casualidad ha visto el nombre de una de sus celebridades favoritas en el listado de los candidatos? —preguntó Kishibe, intrigada.

—No. Soy incapaz de identificar a nadie por su nombre —respondió Majime, riéndose avergonzado—. Pero no hay problema porque Nishioka le está dando mil vueltas y lo está enfocando por la vía correcta.

«Otra vez ese hombre». Kishibe recordó su e-mail tan absurdo y suspiró. Aun así, era tranquilizador saber que había alguien en Promoción y Publicidad que había trabajado en diccionarios.

El Departamento de Edición de Diccionarios y *La gran travesía* habían sido durante mucho tiempo el blanco de las burlas de Genbu, ridiculizados como «pozos de despilfarro sin fondo». Pero en ese momento, gracias a los esfuerzos de Nishioka, el diccionario contaba con todas las posibilidades para tener un debut espectacular.

Era primavera. La segunda primavera de Kishibe en el Departamento de Edición de Diccionarios. Desde que la habían trasladado del equipo de la revista *Garbo* en julio de hacía dos años, durante ese último año y ocho

meses se había dedicado a revisar, codo con codo con sus colegas, las galeradas de *La gran travesía*.

La primera parte del diccionario ya estaba en sus cuartas pruebas y la última parte en las terceras, pero aún no se vislumbraba el final, aunque la fecha de lanzamiento estaba establecida para principios de marzo del año siguiente. Durante las vacaciones de primavera, antes del comienzo del nuevo curso escolar en abril, era cuando las ventas de diccionarios aumentaban. La gente solía comprarlos para prepararse los estudios o para regalarlos. ¿*La gran travesía* conseguiría estar listo a tiempo? Su lento progreso tenía alarmada a Kishibe.

En cuanto a Majime, estaba sentado a su escritorio mirando algo con su habitual aire desenfadado. A Kishibe, que estaba revisando las palabras que comenzaban con el silabario *a*, le surgió una duda y se levantó para pedir la opinión de su jefe.

—Señor Majime, ¿puedo preguntarle algo?

De pie junto a él, bajó la vista al escritorio sin pensar: Majime estaba examinando la imagen de un *kappa*, un ser mitológico japonés que vivía en los ríos, estanques o charcas, que habían encargado para acompañar esa entrada. Estaba dibujado con líneas finas y con un estilo realista (bueno, ella no había visto nunca un *kappa* en la vida real). Representaba una criatura con caparazón de tortuga, flequillo corto y con una botella de *sake* de cerámica colgada de la muñeca. Y fiel al folclore, su coronilla estaba calva.

—Oh, qué oportuna —dijo Majime, y la invitó a que se sentara en una silla contigua—. ¿Qué opinas de esta ilustración?

Una pregunta difícil, teniendo en cuenta que Kishibe no era experta en *kappa*. Observó la imagen y respondió:

—Está bien, ¿no?

Majime ladeó la cabeza.

—Pero ¿un *kappa* lleva una botella de *sake*? Me da la impresión de que son los perros mapaches de la cerámica Shigaraki los que la llevan.

—Ahora que lo menciona... Tal vez la imagen del *kappa* con una botella que salió en los anuncios televisivos de una marca de *sake* se quedó grabada en la imaginación de la gente —comentó Kishibe.

Influida por el espíritu del departamento, últimamente nunca dejaba ninguna duda sin resolver. Dejando a un lado su propia pregunta, se acercó a

las estanterías y buscó la entrada para *kappa* en el diccionario de otra editorial.

—La ilustración del *Gran diccionario de japonés* no lleva nada.

—Ya me lo imaginaba... —Majime se cruzó de brazos y asintió—. Definitivamente son los perros mapaches de Shigaraki los que la llevan.

—¿Y por qué un *kappa* no puede llevar una botella de *sake*? ¿Hay algún problema? —Kishibe volvió a sentarse a su lado—. En cualquier caso, los perros mapaches de verdad no van cargados con botellas de *sake* y tampoco tenemos nada que nos permita saber con seguridad qué puede llevar o no un *kappa*.

—Razón de más para ser tan precisos cuanto podamos —concluyó Majime casi para sí mismo—. Está bien poner una ilustración de un perro mapache con una botella de *sake* en la entrada de la cerámica Shigaraki, pero no en la entrada del perro mapache; resultaría bastante problemático. Por la misma razón, estaría mal poner la imagen de un *kappa* con una botella de *sake* colgada de su muñeca cuando no hay ninguna justificación para ello. Algunas personas creen en la existencia de los *kappa*, de modo que no podemos conformarnos con cualquier cosa pensando que tal vez sería así más o menos.

Si lo dejaran hacer, Majime sería capaz de ir hasta la ciudad de Tono, en la prefectura de Iwate, conocida por su riqueza folclórica y donde supuestamente había nacido el mítico *kappa*, para capturar uno y preguntarle si alguna vez había llevado una botella de *sake*.

—Hay varias teorías sobre el aspecto de los *kappa*, por lo que creo que estaría bien dejarlo así. Pero si no le convence, ¿por qué no le pide al ilustrador que borre la botella? —sugirió Kishibe.

—Tienes razón. Si hubiera sabido que tendría que molestarlo tanto, quizás habría sido más acertado emplear una ilustración de Toriyama Sekien[17]. —Majime se volvió hacia su ordenador y comenzó a escribir un e-mail. Estaba pidiéndole educadamente al ilustrador que modificara la imagen. Sin dejar de teclear, inquirió—: Por cierto, ¿qué me ibas a preguntar?

—Se trata de la entrada *ai* («amor»). —Kishibe le mostró la galerada—. Estoy de acuerdo con la primera definición: «Un sentimiento de afecto tierno por alguien o algo insustituible». Pero tengo dudas sobre los ejemplos que aparecen después: *aisai* («esposa amada»), *aijin* («amante»), *aiyō* («gato

querido»).

—¿Están mal?

—¡Claro que sí! —Levantó la voz—. Poner a la amante después de la esposa amada entra en contradicción con la definición, pues en ella se dice que el objeto de amor es «insustituible». Tras leerlo me dan ganas de preguntar cuál de ellas es más importante, si la esposa o la amante. Y también me niego a igualar el amor por un ser humano y el amor por un animal.

—El amor es amor, sin ninguna distinción o clasificación. Yo quiero a mi gato tanto como a mi esposa.

—¡Aun así, usted no haría el amor con su gato! —Tras gritar sin querer, Kishibe se encogió al sentir sobre sí los ojos de todos los estudiantes.

Majime se tomó unos segundos para registrar mentalmente a qué sinogramas correspondería la palabra *seikó* («hacer el amor») que ella había usado, que era homónima de «éxito» y «precisión», entre otras. Al obtener la posible combinación de sinogramas, Majime se ruborizó y balbuceó:

—Bueno, no...

—¿Lo ve? —Kishibe sacó pecho, triunfal—. Lo que es aún más extraño es la segunda definición: «Estar enamorado de alguien del sexo opuesto, sentimiento que a veces va acompañado de deseo sexual. Amor romántico».

—¿Qué hay de extraño en eso? —Majime había perdido la confianza en sí mismo y clavó una mirada escrutadora en ella.

—¿Por qué limitarlo al sexo opuesto? ¿El sentimiento de aprecio que los homosexuales sienten por alguien, sentimiento que a veces va acompañado de deseo sexual, no es también amor?

—No, no lo decía con esa intención. ¿Hay necesidad de que esos detalles...?

—Sí, sí que la hay—lo interrumpió Kishibe—. ¿*La gran travesía* no es un diccionario para una nueva era? Si cedemos a la opinión de la mayoría y nos mantenemos atados a formas obsoletas de pensar y sentir, ¿cómo podemos ofrecer verdaderas definiciones de palabras variables, palabras que están en constante cambio, pero que tienen unos significados básicos subyacentes?

—Llevas toda la razón. —Majime encorvó los hombros—. Cuando era joven, recuerdo haber tenido las mismas dudas sobre el significado de *renai* («amor, romance»). Sin embargo, a fuerza de trabajar en tantas otras cosas,

me había olvidado de ello por completo. Me avergüenzo de mí mismo.

En esos días Kishibe por fin había comenzado a encontrarse más motivada en su trabajo con el diccionario. Majime a menudo aceptaba sus opiniones y eso hacía que sintiese que él la consideraba una lexicógrafa en potencia. Con una sensación de alivio y orgullo, recogió las galeradas.

—Ahora que lo pienso, Nishioka me dijo que debería ponerme en el lugar del usuario del diccionario e imaginarme si la definición le haría sentirse seguro. Si un joven que pensase que podría ser homosexual buscase la palabra *amor* en nuestro diccionario y leyese «Sentimiento amoroso hacia una persona del sexo opuesto», ¿cómo se sentiría? No tengo suficiente imaginación —comentó Majime.

—La verdad es que no —coincidió Kishibe. Al verlo arrepentido, trató de consolarlo y agregó—: Pero eso es algo comprensible, porque usted pertenece a una élite intelectual que no sabe lo que es ser un fracasado.

—¿Élite, yo?

—Sí. Tiene un título de posgrado, una esposa bella y profesional de éxito, y usted mismo es un lexicógrafo experto. No se puede decir que pertenezca a la masa.

—¿Te parece que soy así? —Majime sonrió, perplejo—. En cualquier caso, tu opinión sobre la definición de *amor* es acertada. Ahora veamos cómo arreglarla.

—Como usted es amante de los gatos, mantendremos «gato querido» y eliminaremos «amante». ¿Qué le parece? Y podríamos sustituir «alguien del sexo opuesto» por «otra persona».

—Muy bien. El profesor Matsumoto estará aquí pronto, así que le pediré que repase los cambios.

En ese momento, Miyamoto, de Akebono Paper, los llamó por teléfono para darles la noticia de que la última muestra de papel para *La gran travesía* ya estaba lista. «¡Por fin hemos conseguido realizar el producto supremo!», le anunció triunfal Miyamoto a Kishibe, quien se lo transmitió a su jefe.

—Genial —se alegró Majime, y echó un vistazo a su alrededor.

Todos los escritorios de la oficina estaban ocupados por los estudiantes asistentes y los correctores profesionales que entraban y salían constantemente, o estaban cubiertos de galeradas.

—Aquí no queda espacio para extender las muestras de papel. Kishibe,

siento molestarte, pero ¿podrías acercarte a la oficina de Akebono y verificar la muestra tú misma? Si crees que está bien, pídeles que sigan adelante y pongan en marcha la producción.

El papel utilizado en los diccionarios era especial y se necesitaba una gran cantidad, de modo que, si no se comenzaba su producción al menos seis meses antes de la fecha de publicación, no estaría listo a tiempo.

A pesar de querer contribuir, Kishibe no se sentía segura de tomar una decisión tan trascendental por su cuenta.

—¿Usted no puede ir conmigo?

—No. Tengo que hacerle varias consultas al profesor Matsumoto. —Majime la miró y asintió con firmeza—. Lo harás bien. Eres una editora de diccionarios de primera. Haces juicios acertados y has participado en todas las pruebas de papel hasta ahora. Tengo absoluta confianza en tu veredicto.

Con el cometido de esa gran misión, dejó el edificio de Genbu Books algo tensa.

Los cerezos estaban a punto de alcanzar la plena floración, pero caía una lluvia tan fría que Kishibe expulsaba un vaho ligero al respirar. Sosteniendo el paraguas de plástico, se dirigió al metro mientras miraba por el rabillo del ojo los capullos de los cerezos cuyo color se había intensificado al rociarlos el agua.

Acababa de mostrarse muy confiada cuando había debatido con Majime, pero en realidad no estaba nada segura de su trabajo como editora lexicográfica. Su disconformidad con limitar el significado del amor a alguien del sexo opuesto había sido un puro golpe de suerte. Un compañero del seminario de la universidad había confesado en una fiesta poco antes de la graduación que era gay. Todos sus amigos cercanos y ella lo habían intuido, por lo que los presentes casi asintieron al unísono y dijeron «sí, lo sabíamos», pero consiguieron tragarse esas palabras porque se dieron cuenta de la angustia y el valor con los que él lo había admitido. Así que en lugar de «lo sabíamos», le dijeron cosas como «oh, ¿sí?» o «bien, venga bebe», y su amistad había continuado como siempre. Esa experiencia había sido la que le había llevado a cuestionar la definición de *amor*. Al pensar que había acusado a Majime de pertenecer a una élite, un hombre sin preocupaciones ni complejos de ningún tipo, Kishibe se sintió abochornada mientras caminaba.

«¿Cómo me he atrevido a hablarle así por el simple hecho de que por fin

he comenzado a adaptarme un poco al trabajo como lexicógrafa?». Sabía que Majime sufría y se angustiaba por estar al mando de *La gran travesía*; era una realidad que veía a diario. No era él, sino ella, la que había vivido sin preocupaciones ni complejos. Ella había continuado su vida y su carrera sin propósitos. Navegaba a la deriva y, cada vez que se topaba con una encrucijada, optaba por tomar sin vacilación el camino más sencillo.

«Trabajar en el diccionario, profundizar en las palabras de la forma en que lo hacemos, me ha cambiado», concluyó. Su conciencia había despertado gracias al poder de las palabras: el poder de no hacer daño a los demás, sino de protegerlos, de transmitirles cosas, de vincularse con ellos. Le había enseñado a explorar su propia mente y a tratar de entender los pensamientos y sentimientos de la gente que la rodeaba. A través de su trabajo en *La gran travesía* estaba teniendo acceso al verdadero poder de las palabras.

El edificio de Akebono Paper daba a una calle principal del distrito comercial de Ginza. Las repetidas reuniones previas con el equipo técnico habían tenido lugar en su fábrica, ubicada a las afueras de la ciudad, a fin de examinar las muestras. Pero, al parecer, ese día habían traído expresamente el producto acabado a su sede central.

Condujeron a Kishibe a una sala de conferencias en la séptima planta. Además de Miyamoto, otros cuatro hombres estaban presentes allí: el jefe del Departamento de Ventas y su adjunto, el responsable del proyecto y el jefe de Desarrollo. Ante la presencia de ese equipo ejecutivo, Kishibe tuvo que reconocer que Akebono se había tomado muy en serio la elaboración del papel. Un poco desconcertada, los saludó, temiendo a la vez que pudieran estar pensando que les habían enviado una novata. Ya había olvidado su reciente reflexión sobre todas las cosas que aquejaban a Majime y lo maldijo por su falta de consideración.

A pesar de sus temores, todos los allí reunidos se mostraron afables con ella y le devolvieron un saludo cortés aunque algo tenso. En la gran mesa que ocupaba el centro de la sala había preparada una resma de papeles.

—Este es el papel para *La gran travesía*, ¿verdad? —preguntó Kishibe mientras daba un paso hacia ahí.

De inmediato, los hombres se echaron a un lado, abriendo un camino para ella; Kishibe sintió que de repente se había convertido en Moisés frente al mar Rojo.

—Le hemos dedicado grandes esfuerzos a la creación de este papel — anunció Miyamoto como portavoz del grupo— y le hemos dado la máxima preferencia a la sedosidad al tacto.

Los dos miembros del Departamento de Desarrollo asintieron. Debían de haber pasado por numerosas dificultades para lograr satisfacer las exigentes demandas de Majime.

Con sumo cuidado, Kishibe deslizó su mano sobre lo que Miyamoto había llamado «el papel supremo». Era fino y suave, muy agradable al tacto. También se notaba algo frío, pero el tenue tono marfil transmitía calidez. Sostuvo una hoja a contraluz y percibió que tenía un toque rojizo; esa era la tonalidad de la que Miyamoto se sentía tan orgulloso, la que sólo Akebono Paper podía conseguir.

—Hemos hecho repetidas pruebas de impresión. Absorbe bien la tinta sin filtrarse al reverso —señaló Miyamoto con prudencia.

Todo el equipo asintió para respaldarlo.

Después de que Majime hubiera encontrado un fallo y obligado a Akebono a volver al punto de partida, Miyamoto había presentado otras muestras en cuatro ocasiones, producidas con el método de ensayo y error. Con esas visitas a la editorial, Miyamoto buscaba hallar una solución para las exigencias de Majime. En todas esas ocasiones Kishibe había sido quien le había atendido y juntos habían intercambiado opiniones y hecho todas las comprobaciones pertinentes sobre la calidad del papel.

Era una empleada de Genbu Books, pero al mismo tiempo ella y Miyamoto se habían convertido en camaradas. No tenía intención de ser suave en su crítica para hacerle un favor a Miyamoto, pero por el bien de este esperaba de todo corazón que ese fuera por fin el *papel supremo*.

Con el propósito de ayudar a Miyamoto de alguna manera y crear el mejor papel posible para *La gran travesía*, Kishibe había pasado los últimos veinte meses comprobando la textura de papel de diversos diccionarios. Antes, cuando los usaba sin pensar, nunca había reparado en ese detalle, pero era cierto que, dependiendo del diccionario y de la editorial, el papel se diferenciaba por completo en color, textura y sensación al pasar la página. Una y otra vez había pasado las páginas de los diccionarios de la oficina, evaluando el papel con las yemas de los dedos, hasta tal punto que le bastaba tocar un diccionario con los ojos cerrados para adivinar la editorial y el título

sin equivocarse. Sasaki se había asombrado tanto que había afirmado que, si hubiera un examen para tal habilidad, Kishibe sin duda quedaría la primera.

El papel que tenía frente a ella mostraba una tonalidad, grosor y tacto impecables. La gran cuestión era la textura, que Majime valoraba por encima de cualquier otra cosa. ¿Lo habrían conseguido?

Kishibe tragó saliva en silencio y pasó una hoja despacio. Como si hojeara las páginas de un diccionario, continuó pasando uno tras otro los pliegos.

Un silencio casi doloroso reinaba en la sala. Cuando todos parecían haber alcanzado el límite de tensión soportable, el responsable del proyecto, un hombre de unos treinta y cinco años, delgado y con gafas, rompió el hielo:

—¿Qué le parece? —Y la observó con una mezcla de confianza en sí mismo y de ansiedad.

«Es excelente», quiso decir ella, pero estaba tan emocionada que se le quebró la voz. Se aclaró la garganta con un brusco carraspeo antes de poder pronunciar:

—Es excelente.

Todo el equipo de la papelería prorrumpió en gritos de alegría. El responsable del proyecto alzó ambos brazos en señal de victoria y los jefes de Desarrollo y de Ventas se estrecharon las manos. Miyamoto y el subdirector de Ventas se abrazaron embargados por la emoción. Kishibe nunca había visto alborozarse de esa manera a hombres adultos.

—Qué satisfacción más grande. —Miyamoto se dirigió aliviado a Kishibe tras apartarse del subdirector de Ventas. Con la manga de la camisa se limpió el rostro húmedo, no estaba claro si de sudor o de lágrimas—. Estábamos convencidos de que esta última prueba sería la definitiva, pero es un enorme placer que nos haya dado el visto bueno, señorita Kishibe.

«Él confía en mí, una mera aficionada en lo que a papel se refiere», ese pensamiento la animó. Recordó todas las veces que se había reunido con Miyamoto para hablar sobre el papel. Ahora que ese papel había sido perfeccionado y todos los miembros de Akebono Paper se mostraban exultantes, Kishibe se conmovió tanto que se halló al borde de las lágrimas; bajó la vista hacia la muestra que tenía delante.

«Excelente» era la palabra que describía el papel que Akebono Paper había logrado desarrollar en exclusiva para *La gran travesía*. Al pasar una

página, esta se adhería a la yema del índice y, al mismo tiempo, se cumplía el requisito de que no se pasase más de una página a la vez. La hoja tampoco se quedaba pegada a la yema por efecto de la electricidad estática y se separaba con tanta facilidad como la arena seca que se escurre entre los dedos. Tenía la sedosidad perfecta. No cabía la menor duda de que el resultado convencería a Majime.

—¡Menudo alivio! —exclamó el jefe de Ventas eufórico—. La textura del papel es algo sensual. Mi adjunto encontró dificultades para comunicarle los requisitos de Genbu Books al equipo de Desarrollo. ¿Verdad, Urabe?

—Bueno, sí —respondió Urabe, el subdirector de Ventas, con una sonrisa tímida. En contraste con el jefe de Ventas, un tipo dinámico y abierto, parecía muy introvertido.

—Así que ordené —el jefe de Ventas prosiguió su enardecido discurso—: «Haced un papel que sea como una mujer cariñosa pero resuelta cuando va a abandonarte». ¿Qué le parece, señorita? ¿Mi comparación no expresa a la perfección lo que es la sedosidad?

«Para nada». Pese a que Kishibe estaba en desacuerdo, le respondió con una sonrisa evasiva. Una metáfora tan difícil de comprender debía de haber confundido aún más a los técnicos.

—Bien. Entonces —intervino Miyamoto—, manténganos informados del número exacto de páginas y de la tirada.

Miyamoto parecía temer que el comentario de su jefe pudiera interpretarse como machista y le pidió disculpas a Kishibe con la mirada.

—Deberíamos estar trabajando en la segunda mitad de las cuartas pruebas a principios de verano. Tan pronto como nos pongamos a ello, se lo haré saber, señor Miyamoto. —Kishibe no se olvidó de responder también con los ojos: «No se inquiete en absoluto por el desacertado comentario del jefe de Ventas».

Una vez que se decidiera el número de páginas y la tirada, se calcularía la cantidad total de papel necesario y se pondría en marcha la producción.

—Nuestra máquina ya está lista para funcionar a pleno rendimiento —aseguró el jefe de Desarrollo con entusiasmo.

El responsable del proyecto le entregó a Kishibe con una sonrisa una muestra del papel para que la llevara a su oficina: tenía cientos de páginas y estaba cortada al tamaño de un diccionario. Kishibe se quedó muy agradecida

por el detalle; su opinión se vería corroborada con una prueba material. Además, así Majime podría emitir su veredicto final.

Kishibe llevaba la muestra en una bolsa y se dispuso a irse de allí. Todos los presentes la acompañaron hasta el ascensor.

—¿No le pesa mucho, señorita? —preguntó Miyamoto con preocupación mientras miraba la bolsa.

—No, es un papel de una ligereza increíble, mérito de Akebono Paper.

Miyamoto se rascó la punta de la nariz tímidamente, disimulando la alegría que sentía.

—Voy a acompañarla abajo —informó Miyamoto al resto de los presentes, y se subió en el ascensor con ella.

—Muy bien —dijo el jefe de Ventas—. Muchas gracias, señorita Kishibe. Ha sido un placer. —Y la saludó con una reverencia.

—Lo mismo digo, señor. —Ella también se inclinó mientras se cerraban las puertas del ascensor.

No había nadie más en el interior. De repente, Kishibe fue consciente de que se hallaba a solas con Miyamoto en un espacio cerrado herméticamente.

—Ah, me he quitado un peso tan grande de encima que me parece estar flotando —comentó Miyamoto a la par que sacudía los hombros arriba y abajo.

—Muchas gracias. Para corresponder a la calidad del papel, procuraremos enriquecer aún más el contenido.

—Señorita Kishibe —el ascensor había llegado a la planta baja y, mientras caminaba hacia la salida, Miyamoto preguntó—: ¿cenaría conmigo esta noche *para celebrarlo*?

—¿Nosotros dos solos?

Él asintió.

—Sí, a solas. ¿Le parece mal?

—No. Pero, por favor, deje que los gastos corran de mi cuenta. *Para celebrarlo*.

Tras un interminable tira y afloja, Miyamoto acabó cediendo.

—Voy a buscar mi chaqueta y mi maletín. Espéreme aquí, no tardo.

Dio media vuelta y subió corriendo la escalera sin ni siquiera esperar el ascensor. Mientras tanto, Kishibe sacó el móvil y llamó a la oficina.

—Señor Majime, soy Kishibe. El papel no puede ser mejor.

—¡Oh, qué estupenda noticia! Un dolor de cabeza menos.

—Me han dado una muestra, pero... —hizo una pausa— ¿le importaría que hoy me fuera a casa directamente?

—En absoluto. Si crees que el papel es el adecuado, no necesito examinar la muestra.

—Oh, no. La llevaré mañana. Y una cosa más... —vaciló un segundo—, ¿puedo invitar al señor Miyamoto a cenar y cargar los gastos a la compañía?

—Naturalmente. Voy ahora a El Jardín de los Siete Tesoros con el profesor Matsumoto. ¿Nos encontramos allí?

En ocasiones, era de agradecer que Majime se mostrara atento, pero esta vez su atención estaba de más. Kishibe, que quería cenar con Miyamoto a solas, rehusó educadamente la propuesta de su jefe e hizo otra llamada para realizar una reserva en cierto restaurante que tenía en mente.

La oscuridad de la noche en Kagurazaka siempre tenía una especie de resplandor húmedo.

A través de un camino de adoquines, Kishibe condujo a Miyamoto a Detrás de la Luna y abrió la puerta. Desde el mostrador, Kaguya les dio la bienvenida. Parecía estar esforzándose en mostrarse afectuosa, pero sus tersas mejillas apenas se movían mientras saludaba; a pesar de manejar el cuchillo con una destreza insuperable, seguía siendo una negada en el trato social.

Miyamoto observó con aparente interés el interior del restaurante, una casa tradicional reformada. Kaguya les invitó a que se sentasen y les ofreció unas humeantes toallitas para limpiarse las manos; el joven ayudante que trabajaba para ella y se solía encargar de esa tarea estaba en casa resfriado.

Como todavía era temprano, Kishibe y Miyamoto eran los únicos comensales. De aperitivo tomaron hígado de rape mezclado con nabo y guindilla rallados, todo aliñado con salsa *ponzu*, que se elaboraba con salsa de soja, vinagre y zumo de cítricos. Antes de comer, la pareja brindó con cerveza bien fría. Cuando probaron el hígado de rape, se les deshizo en la boca.

Kaguya seguía trabajando tras el mostrador, frunciendo el ceño concentrada. Primero les sirvió un surtido de *sashimi*, elaborado a la temperatura correcta y cortado con el grosor adecuado. Luego les preparó *tofu* frito relleno de *nattō*, soja fermentada, y ligeramente tostado al horno.

Cada plato se lo sacó en el momento indicado.

—Huum, qué bueno —dijo Miyamoto mientras comía con deleite—. Es un lugar agradable y el *nattō* y el *tofu* frito, pese a ser ingredientes de uso común, están crujientes y deliciosos.

Kishibe asintió mientras se terminaban la cerveza y cambiaban la bebida por *imo-jōchū*, un destilado de batata. Kaguya, con cierta timidez, les hizo una leve reverencia en señal de agradecimiento. Una noche más tenía un aspecto impecable; parecía una versión femenina del actor Ken Takakura, un hombre gallardo pero sobrio.

—Vine aquí una vez cuando el departamento me organizó la fiesta de bienvenida. —Kishibe escrutó a Kaguya, pero esta no dio señales de querer mantener su identidad en secreto, por lo que continuó—: Esta señora, Kaguya Hayashi, es la esposa del señor Majime.

Miyamoto se atragantó con la bebida y se limpió de inmediato la boca con la toallita. Miró a Kaguya, luego a Kishibe y pareció comprender que esta última no bromeaba.

—¡Nunca me habría imaginado que estuviera casado! —Se sorprendió más por el hecho de que Majime estuviera casado que por el hecho de que su esposa fuera Kaguya—. ¿Cómo es que ustedes...? —Temiendo que pudiera resultar indiscreto, no terminó la pregunta.

Kaguya, imperturbable, contestó de forma escueta:

—Vivíamos en la misma pensión.

Kishibe se sentía eufórica. El papel para *La gran travesía* ya se había elegido y estaba cenando con el atractivo Miyamoto. El alcohol le había hecho efecto más de lo habitual y tenía las mejillas encendidas. Decidió aprovechar la oportunidad para sondear más a Kaguya:

—¿Qué es lo que le atrajo de él? —Consciente de que sonaba descortés, añadió—: Aunque estoy segura de que hubo varios motivos, claro.

—Fue su entrega total a los diccionarios —respondió Kaguya mientras comprobaba la cocción del pollo de corral a la parrilla. Lo retiró del fuego y lo sirvió con el condimento *yuzukoshō*, una pasta hecha de chile, piel de *yuzu* y sal.

La piel del pollo estaba sabrosa y crujiente, y la jugosa carne se deshacía en la boca como una fruta madura.

—¡Delicioso! —exclamaron a coro Kishibe y Miyamoto, y pidieron otro

vaso de sus respectivas bebidas.

Kaguya sonrió y comentó:

—Para apreciar los platos no son necesarias palabras complicadas. Basta con decir «delicioso» y con la expresión del rostro para recompensar los esfuerzos de los cocineros. Pero, cuando estamos aprendiendo, necesitamos más cantidad de palabras.

Era la primera vez que Kaguya se mostraba tan elocuente. Kishibe dejó los palillos sobre el *hashioki* y le prestó atención.

—Comencé a aprender a cocinar antes de cumplir los veinte años, pero fue después de haber conocido a Majime cuando me di cuenta de la importancia de las palabras. Según él, los recuerdos son palabras. Un olor, un sabor o un sonido a veces pueden despertar un viejo recuerdo que ha estado dormido en nuestro cerebro y que puede volverse accesible a través de las palabras.

Sin dejar de mover las manos para fregar los platos, continuó: —Cuando un cocinero se come algo delicioso, ha de ser capaz de capturar el sabor en palabras, ya que así podrá memorizarlo. Es, por tanto, una habilidad imprescindible en un cocinero. Y lo descubrí al ver a Majime enfrascado en su trabajo.

¿Majime, que había escrito aquella carta de amor tan incongruente, sería ahora un marido capaz de dar consejos a su mujer sobre su trabajo y susurrarle dulces palabras de amor? Eso le parecía increíble a Kishibe, por lo que, curiosa, preguntó:

—Pero ¿él es comunicativo en casa?

—No. Todo lo que hace es leer libros en silencio.

Esa respuesta era justo la que Kishibe esperaba. Su expectación se esfumó al instante. A su lado, Miyamoto asintió admirado:

—Creo que entiendo a lo que se refiere. Trabajo para una compañía papelera y poner en palabras una tonalidad o una textura para la persona encargada del desarrollo del producto es muy difícil. Pero, al hacer todos los esfuerzos posibles por comunicarnos, llegamos a un entendimiento mutuo y, cuando veo por fin materializado el tipo de papel exacto que había visualizado en mi mente, siento una satisfacción insuperable.

Las palabras eran necesarias para la creación. De pronto, Kishibe imaginó el océano primitivo que cubría la superficie de la Tierra en ese tiempo remoto

previo a la aparición de la vida: un líquido espeso, turbulento y caótico. Cada persona albergaba en su interior un océano similar. Cuando ese océano era golpeado por el rayo de las palabras, surgía todo: el amor, el corazón humano... Las palabras daban forma a las cosas para que emergiesen desde un oscuro mar.

—¿Cómo le va el trabajo en el Departamento de Edición de Diccionarios, señorita Kishibe? —preguntó de súbito Kaguya.

Kishibe le respondió con una sonrisa en los labios:

—Al principio me encontraba perdida, pero ahora disfruto del trabajo. Me parece gratificante. —Cuando acababa de ser trasladada al departamento, nunca había imaginado que llegaría el día en que pudiera pronunciar esas palabras con tanto placer.

En ese instante entraron dos grupos, de modo que Kaguya estuvo más ocupada. Aun así, calculando el momento oportuno, le sirvió a la joven pareja *ochazuke*, un cuenco de arroz con guarniciones saladas y cubierto de té verde, unas frutas troceadas y, por último, un helado casero de vainilla. Kishibe y Miyamoto se lo tomaron todo mientras charlaban alegremente.

—¿Cómo es trabajar con el señor Majime? —preguntó Miyamoto en voz baja por consideración a Kaguya—. Supongo que es un poco inaccesible, algo excéntrico, ¿no? —Su tono no revelaba malicia alguna, sino simple curiosidad.

—Bueno, veamos... —Kishibe se puso seria a propósito—. Ahora, por ejemplo, estamos debatiendo sobre el hombre y la mujer.

—¿Cómo?

—Oh, no. No piense mal. Quiero decir sobre las entradas *hombre* y *mujer* —aclaró ante la sorpresa de Miyamoto.

Este lo captó y comentó:

—Cuando estaba en la secundaria, busqué una vez *mujer* en el diccionario.

—¿Para qué?

—Los chicos a esa edad están llenos de dudas —se excusó avergonzado—. Lo que encontré era: «El sexo que no es masculino». ¡Qué decepción!

—¡Esa es la cuestión! —exclamó sin querer Kishibe, entusiasmada—. Cuando buscas *hombre* en el *Amplio jardín de palabras*, lo define como «uno

de los sexos humanos, el que no es mujer» y, si consultas *mujer*, explica que es «uno de los sexos humanos, el que posee órganos reproductivos». En el caso del *Gran bosque de palabras*, *hombre* es «el sexo que posee el órgano y la fisiología para fecundar a una mujer», y *mujer* es «el sexo que posee los órganos y la fisiología para engendrar un hijo».

Al ver a Kishibe descontenta, Miyamoto inquirió:

—Huum, ¿está diciendo que la definición debería incluir a las personas transexuales?

—Quiero decir que la explicación del género humano mediante la simple dicotomía hombres/mujeres ya se ha quedado obsoleta, incluso desde el punto de vista de la fisiología. Definir una palabra poniéndola en oposición a otra con frases como «lo que no es un...» es un recurso muy común en los diccionarios. *Derecha* e *izquierda* están explicadas de manera más ingeniosa.

—¿Cómo?

—Búsquelas en el diccionario que tiene, ya verá.

Kishibe se terminó su helado. Tras tomar un té caliente, continuó:

—Quizá no haya forma de evitarlo, pero creo que ni los hombres ni las mujeres deberían ser definidos por el embarazo. Además, también hay personas con trastorno de identidad de género, por lo que la definición debería ser un poco más amplia. Por ejemplo: «El género que no es masculino. También aquellos que así se identifican». Pero el señor Majime dice que eso es *sōkei ni sugiru* («demasiado prematuro») y no parece muy dispuesto a aprobar ese cambio.

—¿*Sōkei ni sugiru*? Esa expresión apenas se usa en las conversaciones cotidianas. —Desviándose del tema, Miyamoto se mostró admirado ante la sabiduría de Majime—. Pero, en fin, creo que usted tiene toda la razón. Incluso para los adolescentes que buscan esas palabras con expectativas, puede resultar mejor una definición más amplia y fundamentada.

—Un exceso de prudencia hace que los diccionarios resulten un tanto conservadores. —Kishibe suspiró—. A veces me da la impresión de que estoy lidiando con un anciano testarudo.

—¿Quién? ¿El señor Majime? —bromeó Miyamoto.

—¡No, el diccionario!

Miyamoto se rio.

—La testarudez hace que un diccionario resulte de fiar y también le da cierto encanto —afirmó él—. Esto lo he aprendido gracias a haber establecido un vínculo con un diccionario y gracias al señor Majime.

La cena había terminado, pero no tenían ganas de poner fin a la velada, por lo que fueron a un bar cercano y se tomaron dos copas más cada uno. Esa vez pagó Miyamoto.

Salieron a la calle para coger un taxi.

—Señorita Kishibe, ¿me daría su número de móvil y su correo electrónico?

Con ilusión, Kishibe sacó su móvil e intercambiaron los números a través de los infrarrojos. «Parecemos dos adultos hechos y derechos jugando con un mando a distancia», pensó ella. Nunca se habían cogido de la mano, pero sus teléfonos móviles estaban tan juntos que casi se estaban besando, lo que le resultó tan divertido que soltó una risa sofocada; tal vez estaba un poco ebria. Él también se rio.

Miyamoto detuvo un taxi para Kishibe, le dio las buenas noches y se despidió de ella agitando la mano. Ella le devolvió el gesto. El vehículo se puso en marcha y dejó atrás a Miyamoto, de pie en la calle. La puerta roja del templo de Kagurazaka que emergía por detrás de la silueta de Miyamoto se alejaba con rapidez. El móvil que Kishibe aún sostenía en la mano vibró, avisándole de un nuevo correo.

**Asunto:** Gracias por la cena.

**Mensaje:** Me lo he pasado muy bien. Haré todo lo que pueda para contribuir a completar *La gran travesía*. ¿Volvería a cenar conmigo otra vez?

Kishibe le envió un mensaje de respuesta y contempló por la ventanilla del taxi el paisaje nocturno. Como siempre, las palabras revoloteaban invisibles por el aire.

La felicidad quiso que sonriese. ¿Pensaría el taxista que estaba loca? Se mordió ligeramente el interior de las mejillas y se esforzó por mantener una expresión seria.

## Capítulo 5

«ÚLTIMAMENTE, KISHIBE se muestra bastante más entusiasmada con su trabajo», rumió Majime mientras la miraba por el rabillo del ojo en el momento en que estaba atendiendo a alguien por teléfono. A pesar de estar sufriendo la alergia que le producía el polen de otoño, Kishibe, con la mitad inferior de su rostro cubierto por una mascarilla, le hablaba con alegría y educación al auricular. Su tez y su cabello estaban relucientes y hermosos.

«Oh, no. ¿Pensamientos como estos podrían considerarse acoso sexual?». Bajó la vista a las galeradas que tenía delante, pero sus oídos siguieron atentos a la voz de la joven. No era porque se sintiera atraído por ella, sino porque había advertido que la persona con la que estaba hablando era difícil de tratar.

El Departamento de Edición de Diccionarios recibía todo tipo de llamadas de los usuarios: que si habían encontrado una errata, que si querían saber el motivo de no haber incluido una palabra... y otras tantas cuestiones similares. Para crear los mejores diccionarios, la oficina prestaba especial atención a las opiniones de los usuarios y las archivaba.

No obstante, algunos de esos usuarios le provocaban dolor de cabeza al personal, como el hombre con el que Kishibe estaba hablando en ese momento, al que habían apodado en el departamento «señor Partícula». En el cambio de estación, es decir, a principios de primavera y de otoño, hacía llamadas casi a diario. Ya estuviera hablando con alguien o leyendo un periódico, el uso de partículas gramaticales parecía molestarle, especialmente la partícula *he*, una de las más comunes en japonés. Como se obsesionaba

tanto, daba con miles de ejemplos que le llamaban la atención y, cada vez que esto sucedía, el señor Partícula telefoneaba al departamento para saber con qué significado se correspondía el elemento gramatical en cuestión, haciendo siempre referencia a las explicaciones incluidas en el *Diccionario Genhu de japonés escolar*.

«¿Cómo quieres que yo lo sepa?», le hubiese gustado responder a Kishibe, pero ella continuaba escuchando al usuario con paciencia. Desde que había empezado a salir con Miyamoto, se tomaba su trabajo aún más en serio.

—En el caso de la frase «*Tsuki he mukau roketto* (“Un cohete que se dirige a la Luna”)»? la partícula indica la dirección, así que corresponde al primer sentido... ¿Perdón? ¿Qué hay de «*Jikka he tsuita ra, haha ni okorareta* (“Cuando llegué a casa de mis padres, mi madre me regañó!）」? Humm, en ese caso es el cuarto, el que contiene el matiz de inminencia.

Pese a que ella lo había afirmado categóricamente, Majime negó en su interior. Podría expresar la inminencia si la frase fuera: «*Jikka ni tsuita tokoro he, takkyūbin ga kita* (“Justo cuando llegué a casa de mis padres, nos entregó un paquete”)»- El ejemplo que le había proporcionado la persona al otro lado del teléfono se correspondía más bien con el segundo significado, que indicaba el resultado de un efecto o una acción. Majime estaba convencido.

El señor Partícula se merecía saber la respuesta correcta. Justo cuando se disponía a levantarse, el profesor Matsumoto regresó del servicio. Echó un vistazo al interior de la oficina, comprendió la situación y le hizo un gesto a Majime para que volviera a sentarse.

—Deja que Kishibe se encargue de él.

—Pero le está dando la respuesta incorrecta.

—El señor Partícula se queda satisfecho siempre que alguien de aquí analice su duda con él. Si ahora tú te pones al teléfono y le das una respuesta diferente, le confundirás más.

Convencido por las palabras del profesor, Majime se sentó de nuevo. El profesor se acomodó a su lado y se puso a trabajar con las cuartas pruebas. Tras lanzarle un vistazo al perfil del profesor, Majime se preocupó: su cara no tenía buen color y estaba aún más delgado, aunque ese cambio apenas se notaba en su ya de por sí escuálido cuerpo.

—¿No estará cansado, profesor?

Miró el reloj de pared: ya eran las seis pasadas. Ese día el profesor Matsumoto había estado en la oficina todo el día y casi no había tenido tiempo para almorzar.

—¿Por qué no da por concluido el trabajo por hoy y vamos a cenar algo juntos?

Al oír la invitación de Majime, el profesor por fin dejó su lápiz sobre el escritorio y levantó la mirada.

—Gracias. Aunque tú luego vas a volver aquí a seguir trabajando, ¿no es así?

—Sí, pero eso no me supone ningún problema.

Era cierto que tenía intención de seguir trabajando. No obstante, también tenía que cenar. Recogió la chaqueta del respaldo de la silla y palpó el bolsillo para asegurarse de que la cartera estaba dentro.

—¿Tiene alguna preferencia? —preguntó mientras le ayudaba al profesor a recoger sus cosas.

El profesor guardó despacio los lápices y la goma de borrar en su ajado estuche de cuero.

—He pasado todo el día sentado, así que no tengo mucha hambre. ¿Qué tal unos fideos *soba*?

—Muy bien. Entonces, vámonos.

Majime llevó el maletín del profesor y avisó a los estudiantes de que salían a cenar; le respondieron a coro que lo verían luego. Kishibe, aún al teléfono, le hizo una reverencia al profesor y saludó con la mano a Majime; por lo visto, la curiosidad del señor Partícula todavía no estaba saciada.

El profesor bajó la escalera en penumbra con una notable lentitud. «Está muy mayor», advirtió Majime mientras adoptaba su mismo ritmo. Era natural, ya era mayor cuando lo había conocido hacía quince años. Se preguntó qué edad tendría.

Majime estaba ansioso por completar *La gran travesía*. Y quizás esa intensa impaciencia que había sentido los últimos días se debía a lo cerca que estaba de la meta. «Si no nos damos prisa, será demasiado tarde para que todos...». Pero acto seguido descartó esa lúgubre idea: «A ver si por pensar esto atraigo la mala suerte».

El maletín del profesor, lleno de papeles y libros, pesaba mucho, como siempre. Si podía traerlo a la oficina todos los días, era señal de que tenía buena salud. Pero el profesor de antes habría sugerido una cena china en El Jardín de los Siete Tesoros. ¿Acaso había elegido una comida rápida y ligera sabiendo que Majime tenía que regresar a la oficina después? ¿O es que realmente estaba enfermo?

El profesor notó su mirada penetrante. Se detuvo en el descansillo para recuperar el aliento.

—Nadie puede resistir al paso del tiempo. Últimamente hasta las pequeñas caminatas me dejan sin resuello.

—¿No será mejor que hagamos un pedido a domicilio?

—Oh, no. Ya que soy el único que se va a casa, al menos no debo entorpecer el trabajo del resto. Además, me apetece tomar el aire. —Reanudó el descenso por la escalera—. Este verano ha sido tan caluroso que me siento todavía aletargado. Pero, ahora que la temperatura ha bajado, pronto me recuperaré.

Salieron del edificio y se dirigieron a la intersección de Jinbōchō. Tal como decía el profesor, no había ni rastro del verano en la brisa de la tarde. Anochecía mucho antes. Dos estrellas plateadas brillaban en lo alto del cielo.

En el restaurante de fideos que solían frecuentar, varios hombres trajeados, probablemente oficinistas de la zona, estaban comiendo deprisa; se habían detenido de camino a sus casas. La propietaria, que los conocía muy bien, los condujo a los asientos frente al televisor; subió el volumen por consideración al profesor, que mientras comía, siempre estaba con sus fichas léxicas y permanecía atento a las palabras que aparecían en la pantalla.

Ambos se sabían de memoria el menú del restaurante y ni lo miraron.

—¿Le apetece tomar una copita, profesor? —ofreció Majime.

—No, gracias, hoy no.

¿Estaría enfermo de verdad? Por lo general siempre disfrutaba de una jarrita de *sake* caliente.

—Es que ya he tomado unas copas con la cena en casa esta semana —fue la justificación para su moderación.

La preocupación de Majime aumentó y se transformó en miedo.

Majime pidió un *chikara udon*, fideos gruesos en caldo caliente con

pastel de arroz tostado añadido. El profesor, un *tororo soba*, fideos finos cubiertos con cremoso ñame rallado.

Tras pedir la cena, el profesor se giró hacia Majime:

—Te has convertido en un adulto hecho y derecho. Te agradezco todas las molestias que estás tomándote por mí.

«Yo ya era un adulto cuando nos conocimos», se extrañó Majime, hasta que recordó que tiempo atrás ni siquiera había sido capaz de servir bien una cerveza. Cuando le acababan de trasladar al Departamento de Edición de Diccionarios, no sabía cómo proceder con el trabajo ni cómo tratar a sus colegas. Se sentía como si le hubieran vendado los ojos y anduviera a tientas por un laberinto. Y ahora todos los asuntos de *La gran travesía* estaban bajo su dirección. Daba instrucciones a más de cincuenta asistentes universitarios que trabajaban en *La gran travesía* a tiempo parcial y se reunía casi a diario con el personal de Promoción y Publicidad, y con el de Ventas mientras no dejaba de corregir sin parar las galeradas. Además, también le había enseñado el método de trabajo a Kishibe cuando se hubo unido al equipo. Él había gestionado el trabajo como si toda su vida hubiera sido un experto en lexicografía.

—Todavía tengo mucho que aprender —dijo avergonzado, y tomó el té caliente que les acababan de servir.

El profesor Matsumoto estaba escribiendo en una ficha: «¿Las Bermudas?». En la televisión emitían un programa especial sobre «La sudoración inesperada: Explorando los misterios del sistema nervioso autónomo». Entre las entrevistas en la calle a hombres y mujeres de todas las edades, dos chicas de bachillerato acababan de decir:

—¿Sudar de repente sin ninguna razón? ¡Sí, sí, a mí me pasa!

—A mí también. *Bamyuru*, ¿verdad?

—¡Eso es, *bamyuda*!

Al captar esa conversación, el profesor no tardó en tomar nota de la palabra, pero agregó signos de interrogación porque no estaba seguro de haberlo entendido.

«No, profesor, las chicas no están hablando del sistema nervioso autónomo. Lo más probable es que por casualidad hayan convertido las islas Bermudas en un verbo, *bamyuru*, para expresar el excesivo calor que ha hecho este verano, y que este verbo inventado sólo lo usen ellas y sus amigos.

Así que no es necesario apuntarlo». Majime tenía ganas de explicarle todo eso, pero, al verlo tan reconcentrado, se contuvo.

Cuando llegaron los platos, el profesor dejó el lápiz y preguntó:

—¿Vamos bien de tiempo?

—Sí. Tal como está previsto, *La gran travesía* se publicará la próxima primavera.

—Qué ilusión, ¿verdad? —Cogió un poco de ñame rallado con una cuchara de madera y sonrió—. Aunque ya sabes que el verdadero trabajo de un diccionario comienza después de su publicación. Para mejorar su precisión y fiabilidad, tenemos que seguir recopilando más palabras de cara a la reedición.

El diccionario japonés más extenso de todos los tiempos era el *Gran diccionario de japonés*. Veinticuatro años después de su primera publicación, había salido a la venta la segunda edición, que aumentaba el número de entradas de 450 000 a 500 000, testimonio de la determinación que tenían tanto los editores como los colaboradores de responder a los cambios propios de la lengua mediante la recopilación ininterrumpida de palabras y con el consiguiente enriquecimiento concienzudo del contenido del diccionario.

—Lo tendré en cuenta.

Majime acababa de morder un trozo de pastel de arroz, pero de todos modos asintió con seriedad. El glutinoso pastel caliente y ablandado que colgaba de su labio inferior osciló como una lengua blanca y se le pegó a la barbilla, quemándolo un poco.

Incluso mientras el profesor comía, sus pensamientos seguían girando en torno a los diccionarios, como siempre. Con una mirada algo ausente, dijo:

—Majime, fíjate en el *Diccionario de inglés de Oxford* o el *Diccionario de Kangxi*. En el extranjero, una universidad fundada por edicto real o por alguna otra autoridad a menudo toma la iniciativa de compilar un diccionario del idioma nacional. Es decir, los fondos públicos contribuyen al proyecto.

—Es una situación envidiable para nosotros, que sufrimos permanentemente una ausencia de fondos.

—Sí. Aunque ¿por qué crees que en el extranjero se invierten fondos públicos para crear diccionarios?

Majime dejó de remover sus fideos y respondió:

—Supongo que porque consideran que un diccionario aumenta el prestigio del Estado. El idioma constituye la identidad de un pueblo, y es necesario recopilarlo y unificarlo para gobernar mejor el país.

—Exactamente. En cambio en Japón no hay ningún diccionario compilado bajo el patrocinio de ninguna institución pública. —El profesor terminó de comer, dejando la mitad de sus fideos *soba* intactos—. El primer diccionario japonés moderno, el *Mar de palabras*, de Ōtsuki Fumihiko, ni siquiera obtuvo el apoyo financiero del Gobierno. Ōtsuki trabajó en él toda su vida y lo publicó por su cuenta. Incluso hoy en día, cada editorial comercializa su propio diccionario sin que haya organismos oficiales involucrados.

Majime se preguntó si el profesor le estaba insinuando que solicitara una subvención. Con cautela, comentó:

—El Gobierno y los organismos autónomos tienden a mostrarse renuentes a todo lo vinculado a la cultura.

—Cuando yo era joven, deseaba que tuviéramos una mayor holgura económica. —El profesor cruzó las manos sobre la mesa—. Pero ahora creo que ha sido mejor así.

—¿Qué quiere decir?

—Una vez invertido el dinero público, no se puede negar la posibilidad de que el Gobierno interfiriera en el contenido. Como el prestigio del Estado estaría en juego, el idioma podría convertirse en una herramienta para reforzar la legitimidad y el poder estatal.

—Entiendo. Las palabras y los diccionarios existen siempre en el estrecho y peligroso espacio entre el individuo y la autoridad, entre la libertad privada y el poder público.

Hasta ahora, absorbo en la rutina de la compilación de diccionarios, Majime nunca se había parado a pensar en la influencia política que los diccionarios podían ejercer.

—Por eso, aunque andemos escasos de fondos, tenemos que sentirnos orgullosos de que no sea el Gobierno quien compile los diccionarios, sino las propias editoriales, y de que los ciudadanos particulares, como tú y como yo, puedan trabajar en ellos con absoluta libertad. Después de haber dedicado más de la mitad de mi vida a la lexicografía, eso es algo que tengo claro —agregó el profesor Matsumoto.

—Profesor... —dijo Majime impresionado.

—Las palabras y el corazón humano que las crea son libres, absolutamente ajenos a los poderes fácticos. Y así es como debe ser nuestro diccionario: un barco que permita a todas las personas navegar libremente por el mar de las palabras. Por tanto, sigamos con nuestros esfuerzos para asegurarnos de que *La gran travesía* sea así.

El tono del profesor era sereno, pero la pasión subyacente en sus palabras causó en Majime una oleada de emoción.

Cuando terminaron de cenar y salieron a la calle, Majime paró un taxi y casi tuvo que obligar al profesor a que subiese con su maletín. Había revelado poco apetito y ante esa situación Majime no podía permitir que tomara el tren de vuelta a casa. Como el hombre se mostraba reacio a aceptarlo, Majime depositó a la fuerza en su mano lo que le quedaba del cheque para taxis que Genbu le proporcionaba al departamento.

—Buenas noches, profesor. Hasta el próximo día.

Dentro del vehículo, el profesor inclinó la cabeza con un gesto de disculpa. Majime siguió con la mirada el taxi mientras este se alejaba y luego regresó a la oficina lleno de una renovada determinación.

Tres días más tarde, el cielo amaneció azul claro. Incluso dentro de la oficina, donde las estanterías tapaban la mayoría de las ventanas, se podía sentir ese ambiente refrescante.

Como de costumbre, Majime estaba en su escritorio desde muy temprano. De pronto, Araki irrumpió con un grito:

—¡Majime, tenemos problemas!

En su mano sostenía una gran hoja de papel, una de las galeradas de las cuartas pruebas que estaban revisando esos días.

Ante el ímpetu demostrado por el hombre, Majime se dispuso a levantarse, pero antes de que se hubiera puesto en pie, Araki extendió la hoja sobre su escritorio.

—Mira esto.

La página contenía las entradas que comenzaban con el silabario *chi*.

—¡Falta *chishio*, la palabra para «sangre»!

—¡Vaya! —Majime empujó hacia arriba las gafas que se le habían deslizado por la nariz y se inclinó sobre la galerada.

En ella se alineaban en orden las entradas *chishi idenshi* («gen letal»), *chishio* («repetición del remojado en tinte»), *chishiki* («conocimiento»). Pero no había ni rastro de palabra homófona de *chishio* que significaba «sangre».

—Esto verdaderamente *chishio ga kooru jitai* («hiela la sangre»).

—¡Majime, no es momento para bromas!

Aunque había hablado de corazón, Araki lo reprendió. Ante el descuido, Majime empalideció, pero logró recuperar la compostura y pensar en lo que había que hacer.

—Estas ya son las cuartas pruebas, pero tendremos que reducir el interlineado para conseguir a toda costa suficiente espacio para insertar *sangre*. No tenemos otra opción.

Araki asintió con la cabeza, disgustado.

—No habrá más remedio que hacerlo. Sin embargo, la pregunta es: ¿cómo es posible que nadie se haya dado cuenta de un error de tal magnitud hasta las cuartas pruebas?

—Seamos extremadamente meticulosos en la revisión de las cuartas pruebas. Volveremos a hacerlo desde el principio entre todos, incluidos los estudiantes.

La idea de perder el tiempo en eso casi hizo que Majime se desmayase, pero cualquier retraso era preferible a dejar que otras omisiones pasasen desapercibidas, así que, con todo el dolor de su corazón, propuso:

—También tenemos que descubrir el motivo por el que se nos ha escapado esta entrada.

Los otros colaboradores notaron la tensión en el ambiente. Kishibe, Sasaki y los pocos trabajadores a tiempo parcial que todavía estaban en la oficina se congregaron alrededor del escritorio de Majime.

—Sasaki, ¿puedes comprobar las fichas léxicas?

Ella asintió y corrió de inmediato al almacén de los archivos. Al cabo de un rato regresó.

—Director, la ficha de *sangre* sí que está. —Le entregó todos los materiales relacionados con la palabra—. Está marcada como una entrada que debía ser incluida y usted mismo redactó la definición.

A pesar de eso, por algún misterioso motivo la palabra y su definición no se habían incluido. En todas las pruebas anteriores que le había llevado

Sasaki, desde la primera hasta la tercera, la entrada no aparecía.

Majime se puso en pie.

—Lo siento por vosotros, pero ha surgido una emergencia. Necesito que dejéis por completo lo que estáis haciendo y nos ayudéis a revisar hasta el último espacio en las cuartas pruebas.

El aire parecía restallar. En silencio, todos rodearon a Majime a la espera de sus instrucciones. Majime explicó el procedimiento:

—No tenemos más remedio que revisar y asegurarnos de que los datos de cada ficha léxica marcada como «incluir» figuren en las galeradas. Reclutaremos tantas personas como podamos. Nos repartiremos las páginas entre todos y cada uno revisará las páginas que le sean asignadas con sumo cuidado. Por muchos días que necesitemos, e incluso aunque nos tengamos que quedar a dormir aquí, lograremos hacerlo. —Recorrió con la mirada los rostros que le rodeaban y añadió—: ¡No hay que permitir bajo ningún concepto que *La gran travesía* sea un barco agujereado!

Aunque en ese momento, en la etapa final de la elaboración del diccionario, había surgido un grave contratiempo, nadie se mostró abatido. Araki, Sasaki y Kishibe, al igual que los asistentes universitarios, revelaron una total entereza para superar la crisis.

—Ahora, me gustaría que todos vosotros vayáis a casa y traigáis una muda y todo lo que necesitéis para pasar la noche aquí —ordenó Majime—. A partir de hoy, arranca «la campaña».

Nadie retrocedió ante ese anuncio. Kishibe regresó rápidamente a su escritorio y comenzó a escribir un e-mail, Majime supuso que con el propósito de hacerle saber a Miyamoto que no podría verlo por un tiempo. Los universitarios reaccionaron de varias maneras: algunos se armaron de coraje al grito «¡Bien, vamos allá!», y otros decidieron ir al campus a ver a quién más podrían reclutar. Todos se mostraron dispuestos y positivos. Había ocasiones en que un estado de emergencia podía inducir a una euforia transitoria; ese caso podría ser algo similar.

Tras observar a los miembros de su equipo, Majime no pudo evitar bajar la cabeza, lleno de gratitud por contar con un personal digno de confianza. Durante esos largos años, desde que Nishioka se había ido hasta que había llegado Kishibe, él había trabajado en calidad de único empleado fijo en el Departamento de Edición de Diccionarios, ocupándose de *La gran travesía*

siempre que tenía un hueco. A menudo se desmoralizaba preguntándose si llegaría el día en que el diccionario viera la luz. Pero sus esfuerzos no habían sido en balde. Eso era lo que Majime pensaba mientras veía cómo toda esa multitud estaba dispuesta a luchar para evitar que *La gran travesía* se fuera a pique.

Mientras el personal iba y venía, sonó el teléfono. Kishibe lo descolgó. ¿Sería el señor Partícula de nuevo? Majime apenas prestó atención a la conversación. Sin embargo, tras intercambiar unas palabras, la expresión de Kishibe se alteró.

—Señor Majime. —Al terminar la conversación, ella se acercó a él con una nota en la mano—. Era la señora Matsumoto. El profesor ha ingresado en el hospital.

En la nota estaba apuntado el nombre de uno de los hospitales más grandes de Tokio. El estado del enfermo era aún desconocido, pero a Majime le asaltó un mal presentimiento; por un momento, no pudo reaccionar.

Ese proceso de revisión de emergencia lo recordarían por los lexicógrafos de otras editoriales durante bastante tiempo como «la campaña infernal de Genbu Books». Por supuesto, Majime, en medio del ojo de huracán, era incapaz de imaginar que fueran a sentar ese precedente en el campo de la lexicografía. Todo lo que podía hacer era entregarse en cuerpo y alma para hacer frente a las circunstancias.

En primer lugar, él y Araki fueron a ver al profesor Matsumoto al hospital, que justo acababa de pasar por una ronda de pruebas matutinas. Cuando sus dos compañeros entraron en su habitación, el profesor estaba incorporado en la cama viendo la televisión mientras tomaba nota en una ficha léxica.

«¡Qué hombre! Incluso ingresado en el hospital da prioridad máxima al diccionario». Majime le admiraba. Se tranquilizó al encontrarlo con mejor color del que había esperado.

—Gracias por venir —dijo el profesor con aire cohibido por la situación—. Lamento haberos hecho venir hasta aquí. Mi esposa se asustó y me temo que exageraba cuando os dio el aviso. Tan sólo he de estar aquí una semana más o menos para una serie de pruebas. Es la edad; ya tengo averías por todas partes.

Su esposa hizo una reverencia como gesto de agradecimiento a los

visitantes. Majime siempre había asumido que el total compromiso del profesor con el diccionario debía de haberlo convertido en un padre de familia fracasado. Pero no, el matrimonio parecía llevarse de maravilla. En ese momento, su esposa le estaba cubriendo cuidadosamente los hombros con una chaqueta de punto.

—Profesor, no se exceda con el trabajo —le recomendó Araki preocupado—. Esta es una buena oportunidad para que descanse.

—Estoy muy avergonzado por lo poco que valgo en este momento tan decisivo. —El profesor parecía desesperarse porque la vejez le hubiera ganado la partida—. ¿Cómo marcha *La gran travesía*?

Tras intercambiar unas miradas rápidas, Majime y Araki respondieron al unísono:

—Bien.

No serviría de nada inquietarle. Bajo ningún concepto se atrevieron a comentar la incidencia que acababa de sobrevenir con la entrada de *sangre*.

Después de la visita al hospital, Majime se despidió de Araki y se fue a su casa en Kasuga para recoger una muda. La casa de dos pisos con estructura de madera en la que vivía con Kaguya era la misma pensión en la que se habían conocido.

Unos diez años atrás, su casera Take había muerto, poniendo punto y final a la historia de la pensión, con Majime en calidad de último huésped. La casa la heredó Kaguya, su nieta. Por aquel entonces, ella y Majime ya estaban casados, y continuaron viviendo allí, realizando reparaciones ocasionales cuando era necesario.

Take siempre había tratado a Majime como a alguien de la familia. Nunca se había quejado de que su biblioteca hubiese llegado a invadir toda la planta baja y, pese a lo torpe que él había sido en el trabajo y en el amor, Take siempre había velado por él y le había apoyado. De hecho, cuando Majime y Kaguya se casaron, la que más se alegró fue la propia Take. Para Majime, recordar su época de recién casados cuando Take aún vivía siempre le llenaba de una dicha plácida.

Una mañana de invierno, no se despertó. La encontraron en su futón, muerta de lo que el doctor dictaminó insuficiencia cardíaca. Hablando claro: fue la vejez. En sus últimos años, Take comía algo menos y se pasaba casi todo el tiempo en su habitación del segundo piso con la excusa de que le

costaba subir y bajar la escalera. La noche anterior a su fallecimiento, comentó que se sentía resfriada. Como parecía tan llena de vida, su repentina partida causó una gran consternación al joven matrimonio. Pero ella no había sufrido; ese era el único consuelo.

Aturdidos, Majime y Kaguya celebraron el funeral y regresaron a la casa en la que Take ya no estaba. Cuando se sentaron junto al *kotatsu*, la mesa camilla baja con una estufa eléctrica, se dieron cuenta por primera vez de que durante días no habían visto ninguna señal de su gato, *Tora*. Lo buscaron por el vecindario e incluso contactaron con el centro de salud pública. Esperaron días y días, pero nunca supieron qué fue de él. Quizás, al sentir la muerte de su ama, había emprendido su propio viaje. Cuando aceptaron que *Tora* no volvería nunca más, entonces y sólo entonces Majime y Kaguya fueron capaces de llorar la muerte de Take. Se tomaron de las manos y rompieron en sollozos, como si trataran de llenar de aire los pulmones casi aplastados por el dolor de la pérdida.

Majime descorrió la puerta y saludó:

—Estoy en casa.

Como respuesta, salió su gato actual, *Torao*, que llevaba viviendo con ellos ya varios años. Era un felino atigrado espléndido, prácticamente idéntico a su predecesor. Majime suponía que posiblemente fuera hijo o nieto de *Tora*.

Comenzó a subir por la escalera que crujía con cada paso, con *Torao* enrollándose en sus pies. Toda la planta baja, a excepción de la cocina y el cuarto de baño, había terminado por llenarse con sus libros, de modo que él y Kaguya vivían arriba.

—Vaya, ya estás de vuelta. —Todavía medio dormida, Kaguya asomó su rostro fuera de la habitación del fondo—. ¿Qué te ha traído por aquí tan temprano? ¿Acaso te encuentras mal?

—No, no es eso. —Entró en la habitación del medio, la suya, y se puso a sacar ropa limpia del armario—. Ha surgido un pequeño problema. Voy a tener que dormir en la oficina por un tiempo.

Kaguya se mostró preocupada, pero no le presionó para enterarse de los detalles. Entendía muy bien la pasión de su marido por los diccionarios y siempre se mantenía al margen. Por su parte, Majime también trataba de evitar ser una carga para Kaguya, que estaba igualmente comprometida con

su profesión.

Ella hizo ademán de ir a cambiarse para ayudarlo, por lo que rápidamente Majime la detuvo:

—No te preocupes. Vuelve a acostarte.

Después de haberse abastecido de alimentos frescos y de completar los preparativos para la noche en el restaurante, Kaguya se había echado para dormir unas pocas horas antes de abrirlo.

—Mitsu, ¿has almorzado?

Majime se dio cuenta entonces de que no había comido nada. Incapaz de encontrar una excusa rápida, balbuceó. Kaguya se puso una chaqueta de punto sobre el pijama.

—Te preparo algo.

—Uum, pero...

—Tienes tiempo para comer, ¿no? Yo también tengo hambre. —Y se dirigió a la cocina.

*Tora* la siguió expectante por la escalera.

La habitación junto a la parte superior de la escalera seguía siendo el cuarto de estar; lo mantenían exactamente igual que cuando Take aún vivía. En esa estación del año, la mesa camilla *kotatsu* estaba guardada y en su lugar había una pequeña mesa baja. Contra la pared había un viejo aparador de madera. A través de la ventana que daba al tendedero se veía el cielo otoñal.

Lo único que había cambiado era que ahora había un pequeño altar budista de la familia que contenía las tablillas mortuorias y fotografías de Take y su esposo, el abuelo de Kaguya, que había muerto joven; Kaguya no había llegado a conocerle. La fotografía lo mostraba como un hombre bastante apuesto. Majime siempre pensaba que su esposa se parecía a él, especialmente en los ojos.

Majime metió la muda y la maquinilla de afeitar en una bolsa de viaje. Tras dar un breve suspiro, colocó incienso en el altar y juntó las palmas con respeto. Kaguya entró con una bandeja. *Torno* la acompañaba.

—Aquí tienes.

—Qué apetitoso. Gracias.

—Que aproveche.

Se sentaron a la pequeña mesa y cogieron los palillos. Ella había preparado salmón asado, tortilla, espinacas hervidas aliñadas con salsa de soja, y sopa de *miso* con puerros y *tofu* troceados.

—Me temo que esta improvisación es más un típico desayuno que un almuerzo —comentó Kaguya.

—Está delicioso, como siempre.

El tono sincero de Majime hizo que ella bajase la mirada con timidez y que comiese más rápido. *Torno* dio un maullido mimoso mientras fijaba los ojos en el salmón.

—*Torao*, tienes comida en tu plato y lo sabes.

Reprendido por Kaguya, *Torao* se dio la vuelta a regañadientes y metió el hocico en el plato de pienso que había para él en un rincón de la estancia.

—He estado en el hospital visitando al profesor Matsumoto.

—¿Cómo? —Kaguya dejó los palillos y tragó saliva—. ¿Qué le ha pasado?

—Dice que va a estar una semana para que le hagan una serie de pruebas.

—Oh..., aun así, es preocupante. —El recuerdo de la repentina muerte de Take ensombreció su semblante—. Si hay algo que quiera comer, lo prepararé y se lo llevaré. Por favor, pregúntale cuando tengas la oportunidad.

—Sí.

—Se está haciendo mayor, así que asegúrate de que se tome su tiempo para recuperarse bien.

—Ese es el *quid*.

—¿Qué?

Majime dejó de masticar y se enderezó.

—¿Cuántos años tendrá? ¿Lo sabes tú, Kaguya?

—No.

Se miraron el uno al otro, y luego prorrumpieron en una risa ahogada.

—Lo conocemos desde hace quince años, pero apenas ha cambiado en todo este tiempo. Tanto si me dijese que tiene más de noventa años como sesenta y ocho, me lo creería a pies juntillas.

—Los lexicógrafos son de otro mundo. —Al ver que Majime asentía como si se tratara de un asunto ajeno a él, añadió—: Me refiero a ti también, Mitsu. Pero el profesor puede que sea más joven de lo que aparenta. Me da la

impresión de que mejorará pronto.

—Esperemos que sí.

Después de comer, Majime salió de casa con la bolsa de viaje en la mano. Tras caminar un poco, se volvió. Kaguya seguía de pie en la puerta despidiéndose. *Toraō*, aupado en sus brazos, dio un gran bostezo.

—Me he olvidado de contártelo. Kishibe está saliendo con Miyamoto de Akebono Paper.

—No me sorprende. ¿Recuerdas que cuando vinieron al restaurante dije que tuve un presentimiento?

—Eres tan aguda que me asombras, como siempre.

Ambos sonrieron y se despidieron con la mano.

«La campaña infernal de Genbu Books» duró un mes entero. Majime y Kishibe dormían en la oficina casi todas las noches. En contadas ocasiones, se iban a casa para recoger una muda nueva y regresaban sin perder tiempo. Durante días y días apenas mantuvieron una conversación con sus respectivas parejas.

Majime le permitía a los estudiantes y a Sasaki, que era madre de familia, que regresaran periódicamente a sus casas, insistiéndoles a menudo para que descansaran. Pero nadie aceptaba con facilidad hacer un alto en su frenético ritmo. Con absoluta determinación habían asumido como algo normal dormir en la oficina durante días o incluso toda una semana, y trabajaban en silencio y sin tregua.

La esposa de Araki había fallecido hacía mucho tiempo, así que este se hallaba libre y se ofreció a asumir más carga de trabajo.

—Me ocupo yo del resto. ¡Idos a casa, todos! ¡Venga!

Asumió más tareas de las que le correspondían y no regresó ni una sola vez a casa en todo el mes.

El problema era el aire de la oficina, que estaba muy saturado. El personal había aumentado, la estancia estaba abarrotada y, con las ventanas inoperativas detrás de las estanterías, el aire estaba cada vez más viciado, lleno de polvo y olía a tinta por la gran cantidad de impresos que manejaban. Cuando estaban encerrados en la estancia, no lo notaban tanto, pero, cuando volvían de comer, todos fruncían el ceño y gruñían: «¡Uf, qué cargado está el ambiente aquí!». Y a pesar de que el invierno estuviera al caer, había cierta necesidad de mantener un mínimo aseo personal y de lavar la ropa.

En el edificio principal había un pequeño cuarto con una ducha, pero otros empleados empezaron a quejarse: «¡El personal del diccionario está ocupando la ducha mañana, tarde y noche!». De manera que el equipo de *La gran travesía* decidió ir al baño público, el único que había en Jinbōchō; el propietario se mostró encantado ante ese inesperado advenimiento de clientes.

Kishibe regresó del baño con el pelo mojado enrollado en una toalla en forma de turbante y sin maquillar.

—El baño público es cómodo; la pega es que no está permitido lavar la ropa allí. —Dio un gran suspiro.

Jinbōchō, atestado de librerías de viejo y editoriales, era también un barrio de estudiantes, pero inexplicablemente no había ninguna lavandería de autoservicio.

—Hay muchas universidades por aquí, aunque no muchos estudiantes residen en Jinbōchō, ¿no? —le preguntó Kishibe a Sasaki.

—Eso parece. Y habrá menos todavía que vengan a buscar libros usados y de paso a lavar su ropa.

—La gente interesada en los libros usados es como las plantas. No harán mucho la colada.

Ante esos comentarios desconsiderados, Majime protestó por dentro. «A mí me gustan los libros usados, pero no soy una planta. ¡Soy un omnívoro! Y cuando voy a una librería de viejo, pienso en libros. ¡En qué otra cosa iba a pensar si no! Cualquiera que piense en la colada mientras anda mirando libros es un necio que no merece ser calificado de verdadero amante de los libros usados». Con disimulo, olió uno de los puños de su camisa; no le pareció que oliera mal, pero su opinión no era imparcial.

Con el tiempo se designaron encargados de la colada, que depositaban toda la ropa sucia en una bolsa grande y cada pocos días la llevaban a una lavandería en Kasuga o Hongo, los barrios próximos. Quienes aprovechaban este servicio se dividieron el importe de la lavandería. Con la ropa interior se las arreglaron comprando otra nueva o lavándola en los aseos del propio edificio e instalaron un tendedero en el servicio de las mujeres. La ropa interior de los hombres la tendieron en unas barras provisionales puestas entre las estanterías; ni que decir tiene que las mujeres protestaron ante la visión de los calzoncillos colgados en fila como si fueran las banderas de

todas las naciones.

—Esto es un estado de emergencia. Os ruego que nos disculpéis. — Majime dio una vuelta por la oficina pidiendo la comprensión de las mujeres a la vez que le hacía una reverencia a cada una. De este modo consiguió suavizar la situación lo mejor que pudo, con la condición de retirar las prendas tan pronto como se secaran.

Mientras Majime supervisaba la última revisión de las cuartas pruebas, tuvo que visitar con asiduidad la compañía encargada de la impresión, acompañado siempre por Miyamoto y los técnicos de Akebono Paper. Además de la dificultad añadida de utilizar un papel ultrafino, tanto el número de páginas como la tirada inicial de un diccionario eran altas, por lo que la impresión requería del máximo cuidado y de una gran experiencia. Y por eso en aquel momento estaban realizando repetidas pruebas con el *papel supremo* de Akebono.

Los cambios sutiles en la tinta afectaban a su fijación, así como al color y a la tonalidad de las letras impresas. ¿Qué tinta se adaptaría mejor a ese nuevo papel? ¿Cómo debían ajustar las máquinas para obtener una legibilidad óptima? Majime se reunió en numerosas ocasiones con los representantes de la compañía encargada de la impresión y de Akebono para resolver esas cuestiones, y en alguna ocasión incluso fue a la imprenta para consultarlo con tipógrafos experimentados.

En cuanto Majime tomó las decisiones necesarias relacionadas con la impresión, lo convocó el diseñador de Genbu, un hombre de unos cuarenta y cinco años cuyo apodo era «Camisarroja», porque siempre llevaba una camiseta roja independientemente de la estación del año. A diferencia del personaje así apodado en la novela de Natsume Sōseki., *Botchan*, era extravagante, franco y alegre.

Gracias a los esfuerzos de Nishioka, la campaña publicitaria de *La gran travesía* se convirtió en una de las de mayor escala entre las que organizaba la empresa, a la cual además había contribuido una agencia de publicidad ayudando a elaborar una estrategia de prepublicación con el objetivo de unificar la imagen del diccionario en los carteles emplazados en las estaciones de tren y en los folletos que iban a repartirse en las librerías. Camisarroja se había encargado de la producción, el aspecto crucial de la presentación del diccionario, y se mostraba más que entusiasmado.

—¡Majimeee! —Tan pronto como lo vio aparecer en la oficina del Departamento de Diseño, Camisarroja se le acercó corriendo—. ¡La maqueta final está lista, qué digo, listísima!

Cogió a Majime de la manga y le arrastró a su escritorio, donde el plan de diseño final aparecía extendido; había hecho copias en una impresora de alto rendimiento. También estaban el estuche, la faja, la sobrecubierta, la portada, la guarda e incluso una muestra de la cabezada para los extremos del lomo de *La gran travesía*.

—Cuando la gente estrena un diccionario, suele tirar el estuche, la faja y la sobrecubierta. Es una pena, ¿verdad? De todos modos, no escatimé esfuerzos en el diseño de cada uno.

La maqueta desplegada ante Majime, que permanecía ajeno a la orgullosa declaración de Camisarroja, atrajo su mirada. El estuche, la sobrecubierta y la portada eran de un azul profundo, como el mar por la noche; la faja y la guarda, crema pálido, igual que la luz de la luna, y la cabezada, plateada, como la luna brillando en el cielo nocturno. Las letras del título, también argénteas, destacaban en el azul profundo de la portada y un estrecho patrón de olas perfiladas por una fina línea plateada adornaba el largo de la falda del estuche y de la sobrecubierta. En el lomo, un antiguo velero parecía dispuesto a arrostrar el embate de las olas. Para finalizar, en la cubierta y la contracubierta aparecían estampados de forma discreta un velero y una luna creciente respectivamente.

Camisarroja había captado a la perfección el espíritu de *La gran travesía* y había logrado reflejarlo en el diseño. Lleno de agradecimiento, Majime se quedó admirando el diseño durante un buen rato.

—¿Y bien? —Inquieto ante el silencio, Camisarroja parecía incapaz de esperar más.

Majime volvió en sí y respondió:

—Tiene estilo y calidez. Me parece extraordinario. ¿Qué ha dicho el personal de Ventas?

—No se lo he enseñado aún. Quería que fueras el primero en verlo.

—Gracias. Una cosa: ¿el estampado está hecho de pan de plata? —inquirió Majime, preocupado por el elevado coste que eso supondría.

—No te preocupes. La tecnología de la impresión avanza día a día; el acabado se verá como si estuviera estampado en plata. Ah, pero la cubierta sí

que será de ese material, aunque eso se ajusta al presupuesto. —Camisarroja sacó pecho, seguro del éxito de su trabajo—. Ya lo he tenido en cuenta.

—Disculpa por haberme entrometido. —Se excusó Majime—. Entonces sigue adelante con tu plan. Si los de Ventas plantean algún problema, haré todo lo que pueda para defender tu propuesta.

Había quedado concretado el diseño exterior del diccionario; Majime se había quitado otro peso de encima y regresó a la oficina a paso más ligero. En su escritorio estaban amontonadas las cuartas pruebas ya revisadas. Tenía que devolverlas a la imprenta para que les enviaran las quintas. Otra cima por escalar.

De nuevo, se preparó mentalmente y recogió su lápiz rojo para continuar con la última revisión de las cuartas pruebas. Debía asegurarse de que ninguno de los cambios afectara a la cantidad de líneas.

Tras una carrera maratoniana de revisiones que duró un mes entero, quedó claro que, a excepción de la entrada *sangre*, no faltaba ninguna otra. Gracias a ese exhaustivo repaso, también descubrieron errores tipográficos que se les habían escapado, aparte de algunas definiciones cuestionables que desembocaron en debate, por lo que esa intensa *campana* no había supuesto una pérdida total del tiempo, aunque Araki sentenció:

—Parirán los montes y nacerá un ridículo ratón.

En efecto, todo el equipo se quedó hasta cierto punto decepcionado, tal como expresaba el erudito comentario de Araki, puesto que tras tan denodado y frenético esfuerzo habían encontrado poco que subsanar.

—Lamento haberos pedido tanto esfuerzo por nada. Disculpadme. —Majime se inclinó con pesar hacia los rostros exhaustos de la oficina.

—No, no —negó un estudiante—. No en vano se dice: «Los cautos rara vez se equivocan».

—Pues sí. Gracias a esta concienzuda revisión me he quedado más tranquilo —comentó otro.

A pesar del cansancio, parecían sentirse muy realizados. Con expresión radiante, recogieron sus cosas y se prepararon para volver a casa después de tanto tiempo.

*La gran travesía* había tenido la enorme suerte de ser elaborado por un magnífico equipo. Majime se puso de pie a un lado de la puerta de la oficina y se despidió uno a uno de los estudiantes conforme iban saliendo.

La *campana* podía haber sido un infierno, pero reforzó de forma considerable la confianza que Majime tenía en el diccionario. Decenas de pares de ojos habían revisado las pruebas de principio a fin y apenas habían descubierto errores tipográficos. Pese a que la omisión de la entrada *sangre* había sido un doloroso error, habían evitado el terrible destino de publicar *La gran travesía* con tamaña ausencia. Las demás entradas estaban incluidas y Majime se había asegurado de que las definiciones fueran intachables. *La gran travesía* sería un diccionario muy equilibrado y preciso; constituiría un placer usarlo o navegar en él.

Majime observó que Kishibe aún permanecía allí.

—Muchas gracias por todo lo que has hecho, Kishibe. Vete a casa por hoy y descansa.

—Gracias. ¿Y usted?

—El señor Araki y yo vamos a visitar al profesor a su casa.

Se suponía que le habían ingresado en el hospital para hacerle un chequeo general en una semana, pero, después de haber vuelto a casa, el profesor Matsumoto no había aparecido por la oficina durante la *campana infernal*. Su esposa había llamado por teléfono para explicarles en tono de disculpa que todavía no estaba recuperado del todo; a partir de ese momento, no se supo nada más de él. La salud del profesor era algo que preocupaba a Majime, pero durante el pasado mes el trabajo le había absorbido por completo. Ahora que la revisión del diccionario estaba de nuevo en marcha, Araki y él habían decidido ir a visitarlo. Kishibe parecía querer unirse a ellos, pero se la veía agotada, así que Majime le dijo que ellos dos comprobarían el estado de salud del profesor. Establecieron a qué hora comenzarían la jornada al día siguiente y se despidieron de ella delante del edificio anexo.

El profesor vivía en la ciudad de Kashiwa, en la prefectura de Chiba, próxima a Tokio. Ni siquiera Araki había estado en su casa. Tomaron el metro desde Jinbōchō y se dirigieron al este con la dirección de su domicilio como única referencia. Todavía no era la hora punta de la tarde, así que pudieron sentarse juntos. Majime sostenía una caja de pepitos en su regazo, además de su maletín; eran de una antigua pastelería cercana a la oficina, los favoritos del profesor Matsumoto. Mientras él los compraba, Araki había permanecido en silencio. Ahora por fin comenzó a hablar:

—Cuando llamé antes para avisar de que iríamos a verlo, él mismo

contestó al teléfono.

—¿Cómo sonaba su voz?

—Bien. Pero me preocupa por qué no ha venido a la oficina.

Como no estaban seguros de cómo llegar, tomaron un taxi desde la estación de tren más cercana. Tras un trayecto de cinco minutos, el vehículo se detuvo delante de la puerta de una pequeña y vieja casa.

Llamaron al telefonillo y la señora Matsumoto los recibió enseguida y los condujo a la sala de visitas. Tal como ambos habían esperado, el interior estaba atestado de libros. Las estanterías cubrían todas las paredes y en el suelo, ante cada una, había apilados más libros hasta alcanzar la altura del pecho de un hombre. Incluso en los pasillos y la escalera había pilas de libros que dejaban el mínimo espacio para que pudiera pasar una persona. ¿La esposa y los hijos soportarían toda esa acumulación de libros sin quejarse? Incluso Majime estaba asombrado. Tal vez tanto papel absorbía el sonido, pues el ambiente estaba en absoluto silencio.

La señora Matsumoto trajo un té negro y un pepito para cada uno.

—Muchas gracias por este fantástico regalo. Tendréis que disculparme por ofrecerlos lo que nos habéis traído.

La puerta se abrió y apareció el profesor.

—Gracias por haberos molestado en venir hasta aquí.

Al verlo, Majime se quedó sin habla. El profesor, siempre delgado, había perdido una cantidad considerable de peso. Llevaba un traje y una corbata de cordón como de costumbre, pero el cuello de la camisa, incluso con el botón superior abrochado, le quedaba tan holgado que cabían dos dedos. Había estado acostado hasta ese momento y se había vestido exclusivamente para salir a recibirlos.

Araki le dio un codazo a Majime, quien volvió a la realidad y se disculpó por la repentina visita. El profesor le dio las gracias a su esposa y le pidió que los dejara a los tres a solas. Se sentó en el sofá frente a sus visitas. Cuando vio los pepitos, sonrió.

—Oh, muchas gracias por este fantástico regalo.

Las mismas palabras que había usado su esposa para expresar su agradecimiento. Majime se maravilló ante ese matrimonio tan perfectamente avenido.

—Resulta —prosiguió el profesor— que tengo cáncer de esófago.

¿Qué había dicho? Majime oyó las palabras, pero fue incapaz de captar su significado. Notó que Araki, a su lado, se había quedado sin aliento. Como en una nube, Majime comprendía que había sucedido algo grave, pero no podía reaccionar.

Araki le hizo algunas preguntas discretas y el profesor las respondió. Tomaba medicamentos anticancerígenos y se sometía a radioterapia. El tumor se había reducido un poco, pero los efectos secundarios le dificultaban levantarse de la cama la mayoría de los días. Su médico llevaba a cabo un seguimiento de la enfermedad y había la posibilidad de que tuviera que ingresar en el hospital de nuevo.

Majime y Araki podían mostrarse resueltos y osados con las palabras, pero, frente a la enfermedad, se encontraban perdidos; las palabras que tanto dominaban no les salían. Temerosos de pronunciar un frívolo «le irá bien», «ánimo» u otras fórmulas similares, mantuvieron un silencio taciturno.

El profesor, al ver cómo trataban de controlar su ansiedad y su preocupación, adoptó un tono deliberadamente alegre y les preguntó sobre el progreso del diccionario. Sin mencionar la *campana infernal*, Majime le informó de que todo marchaba según lo previsto. Había traído la maqueta del diseño y la sacó para enseñársela.

—Es perfecta para nuestro barco. —El profesor extendió la maqueta sobre su regazo, pasó los dedos con ternura sobre las ondas plateadas—. Qué ilusión. Estoy ansioso por verlo acabado. Tan pronto como me sienta con fuerzas, me pasaré por la oficina de nuevo. Mientras tanto, si os surge alguna pregunta o cualquier problema, no dudéis en llamarme.

—Le consultaremos lo que sea y sin falta, profesor —respondió Majime.

*La gran travesía* era el *alter ego* del profesor; obligarlo a mantenerse al margen del proceso de edición final sería como arrebatarle a la fuerza una parte de sí mismo.

Majime y Araki se fueron de casa del profesor antes del anochecer y decidieron recorrer el camino de vuelta a la estación andando. El matrimonio les acompañó hasta la puerta principal para despedirlos. Cuando Majime y Araki llegaron a la esquina y se giraron, el profesor seguía allí; su delgada silueta agitó ligeramente la mano.

Los tres pepitos permanecían intactos en la mesa de la sala de visitas.

Tan pronto como recibió las galeradas de las quintas pruebas, Majime las revisó con tal ímpetu que parecía que le estuvieran persiguiendo.

La idea de que no iba a terminar el diccionario a tiempo le impulsaba a darse más prisa. ¿Qué pasaría si algo le sucedía al profesor antes de que pudiera ver completada *La gran travesía*? «No, no pienses en eso, que trae mala suerte». Trató de espantar esas ideas pesimistas, pero el panorama no era muy alentador. Poco después de haberlo visitado, el profesor había sido hospitalizado otra vez. Fue dado de alta a final de año y pasó el Año Nuevo en casa con su esposa, pero apenas tardó dos semanas en volver a ser ingresado. Araki lo visitaba con frecuencia en el hospital y recibía valiosos consejos sobre algunas cuestiones que fueron surgiendo durante la revisión de las quintas pruebas.

A ese ritmo, no llegarían a la fecha límite de marzo. Esa posibilidad, innegable y apremiante, también era una de las razones de su pánico. Durante las vacaciones de invierno de los universitarios, que duraban dos semanas, muchos de los estudiantes habían regresado a su ciudad natal para pasar el Año Nuevo con su familia, y encontrar suficiente personal para llevar a cabo el trabajo final del diccionario había sido una misión casi imposible. Para compensar el mes perdido durante la *campana*, Majime, Araki, Kishibe y Sasaki habían trabajado a toda máquina. Incluso durante las fiestas laborales de la víspera y los primeros tres días de Año Nuevo, se llevaron a casa el trabajo que tenían asignado.

A mediados de enero los estudiantes ya habían regresado y estaban realizando el control final a pleno rendimiento. El diccionario contenía tantas páginas y la primera tirada era tan grande que la impresión llevaría tiempo. A medida que cada página era aprobada, la iban enviando a imprenta para que el proceso de impresión pudiera iniciarse. Si la impresión no se ponía en marcha a finales de enero, como muy tarde, ya no habría esperanzas de terminar a tiempo.

Día tras día, Majime llegaba a casa a altas horas de la noche, casi al mismo tiempo que Kaguya, que regresaba tras cerrar el restaurante. Esos días ella se estaba encargando de preparar la cena, aunque habitualmente era Majime quien la hacía y dejaba en el frigorífico la ración de Kaguya cubierta con *film* transparente. Ella, después de comerla, fregaba los platos y preparaba el desayuno del día siguiente para los dos. Ese era el sistema de

relevos que habían ideado para acompañar sus vidas de horarios tan dispares.

Rara vez cenaban juntos y por eso Majime se alegraba de poder compartir su tiempo con ella, aunque su conversación nunca era muy animada. Por un lado, estaba al límite de su resistencia física y, por otro, el estado de salud del profesor Matsumoto lo tenía angustiado. Kaguya, preocupada por su marido, preparaba platos energéticos: anguila asada o bistec cortado en dados con mucho ajo, lo que hacía que Majime apreciara la muestra de consideración de su esposa, una mujer discreta y digna de confianza y, agradecido de corazón, siempre dejaba limpio el plato, aunque se sentía mal por hacerla trabajar de más cuando ella también estaba cansada.

Como tomaba esos alimentos ricos en calorías a medianoche, le terminó saliendo un poco de tripa; si seguía así, no pararía de engordar año tras año. Esas cenas preparadas con amor renovaron su determinación de completar *La gran travesía* con la mayor velocidad posible.

Mientras él estaba encerrado en la oficina, Kaguya visitaba de vez en cuando al profesor. Desde la época en que ella había estado trabajando en El Albaricoque, él siempre había apreciado su cocina e incluso solía ir solo a su restaurante. Así que era natural que ella también se preocupara por él y le preparara sus platos favoritos para llevárselos al hospital. Sin embargo, cuando Majime le preguntaba si el profesor se los comía o cómo se encontraba durante sus visitas, ella respondía con evasivas:

—Él siempre se disculpa por hacerte llevar la carga principal del diccionario.

—Debería ser al contrario; no tengo excusa por hacerle sentir mal. Dile que el diccionario va bien, que tiene que quedarse tranquilo y centrarse en su recuperación.

¿Cuántas veces habrían repetido esa conversación? El trabajo de *La gran travesía* avanzaba tan despacio como unas nubes grises, gruesas y bajas, en el cielo invernal. Cuando enero estaba a punto de llegar a su fin, seguía sin haber nada que indicase que el estado del profesor fuera a mejorar.

Por muy lento que sea un proceso, mientras siga adelante podrá alcanzar su meta algún día. Xuanzang, el célebre monje chino del siglo VII, logró la increíble hazaña de peregrinar a la India, traer de vuelta una considerable cantidad de textos sagrados budistas y traducirlos al chino. El monje japonés Zenkai, del siglo XVIII, consagró los últimos treinta años de su vida a cavar

un túnel con un cincel y un martillo en un acantilado para abrir un camino de peregrinación seguro por el que se pudiese llegar a un templo. Un diccionario era fruto de la sabiduría humana, no por contener un cúmulo de palabras, sino por representar una verdadera esperanza engendrada con un espíritu inquebrantable a lo largo del tiempo.

Al fin la imprenta comenzó a trabajar a pleno rendimiento para alumbrar *La gran travesía*. Majime, junto a Araki y Kishibe, que también asistieron a la primera impresión, cogió con reverencia la primera página recién impresa.

Se trataba de una enorme hoja de un papel muy fino y sin cortar. Venían dieciséis páginas en cada cara, lo que hacía un total de treinta y dos páginas del diccionario. El número de páginas y su dirección en apariencia parecía la incorrecta. Sin embargo, cuando se doblaba la hoja por la mitad cuatro veces, las treinta y dos páginas se quedaban ordenadas, con el mismo tamaño y en dieciséis hojas. Cada conjunto de estas era un pliego, es decir, que un pliego contenía treinta y dos páginas. *La gran travesía* alcanzaría casi las tres mil páginas, por lo que se calculaba que se compondría de más de noventa pliegos.

La enorme hoja aún sin cortar despedía un leve calor. Majime sabía que era porque acababa de pasar por la máquina, pero no podía evitar pensar que esa calidez era la pasión condensada de todos los que habían trabajado en el diccionario: Araki, el profesor Matsumoto, Sasaki, Kishibe, numerosos especialistas y estudiantes, el personal de Akebono y el de la imprenta. Y él mismo.

El tenue tono marfil del papel hacía resaltar con nitidez las letras en negro; era como la oscuridad de una noche de verano. Al darse cuenta de que la página que estaba examinando incluía la palabra *akari* («luz»), Majime parpadeó; las lágrimas le nublaron la vista. La palabra no sólo hacía referencia a la luz del sol y a la luz de una lámpara, sino también a pruebas o testimonios. Ahí, delante de él, estaba la clara evidencia de que los últimos quince años del Departamento de Edición de Diccionarios de Genbu Books no habían sido en balde.

—Qué preciosidad. —Kishibe contempló la página impresa como si fuera una joya y se llevó el pañuelo a los ojos para contener las lágrimas.

A su lado, Miyamoto asentía emocionado.

Araki, algo temeroso, extendió su temblorosa mano y rozó la página; por

fin estaba seguro de que no era un sueño.

—Majime, tenemos que enseñársela inmediatamente —dijo.

—Sí. Llévemosla al profesor Matsumoto.

En la oficina aún continuaba la revisión de las quintas pruebas de la parte final del diccionario, la que contenía las palabras que comenzaban con los silabarios *ya-yu-yoy* uno de los últimos grupos. Majime y Araki dejaron a Kishibe al cargo y se fueron hacia el hospital en Tsukiji con la hoja enrollada y guardada en un portaplanos.

El profesor Matsumoto se hallaba conectado a una vía intravenosa y tenía un tubo de oxígeno en la nariz que le ayudaba a respirar. Estaba incorporado, apoyado en la almohada que había sobre la cama reclinada, mientras escribía algo en una ficha léxica. Cuando los vio, sonrió y depositó el lápiz sobre la mesilla de noche.

—Anda, pero si eres Majime. Cuánto tiempo sin verte.

Su esposa se había ido a casa un momento. Accediendo a la invitación del profesor, cuya voz sonaba un poco ronca, Majime y Araki se sentaron en unas sillas plegables.

Majime no lo encontró ni más gordo ni más delgado que cuando lo vio en su casa unos meses atrás. Incluso el color de su tez se veía algo más vivo. Mientras le observaba discretamente, trató de descubrir algún signo esperanzador.

Araki, una vez más, le dio un codazo; Majime volvió en sí. No debían entretenerse para no cansar al profesor.

—Estamos aquí porque hay algo que no podemos esperar a enseñarle. —Extendió el papel y lo posó sobre su regazo.

—¡Oh! —El profesor dio un grito ahogado. Era una expresión de felicidad que nacía desde lo más hondo de su ser—. Por fin. Por fin *La gran travesía* ha llegado hasta aquí... —Su frágil dedo se deslizó con cariño sobre las letras una a una.

«¡Sí, finalmente una parte de nuestro trabajo está aquí, impreso ante nosotros!». Majime sintió el impulso de agarrar la mano del profesor y decírselo. Sin embargo, se contuvo para no actuar de forma inapropiada.

—Profesor, *La gran travesía* se publicará, según lo programado, en marzo —anunció Araki en tono sereno—. Tan pronto como haya disponible un ejemplar, se lo traeremos. O mejor aún, lo celebraremos juntos en la

oficina.

—Eso espero. —El profesor levantó la mirada y mostró una sonrisa de pura alegría, igual que la de un niño que acabase de capturar una bella mariposa—. Araki, Majime, muchas gracias por todo.

El profesor Matsumoto falleció a mediados de febrero, sin ver *La gran travesía* terminada.

Tras recibir la triste noticia a través de Araki, que estaba en el hospital, Majime abrió abatido su taquilla: quería asegurarse de que tenía una corbata negra. Entonces le pareció absurdo estar buscando tal cosa en ese momento. Sus emociones y acciones estaban descoordinadas y no podía controlarlas.

El Departamento de Edición de Diccionarios llevó a cabo la organización del velatorio y del funeral. Majime estuvo todo el tiempo al lado de la señora Matsumoto y por ella supo que el profesor tenía setenta y ocho años. Había dejado su puesto en la universidad mucho antes de la edad de jubilación y a partir de entonces se había dedicado en exclusiva a la lexicografía. No había aceptado tener discípulos y se había ido distanciando voluntariamente del mundo académico para consagrar su vida a las palabras.

Araki había trabajado con él durante casi medio siglo, desde la época en la que este todavía enseñaba en la universidad. Araki, como editor, había sido su socio fiel, le había apoyado, le había animado y había creado varios diccionarios bajo la dirección del profesor. Sin derramar ninguna lágrima, Araki, cuyas mejillas se veían hundidas en su macilento rostro, conducía a sus asientos a las visitas que habían acudido a dar el pésame. El llanto debía de estar resonando en silencio en su interior.

Al atardecer, después del funeral, Majime regresó a casa. Siguiendo la costumbre sintoísta, había traído consigo la sal purificadora que se debía dispersar en la entrada de los hogares para espantar a la muerte. Maldijo para sus adentros ese rito que implicaba la ruptura definitiva de su vínculo con el profesor; él estaría encantado de que su sabio mentor siguiera guiándolo en su trabajo con *La gran travesía* desde el más allá.

Kaguya había llegado a casa poco antes que Majime, por lo que lo recibió sin la ropa de luto. Preocupada por su marido, había decidido retrasar la apertura de su restaurante esa noche. Sin decir nada, se dirigieron al cuarto de estar y tomaron el té caliente que ella había preparado.

—No llegué a tiempo —murmuró él.

No había podido mostrarle *La gran travesía* completada al profesor Matsumoto. «Si a alguien, no a mí, le hubieran asignado como editor, ¿habría podido terminar mucho antes? Soy tal desastre que lo he dejado marchar de este mundo sin que viera el sueño de toda su vida hecho realidad».

Antes de darse cuenta, prorrumpió en sollozos. Delante de Kaguya se sentía avergonzado y miserable, pero aun así las lágrimas y los gemidos, similares a los rugidos de una fiera, brotaban sin control. Kaguya rodeó el *kotatsu* y se sentó a su lado. En silencio, le acarició con ternura sus temblorosos hombros.

La fiesta de presentación de *La gran travesía* se celebró en el salón de banquetes de un legendario hotel en Kudanshita, cerca de la oficina. Era la noche de un día de finales de marzo, cuando los capullos de los cerezos estaban a punto de abrirse.

Invitaron a los académicos que habían contribuido en el diccionario, junto con los representantes de las compañías encargadas de elaborar el papel y de la impresión; el número de asistentes sobrepasaba el centenar. La celebración dio inicio con un discurso de bienvenida del presidente de Genbu Books.

Al fondo del salón había una mesa en la que estaban expuestos un ejemplar de *La gran travesía* y una fotografía del profesor Matsumoto rodeados de flores. También había una ofrenda, una gran jarra de *sake* y una tacita, por lo que el conjunto parecía un pequeño altar. La señora Matsumoto se detuvo frente a la mesa y contempló el diccionario y la foto con los ojos entrecerrados, como si ambos objetos la deslumbraran.

Había sido una lástima que no hubieran podido invitar a todos los estudiantes. Con ese pensamiento en mente, Majime recorrió la fiesta, con bufé incluido, mientras saludaba a los asistentes. La administración de la compañía había temido que, si acudían más de cincuenta estudiantes, devoraran la comida en un instante, igual que una devastadora plaga de langostas en mitad de un campo. El presupuesto de Genbu no podía asumir tal gasto, por lo que se había decidido agasajar a todos los estudiantes en un bar-restaurante *izaka-ya* otro día.

Esa noche, los representantes de las principales librerías y bibliotecas universitarias también habían acudido. Las reseñas de *La gran travesía*, que se había publicado dos semanas antes, eran favorables y las ventas estaban superando todas las expectativas. Y la fiesta fue una excelente oportunidad

para conseguir aún más pedidos, con lo que los miembros del departamento de *marketing* estaban más que entusiasmados. El personal de Ventas, Promoción y Publicidad tampoco paraba de atender a los invitados, clientes con quienes se relacionaban habitualmente, sirviéndoles bebidas y charlando con ellos.

—¡Majime!

Al oír su nombre, Majime se volvió y vio que Nishioka salía de un grupo y se acercaba a él. Llevaba un traje entallado con un pañuelo rojo que asomaba del bolsillo del pecho. «Vaya, sí que te has arreglado con especial cuidado para la ocasión». Majime, que iba trajeado como de costumbre, no pudo evitar fijarse en el pañuelo.

—¡Mi nombre figura en los agradecimientos! —dijo Nishioka emocionado.

—Claro.

—Apuesto a que fue cosa tuya.

—Como el profesor Matsumoto estaba en el hospital, los escribí por él. Por supuesto, lo hice tras consultarle y preguntarle qué opinaba.

Nishioka había trabajado en el Departamento de Edición de Diccionarios y se había esforzado en la compilación de *La gran travesía*, por lo que era lógico incluir su nombre. Majime no podía entender por qué estaba tan emocionado.

—No me digas que has encontrado una errata en tu nombre o algo así.

—No, no es eso. Yo apenas... —Se interrumpió y sonrió con ironía—. Cómo eres. —Le dio una palmada en la espalda y volvió a desaparecer entre la multitud.

Majime tuvo la sensación de oírle decir en voz baja «gracias», pero no estaba seguro. El perspicaz Nishioka localizó de un vistazo a alguien de una agencia publicitaria y lo saludó en un tono más frívolo:

—¡Vaya, vaya, pero si es usted, señor Ogiwara! ¡Muchas gracias por venir! ¡La verdad es que le debemos mucho por todo esto! —El señor Ogiwara, o como se llamase, respondió con una sonrisa, así que el tono de Nishioka era el acertado.

Después de darse una vuelta para saludar a la gente, Majime se acercó a la mesa que había al fondo del salón, donde la señora Matsumoto sostenía en la mano el ejemplar de *La gran travesía* y lo estaba examinando como si le

tuviese un cariño especial.

—¿Sabes? —se dirigió con voz serena a Majime, que se había detenido a su lado—, creo que mi esposo estaba preparado para lo peor desde el día en que ingresó en el hospital por primera vez. Él nunca fue de los que se rinden, y hasta el final, incluso cuando estaba delirando, lo único de lo que hablaba era de este diccionario.

—Siento con toda mi alma no haber podido acabarlo mientras él seguía con vida. —Majime bajó la barbilla con un profundo remordimiento.

—No digas eso. —La señora Matsumoto sacudió la cabeza—. Él está feliz, sé que lo está allí, en el cielo. Yo también lo estoy. *La gran travesía* era todo su mundo y tú convertiste su sueño en realidad. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Depositó con cuidado el diccionario sobre la mesa, al lado de la fotografía de su esposo. Se despidió de Majime con una reverencia y se alejó. Él siguió su espalda con la mirada. Luego se giró hacia la fotografía y juntó las palmas en silencio.

—Buen trabajo.

Por un instante pensó que el profesor le había hablado y levantó la vista, sorprendido. Araki estaba a su lado. Majime no se había dado cuenta hasta ese momento. «Él también se ha hecho mayor», advirtió. Era natural: habían transcurrido quince años mientras todos trabajaban en ese diccionario.

—Estás un poco deprimido, ¿no? —dijo Araki—. Fui a Detrás de la Luna el otro día. Kaguya está preocupada por ti.

—Me siento miserable por mi incompetencia y no dejo de sentirme mal por el profesor. —Aun sabiendo que era inmaduro por su parte, Majime no pudo evitar desahogarse.

—Ya me lo temía. He traído algo que puede ayudarte. —Araki sacó un sobre blanco de un bolsillo interior de su chaqueta—. Esta es una carta que el profesor me entregó.

Sus ojos instaron a Majime a que la cogiese. Este extrajo una hoja de papel y la desdobló. La caligrafía era la del profesor, esa tan familiar que tenían todas sus fichas léxicas, y poseía una firmeza sorprendente para estar escrita por un enfermo terminal.

*Pido perdón a todo el personal del Departamento de Edición de*

*Diccionarios por no haber podido cumplir hasta el final con mi responsabilidad como editor jefe. Cuando La gran travesía se haya completado, lo más probable es que yo ya no esté en este mundo. Sin embargo, ahora no siento ansiedad ni arrepentimiento. Es porque puedo visualizar con todo detalle La gran travesía, que, con su bodega llena del tesoro que son las palabras, navega por un océano infinito.*

*Araki, me desdigo en una cosa. Te dije que nunca encontraría otro editor con tus capacidades; estaba equivocado. Gracias a Majime, a quien tú trajiste al departamento, pude seguir adentrándome en el camino de la lexicografía. No sabes lo afortunado que he sido por encontrarme con unos editores como vosotros. Gracias a los dos, el sueño de mi vida se ha cumplido de la manera más satisfactoria posible. Si sigo existiendo en el otro mundo, allí continuaré recogiendo muestras de palabras en busca de algún término que supere la única que sé decir ahora: gracias.*

*¡Qué placenteros han sido los días pasados compilando La gran travesía/ Os deseo a todos un feliz viaje a bordo de ella durante todos los años venideros.*

Majime volvió a doblar la carta cuidadosamente y la introdujo en el sobre.

Miró a su alrededor, a la fotografía del profesor, al ejemplar de *La gran travesía* en el que estaba impreso el nombre del profesor y a los rostros de la multitud reunida en el salón.

A veces las palabras eran inútiles. Por mucho que Araki y la señora Matsumoto llamaran al profesor, no habían sido capaces de retenerlo en ese mundo. Y, sin embargo, su ser no se había ido por completo. Precisamente porque existían las palabras, la parte más importante del profesor permanecía en los corazones de todos los que lo habían conocido.

Sus recuerdos eran una prueba de que, incluso después de que las funciones vitales cesen y de que el cuerpo se convierta en cenizas, el alma vive más allá de la muerte física. Para hablar del aura dejada en este mundo por el profesor, de su discurso y de su actitud ante la vida, para compartir sus recuerdos y transmitírselos a los demás, las palabras eran indispensables.

De repente, Majime sintió en su palma el tacto de la mano del profesor que nunca había tocado. Aquel día en que lo había visto por última vez en la habitación del hospital, no había podido envolver su mano con la suya, pero acababa de sentir el tacto que en vida había sido frío y seco pero suave.

Los seres humanos habían creado las palabras para comunicarse con los muertos y con aquellos que aún no habían nacido.

Recorrió con la mirada el salón. Kishibe se estaba comiendo un pastel con Miyamoto, a pesar de que Majime había dado órdenes explícitas al personal de edición de que no comieran ni bebieran para dedicarse por completo a atender a los invitados. Los dos tortolitos se daban a probar trozos del pastel que cada uno tenía. Sasaki estaba junto a la pared, bebiendo una copa de vino blanco, y Nishioka seguía dando vueltas para saludar a la gente con su característica frivolidad. Todos sonreían y celebraban la consumación de *La gran travesía*.

Satisfecho, Majime se dijo para sus adentros: «Hemos construido un barco. Un barco que lleva las almas de las personas que navegan hacia el futuro desde tiempos inmemoriales a través del rico océano de las palabras».

—Majime —Araki le hablaba mientras lo conducía hacia el centro del salón—, mañana comenzamos a trabajar en la reedición de *La gran travesía*.

A Majime le pareció ver una lágrima resbalando brillante por la mejilla de Araki, pero podía haber sido su imaginación. Incluso esa noche tan dichosa, los pensamientos de Araki estaban puestos en el futuro de *La gran travesía*, el diccionario en constante evolución que aún estaba por venir. ¡Qué hombre! Era la verdadera alma gemela y el compañero de viaje del profesor Matsumoto.

La creación de diccionarios no tenía fin. La travesía de ese barco cargado de esperanzas mientras cruzaba el océano amplio y profundo de las palabras era eterna.

Majime se rio y asintió:

—En ese caso, ¡esta noche al menos dediquémonos a beber!

Con cuidado de no dejar que la espuma se desbordara, vertió cerveza en el vaso de Araki.

# Una carta de amor de Majime para Kaguya

(Versión completa)

*Muy señora mía:*

*Vientos fríos nos anuncian la proximidad del invierno. Confío en que estarás bien.*

*Escribo porque tengo algo que confesarte. Mis emociones no paran de agitarse como la marea, y he llegado a convencerme de que esta marea, a diferencia de la del océano, nunca bajará. Tal vez esta repentina carta pueda sorprenderte, pero te ruego que la leas hasta el final.*

*Siempre he vivido inmerso en el mundo de los libros, por lo que mis amigos más cercanos se encuentran no en el mundo real, sino al otro lado de las páginas. Hasta ahora pensaba que no estaba nada mal vivir de esta manera.*

**Nishioka:** Pues bien, veamos en secreto la carta de amor de Majime.

**Kishibe:** ¡Qué emocionante!, ¿verdad? Pero comienza de una manera tan enrevesada que no me estoy enterando muy bien...

La nieve sobre la ermita de la montaña,  
las frondosas sombras de los árboles.  
La campana inmóvil del alero,  
la noche se vuelve profunda.  
Tras recoger los libros dispersos,  
me pongo a meditar mis dudas.  
A través de la llama azul,  
me llegan presencias antiguas <sup>1</sup>.

*Puedo afirmar que este poema expresa exactamente cómo ha sido mi vida hasta el presente. Sin embargo, ahora me he dado cuenta de algo.*

Mis ojos discernen las letras  
de Oriente y Occidente.  
Mis sentimientos abrazan  
las penas viejas y nuevas<sup>2</sup>.

*Todo este tiempo me he estado entreteniendo con los libros sin comprender lo que era la angustia, las emociones que subyacen en las líneas escritas por nuestros predecesores. Finalmente, incluso mis libros, que han sido mis únicos amigos, han perdido la paciencia y han dejado de comunicarse conmigo.*

*Me hallo rodeado de una montaña de libros, pero en realidad no puedo estar más solo. Este es el castigo que se me ha impuesto por haber pasado tanto tiempo sin actuar, por dejarme someter por mi temor a no ser capaz de transmitir mis sentimientos a otras personas. Si sigo de esta forma, terminaré mis días sin haber mantenido una conversación sincera con nadie, sin haber confiado en nadie, sin conocer las inquietudes de otros ni haber compartido las mías. Y al final ni siquiera seré capaz de saborear el placer que los libros nos pueden llegar a aportar. Aunque he tardado en ser consciente de todo ello, así es como he reconocido mi lamentable situación.*

*Ahora algo dentro de mí clama con vehemencia: «¡Basta! Esto no puede seguir así».*

*Por tanto, voy a hacer acopio de todo mi coraje.*

El hombre no es frágil en su naturaleza,  
como la nube blanca permanece pacífica<sup>3</sup>.

**Nishioka:** ¡Oh! ¡Ha salido un poema chino de golpe!<sup>1</sup>

**Kishibe:** Aquí tengo una nota del profesor  
Matsumoto.

Dice que este es un cuarteto chino  
de siete sinogramas  
del erudito confuciano de la Era Edo,  
Kan Chazan, titulado  
«Lectura en una noche de invierno».

La paráfrasis del profesor es:  
«La nieve cae sobre la ermita  
de una montaña, las sombras de los  
árboles se vuelven negras.

La campana que cuelga del alero  
está inmóvil y no suena  
mientras la noche avanza en silencio.

Después de recoger  
mis libros, medito mis dudas.

La luz de la lámpara azul  
de mi habitación oscila  
cuando creo percibir la presencia  
de los grandes hombres  
de tiempos antiguos».

**Nishioka:** En cierto modo dice cosas  
muy chulas, ¿no?

¿El segundo poema también es chino?2.

**Kishibe:** Sí. Es un poema de Natsume

**Sōseki.** La versión del profesor es:  
«Desde que aprendí los idiomas  
de Oriente y Occidente,  
mi mente está llena de la pesadumbre  
que sobrepasa el tiempo y el espacio».

**Nishioka:** A pesar de que se arrepiente  
de haber sido cobarde por temor  
a no poder transmitirle  
sus sentimientos a los demás  
y que no lo comprendan,  
larga otro poema chino,  
aún más difícil de entender,  
todo sea dicho.  
Este es el estilo de Majime,  
¿de quién iba a ser si no?

**Kishibe:** Hubiera sido más considerado  
por su parte  
que hubiera facilitado una  
interpretación del poema.

**Nishioka:** Pues, si nos parecía poco,  
¡aquí viene otro!3.

**Kishibe:** Esto es del final de ese mismo  
poema de Sōseki.:  
«¿De qué sirve preocuparse tanto?  
Las nubes blancas surgen vigorosamente

de manera espontánea».

*¿Podré alcanzar ese apacible estado mental? Todo depende de mi empeño y de tu respuesta,4. Si me respondes, te juro que por el resto de mi vida dedicaré todas mis fuerzas a comportarme con absoluta sinceridad con mis semejantes y conmigo mismo y contigo más que con nadie en el mundo.*

*Desde que descubrí tu existencia, me da la sensación de que por primera vez me siento vivo; hasta ahora he estado como muerto. Aunque mis ojos captaban las letras una a una, no estaba entendiendo su significado. Aunque yo respiraba, no estaba vivo.*

*Hay un ejemplo en un cuento antiguo sobre una radiante princesa llamada Kaguya («noche luminosa») que descendió a la Tierra desde la Luna. Y yo, desde la noche en que te vi por primera vez, siento tal opresión en el pecho que me cuesta incluso respirar, como si yo mismo estuviera viviendo en la Luna. ¡Ahora puedo afirmar que estoy realmente vivo! Es un maravilloso misterio. Me has dado la vida.*

*Si yo tuviera sensibilidad poética, te dedicaría un poema de mi propia creación, pero en mi tristeza de hombre mediocre sólo puedo contemplar la luna radiante entre suspiros. Así que tomaré prestado un célebre verso de un antiguo poeta.*

**Nishioka:** ¡¿Estás segura de que dice eso el poemita?!

**Kishibe:** Lo siento.  
Esa ha sido mi propia interpretación.  
De todos modos, supongo que viene a decir algo así como  
«vamos a relajarnos y a tomarnos las cosas con calma».

**Nishioka:** Mira lo que dice a continuación:  
«Todo depende de tu respuesta»4.  
Vaya, ¿no estará Majime presionándola

con sutileza?

**Kishibe:** Si así fuera, se le podría perdonar,  
ya que después de todo llegaron  
a un feliz desenlace.

Por culpa de este bombardeo  
de poemas chinos seguro que ella  
no se enteró de la verdadera intención  
de la carta.

Apuesto lo que sea a que  
ni siquiera captó lo que se podría  
considerar como una intimidación.

En el vasto mar del cielo  
las olas de nubes se elevan.  
El barco de la luna navega  
mientras se deja entrever  
en un bosque de estrellas<sup>5</sup>.

*¿No te parece que este poema ha sido compuesto exclusivamente para ti?*

*Me encanta. Tiene una hermosa grandeza y transmite una sensación de placidez extraordinaria. Al mismo tiempo, me parece desolador, lleno de un intenso anhelo por lo inalcanzable y con una aguda conciencia de la naturaleza insignificante del propio autor. ¿Es que la gente de antaño vivía agobiada por la misma sensación de soledad que yo siento? Estos versos me evocan esas imágenes. Es un poema rebosante de belleza y poder que usa la sensación de soledad para unir nuestros corazones con el universo y con mucho más: con el corazón de toda la humanidad, superando el tiempo y el espacio.*

*Como sabes, estoy enfrascado en la labor de la lexicografía. Estoy editando un diccionario que se llamará La gran travesía.*

*[omisión]*<sup>6</sup>.

**Nishioka:** La verdad es que no tiene

nada de carta de amor...  
Vamos, por lo menos como yo las entiendo.

**Kishibe:** El siguiente es un poema japonés del siglo VIII, que aparece en el Man'yōshū: colección para diez mil generaciones, de Kakinomoto no Hitomaro, un prominente poeta de esa época<sup>5</sup>.

Nishioka: Este lo puedo entender hasta sin paráfrasis. Es como la escena de una película de ciencia ficción, diría yo. Hay que ver de qué forma más ingeniosa ha aludido al nombre de Kaguya. ¡Genial, Majime!

**Kishibe:** ¡Lleva usted razón! El señor Majime se ha jugado aquí el todo por el todo, ¿verdad?

**Nishioka:** ¡Eh, un momento! ¡¿Qué es esto de omisión?!<sup>6</sup> ¡¿Es que no es la versión completa?!

**Kishibe:** Como puede apreciar, la carta es exageradamente extensa. En la parte que omití, además de su pasión por la lexicografía, desarrolla sin venir a cuento un relato que parece su *curriculum vitae*. ¿De verdad quiere leerlo, señor Nishioka?

**Nishioka:** Uf..., no. Mejor dejarlo estar.

*Como ves, el camino de la lexicografía es extremadamente arduo y a menudo me siento desmoralizado. Está de más añadir que no te pido en absoluto tu cooperación o tu dedicación a mi persona. Nada más lejos de mi intención. Sólo que, si fuera posible, desearía seguir mi camino sintiendo tus ojos sobre mí. Y si me lo permitieras, me gustaría velarte desde las sombras mientras recorres el escarpado camino de la cocina.*

El gusano de seda de primavera muere,  
sólo entonces agota su hebra.  
La vela se convierte en ceniza,  
sólo entonces se secan sus lágrimas<sup>8</sup>.

*Tanto la lexicografía como la cocina son carreras que no tienen fin. Tampoco lo tiene mi anhelo hacia ti. Soy un gusano de seda que continuará produciendo su filamento de anhelos incluso después de morir. Te demostraré cómo prenderá de nuevo el juego en mi derretida vela. Puedes quedarte tranquila: mis sentimientos son una máquina en movimiento perpetuo. ¡Y ya he solicitado una patente!<sup>3</sup>*

**Nishioka:** Oye, está diciendo algo que asusta, ¿no?<sup>7</sup>

**Kishibe:** Parece un acosador o una especie de espíritu guardián.

El siguiente poema es una parte de una octava de siete sinogramas del poeta chino del siglo IX,

Li Shangyin<sup>8</sup>.

«El gusano de seda de primavera no deja de hilar hasta que muere, y la vela no deja de derramar lágrimas de cera hasta que se convierte en ceniza».

Quiere decir que el poeta seguirá  
amándola hasta que muera.

**Nishioka:** Vaya, qué pasión más intensa...  
Cálmate un poco, Majime9.

*Aun así, tal vez me dirás que voy a necesitar algún tipo de combustible. Pero no hay problema: como soy una máquina en movimiento perpetuo, incluso sin combustible mi corazón arderá eternamente en llamas. Te garantizo que daré vueltas sin parar hasta que mi capullo de seda sea más enorme que el Tokio Dome[18].*

*Y no hablo sólo del fuego que arde en mi alma, sino también de la combustión física, porque creo que puedo subsistir con la dieta más frugal. Por supuesto que soy feliz cuando tomo una buena comida, pero podría pasarme una semana comiendo fideos instantáneos Nupporo Número Uno por la mañana, al mediodía y por la noche sin que mi estómago ni mi paladar protestasen. Haré todo lo posible por no suponerte ninguna carga.*

*Perdóname. Acabo de fingir ser valiente y darte a entender que no te estoy pidiendo nada. Ninguna de las dos cosas es verdad. Al sentir tu presencia cerca, doy mil y una vueltas cada noche en mi cama. ¡Cómo habría podido imaginar que vivir bajo el mismo techo podría provocarme tal dulce tortura!*

Es difícil verte,  
aún más difícil separarse10.

Eso es cierto. Dado que tú y yo tenemos unos horarios tan distintos, me resulta difícil verte, y en las ocasiones en que te descubro relajada en casa por la mañana porque ese día tienes turno de noche, me dan ganas de no ir a trabajar. Como no puedo caer en esa tentación, trato de convencerme de que el diccionario me está esperando y me obligo a salir por la puerta entre lágrimas. En esos días, mi mente se dispersa, haciéndome confundir el orden del silabario hiragana: pasa de ser «a, ka, sa, ta, na, ha, ma, ya, ra, wa» a «a, ka, sa, ta, na, ha, ri, ma, o, ya»n. No puedo evitar inquietarme por

si las entradas de La gran travesía figurarán o no en el orden correcto<sup>12</sup>.

**Kishibe:** Este es del mismo poeta<sup>10</sup>.

Es el primer verso del poema  
del gusano de seda.

«Es difícil reunirse, pero  
aún más difícil es separarse».

Pero esto se refiere a dos  
personas que ya mantienen  
una relación, ¿no?

**Nishioka:** No importa, déjalo correr.

Pero ¿qué tiene que ver esto  
con los gusanos de seda y las velas?

**Kishibe:** La poesía china es muy dinámica.

**Kishibe:** Ah, ahora el señor Majime  
ha vuelto a escribir algo extravagante<sup>11</sup>.

**Nishioka:** La verdad es que vaya tío...<sup>12</sup>

*Si tuviera que expresar mis sentimientos actuales de manera sencilla, los resumiría así: «Kaguya, ¿qué debo hacer contigo?». O tal vez debería decir esto:*

Chang'e se lamenta  
de haber robado el elixir.  
Mar azul y cielo azul,  
noche tras noche  
en su corazón<sup>13</sup>.

*Change es la diosa china de la Luna, una mujer que bebió una poción mágica y se elevó para vivir allí, al igual que la princesa*

*Kaguya en el cuento popular japonés. Algunos aseguran que el poeta tenía en mente a una mujer que le abandonó y desapareció, a la que comparó con la remota diosa de la Luna, Change, y que compuso estos versos con amargura y anhelo. Estoy de acuerdo. Estos versos expresan con exactitud mis sentimientos.*

*¡Si no hubiera bebido la poción prohibida, no habría tenido que pasar noche tras noche recordando el rostro de una única persona con un anhelo irremediable!*

*Estoy ansioso. Tal vez me esté muriendo de ganas, ardiendo de deseo, por el resplandor, por los hermosos rayos de luz. Mi yo de antes no se había dado cuenta siquiera de que estaba viviendo en la más completa oscuridad.*

*Esto es todo lo que quiero decir. O no. En realidad hay más, pero si tratara de decirlo todo, ni siquiera ciento cincuenta años de vida sería tiempo suficiente para contarlos, y además gastaría tanto papel como para dejar sin árboles la selva tropical, así que detendré mi pluma aquí.*

*Estaría muy agradecido si después de leer esto me hicieras saber lo que piensas. Sea cual sea tu respuesta, estoy preparado. La asumiré con entereza.*

*Cuídate, te lo ruego.*

*Noviembre de 20xx*

*A Kaguya Hayashi*

*de Mitsuya Majime*

**Kishibe:** ¡Aguante, señor Nishioka!

Aquí va el último poema chino<sup>13</sup>.

Otro cuarteto de siete sinogramas de Li Shagyin, llamado «Change».

Creo que al señor Majime le gusta su poesía.

Chang'e parece arrepentirse de haber robado el elixir de la vida y habérselo bebido, mientras

desde el solitario mundo lunar  
se pasa las noches observando  
en lo alto los fríos mares azules.

Está describiendo la extrema  
soledad que siente en medio del vacío.

**Nishioka:** Al releer todo esto,  
me parece que Majime está siendo  
bastante directo con su  
declaración de amor.

**Kishibe:** ¿De verdad cree eso?  
Pero si es de lo más enrevesado.  
Además, su caligrafía es  
demasiado elegante.  
Parece una carta escrita por un anciano.

**Nishioka:** ¡Aaay, pobrecito Majime!

**Kishibe:** Pero al final él y  
Kaguya acabaron juntos,  
así que bien está lo que bien acaba.  
¿No le parece, señor Nishioka?

**Nishioka:** La verdad es que sí. Hum,  
¡qué bien se lo montó el maldito Majime!  
Pues hasta aquí hemos llegado.  
¡Se levanta la sesión!

# BIBLIOGRAFÍA

## DICCIONARIOS CITADOS

*Kōjien (Amplio jardín de palabras) e Iwanami kokugojiten (Diccionario japonés de la editorial Iwanami)*, Iwanami Shoten.

*Nihonkokugo daijiten (Gran diccionario de japonés)*, Shōgakukan.

*Daijirin (Gran bosque de palabras) y Shin meikai kokugo jiten (Diccionario de japonés: Nueva interpretación transparente)*, Sanseidō.

*Daigenkai (Gran mar de palabras)*, Fuzanbō.

## REFERENCIAS

(por orden de autor, obra, editorial y año de publicación)

Tokihisa Kurashima. *Jisho to nihongo: Kokugo jiten wo kaibō suru (Los diccionarios y el japonés: Disección de diccionarios*

japoneses).

Kōbunsha Shinsho, 2002.

Eiichi Matsui. *Kokugojiten ha kōshite tsukuru: Risō nojisho wo mezashite (Así es como se hacen los diccionarios japoneses: Buscando el diccionario ideal)*, Minato no hito, 2005.

Morio Ishiyama. *Urayomi jukayomi kokugo jisho (Leyendo entre líneas, leyendo demasiado en las cosas: Diccionarios japoneses)*, Sōshisha, 2001.

Takeshi Shibata y Yasushi Mutó. *Meikai monogatari (La historia de los diccionarios de japonés. Interpretación transparente)*. Sanseidō, 2001

Eiichi Matsui. *Deatta nihongo 50 mango: Jishozukuri sandai no kiseki (Encuentros con 500 000 palabras del japonés: Tres generaciones de elaboración de diccionarios)*. Shōgakukan, 2002.

Toshio Yamada. *Nihongo to jisho (El japonés y los diccionarios)*. Chūko Shinsho, 1978.

Takuya Okimori. *Zusetsu Nihon nojisho (Diccionarios de Japón ilustrados)*. Ohfu, 2008.

# Agradecimientos

LA autora agradece la ayuda de las siguientes personas en la redacción de este libro. Cualquier error, intencionado o no, que haya en la novela sobre el funcionamiento del mundo lexicográfico es responsabilidad exclusiva de la autora.

Kabushiki-gaisha Iwanami Shoten (Iwanami Shoten, Publishers),  
Departamento Editorial de Diccionarios.

Kabushiki-gaisha Shōgakukan (Shogakukan, Inc.), Departamento de Edición  
de Diccionarios de Japonés.

Ōji F-Tex Kabushiki-gaisha (Oji F-Tex Co., Ltd.).

Yasunari Hiraki, Yuriko Moriwaki.

Hiroshi Satō, Ken'ichi Matsunaka, Yoshiko Kagawa, Junko Kusumoto,  
Hisayo Kobayashi.

Tarō Sōma, Satoshi Kusuzawa.

Haruko Kumota, Nobuko Ókubo.

Tōru Katō, Hiro'o Itō, Hideo Takahashi.

Hiroshi Suzuki, Maki Mitsufusa, Kaoru Ōkawa, Tetsuo Fujino.

# Contraportada

## NOCHES BLANCAS

Cuando el responsable del departamento de diccionarios de la editorial Genbu Books está a punto de jubilarse, se propone elegir a un sustituto para que se embarque en un ambicioso proyecto: la creación del nuevo diccionario *La gran travesía*. Y Majime, un tímido joven de escasas habilidades sociales aunque con una gran pasión por las palabras, resulta ser la persona adecuada.

A lo largo de los siguientes años, el pequeño equipo editorial experimenta momentos agridulces, amistades, rivalidades, enamoramientos y el constante amor por los libros mientras navega por el mar de las palabras, cuyo significado evoluciona con el paso del tiempo y los cambios sociales.

*La gran travesía* es un canto al lenguaje, una preciosa novela que también sirve como diccionario de la vida y que en Japón ha cosechado un inmenso éxito: ha vendido más de un millón de ejemplares, ha ganado el premio de los libreros y se ha adaptado tanto al cine como a una serie de animación.

«Impregnada de un encanto lleno de ingenio, *La gran travesía* demuestra ser, en fin, absolutamente grande. Advertencia a los lectores: preparaos para soltar suspiros de satisfacción y admiración». *Booklist*. «El dominio de las palabras puede no tener como resultado el dominio de la comunicación, y un gran diccionario, al igual que una historia de amor, es “el resultado de la gente dando vueltas a sus decisiones”»: una tensión memorable que ha llevado a la novela a ganar diversos premios en Japón, además de ser adaptada a una película con mucho éxito y a una serie animada». *The New York Times*. «La

gran travesía hace gala de una seriedad y dedicación con las palabras que cualquier lector entenderá». *Metrópolis*. «La novela aporta a los lectores muchas perspectivas sobre la importancia de encontrar la grandeza de uno mismo». *The Japan Times*

# Solapa interior

**S**HION MIURA nació en Tokio en 1976. Mientras estudiaba en la Facultad de las Letras de la Universidad de Waseda, empezó a escribir y un año después de licenciarse publicó su primer libro. En 2006 ganó el prestigioso premio Naoki; desde entonces, se ha convertido en una de las voces más reputadas de la literatura japonesa actual.

Su novela *La gran travesía* (2011; Nocturna, 2018), sobre un equipo de lexicógrafos, ha vendido más de un millón de ejemplares en Japón, se ha traducido a seis idiomas y ha ganado el premio de los libreros. Además, en 2013 se estrenó su adaptación cinematográfica y en 2016 se adaptó al anime.

# NOTAS

[1] Por criterio de la traductora y de la editorial, se han mantenido ciertas palabras en japonés para que los lectores puedan apreciar las cuestiones lingüísticas que se detallan a lo largo de la novela.

[2] Lexicógrafo, lingüista e historiador japonés (1847-1928). (A partir de aquí, todas las notas al texto son de la traductora).

[3] AJP: Amplio jardín de palabras, GBP: Gran bosque de palabras y GDJ: Gran diccionario de japonés.

[4] Un plato considerado una delicia china que desprende un aroma similar al del queso muy curado.

[5] Papel *washi* para escritura de tamaño 35 × 25 cm

[6] La Segunda Guerra Mundial.

[7] Nombre tradicional del segundo mes del calendario lunar, que abarca desde finales de febrero hasta principios de abril.

[8] Una antología imperial de poesía de principios del periodo Kamakura (1185- 1333).

[9] Una colección personal de Saigyō.

[10] Publicado en China en 1716. Uno de los diccionarios antiguos más importantes de la historia de la lexicografía china.

[11] Son los 2136 sinogramas considerados de uso cotidiano por el Ministerio de Educación japonés.

[12] 861 sinogramas para uso de nombres personales, creados como un grupo suplementario de letras y que pueden ser usados de manera oficial para registrar nombres propios en Japón.

[13] En español en el original.

[14] El silabario hiragana consta de 46 caracteres que representan sílabas formadas por una consonante y una vocal, o bien una única vocal. La única consonante que puede ir sola es la «n». Su tabla comienza por la «a» y sigue el orden alfabético japonés de los 11 grupos: a, ka, sa, ta, na, ha, ma, ya, ra, wa, n.

[15] En el caso del japonés, se refiere principalmente a las palabras de origen inglés u otros idiomas europeos. No se incluyen en esta categoría los términos de origen chino.

[16] Juego que consiste en encadenar palabras. Cada jugador debe decir una palabra que empiece por la sílaba final de la palabra anterior [ej.: sakura («cerezo») — rajio («radio») — ► omuretsu («tortilla»)].

[17] Artista japonés de criaturas folclóricas del s. XVIII.

[18] Un estadio con un aforo de 55 000 espectadores inaugurado en 1988.